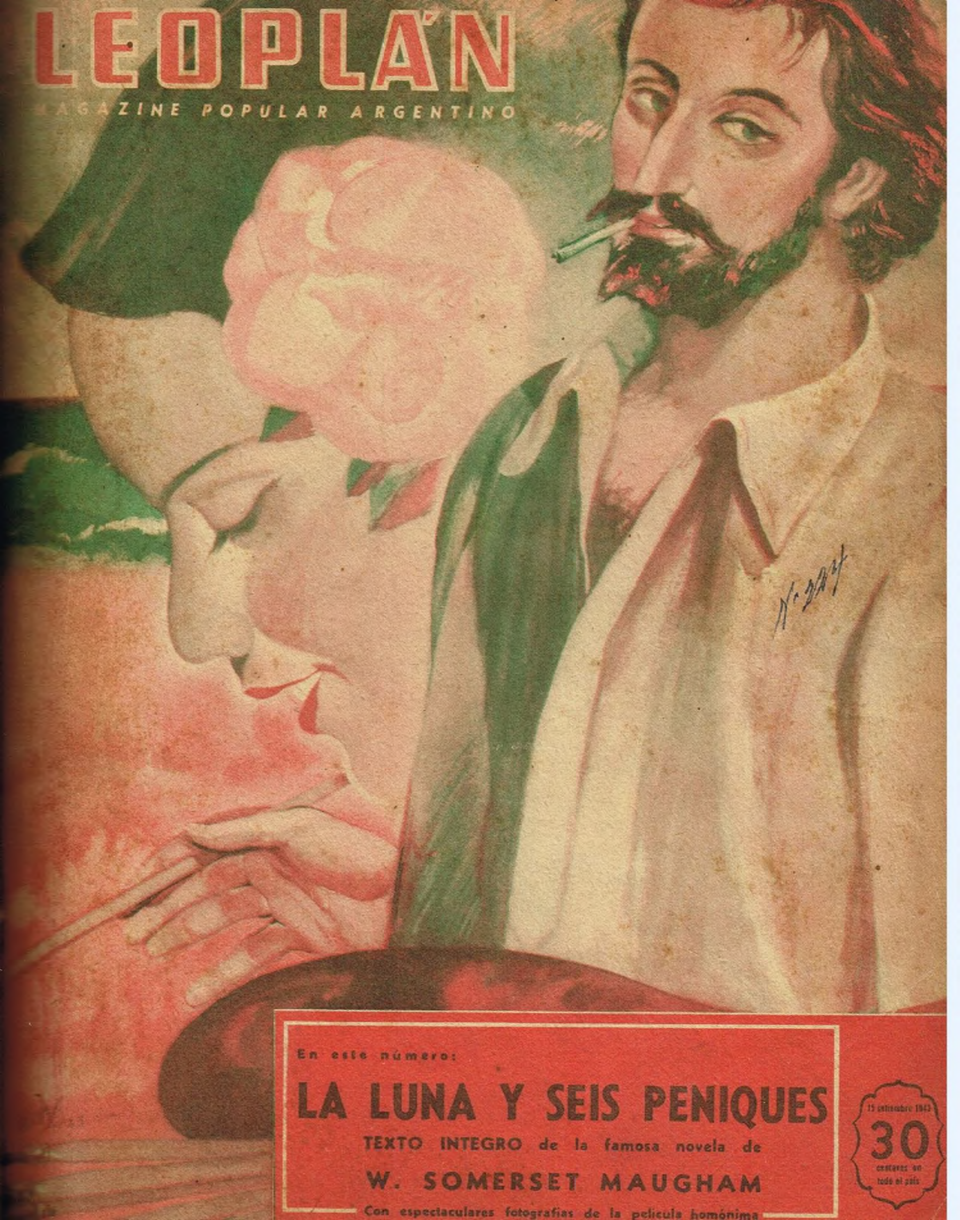

LEOPLÁN
MAGAZINE POPULAR ARGENTINO
En este número:
LA LUNA Y SEIS PENIQUES
TEXTO INTEGRO de la famosa novela de
W. SOMERSET MAUGHAM
Con espectaculares fotografías de la película homónima
15 setiembre 1943
30
centavos en
todo el país


SU PORVENIR ASEGURADO
GUIA DE ENSEÑANZA
Escuelas Latino Americanas
GRATIS
para Ud.
• HOY MISMO mándenos su nombre y dirección, y a vuelta de correo recibirá usted, GRATIS Y SIN COMPROMISO, la última edición de la "GUIA DE ENSEÑANZA" "SU PORVENIR ASEGURADO", un interesante libro de 76 páginas, ampliamente ilustradas, con los detalles completos de los 85 cursos que enseñamos por correo desde el año 1923.
• ES SUFICIENTE saber leer y escribir para poder estudiar en las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS cualquier curso Comercial, Técnico o Especial, pues nuestro sistema de enseñanza por correo es perfecto, moderno, individual y de fácil comprensión.
• CON UN GASTO INFIMO podrá usted estudiar en su casa, en sus momentos libres, un curso de verdadera utilidad práctica, hasta llegar al final de sus estudios y recibir su Diploma.
• EL PRIMER PASO que Ud. debe hacer es solicitar la "GUIA DE ENSEÑANZA" pero hágalo en seguida. HOY MISMO
OBSEQUIOS A LOS ALUMNOS
Inscripto como alumno en las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS recibirá algunos de los siguientes obsequios:
VELOCIGRAFIA: "el nuevo método de escritura rápida". Regalamos el material de estudios y la enseñanza completa de VELOCIGRAFIA. Es suficiente un mes de estudio para poder escribir y leer con rapidez.
RADIO F. M. (Frecuencia Modulada): Una enseñanza superior para los alumnos, inscriptos en el curso de Radio, autorizada especialmente por su inventor, ingeniero Armstrong.
CURSO DE TEJER.
DICCIONARIO: 800 páginas y 140.000 palabras con 1.000 grabados. Tamaño 12 x 16 centímetros, lujosamente encuadernado con tapas de tela.
CARNET DEL ESTUDIANTE.
PRECIOS DE LOS CURSOS EN MONEDA ARGENTINA
SECCION COMERCIAL
Empleado de Comercio $ 40
Teneduría de Libros „ 60
Cajero „ 30
Secretario Comercial „ 70
Contador Mercantil „ 70
Técnico en Publicidad „ 70
Jefe de Publicidad „ 120
Empleado de Banco „ 40
Gerente Comercial „ 200
Jefe de Ventas „ 70
Vendedor „ 40
SECCION TECNICA
Ingeniería Mecánica $ 200
Técnico Mecánico „ 80
Técnico Maquinista „ 80
Construcción de Vías y Carreteras „ 80
Topógrafo „ 90
Motores a Explosión „ 80
Motores Diesel „ 80
Técnico Metalúrgico „ 80
Máq. Agrícolas „ 80
Construcciones „ 90
Mecánica de Automóviles „ 80
Técnico en Tornería „ 70
Ingeniería de Electricidad $ 200
Técnico Electricista „ 80
Operador Cinematográfico „ 60
Fotografía Artística „ 70
Bobinajes „ 80
Carpintería y Ebanistería „ 60
Fresador „ 40
Fotograbador - técnico „ 80
Técnico Tornero y Fresador „ 90
Calefacción „ 100
Refrigeración „ 100
Aire acondicionado „ 120
Técnico en iluminación „ 120
SECCION AVIACION
Mecánico de Aviones $ 80
Piloto Aviador Civil (Enseñanza Teórica) „ 85
SECCION RADIO
Técnico en Radio y Televisión $ 70
Técnico en Radio F. M. „ 40
SECCION INDUSTRIAL
Industria Lechera $ 60
Técnico Avicultor „ 60
Perito Enólogo „ 60
Apicultor „ 60
Industria Jabonera „ 60
Técnico Curtidor „ 70
SECCION QUIMICA Y FARMACIA
Técnico Químico $ 80
Químico Industrial $ 110
Dependiente Idóneo de Farmacia (Curso preparatorio) „ 70
SECCION DIBUJO
Artístico $ 60
Mecánico „ 70
Arquitectónico „ 70
Lineal „ 60
De Caricaturas e Historietas „ 70
Técnico en Dibujos Animados „ 70
SECCION IDIOMAS
Inglés $ 60
Frances „ 60
SECCION FEMENINA
Corte y Confección $ 30
Confec. Sombreros „ 30
Cocina „ 30
El Arte de Tejer. „ 30
Higiene y Belleza. „ 30
Labores „ 30
SECCION PREPARATORIA Y ESPECIALES
Bachillerato (cada año $ 100
Grados (cada grado) „ 70
Periodismo „ 70
Eficiencia General. . 70
Algebra „ 30
Aritmética „ 20
Ortografía „ 20
Velocigrafía (1 mes de estudio) „ 25
Taquigrafía „ 30
Dactilografía „ 30
Matemáticas „ 30
Gramática „ 25
Caligrafía „ 25
GRATIS
Llene y envíenos el cupón y de inmediato le será despachado el interesante libro la "GUIA DE ENSEÑANZA", de 76 páginas ilustradas.
Si no desea recortar el cupón, mándenos su nombre y dirección, mencionando esta revista.
CORTE AQUI
• LAS MAS ACREDITADAS •
ESCUELAS LATINO-AMERICANAS
Señor Director de las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS
BOYACA 932 - Buenos Aires
Sírvase enviarme GRATIS y SIN COMPROMISO el interesante libro "GUIA DE ENSEÑANZA".
NOMBRE
DOMICILIO
LOCALIDAD
CURSO QUE LE INTERE
DIVULGUE Y HAGA CONOCER LA OBRA EDUCATIVA DE LAS ESCUELAS LATINO-AMERICANAS
$5 por mes son suficientes para estudiar en las
ESCUELAS LATINO-AMERICANAS

AÑO X - N.º 224
15 septiembre 1943

LEOPLÁN

ESMERALDA 116
U. T. 33 - 0063
BUENOS AIRES

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 138.577

Sumario

Tapa de Olivas. Ilustraciones de Bernabó, Arteche, Raúl Valencia, Lisa, Mariano Alfonso y Gubellini. Historietas de Cao, Villafañe, González Fossat, etc. Fotos y chistes de diversos autores.

En el próximo número: **PORT-TARASCON**

TEXTO INTEGRO de la famosa novela de **ALFONSO DAUDET** (autor de "Tartarín de Tarascón" y "Tartarín en los Alpes")

LA CAZA DEL TESORO, novela policial de **ELLERY QUEEN**

Y SU HABITUAL CONJUNTO DE CUENTOS Y CRONICAS DE AUTORES NACIONALES Y EXTRANJEROS

LEOPLÁN aparece el 6 de octubre ◆ Treinta centavos en todo el país

Una escena de "La luna y seis peniques", película basada en la famosa novela homónima de W. Somerset Maugham, que se publica en este número.



EL CUENTO TRAGICO

EL TALISMAN

Por **NEDJDET**

ILUSTRACIONES DE BERNABÓ



Nedjdet nació en 1862, en Sivas, en pleno corazón de la Anatolia. En su infancia escuchó las leyendas maravillosas que se cuentan en su país y de las cuales están impregnadas sus cuentos. En lugar de imitar a los escritores europeos, creóse un estilo propio, con el cual tradujo fielmente las tribulaciones, las alegrías y los sentimientos de sus amigos, los campesinos. Está considerado como un escritor vigoroso, y su novela "En la gran gruta" es muy conocida.

¡QUÉ fiesta! ¡Ah, mi hombre!, ¡qué fiesta! Mis oídos están aún zumbando del ruido de las cítaras. ¡Y qué abundancia!, ¡qué riqueza!, ¡qué profusión! ¡Por Alá!, he tomado por los ojos tanto como por la boca. No sé si las miradas estaban tan encantadas con esas alhajas, esas pedrerías y esas telas bordadas en oro, como el gusto, por su parte, lo estaba con el pastel de los cuatro hermanos o el *pilaff* con garbanzos. ¡Ah, mi hombre!

Deslumbrada aún por la fastuosa ceremonia, Aïcha había acudido en seguida y contaba a su marido la boda de la hija del *mukdar*, que se casaba con un sargento que había vuelto de la guerra —el turco combatía entonces con el griego infiel—. Un gran muchacho ese sargento, con su piel bronceada por el sol, hijo y nieto de *mukdars*, como la desposada, y tan bien parecido, verdaderamente, que cuando pasaba del brazo de la novia, entre la envidia de las mujeres cubiertas con los velos, más de una madre hubiera deseado tenerlo por yerno y más de una muchacha por marido; y todas, a pesar de lo que ordena la religión, se arriesgaban a apartar el velo —¡oh, tan poca cosa!— para que él pudiera verlas.

—¡Y la desposada! ¡Ah, mi hombre! ¡Qué bella estaba! ¡Ah!... y los adornos...; imagínate diez *mahmudies* en dos filas tan anchas como la mano. ¿Te lo imaginas? Diez veces cinco piezas de oro alrededor del cuello, y brillantes como soles; lo suficiente como para comprar todo lo que poseemos: nuestra casa, nuestra tierra junto con la casa y la tierra de mi hermano y también la casa y la tierra de tu hermano. Todo eso colgado del cuello. ¡Ah, qué magnífica pareja hacían!...

El hombre sonrió; sabía que su mujer Aïcha era bastante codiciosa. Que el sargento formara con la desposada una pareja encantadora... ¡Y qué! ¿No tenían ellos acaso un hijo grande y soberbio, de una prestancia que podía resistir todas las comparaciones? Y soldado, también había partido —hacía ya cuatro años— para hacer el servicio en algún lejano país árabe, y volverían a verlo pronto, porque iba a ser liberado. No recibían sus noticias desde hacía dos temporadas. ¡Por Alá!, ¡su hijo bien valía por todos los hijos de todos los *mukdars* del mundo!

—Mujer, es necesario no envidiar la riqueza de nadie. Alá nos ha dado todo lo que nos ha dado. Tenemos los dos brazos de nuestro hijo para nuestra vejez. Roguemos a Dios que nos lo traiga sano y salvo y, si murmuramos, que no sea más que en acciones de gracia.

Ella le recriminó:

—La vida es dura; apenas si tenemos lo necesario para no morir de hambre... ¡Ah!, esos *mahmudies* que brillaban como soles...

Una cólera sorda se apoderó de ella, mezclada con la pena de pensar en su hijo que se hallaba tan lejos, tan lejos... ¡Cómo hubiera dado de buena gana la mitad de su parte de paraíso para que el hermoso sargento que se había casado hoy, fuese su hijo! Ciertamente, su marido tenía razón para estar orgulloso de su descendiente; sin embargo, ¿qué *mukdar* o qué notable consentiría en darle su hija? ¡Eran pobres! Para ellos, nada de muchacha con vestidos bordados en oro y *mahmudies* alrededor del cuello. ¿Qué dote aportaría la desposada? Dos bueyes y diez carneros, quizá...

Durante todo el día no pensó más que en esa fiesta, en la comida copiosa, en toda esa riqueza puesta de manifiesto y como segura de sí misma, en el sargento de porte tan arrogante y en la esposa con sus dos filas de *mahmudies* resplandecientes como soles. Toda la mañana pensó en ello, y también toda la tarde y aun toda la noche. Ella soñó y, al día siguiente, muy temprano, se presentó en la casa de la boda.

Las fiestas deberían durar tres días, y durante todo ese tiempo no hubo más que canciones, juegos, comidas, risas y maravillosas historias que se contaban en torno a las mesas servidas.

En la cámara nupcial, sentada en un diván de terciopelo, entre las primas, la bella desposada estaba allí, inmóvil, con sus magníficos adornos, y diez *mahmudies*, en dos filas, brillaban como soles en su cuello. Y cada vez que le ocurría a Aïcha entrar en ese cuarto, hubiera llorado de pena y de despecho, y pronto evitó entrar por temor de cometer una inconveniencia y de que la arrojaran fuera de la casa. Después, tristemente, se iba hacia su casa, allá lejos, casi en el extremo del pueblo, hacia su casa tan pequeña y pobremente construída, y tan aislada que, por las noches, veían rondar por allí a los ladrones. Bien cierto era que muchas veces, al despertar, una gallina y hasta un carnero habían desaparecido del corral pegado a la habitación. Los ladrones no entraban en esta última. ¿Qué daño hubieran podido causar? Un carnero, en cambio, pesa en la fortuna de los pobres.

❧

—¡Ordenen, ordenen! El espíritu acudirá. Sé la palabra mágica que lo domina. Salud, poder, oro... Mande: con una sola palabra el espíritu obede...

Era un santo varón que estaba sentado en la tierra, delante de una pequeña mesa cargada de objetos heterogéneos: granos de algarrobo, un cuerno de una serpiente maravillosa, dientes de un pájaro de las Indias y diferentes ungüentos. Ese hombre curaba las enfermedades y los sortilegios; su larga barba le caía hasta tocar el vientre, y su cabeza, rodeada por...


Serrabó

voluminoso turbante, parecía un hongo gigantesco.

Había colocado su pequeña botica ambulante frente mismo a la casa donde se celebraban las bodas, y una multitud se agolpaba ya ante él, comprando remedios, unos para sus animales, otros para los niños, para sus mujeres o para ellos mismos; los enamorados solicitaban el filtro con el cual ganarían el corazón de sus bienamadas o ablandarían la intransigencia de los padres.

—¡Ordenen, ordenen! Sé la palabra mágica que domina al espíritu.

Aïcha se aproximó, curiosa. El santo acababa de desligar la lengua de un mudo y de devolver el uso de sus miembros a un paralítico.

—¡Ordenen, ordenen! Sé la palabra mágica que domina al espíritu.

—Santo hombre, ¿puedes saber lo que atormenta mi corazón? — preguntó Aïcha.

—Lo conocido y lo desconocido son dos; el día y la noche son dos — respondió el santo —. El buho ve en la noche como ve el espíritu en lo desconocido.

—Santo hombre, santo hombre, dime qué atormenta mi corazón.

—La laucha es el terror del abacero. ¿Por qué? Pregúntaselo a los fondos roídos de sus odres. ¿Y qué contienen los odres sino lo dulce, lo salado, lo picante, y todo eso que se paga en buen oro? Y el oro es el motivo de su vida...

Aïcha se estremeció. Allí, frente a ella justamente, en la cámara nupcial de la casa de donde salían las canciones y los gritos de alegría...

—Santo hombre, tu ciencia es grande — murmuró conmovida —. He visto a una joven desposada que tenía alrededor del cuello, en dos filas, diez *mahmudies* brillantes como soles... Quisiera poseer *mahmudies*.

El santo varón cerró a medias los ojos y murmuró algunas plegarias; después, sacando de un cajón un minúsculo triángulo de tela, cubierto de inscripciones raras, le dijo:

—Mujer, si quieres pagar el precio de tres medidas de cebada, he aquí un talismán. Desea lo que le es posible desear a un ser humano; el espíritu te obedecerá. Unicamente no hay para mí, que no puedo pedir nada al espíritu.

Aïcha hizo un movimiento de retroceso, asustada por el precio de las tres medidas de cebada, que era demasiado para ella; pero el santo varón agregó en seguida:

—Veo que eres una mujer buena y valiente, a quien Alá quiere proteger. El me inspira para que te haga un regalo: no voy, pues, a pedirte tres medidas de cebada, ni dos y media, ni siquiera dos; no te pido más que una medida y media; ¡una miseria, en comparación de los innumerables *mahmudies* que tendrás!

Durante un largo rato aun, Aïcha regateó, hasta que al fin obtuvo el talismán por una sola medida.

—Mujer, modera tus deseos, porque la avidez desagrada a los espíritus — recomendóle el santo varón.

En seguida le indicó la fórmula y los ritos, bastante simples por otra parte, para invocar al espíritu.

—Elige un momento en que nadie pueda verte y, después de haber abrazado el talismán por tres veces consecutivas, te bastará llamar: "¡Rahmilmoth! — ése es el nombre del espíritu — ¡Rahmilmoth!, por este talismán que encierra la llave de tus secretos, te intimo a que me obedezcas...", y entonces dices qué es lo que quieres. Lo que puedas desear, lo tendrás.

Aïcha llegó a su casa extasiada, aunque un poco inquieta, ocultando entre sus ropas, contra el pecho, el precioso talismán. Se guardó muy bien de revelar el secreto a su marido; sufrida y fuerte, no temía ser maltratada, ciertamente; pero quien sabe si, al divulgarlo, ella no perdería el misterioso poder.

Esa tarde no dijo una palabra acerca de los *mahmudies*, de los cuales, sin embargo, no había dejado de hablar desde la víspera. Esto hizo decir a su marido:

—Es una felicidad que te hayas librado de tu obsesión. Es necesario contentarse con lo que uno tiene.

¡Ah!, cómo hubiera deseado ella gritarle que no era más que un tonto; que ella tenía un tesoro y que con desearlo solamente vería su mano llena de oro... ¿Su mano?... ¡Las dos manos, y las manos de su marido y los bolsillos y los sombreros también, y allá arriba, en el altillo, el gran odre de las provisiones! Al llegar aquí se contuvo; pero en su pensamiento se veía ya bella y cargada de adornos y, sobre todo, con dos filas de *mahmudies* alrededor del cuello. ¿Dos filas? No; cuatro, cinco filas. ¡Ah, ah!, le preguntaría entonces a la hija del *mukdar* qué iba a hacer, estampa de la pobreza, al lado de ella.



De tal manera, la comida de la noche transcurrió en silencio. El marido trató en vano de hacerla hablar, pero ella, realizando un esfuerzo verdaderamente heroico, logró contener la terrible comezón que sentía en la lengua. Además quería darle una sorpresa a su marido con todo eso.

¿Cómo le traería los *mahmudies* el espíritu? ¿Lo vería ella al espíritu? ¿Quizá hallaría los *mahmudies* bajo la almohada, a la mañana siguiente? A menos que no cayeran de golpe en la sartén, cuando se dispusiera a hacer la comida. O quizá los hallaría, simplemente, ante la puerta. ¿Cómo llegarían? ¿Cómo?

Imaginaba mil maneras y no se detenía en ninguna.

Después de la comida, se encerró a solas y luego de abrazar el talismán por tres veces consecutivas, hizo la llamada convenida.

—Rahmilmoth, por este talismán que encierra la llave de tus secretos, te intimo a que me obedezcas. Quiero que me traigas...

Vaciló sobre el número, recordando que el santo varón le había recomendado que no se mostrara muy ávida. Su corazón palpitó. ¿Cuánto habría que pedir? ¿Diez *mahmudies*? ¿Veinte... treinta? Por fin se decidió.

—Rahmilmoth, quiero que me traigas veinte *mahmudies*.

No bien acababa de pronunciar esas palabras, un repentino golpe de viento sacudió la puerta. Aïcha tuvo miedo: le pareció que, por ser la primera vez, su cifra había sido demasiado elevada. Quizá hubiera sido necesario conformarse con diez *mahmudies*, como las desposadas. ¿Volvería a llamar al espíritu? Pero..., ¿y si se irritaba?

—He pedido veinte—dijo suspirando.

Y en su corazón elevó a Alá una corta plegaria para que acogiera favorablemente su deseo; después, ganó el lecho junto a su marido.

Aïcha no pudo cerrar los ojos; se movía continuamente y su pensamiento trabajaba.

—¿Cómo me traerá el espíritu lo que le he pedido? ¡Qué cambio!... ¡Qué fortuna!... Tendré oro, mucho oro...

Hizo mil proyectos:

Harían construir una casa, allá, en pleno corazón de la aldea; una casa con todas las habitaciones que se necesitaran. Y ellos también darían una fiesta para el casamiento de su hija. ¡Ah, pero qué fiesta! Ella, la madre, tendría vestidos bordados en oro y

el cuello llevaría tantas filas de *mahmudies* que le bajarían hasta la cintura y brillarían como soles. ¡Ah, ah!; tendrían un cofre para guardar sus riquezas y, sobre todo, el talismán; y numerosos criados para defenderlas contra los ladrones... Esos ladrones... ¡Ah!

Con el talismán fuertemente apretado en su mano, tembló y lo estrechó con todas sus fuerzas contra su corazón.

Pero, ¡bah!, tenía que pasar solamente esa noche. ¿Quién iba a saber que había un talismán en la casa? Y, además, no entraban nunca allí. Que se lleven uno o dos carneros si quieren. No son más que carneros; ¿acaso no tendría pronto con qué comprar todas las majadas de la aldea?

Pero..., ¿por qué tardará tanto en llegar el espíritu? Y así, se puso a pensar nuevamente en el medio que habría de elegir el espíritu para llevarle los *mahmudies*. Por si acaso, deslizó la mano bajo la almohada. Nada. Esforzóse por tener paciencia un poco más todavía; después, ya no pudo contenerse por más tiempo y fué a tantear en el odre de las provisiones: nada, allí tampoco. En las ollas: nada, nada. Volvió a ganar el lecho. Su marido dormía siempre con el sueño tranquilo de los simples, sueño que no va a turbar ningún deseo exagerado.

—¿Cómo traerá los *mahmudies* el espíritu?

En eso se oye un ruido de pasos, lejano aun, pero claro: alguien pasa por el camino. ¡El espíritu! ¡Oh, ese debe ser el espíritu!; a tal hora de la noche no puede ser sino el espíritu. Con el oído atento a ese ruido que tantas cosas le promete, todo el ser de Aïcha aguarda, desea, llama... ¡Helo ahí! Está muy próximo ahora. Eso es...: acaba de entrar en la casa...; está en el umbral...; trata de abrir la puerta.

¡Pero, cómo! ¿Acaso los espíritus no pueden entrar sin abrir las puertas?

El marido se despierta sobresaltado.

—¡Ladrones...! ¡Aïcha!

—¿Ladrones?

Suspendida aún entre el ensueño y la realidad, repite:

—¿Ladrones, ladrones...?

—¡Sí, mujer! ¿No oyes? ¿Quién, si no, trataría de voltear la puerta?

—Es cierto...

Aïcha se despabila por completo.

—¡Ladrones!...—murmura aterrorizada—. Querrán mi talismán... ¡Ah, no, no!

Deslizándolo rápidamente en su seno, se levanta y toma una gran hacha de cortar leña. El marido descuelga un viejo fusil de yesca que pende del muro, y los dos, así armados, se dirigen hacia la entrada, ocultándose en la oscuridad.

La puerta gime con los empujones. Es una puerta vieja y quien se encarniza con ella a esa hora de la noche, debe ser muy fuerte. ¿Y si fuesen varios...? ¿Cómo un ladrón solo tendría la audacia de atacar toda una casa? Un crujido: la puerta acaba de ceder. En la noche, a la indecisa claridad de las estrellas, una silueta alta y cuadrada avanza con precaución, suavemente, como si temiera despertar a los habitantes de la casa.

Desde su rincón, Aïcha blande el hacha en alto...

Un golpe, uno solo y la sombra se abate sin un grito.

—Hace mucho que nos robaba. Ya no robará a nadie más.

El marido golpea el eslabón para prender una antorcha.

En un mar de sangre y con el cráneo hendido, yace su hijo, su único hijo que, libre del servicio militar, había querido dar a sus padres el placer de una sorpresa, llegando sin avisarles.

Al otro día, cuando desnudan el cadáver para lavarlo, encuentran en su cinturón veinte *mahmudies* de oro, grandes como la palma de la mano y brillantes como soles. ◈



El visitante se deleita con el paisaje maravilloso junto a las mansas aguas del arroyo que corre entre piedras.



CORDOBA PINTORESCA

UN PUESTO EN

EVOCACION DE LOS MONTONEROS.- PERROS CONTRA PUMAS.



Un pequeño turista que gustará, por unas horas, la alegría de sentirse jinete por los senderos que hollaron los antiguos montoneros.

Panorama serrano

Anverso y reverso: allá abajo, la ciudad febril, apretada; aquí, entre las sierras, el espacio abierto, el aire puro. Y en plena serranía cordobesa, jalonando las interminables líneas de las pircas, esas paredes de piedra, secas, construídas por los indios de las encomiendas y que son algo así como el sudor petrificado de largas y penosas jornadas, hállanse diseminados, entre valles y cuchillas, esos avanzados oteros de las estancias: los puestos del cuidador de ganados.

Típicos y rústicos puestos criollos de la serranía, que recorrieran otrora las montoneras en busca de hombres y caballada con que engrosar sus cruzadas aventureras. La memoria evoca figuras legendarias que van desfilando como fantasmas, ante la vista tendida por el panorama de la sierra cordobesa: Carrera, "El Chacho" Peñaloza, López, Ramírez, La... que...

Rancho de barro, techo de totoras, escondido en una hondonada al resguardo de los vientos. He aquí un "puesto" cordobés.

LA SERRANIA...

UN POLLINO PARA EL FRAILE ALDAO.- LA CIUDAD Y EL CAMPO.-

Por Juan José Ortiz Barili

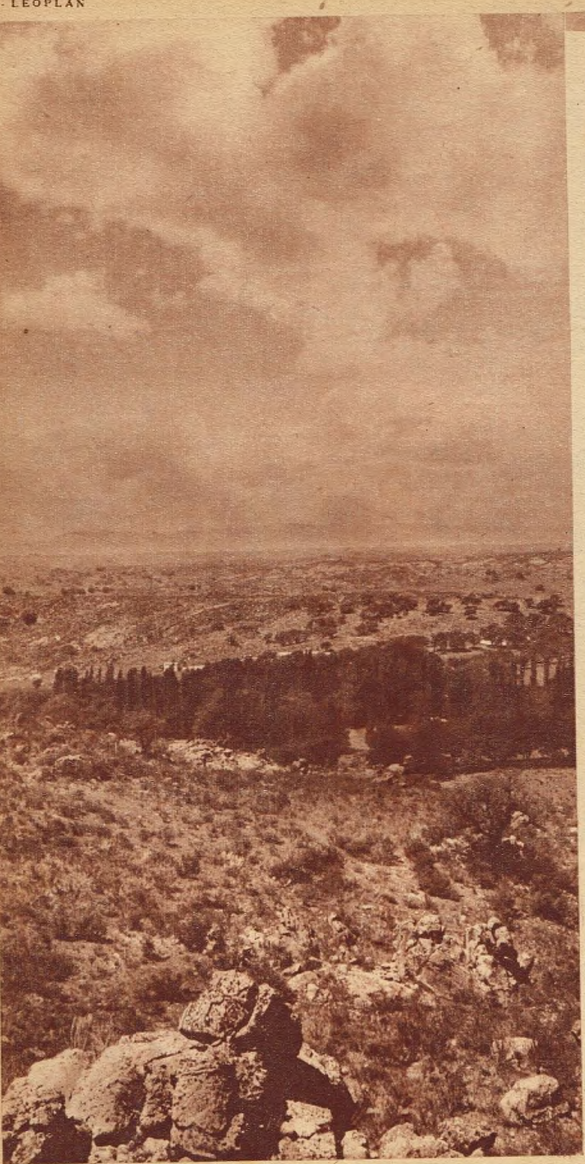
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" FOTOS MONTAÑA

Desde lo alto de unas rocas se descubre un punto suspendido a mitad de camino, en las estribaciones de Sierras Altas, entre el valle y la cumbre: es el puesto de La Granadilla. En el valle corre como un hilo de plata el río San José, tributario del caudaloso Anizacate, situado al sudoeste del observatorio de Bosque Alegre y en las proximidades de San Clemente de Alta Gracia.

Ranchito de barro y techo de totoras escondido en una suave hondonada, al resguardo de los vientos que allí son duros como la vida del puestero. Al frente, el infaltable palenque improvisado con un tala seco. Unos tímidos espinillos de ralo follaje completan el paisaje.



Un serranito, pastor de cabras y ovejas, regresa al rancho portando dos ejemplares ovinos, indicados para el asador.



¡Los pumas!...

Despacio, buscando con la mirada donde apoyar el pie, descendemos hacia La Granadilla. En el camino nos hallamos con un serranito, pastor de cabras y de ovejas, que regresa él también, portando en sus brazos dos tiernos ejemplares, indicados para el asador. Por lo menos, eso es lo que nos hace imaginar nuestro apetito, estimulado por el aire de la serranía.

—¿Los asarán mañana? — le preguntamos para entablar conversación.

—No; pero si los dejo aquí esta noche, se los comerían.

—¿Se los comerían? ¿Quiénes; los vagabundos?

—¡Cómo! ¿No sabe, don? ¡Los pumas!...

Y el chiquillo abre mucho los ojos, mientras nos relata que esos carniceros abundan en la espesura de los bretales vecinos.

—Sí, no hace mucho tiempo se comieron dos borriquillos que se quedaron durante la noche por allá — y el pequeño pastor tiende el brazo hacia las sierras próximas —. Pero nosotros no les tememos, ¿sabe? Los perros nos defienden...

Las palabras del muchacho explican la presencia de cuatro o cinco grandes perros de aspecto famélico y salvaje.

—De noche "sabemos" oír los rugidos, desde aquí — agrega nuestro acompañante. Y mira hacia atrás, hacia la espesura, donde ya el ocaso tiende sus sombras que se alargan tomando fastasmales proyecciones.

Vamos llegando al puesto. Pensamos en algunas pieles de pumas que hemos visto en los comercios que matizan las rutas cordobesas. Los cazadores podrían hacer una obra útil en estos parajes; pero sin duda prefieren la más cómoda y menos arriesgada caza de la vizcacha, que matan de noche, a tiros, luego de encandilarla con linternas.

"Un pollino para el fraile Aldao"

En las cercanías del rancho pastan unos burritos que harán las delicias del pequeño turista el próximo verano. En estos lugares, donde sucedieron tantos hechos históricos, cualquier incidente motiva un recuerdo. Por eso ahora murmuramos las palabras con las cuales Mitre describe a los montoneros:

"—Como los soldados de Atila usaban de casco una cabeza de oso, los gauchos del montonero López ostentaban bota de potro, chiripá colorado, y de casco una cabeza de burro con las orejas enhiestas por crestón."

Recordamos también que ese pintoresco sombrero fué substituído luego por otro, hecho de panza de burro y adornado con plumas de avestruz, como símbolo montonero.

El puestero nos recibe con la cordialidad propia del hombre de campo. Poco después "canta" la pava en el fogón. Nos convida con mate.

—¿Y a ésos, no se los comerán los pumas? — le preguntamos señalando los borriquitos.

—No, ésos son "baquianos". Por la noche se arriman a las casas...

—¿Los tienen para llevar cargas o para pasear a los turistas?

—Y... hacen de todo un poco. Lindos animales para la sierra: fuertes y sufridos.

—Sí; y a veces han figurado en alguna anécdota histórica.

—Como la del fraile, ¿no?

—¿La conoce?

Desde lo alto de unas rocas se descubre un punto suspendido entre el valle y la cumbre: es el puesto de La Granadilla.

—Algo me han contado... pero no recuerdo bien.

—Bueno, pues escuche lo que decía el general don Gregorio Aráoz de Lamadrid, que entonces era coronel:

"—Luego del triunfo de Oncativo sobre Facundo Quiroga, íbamos en persecución de la escolta de éste, que había huído, cuando un soldado nuestro reconoce al lugarteniente del "Tigre de los Llanos", al terrible fraile apóstata, coronel Aldao, y grita mientras lo embiste con la lanza:

"—Aquí está el fraile Aldao."

—¡Ahijuna! ¿Y lo lanceó? — nos pregunta el puestero.

—Aguarde un momento y escuche:

"El fraile, que iba borracho y probablemente con la cincha floja, tiéndese sobre el caballo a un costado para eludir la lanceada. Entonces el recado se le da vuelta y cae.

"A eso de la oración, nuestro comandante, el general Paz, que venía marchando con sus coraceros, recibe al prisionero y a su vez lo entrega para que lo conduzcan al coronel D. Hilarión Plaza, quien por ser mendocino no podía olvidar las fechorías del fraile, cometidas en Mendoza. Por eso, deseoso de ridiculizarlo, gritó:

"—¡A ver, soldados, un pollino para el fraile!

"Momentos después se halló un asno y montado en él hicieron entrar en la ciudad de Córdoba al fraile Aldao, que fué objeto de la mofa y burla de las mujeres."

Sonríe el puestero. Es la suya una sonrisa comprensiva, llena de picardía. El, hombre de a caballo, comprende perfectamente la broma.

La vida en el puesto

El turista que llega al puesto a pasar unas horas, se deleita con la visión típica del rancho y admira el paisaje maravilloso de las montañas que lo rodean a la distancia. Pasea a ratos y sumerge su ocio en las mansas aguas del arroyo cercano, para irse a la ciudad al cabo de unas horas placenteras, con la visión eglógica de una verdadera sinfonía de colores y la tónica sensación de una tarde grata.

Para el puestero, la realidad es otra.

—¿Lindo día, verdad? — le decimos.

—Sí, pero esta madrugada hacía un frío... El viento cortaba la cara y las manos se engarrotaban.

—Y hoy al mediodía, ¡qué linda estaba el agua del arroyo!

—Sí, pero cómo quemaba el sol...; tuvimos que ir a buscar las ovejas justito cuando el sol estaba a plomo.

Ese "sí, pero...", repetido, encierra toda la queja del puestero. Su tarea es dura: labor diurna, silenciosa, a la intemperie, bajo el sol abrasador o con fríos intensos. Nocturna soledad, inmensa cuando la única luz que se ve en los campos es la de las estrellas o el relámpago. En el rancho, tiembla la llama de la vela de sebo.

Los muchachos, esos niños con preocupaciones de hombres, deben dejar atrás la escuela para llegarse a la ciudad a ganar el sustento vendiendo leña, yuyos o hierbas medicinales.

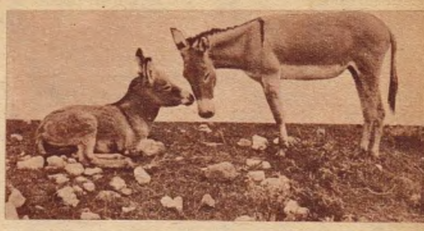
Una vez, Sarmiento pasó por esas quebradas. Su vista aguda captó, más allá del paisaje, la vida dura del paisano. Y sus impresiones quedaron luego estampadas en las páginas de "Facundo", donde señala con magnífica prosa el contraste entre las casas de la ciudad y los ranchos del campo.

Vida dura, la del puestero. Pero vida sana, fuerte y sencilla. Ya estamos otra vez sobre las piedras, sierra arriba, y echamos la mirada por el paisaje, por última vez. Impone su belleza magnífica. Antes de emprender la marcha hacia la ciudad, miramos el rancho que queda allá abajo. El puestero nos hace una señal de despedida que, a su lado, imita el chicuelo.

De pronto, nos parece que sus labios se mueven y murmuran:

—Sí, pero...

Y regresamos sin volver la cabeza, como si nos avergonzáramos del deseo de contemplar, una vez más aun, el incomparable panorama serrano. ◈



En los cercanías del rancho se ven dos burritos que harán las delicias del turista el próximo verano.

Método Scotch

LAS HORAS que Ud. DISTRAE

...TIENEN VALOR!! APROVECHELAS ESTUDIANDO POR CORRESPONDENCIA UNA PROFESION MAS LUCRATIVA O AMPLIANDO SUS CONOCIMIENTOS ACTUALES EN FORMA *FACIL, EFICAZ* y *ECONOMICA* CON NUESTRO EXCLUSIVO "Método Scotch".

Técnico mecánico.
Motores a explosión y Diesel.
Téc. en tornería y fresado
Mecánico de aviación.
Fundición, Soldadura.
Dibujo mecánico.
Radio, Electricidad.
Arquitectura.
Construcciones.
Téc. hormigón armado.

Agrimensor.
Calefacción y Ventilación.
Téc. Aeronáutico.
Química Industrial.
Idóneo de Farmacia.
Contaduría.
Publicidad.
Secretariado.
Taquigrafía y Dactilografía.

Procurador.
Agricultura.
Avicultura.
Jardinería y Horticultura.
Cocina.
Corte y Confección.
Labores, Tejidos.
Artes Decorativas.
Etcétera.

UN NUEVO RITMO EN
INSTITUTO POLITECNICO AMERICANO
MATERIA DE ENSEÑANZA

envíe este CUPON

Sr. DIRECTOR DEL "INSTITUTO POLITECNICO AMERICANO". - Avda. de Mayo 840, Buenos Aires.
Ruego de usted enviarme informes GRATIS sobre el curso de............

Nombre ....
Dirección..............................
Localidad.............................. F. C....

L 102



ALI-RODOLFO, O EL TURCO A

Condenado al ostracismo por un casero inhospitalario, hacía tiempo que Rodolfo vivía más errabundo que las nubes y perfeccionándose admirablemente en el arte de acostarse sin cenar o de cenar sin acostarse. Su cocinero se llamaba Azar, y se alojaba frecuentemente bajo el techo del Cielo Raso. Y sin embargo había dos cosas que no abandonaban a Rodolfo en medio de aquellas penosas contrariedades: su buen humor y el manuscrito de *El Vengador*, drama que había recorrido todos los sitios teatrales de París.

Un día, llevado Rodolfo a la prevención a causa de ciertos excesos coreográficos demasiado macabros, se encontró de manos a boca con un tío suyo, el señor Monetti, fumista, sargento de la guardia nacional, y a quien Rodolfo no había visto desde hacía una eternidad.

Conmovido ante las desventuras de su sobrino, el tío Monetti prometió mejorar su estado, y ahora veamos cómo, si no se asusta el lector de una ascensión de seis pisos.

Tomemos, pues, la escalera y subamos. ¡Uf! ¡Ciento veinticinco escalones! Ya hemos llegado. Un paso más y estamos en la habitación. Si fuéramos uno más no cabríamos en ella. Exigua, pero alta; por lo demás, buen aire y linda vista.

El mobiliario se compone de varias chimeneas a la prusiana, dos estufas, hornillos económicos, sobre todo cuando no se enciende lumbre en ellos, una docena de tubos de tierra cocida o de palastro y multitud de aparatos de calefacción. Citemos también, para cerrar el inventario, una hamaca colgada de dos clavos, fijos en las paredes, una silla de jardín, coja; un candelero, provisto de arandela, y otros objetos de arte y de fantasía.

En cuanto a la segunda pieza, el balcón, dos cipreses enanos, en tiesto, lo convierten en parque, cuando llega la estación del buen tiempo.

Al entrar nosotros, el huésped de aquel cuarto, un joven en traje de turco de ópera cómica, está concluyendo una comida descaradamente contraria a la ley del Profeta, según lo prueban la presencia de jamón y de una botella de vino; es decir, que había tenido vino, pues a la sazón estaba vacía. Terminada su comida, el joven turco se tendió a lo oriental en el suelo y se puso a fumar negligentemente un narguile con las iniciales J. G. Sin abandonar por ello su actitud asiática, de cuando en cuando el turco pasaba la mano por el lomo de un magnífico perro de Terranova, que de seguro hubiese respondido a sus caricias a no ser de tierra cocida.

De pronto, un ruido de pasos se dejó oír en el pasillo, y la puerta del cuarto se abrió, dando entrada a un personaje que, sin decir palabra, se fué derecho a una de las estufas que servía de escritorio, abrió la portezuela del hornillo y sacando un rollo de papeles los examinó con atención.

—¡Cómo! — exclamó el recién llegado, con fuerte acento piamontés —. ¿Aun no has concluído el capítulo de los Ventiladores?

—Perdone usted, tío — contestó el turco —. El capítulo de los Ventiladores es uno de los más interesantes de su obra, y exige cuidadoso estudio. Lo estoy estudiando.

—Pero, ¡desgraciado! Siempre me contestas lo mismo. Y mi capítulo de los Caloríferos, ¿en qué estado se halla?

—El calorífero va bien. Y a propósito, tío, si pudiese usted darme un poco de combustible no me vendría mal. Esta habitación es una Siberia en pequeño. Tanto frío tengo que con sólo mirar el termómetro lo haría descender bajo cero.

—¿Qué dices? ¿Acaso has consumido ya un haz de leña?

—Permita, tío, que le diga que hay haces y haces. El de usted era muy pequeño.

—Te mandaré un leño económico. Conservan mejor el calor.

—Precisamente porque lo conservan no lo dan.

—Pues bien — dijo el piamontés al retirarse —; mandaré que te suban un hacecillo. Pero te advierto que necesito mi capítulo sobre los Caloríferos para mañana.

—La lumbre me dará inspiración—dijo el turco, al que acababan de encerrar otra vez bajo doble llave.

Si escribiéramos una tragedia, éste sería el instante propicio para dar intervención al confidente. Se llamaría Nureddin u Osman, y con aire a la vez discreto y protector se acercaría a nuestro héroe y le daría hábilmente motivos de explicarse mediante algunas interrogaciones en verso de este estilo:

¿Qué funesto presagio, señor, os ensombrece?
¿Por qué esa palidez que en vuestra frente veo?
¿Acaso Alá se muestra contrario a tus anhelos?
¿O es que Alí, el desalmado, causando tus enojos,
Por orden impartida con inflexible celo,
Aleja la belleza que encantó vuestros ojos?

Pero no hacemos tragedia, y a pesar de la necesidad que tenemos de un confidente, prescindiremos de él.

Nuestro héroe no es lo que parece. El turbante no hace al turco. Aquel joven es nuestro amigo Rodolfo, recogido por su tío, para quien redacta actualmente un *Manual del perfecto fumista*. En efecto, el señor Monetti, apasionado por su arte, había consagrado sus días a la fumistería. Aquel digno piamontés había arreglado para su uso particular una máxima casi igual a la de Cicerón, y en sus momentos de entusiasmo exclamaba: *Nascuntur fu...mista*. Un día había ocurrido que para utilidad de las generaciones futuras convenía redactar un



LA FUERZA

Otro episodio de

"ESCENAS DE LA VIDA BOHEMIA"

la popular obra de

ENRIQUE MURGER

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

código de la teoría y principios del arte en cuya práctica sobresalía, y había, como hemos visto, escogido a su sobrino para encuadrar el fondo de sus ideas en una forma que pudiese hacerlas comprensibles. Rodolfo estaba alimentado, tenía cama y alojamiento, etc... y debía recibir al terminarse el *Manual* una gratificación de cien escudos.

En los primeros días, y para infundir ánimos a su sobrino, Monetti le había hecho generosamente un adelanto de cincuenta francos. Pero Rodolfo, que no había visto tanto dinero junto desde hacía un año, se echó a la calle medio loco, acompañado de sus escudos y estuvo tres días fuera. Al cuarto regresó, ¡pero solo!

Monetti, que tenía prisa por ver acabado su *Manual*, porque contaba con obtener un privilegio, tuvo miedo de que su sobrino se le escapara nuevamente; y para obligarle a trabajar, impidiéndole salir, le quitó sus ropas y le dejó en cambio el disfraz con que le acabamos de ver...

Con todo, el famoso *Manual* no iba menos *piano, piano*, pues Rodolfo carecía completamente de las cualidades necesarias para aquel género de literatura. El tío se vengaba de aquella indiferencia perezosa en materia de chimeneas, haciendo sufrir a su sobrino toda clase de mortificaciones. Ya le escatimaba la comida, ya le privaba del tabaco.

Un domingo, después de haber sudado penosamente sangre y tinta sobre el famoso capítulo de los Ventiladores, Rodolfo rompió la pluma que le quemaba los dedos, y se fué a pasear por su parque.

Como para tormento suyo y mayor acicate de su deseo, no podía arriesgar una mirada a ningún lado sin tropezar en todas las ventanas con un rostro fumando.

En el balcón dorado de una casa nueva, un mocosuelo en traje de casa oprimía entre sus



dientes un aristocrático cigarro. Un piso más arriba, un artista, arrojaba ante sí la niebla olorosa de un tabaco levantino que ardía en una pipa con boquilla de ámbar. En la ventana de un cafetucho, un alemán gordo bebía espumosa cerveza y lanzaba, con mecánica precisión, las nubes opacas que se escapaban de una pipa de Cudmer. Al otro lado, grupos de obreros que se dirigían a las barreras, pasaban cantando con la pipa corta entre dientes. En una palabra, todos los demás peatones que llenaban la calle, fumaban.

—¡Ay! — exclamaba Rodolfo con envidia —. Excepto yo y las chimeneas de mi tío, todo el mundo echa humo en este momento en la creación.

Y Rodolfo, con la frente apoyada sobre la barandilla del balcón, consideró cuán amarga era la vida.

De pronto se dejó oír debajo de él una sonora y prolongada carcajada. Rodolfo se inclinó un poco hacia adelante para ver de dónde salía aquel cohete de loca alegría, y entonces notó que había sido visto por la inquilina del piso inferior: la señorita Sidonia, dama joven del teatro del Luxemburgo.

La señorita Sidonia se adelantó en su terraza enrollando entre sus dedos, con esmerada habilidad, un papelito rellenado de un tabaco rubio que sacaba de una bolsa de terciopelo bordado.

—¡Oh, qué linda tabaquera! — murmuró Rodolfo con admiración contemplativa.

—¿Quién será este Alí Babá? — pensaba por su parte la señorita Sidonia.

Y calculó en voz baja un pretexto para entablar conversación con Rodolfo, quien, por su parte, trataba de hacer otro tanto.

—¡Dios mío! — exclamó la señorita Sidonia cómo si hablase consigo misma—. ¡Dios mío!, ¡qué fastidio! No tengo cerillas.

—Permítame, señorita, que se las ofrezca — dijo Rodolfo dejando caer en el balcón dos o tres cabezas de fósforos, envueltas en un papel.

—¡Mil gracias! — respondió Sidonia encendiendo un cigarrillo.

—¡Oh, señorita!—prosiguió Rodolfo—. En cambio del insignificante servicio que mi buena estrella me ha hecho prestar a usted, ¿me permitiría usted el atrevimiento de pedirle?...

—¡Cómo! Ya está pidiendo — pensó Sidonia mirando a Rodolfo con mayor atención —. ¡Ah! — agregó —. Estos turcos... Se dice de ellos que son volubles, pero muy simpáticos. Hable usted, señor — dijo alzando la cabeza hacia Rodolfo —. ¿Qué desea usted?

—¡Dios mío, señorita! Le pido la caridad de un poco de tabaco. Hace dos días que no fumo. Una pipa solamente...

—Con mucho gusto, señor... Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Quiere usted tomarse la molestia de bajar un piso?

—¡Ay! No me es posible... Estoy encerrado; pero me queda la libertad de poner en práctica un medio muy sencillo — contestó Rodolfo.

Y ató su pipa a una cuerda y la dejó deslizarse hasta la terraza, en donde la señorita Sidonia la llenó abundantemente. Rodolfo procedió en seguida con lentitud y circunspección a la ascensión de su pipa, que llegó sin tropiezo.

—¡Ah, señorita! — dijo a Sidonia —. ¡Cuánto mejor me sabría esta pipa de haberla podido encender en el fuego de sus ojos!

Aquella agradable galantería estaba por lo menos en su centésima edición; pero no por eso la señorita Sidonia la encontró menos soberbia.

—¡Qué lisonjero! — creyó deber responderle.

—¡Ah, señorita! Le aseguro que me parece usted hermosa como las tres Gracias.

—¡Vaya! Este Alí Babá es decididamente muy galante — pensó Sidonia —. ¿Es usted turco auténtico? — preguntó a Rodolfo.

—No por vocación — respondió—,sino por necesidad. Soy autor dramático, señorita.

—Y yo, artista — replicó Sidonia.

Después añadió:

—¿Quiere usted hacerme, señor vecino, el honor de venir a cenar y pasar la velada en mi casa?

—¡Ah, señorita! Aunque esa proposición me abre el cielo, me es imposible aceptarla. Como he tenido el honor de decirle, estoy encerrado por mi tío, el señor Monetti, fumista, de quien soy actualmente secretario.

—No por eso dejará usted de cenar conmigo—replicó Sidonia—. Escuche usted bien: voy a entrar en mi cuarto y golpearé el techo. En el sitio donde yo golpee, usted mirará y hallará señales de un ventanillo que existía y ha sido obstruído después. Halle usted medio de levantar la tablilla que cierra el orificio y, aunque cada uno en su casa, estaremos casi juntos.

Rodolfo se puso inmediatamente a la obra. Al cabo de cinco minutos de trabajo quedaba establecida una comunicación entre los dos cuartos.

—¡Ah! — pensó Rodolfo —. El agujero es exiguo, pero habrá siempre sitio bastante para que pueda pasar mi corazón.

—Entretanto — dijo Sidonia —, vamos a comer... Prepare usted el cubierto en su casa. Voy a ir pasando los platos.

Rodolfo dejó caer en la habitación su turbante atado a una cuerda y lo volvió a subir cargado de comestibles. Luego, el poeta y la artista se pusieron a comer a la vez, cada uno por su lado. Con los dientes devoraba Rodolfo un pastel y con los ojos a la señorita Sidonia.

—¡Ay, señorita! — suspiró Rodolfo cuando acabaron su comida —. Gracias a usted mi estómago está satisfecho. ¿No satisfaría usted lo mismo el hambre canina de mi corazón, que está en ayunas desde hace ya tanto tiempo?

—¡Pobre muchacho! — contestó Sidonia.

Y subiendo sobre un mueble aportó hasta los labios de Rodolfo su mano, que éste enguantó de besos.

—¡Ah! — exclamó el joven —. ¡Qué pena que usted no pueda hacer como San Dionisio, que tenía el poder de llevar la cabeza en las manos!

Después de la comida empezó un palique amoroso-literario. Rodolfo habló de *El Vengador*, y la señorita Sidonia le pidió que se lo leyera.

Inclinado al borde del agujero, Rodolfo empezó a declamar su drama a la actriz, que para oír mejor se sentó en un sillón que había colocado sobre la cómoda. La señorita Sidonia declaró que *El Vengador* era una obra maestra, y como tenía alguna influencia en el teatro, prometió a Rodolfo hacer admitir su obra.

En el momento más tierno de la entrevista, el tío Monetti dejó oír en el corredor su paso ligero como el del Comendador. Rodolfo apenas tuvo tiempo para cerrar el boquete.

—¡Toma! — exclamó Monetti a su sobrino —. Aquí hay una carta que corre tras de ti desde hace un mes.

—Veamos — contestó Rodolfo —. ¡Ay, querido tío! — exclamó —. ¡Tío mío, soy rico! Esta carta me anuncia que he obtenido un premio de trescientos francos en un concurso de juegos florales. Pronto, mi gabán y mis cosas, que voy a recoger mis laureles. ¡Me esperan en el Capitolio!

—¿Y mi capítulo de los Ventiladores? — preguntó Monetti fríamente.

—¡Qué tío! ¿Quién se ocupa ahora de ello? Devuélvame usted mis bártulos. No quiero salir con esta ropa...

—No saldrás hasta que mi *Manual* esté terminado — contestó el tío, encerrando a Rodolfo bajo doble llave.

Al quedarse solo, no dudó Rodolfo mucho tiempo sobre el partido que debía tomar... Ató sólidamente a su balcón una sábana transformada en cuerda de nudos, y, a pesar del peligro de su tentativa, bajó con la ayuda de aquella escala improvisada a la terraza de la señorita Sidonia.

—¿Quién está ahí? — gritó ésta al oír a Rodolfo llamar a los cristales de su balcón.

—¡Silencio! — respondió él —. Abra usted.

—¿Qué quiere? ¿Quién es?

—¿Y es usted capaz de preguntarlo? Soy el autor de *El Vengador*, y vengo a buscar mi corazón, que he dejado caer en su cuarto por el ventanillo.

—¡Desventurado joven! — repuso la actriz —. Ha podido usted matarse.

—Escúcheme usted, Sidonia... — continuó Rodolfo, enseñándole la carta que acababa de recibir —. ¿Ve usted? La fortuna y la gloria me sonríen... ¡Que el amor haga como ellas!

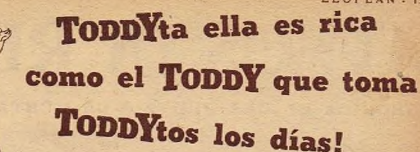
* * *

Al día siguiente por la mañana, con la ayuda de un disfraz masculino que le había proporcionado Sidonia, Rodolfo podía escaparse de la casa de su tío... Corrió a casa del corresponsal del concurso de los Juegos Florales a recibir una rosa de oro de valor de cien escudos, que vivieron casi lo que viven las rosas.

Un mes más tarde, el señor Monetti era convidado por parte de su sobrino a asistir a la primera representación de *El Vengador*. Gracias al talento de la señorita Sidonia la obra tuvo diecisiete representaciones, y produjo cuarenta francos a su autor.

Algún tiempo después — ya había llegado el verano —, Rodolfo vivía en la Avenida de Saint-Cloud, en el tercer árbol a la izquierda saliendo del bosque de Bolonia, en la quinta rama.

En el próximo número:
EL ESCUDO DE CARLOMAGNO





He aquí otro maravilloso "botón de muestra" de la felicidad y salud que TODDY da a TODDYtos los niños que lo toman 3 veces por día. Felices, porque no hay nada más rico que el TODDY. Y sanos, porque TODDY es lo más sano que hay!

Abrales las puertas de la felicidad a sus niños! Déles TODDY hoy mismo y déselo TODDYtos los días. Verá que contentos y fuertes se le van a poner. Pero déselo 3 veces por día, porque TODDY es tan económico que es una pena dejarlos con las ganas!



Y TODDY le ofrece también un atrayente programa de radio TODDYtos los días, menos domingos, a las 17 hs. por R. SPLENDID, en cadena con todas sus emisoras del interior.

PRUEBE TODDY UNA VEZ Y LO TOMARA TODDYTA SU VIDA!

ATHOS, LA REPUBLICA SIN

CRONICA DE UNA VISITA A LA MONTAÑA SAGRADA, EL PAIS DONDE CINCO MIL

Una idea fantástica

TRES siglos antes de nuestra era, el arquitecto griego Dinócrates quiso presentarse ante Alejandro Magno, pero los cortesanos que rodeaban a éste postergaban la presentación de un día para otro, pretextando que el emperador estaba muy atareado. Cansado ya de la larga espera, Dinócrates se adornó la cabeza con una corona de laureles, y, en vez de la túnica, se cubrió con una piel de león y otras prendas usadas por los atletas, y así entró al estadio durante una fiesta. En esta forma llegó ante el emperador para someterle un proyecto.

Tratábase de lo siguiente: Cerca del puerto de Salónica, sobre la península Athos, y a dos mil metros de altura, se levantaba el cerro del mismo nombre, que en su parte más elevada tenía una enorme roca calcárea. Dinócrates proponía convertir esa roca, visible desde muy lejos, en una grandiosa estatua

He aquí un "iguman", jefe de uno de los grandes conventos de Athos.

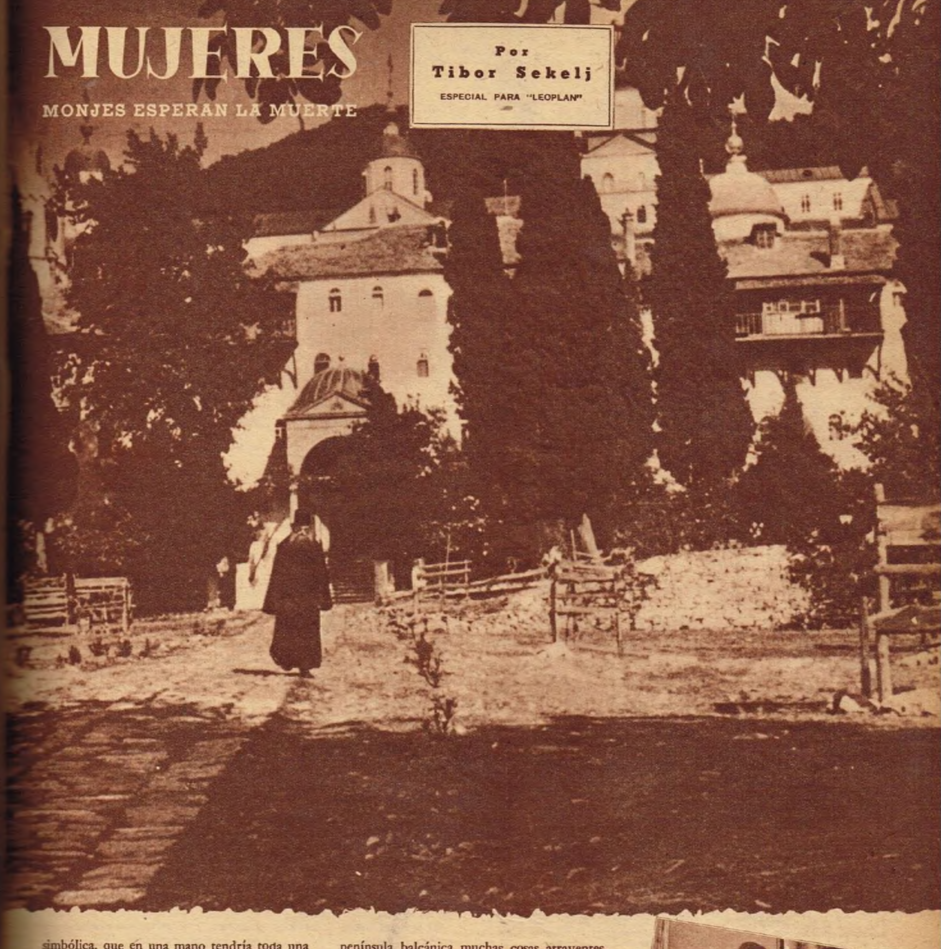


Cada convento es una ciudad aparte, con sus iglesias, amplios patios, talleres, comedores y todas las demás comodidades... del siglo XII.

MUJERES

MONJES ESPERAN LA MUERTE

Por
Tibor Sekelj
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"



simbólica, que en una mano tendría toda una pequeña ciudad y en la otra un lago artificial. Alejandro encontró el plan demasiado fantástico y lo rechazó. Pero como el arquitecto le impresionara bien, decidió llevarlo en sus conquistas. Fué el mismo Dinócrates quien luego había de construir Alejandría.

La gigantesca estatua, que debía dar atractivo a la península Athos, no fué construída jamás. Pero los siglos se encargaron de crear otra maravilla en esta península, que, como una lengua, verde por sus frondosos bosques, se interna en el azul del mar Egeo.

Excursión al siglo XII

Un hombre de ciencia, un artista o un simple turista curioso pueden encontrar en la península balcánica muchas cosas atrayentes, otras sorprendentes y hasta asombrosas. Pero quizá ninguno de los vestigios de culturas pretéritas ni ninguna de las bellezas naturales llamarán tanto la atención del viajero como la Montaña Sagrada. Athos es una república que existe desde hace un milenio y que en nada ha cambiado a lo largo de los siglos. Visitarla significa hundirse en la vida de tiempos remotos, retomar los senderos de épocas pasadas. Los cinco mil monjes, únicos habitantes de esta tierra, viven de la misma

En los talleres de la Montaña Sagrada todo es tradición. También la pintura se transmite de generación a generación, conservando el estilo del pintor Pansélinos, el "Rafael de Athos".



En las calles de Karyes, la pequeña capital de Athos, no hay mujeres ni niños. El eterno silencio de las calles es interrumpido de cuando en cuando por los pasos de algún monje, ensimismado y ausente.

manera que vivían en el siglo XII; trabajan con los mismos instrumentos y llevan en sus cerebros las mismas ideas.

Para llegar a esta península de Athos es necesario arribar al puerto de Salónica, luego por tierra o por mar a Calcidic, y de allí bajar a su lengua más oriental, que es la de Athos.

La república de los monjes, políticamente, depende de Grecia, pero tiene una autonomía completa, y, por lo tanto, para visitarla el viajero necesitará un permiso especial del "prothos", el primer ministro de Athos. Este preside el gobierno más antiguo del mundo, en su residencia de Karyes, pequeña ciudad situada entre el espeso follaje de árboles milenarios, cruzada por arroyos murmurantes. La mirada del turista vaga involuntariamente por las callejuelas, en las puertas de las antiguas casas, sobre los balcones y las ventanas, en busca de alguna abuela ocupada en hilar lana, o de muchachas alegres y sanas que comenten la aparición del forastero, o de un niño que llore o juegue en la calle. Pero aquí no hay nada de eso: la calle está desierta y hundida en un eterno silencio, que se interrumpe de cuando en cuando al paso de la grave figura de algún monje.

Adonde se va para morir

En la ciudad de Karyes, como en toda la Montaña Sagrada, no hay mujeres, y, por tanto, nadie nace allí. En el siglo XII, para evitar toda tentación, se prohibió la entrada a toda mujer a la república de los monjes. Y, a lo largo de los siglos, sólo dos veces se violó esta ley. En el año 1345 el poderoso emperador servio Dushan llevó a su esposa a visitar Athos, en un momento en que por circunstancias políticas no se le podía negar la necesaria autorización. La otra mujer que pasó en Athos un breve lapso de quince minutos fué la reina Isabel de Rumania, conocida bajo el nombre literario de Carmen Sylva. Ni la corona ni su popularidad de escritora le pudieron proporcionar la satisfacción de gozar por más tiempo la tranquilidad milenaria de aquel paraje.

Pero no sólo a mujeres se refiere la prohibición, sino también a hembras de toda clase de animales. Así en esta extraña república viven muchos toros, pero ninguna vaca; gallos y gatos sí, pero no gallinas ni gatas. Se comprende de esta manera que toda renovación debe venir desde afuera. Nada nace en Athos. Hombres y animales vienen a esta tierra para morir en ella sin dejar descendencia, como a un enorme cementerio solitario en que no hay flores ni llanto de mujeres sobre las tumbas.

En el monasterio

Una vez cumplido el reglamento, se abren ante el turista no sólo todos los caminos de la península, sino también los pesados portones de los monasterios. Hay veinte grandes conventos que tienen sus representantes en el gobierno de Karyes, y muchos pequeños, bajo el dominio de aquéllos. Los monjes son de religión ortodoxa, de nacionalidad griega, rusa o servia. Los monasterios de más renombre son Lavra, Vatopedi, Iviron, Jilandar...

Visitemos, pues, este último.

Ya desde lejos se ve, entre el follaje del bosque que atraviesa el camino, las altas murallas con miradores que recuerdan más una fortaleza que un convento. Al acercarnos, pasamos por el puente levadizo que atraviesa un profundo canal. El guía golpea en el portón de la "fortaleza" con la enorme aldaba de hierro que pende de él. Pronto aparece un monje, y nos hace pasar. Cruzamos el amplio patio, y llegamos a una galería donde nos espera sentado en su sillón rústico el *iguman*, jefe del convento, vestido de sotana y ostentando luenga barba, al uso de los monjes de Athos, que nunca se afeitan ni cortan el cabello, pues —dicen— el hierro no ha de tocar la cabeza de los consagrados a Dios.

El *iguman* habla el servio y el griego, y es difícil encontrar en el convento alguna persona que sepa un idioma occidental. Pero, si sabemos el servio, por ejemplo, ¡con qué alegría se nos acogerá! Nos colmarán de preguntas sobre la política, preguntas muchas veces absurdas e infantiles, y nos colmarán también de toda clase de atenciones. Luego se nos enseñará el convento. La interminable fila de celdas miserables donde duermen los monjes; los comedores que aun huelen a pescados; los talleres con instrumentos dignos de integrar un museo de antigüedades; la biblioteca que encierra centenares de manuscritos del antiguo Bizancio y magníficas copias de la Biblia y de otros libros que representan una riqueza incalculable; las suntuosas iglesias en las que los adornos de oro y de plata se mezclan con los soberbios lienzos de Panselinos, el "Rafael de Athos" que vivió en el siglo XII, y de otros pintores que siguen sus huellas hasta el día de hoy. Todo esto es un mundo aparte, donde la gente sigue con los mismos estilos artísticos, con la misma manera de vida, con la misma mentalidad que en los siglos pretéritos. Bien reconocería su obra Esteban Nemania, el déspota servio que fundó el Jilandar para pasar en él los últimos años de su vida.

Sólo una placa conmemoratoria que encontramos en el patio nos hace recordar el andar del tiempo. Habla esta placa de acontecimientos relativamente "recientes": de la batalla de Kosovo, acontecida en 1389, y de las hazañas del príncipe Marko, un siglo después. De cosas más próximas no hay vestigios.

Después de haber pasado la noche en una de esas celdas, con olor a tiempos idos y un silencio inquietante, nos apresuraremos a marcharnos. Ya en la puerta, el *iguman* nos dirá: "hasta la vista", en lugar de "adiós". Y si, después de muchos años de vagabundeo, el camino volviera a conducirnos a la Montaña Sagrada, los mismos barbudos y melenudos monjes nos estrecharían la mano como a un viejo amigo de quien se habían despedido el día anterior. Es que para ellos no corre el tiempo. Su reloj es el sol, y el sonido de los palos que golpeando en discos de madera los llaman a rezar, y su almanaque las hojas secas del otoño y el verdor de la primavera.

El columbario humano

Con un bote que nuestro guía maneja hábilmente, bordeamos la costa pedregosa. De pronto, detrás de un peñasco, se hace visible una montaña como un enorme paredón gris. En forma irregular y en distintas alturas se divisan en él unos agujeros que asemejan nichos de un cementerio. En uno de ellos se percibe un leve movimiento; del otro se escapa el humo de un fogón; y hacia el tercero se está elevando un bulto verticalmente por un medio invisible... El espectáculo es misterioso, y no podemos ocultar nuestra emoción mientras el guía hace su comentario:

—Hay un gran número de ermitaños que viven en estas cuevas solitarias —dice—, uno o dos en cada una. A veces no bajan de ellas durante muchos años y, como no hay camino hasta algunas de estas ermitas, el alimento, que el convento Lavra les proporciona, se hace llegar hasta ellos por intermedio de cuerdas en canastos especiales.

Efectivamente, divisamos ahora la doble cuerda y un punto negro ante la ermita: el anacoreta, esperando su ración para unos cuantos días. Observamos el cuadro inolvidable de este columbario humano, mientras la lancha prosigue su acompasado movimiento. De repente, nos atrae la atención un ruido entre los arbustos cerca de la costa. Pronto aparece, sobre la roca bajo la cual pasamos, un monje melenudo y sucio. En la mano tiene una caña larga en cuyo extremo está atado un canasto. Lo tiende hacia nosotros. Miramos al guía buscando una explicación.

—Viene a buscar su comida; creyó que éramos del monasterio Lavra.

Silencio. Los remos acarician el agua suavemente, y el paredón de los nichos se va perdiendo de vista.

—¿Por qué vendrá aquí esta gente?... ¿Quiénes son? —preguntamos al guía.

—A nosotros no nos gusta mucho el trabajo. Si hay una manera de pasar la vida sin trabajar, la preferimos. Son campesinos, obreros, hasta intelectuales que vienen en peregrinaje, les gusta esto... y se quedan...

—Pasan la vida meditando...

—¡Haraganeando! —contesta en voz baja el interlocutor—. Antes eran religiosos los que venían. Hoy, en su mayoría, son haraganes, desilusionados. A veces, es verdad, tienen algo de místico...

Hacemos cambiar el itinerario. El guía quizá no comprende la razón de ello, pero queremos despedirnos de Athos antes de caer la noche. Sentimos la necesidad de alejarnos de la Montaña Sagrada, esta república sombría y milenaria, respetada por todos los conquistadores a lo largo de los siglos, inclusive —creemos— por los de esta hornada.

Apurémonos. En el muelle de la otra orilla de Calcidic quizá nos encontremos con el rostro sonriente de alguna muchacha griega, o con el gesto alegre de algún niño feliz. ⟐

Los 20 grandes conventos situados en la península de Athos están protegidos por altas murallas milenarias que les prestan el aspecto de fortalezas medievales. El grabado representa uno de estos monasterios: el Vatopedi.





PERMANENTES PLUMA
SUAVES O SEDOSAS
PERMANENTES CORONITA $5
MAGNIFICAS Y PERFECTAS

PERMANENTES PARA PEINADOS PLUMA

PERMANENTES AL OLEO CREMA, como SEDA
PERMANENTES AL VAPOR "ROBERTS", Perfectos



PERMANENTES
AUTOTERMO DE BUCLES MARAVILLOSOS
TINTURAS $ 6.-
POLICROM al ACEITE, Colores NATURALES
RETOQUE DE TINTURAS $ 4.-
COLOR UNIFORME
MASAJES
MODERNOS HOLLYWOOD....... $ 3.-
BAÑO FACIAL
LIMPIEZA DEL CUTIS.......... $ 1.50
DEPILACION GENERAL
PERMANENTES ESPECIALES PARA CABELLOS TEÑIDOS Y OXIGENADOS

Nuestra Casa Central Carlos Pellegrini 425
LA ESMERALDA
(LA MEJOR Y MAS GRANDE PELUQUERIA DE SEÑORAS EN SUDAMERICA)
Casa Matriz: PIEDRAS 79 - U. T. 34 - 1019
(CASI ESQUINA AVENIDA DE MAYO)
Casa Central: C. PELLEGRINI 425 - U. T. 35-6645-1231

Suc. CENTRO: LAVALLE 735 U. T. 31-5720 ◆ Suc. FLORES: RIVADAVIA 7150 U. T. 66-0030 ◆ Suc. ONCE: RIVADAVIA 2579 U. T. 48-2267 ◆ Suc. BELGRANO: CABILDO 2342 U. T. 76-4017

PRODUCTOS DE BELLEZA LA ESMERALDA
Creaciones nobles GUILLERMINA SCHWARTZ

ARRUGAS
ACEITE DE FLORES
CUTINET
a base de bálsamos y aceites de flores. Un leve masaje alrededor de los ojos demuestra su bondad en las Arrugas, Patas de Gallo o Bolsas de los Ojos. Frascos de $ 2.—, 3.— y $ 5.—.
Al interior contra reembolso.

Las CANAS Envejecen
Tinturas "POLICROM"
dan aspecto juvenil. Es la tintura mejor experimentada en todos los tonos. Caja completa, para un retoque de tintura, $ 2; doble, $ 3.50, y caja gigante, $ 6. Al interior contra reembolso.

En VENTA: LABORATORIOS LA ESMERALDA, C. Pellegrini 425, y en las principales farmacias y perfumerías.
CONSULTAS sobre Estética y Belleza dirigirse a GUILLERMINA SCHWARTZ, directora del Instituto de Belleza LA ESMERALDA.

NICOLÁS FLAMEL, *el peregrino*



Nicolás Flamel

LA circunstancia de ser Año Santo o Año Jubilar en Santiago de Compostela el presente de 1943, da actualidad a cuanto se refiera a dicha ciudad española.

Millares de peregrinos concurrirán, durante el presente año, a visitar la tumba del Apóstol Jacobo y a lucrar, de paso, las gracias espirituales del jubileo. Ellos serán los continuadores de los que desde hace once siglos están acudiendo, en devota caminata, a la vieja y monumental ciudad.

Uno de esos peregrinos de épocas lejanas, fué el alquimista francés Nicolás Flamel, aquel nigromántico y a la vez devoto y caritativo cristiano que dice que fabricó oro.

La seriedad con que sus biógrafos, desde el lejano abate Villain, hasta el moderno Alberto Poissón, hablan de cómo Flamel convirtió el mercurio en oro, por tres veces consecutivas, nos mueve a nosotros a tratarle también a él con toda seriedad.

Y si hay lectores que duden de que, en efecto, se puede convertir el mercurio en oro, nosotros les remitimos a la Sociedad Hermética de Francia, y más aun, a las obras de Roger Bacon, Arnaldo de Villanova, Alberto el Grande, Raimundo Lulio y Paracelso.

Pero ya Alberto Poissón advierte en el prólogo de su biografía de Flamel, que las obras de estos autores "no se dirigen sino a los iniciados, capaces de leer con interés un tratado de alquimia en el texto". Es decir, sin notas ni aclaraciones. Con lo cual nos quedamos los de la parte de acá, los no iniciados, con nuestra ignorancia, y ellos con toda su ciencia.

Mas como nos hemos propuesto hablar de Flamel, allá van algunos datos a su respecto:

Nicolás Flamel nació en Pontoise, al parecer hacia 1330, y muy joven se trasladó a París, donde estudió la profesión de escribano, y en 1355 se casó con Pernelle, una mujer alta, más vieja que él y ya dos veces viuda.

Con la dote que ella aportó al matrimonio, compró Flamel el cargo de librero jurado, y se puso a trabajar como tal después de ingresar en la Corporación de Escribanos de París.

En una ocasión, parece que en 1357, compró a un desconocido, necesitado de dinero, un viejo y dorado manuscrito que contenía unos raros geroglíficos. Aquel manuscrito resultó ser el *Libro de Abraham el Judío*, cuyo verdadero nombre es *Asch Mezareph*, lo cual quiere decir *El fuego purificador*.

Y aunque Roger Bacon ha dicho respecto de la alquimia: "Maldito será el que posea los tres secretos" (la obra, la mixtura y la proporción), Flamel se empeñó en desentrañar ese misterio, y desde entonces sólo vivió para descifrar el *Libro de Abraham el Judío*.

Nicolás era muy devoto del apóstol Santiago, así como su esposa lo era de San Juan Bautista. E hizo voto "a Dios y al Señor Santiago de Galicia, para pedir la interpretación de las figuras a cualquier judío en alguna sinagoga de España".

Por el camino que el rey Bermudo hizo trazar a través de Navarra, la Rioja y el territorio de Burgos, expresamente para los peregrinos procedentes de Francia, nuestro buen Nicolás Flamel se dirigió a Compostela, en el año de 1379.

Llegado al monte del Humilladoiro, que en lengua galiciana quiere decir Humilladero y que hoy se llama Milladoiro, se prosternó y oró, como los demás peregrinos, pues desde allí se veían por primera vez las torres de la catedral de Santiago.

Reconfortado con la vista de la basílica, siguió su caminata, y, al llegar a la ciudad Santa, pasó por debajo de la concha de piedra de las Platerías y entró en el templo. Confesó y comulgó devotamente, como los demás romeros, sin hallar dificultad alguna, porque siempre había en la catedral sacerdotes que poseían diversos idiomas, para escuchar las confesiones de los peregrinos extranjeros.

Visitó la tumba del Apóstol, oró ante ella, besó el suelo en señal de humildad, dejó una espléndida limosna, y, ya ganado el jubileo, emprendió el camino de regreso.

Hasta aquí, su viaje en España no ofrece particularidad alguna. Pero, al llegar a León, las cosas variaron completamente. Allí se encontró con un compatriota suyo, mercader de Boulogne, el cual le indicó que el médico de Canches, judío converso, "muy entendido en ciencias sublimes", podría explicarle las figuras del *Libro de Abraham el Judío*.

Cuando Flamel mostró el manuscrito a maese Canches, éste se demudó y, radiante, mostró una gran exaltación de alegría, porque aquellas figuras eran sacadas del *Asch Mezareph* del rabino Abraham, libro que los kabalistas creían perdido para siempre".

Quienes se dedicaban a la alquimia eran personajes célebres y misteriosos. Este grabado antiguo muestra a uno de ellos trabajando en su "taller", con sus ayudantes.



que fabricó ORO

Por Avelino Rodríguez Elías

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

Tanto se entusiasmó maese Canches con el libro, que se brindó a acompañar a Flamel, para descifrar las figuras del manuscrito. Partieron para Oviedo y de allí a Gijón, en donde embarcaron con destino a Francia.

Al llegar a Orleáns, falleció Canches, que era muy viejo, a consecuencia de las fatigas del viaje. Pero Nicolás, con lo que Canches le había indicado, ya pudo descubrir en el *Libro de Abraham el Judío* la fórmula para la fabricación de oro.

Pero hasta tres años después no pudo lograrlo, porque la preparación del *huevo filosófico* y del horno especial llamado *Athanor*, le ocuparon mucho tiempo.

Al fin, el lunes 17 de enero de 1382, ensayó sobre el mercurio, y sacó así "como una media libra de plata pura, mejor que el de la mina, según como lo ensayó e hizo ensayar varias veces". Sólo Pernelle presenció esta maravillosa experiencia.

Más adelante "tomó lo que quedaba del elixir blanco, y lo puso de nuevo en el *huevo filosófico*, para perfeccionarlo y obtener la gran piedra o elixir rojo, la verdadera *piedra filosofal*, que trasmuta los metales en oro".

La materia pasó por todos los colores del arco iris, hasta adquirir el de la púrpura. Entonces la envolvió en un pedazo de cera, la proyectó sobre el mercurio calentado en un crisol, y el 20 de abril de 1383, como a las cinco horas de la tarde, ¡oh prodigio!, "la trasmuté verdaderamente — dice él en su manuscrito *Sumario filosófico* — en casi otro tanto oro puro, mejor muy ciertamente que el oro común, más dulce y más maleable". Y por si alguien lo duda, aun añade el famoso alquimista: "Yo puedo decirlo en verdad".

Dos veces más obtuvo Flamel la misma trasmutación. Pero no pasó de ahí. Su biógrafo Poisson asegura muy seriamente que Flamel pudo haberse entregado sin freno a la fabricación de montones de oro y lanzarse a toda suerte de extravagancias de una imaginación delirante, hasta asombrar al mundo. Pero él despreciaba el oro, y sólo le interesaba la ciencia.

Como era muy caritativo, según ya hemos dicho, con el producto de sus tres proyecciones socorrió a los pobres, dotó hospitales y monasterios, hizo donativos a iglesias y, esto es lo más curioso, compró o construyó casas cuyos pisos bajos alquilaba a personas pudientes o acomodadas, y con la renta sostenía a familias necesitadas que ocupaban los pisos superiores.

Algunos maliciosos dicen que a todo esto subvenía Flamel, no con el producto de sus trasmutaciones, sino con dinero de otra procedencia; esto es, del que le dejaban en depósito judíos que huían de España y que nunca más habían de volver a reclamarlo.

Pero esto es gana de empañar los méritos de aquel hombre a quien, como hemos visto, sólo interesaba la ciencia. Tanto que no quiso privar al mundo de su experiencia en la obtención del precioso metal, y en el *Sumario filosófico*, que dejó escrito y entregó a un sobrino suyo, explica la manera de hacer las trasmutaciones. Mas el caso es que ni el sobrino ni nadie más pudo llegar a fabricar oro, como él dice que lo fabricó. ◈



Teofrasto Paracelso era de los que creían en la trasmutación de los metales en oro, especialmente del mercurio.



Roger Bacon, otro alquimista célebre, había pronosticado: "Maldito será el que posea los tres secretos". Sin embargo, Flamel trabajó toda su vida para poseerlos. Al parecer, con éxito.



HAY EXPECTATIVA POR LA PRESENTACION DE "LA PARODIA DE CARMEN"

Desde hace varios meses se viene anunciando la próxima presentación de "La parodia de Carmen", exhumación de la primera película de largo metraje interpretada y dirigida por Carlitos Chaplin. Ahora podemos adelantar que en el curso de este mes se estrenará este film, en una sala céntrica, bajo el sello de la Guaranteed Pictures, el mismo que el año pasado dió a conocer "El festival de Chaplin", con el éxito que todos conocemos.

"La parodia de Carmen" tiene fondo musical de la ópera de Bizet, y en su nueva versión ha sido tomada directamente de los negativos originales en Hollywood.

Ha despertado enorme interés esta reprise, especialmente entre el enorme número de cineastas que gusta ilustrarse acerca de las cosas que divertían a la pasada generación.

Tiene especial significado la reposición de "La parodia de Carmen", por cuanto que constituirá un sentido homenaje de admiración hacia Carlitos, el hombre que dió alma y vida al cine en sus comienzos, y que fué grandemente responsable de que el séptimo arte se convirtiera en una realidad positiva.

Se nos adelanta que "La parodia de Carmen" muestra la "comicidad en gestación" del célebre bufo, pues de esta obra suya surgen los motivos hilarantes de todas sus comedias posteriores.





Sólo tenía entonces ocho años y habitábamos en nuestra propiedad, situada en el distrito de Kazan.

Recuerdo que mi padre y mi madre estaban inquietísimos y a menudo hablaban de Pugatchev, bandido a quien conocí más adelante. Hacíase llamar el zar Pedro III, mandaba una numerosa cuadrilla de bandoleros, y éstos, obedeciendo ciegamente a su jefe, ahorcaban a los nobles y daban libertad a los siervos.

Decíase que Pugatchev y su cuadrilla estaban no muy lejos de nuestra propiedad. Mis padres proyectaron un viaje a Kazan, pero sin nosotros, sin los niños, porque estábamos en invierno, hacía mucho frío y los caminos eran peligrosos. Se hicieron los preparativos de viaje: mis padres pensaban enviarnos algunos cosacos para que nos hicieran compañía; mas no los vimos llegar.

Y en cuanto se marcharon, mi hermana, yo y nuestra niñera Ana Trofimovna pusimos todas las camas en el mismo aposento, y sólo para lo preciso salíamos, cuando alguien salía de él.

Recuerdo que una tarde la niñera, que se paseaba a lo largo del dormitorio, mecía en sus brazos a mi hermanita, mientras que yo estaba vistiendo a mi muñeca.

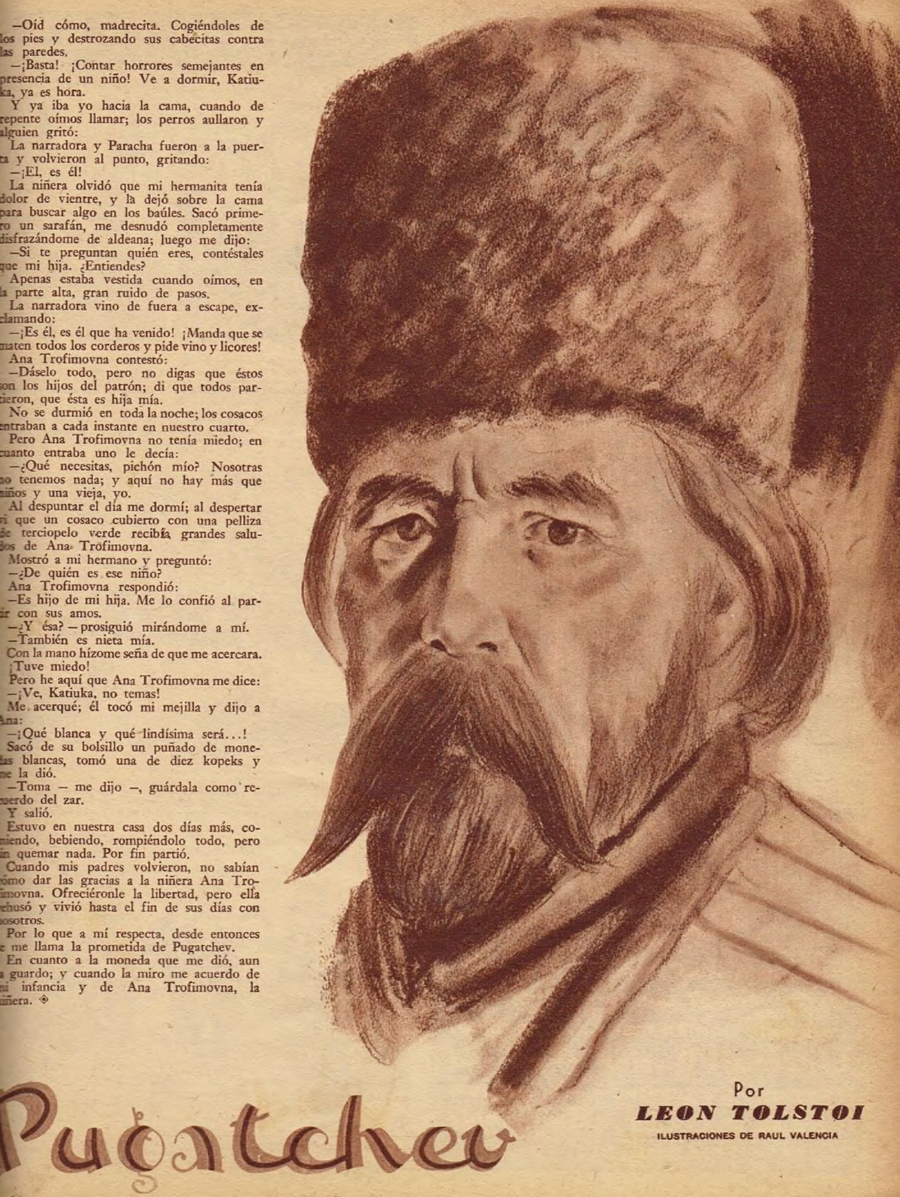
Nuestra criada, Paracha, y la mujer del sacristán estaban sentadas cerca de la mesa y hablaban de Pugatchev mientras tomaban té.

—Recuerdo —decía la mujer del sacristán— que Pugatchev llegó a cuarenta leguas de nuestro pueblo, colgó al señor del marco de la puerta de entrada y mató a todos sus hijos.

—Pero ¿cómo esos asesinos pueden matar a los niños? —preguntó Paracha.

EL CUENTO HISTORICO

La prometida de



—Oíd cómo, madrecita. Cogiéndoles de los pies y destrozando sus cabecitas contra las paredes.

—¡Basta! ¡Contar horrores semejantes en presencia de un niño! Ve a dormir, Katiuka, ya es hora.

Y ya iba yo hacia la cama, cuando de repente oímos llamar; los perros aullaron y alguien gritó:

La narradora y Paracha fueron a la puerta y volvieron al punto, gritando:

—¡El, es él!

La niñera olvidó que mi hermanita tenía dolor de vientre, y la dejó sobre la cama para buscar algo en los baúles. Sacó primero un sarafán, me desnudó completamente disfrazándome de aldeana; luego me dijo:

—Si te preguntan quién eres, contéstales que mi hija. ¿Entiendes?

Apenas estaba vestida cuando oímos, en la parte alta, gran ruido de pasos.

La narradora vino de fuera a escape, exclamando:

—¡Es él, es él que ha venido! ¡Manda que se maten todos los corderos y pide vino y licores!

Ana Trofimovna contestó:

—Dáselo todo, pero no digas que éstos son los hijos del patrón; di que todos partieron, que ésta es hija mía.

No se durmió en toda la noche; los cosacos entraban a cada instante en nuestro cuarto.

Pero Ana Trofimovna no tenía miedo; en cuanto entraba uno le decía:

—¿Qué necesitas, pichón mío? Nosotras no tenemos nada; y aquí no hay más que niños y una vieja, yo.

Al despuntar el día me dormí; al despertar vi que un cosaco cubierto con una pelliza de terciopelo verde recibía grandes saludos de Ana Trofimovna.

Mostró a mi hermano y preguntó:

—¿De quién es ese niño?

Ana Trofimovna respondió:

—Es hijo de mi hija. Me lo confió al partir con sus amos.

—¿Y ésa? —prosiguió mirándome a mí.

—También es nieta mía.

Con la mano hízome seña de que me acercara. ¡Tuve miedo!

Pero he aquí que Ana Trofimovna me dice:

—¡Ve, Katiuka, no temas!

Me acerqué; él tocó mi mejilla y dijo a Ana:

—¡Qué blanca y qué lindísima será...!

Sacó de su bolsillo un puñado de monedas blancas, tomó una de diez kopeks y me la dió.

—Toma — me dijo —, guárdala como recuerdo del zar.

Y salió.

Estuvo en nuestra casa dos días más, comiendo, bebiendo, rompiéndolo todo, pero sin quemar nada. Por fin partió.

Cuando mis padres volvieron, no sabían cómo dar las gracias a la niñera Ana Trofimovna. Ofreciéronle la libertad, pero ella rehusó y vivió hasta el fin de sus días con nosotros.

Por lo que a mí respecta, desde entonces se me llama la prometida de Pugatchev.

En cuanto a la moneda que me dió, aun la guardo; y cuando la miro me acuerdo de mi infancia y de Ana Trofimovna, la niñera. ◈

Pugatchev

Por
LEON TOLSTOI

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

BRANCATO

FIJADOR
GOMINA
ASIENTA EL CABELLO
UNICO FABRICANTE
BRANCATO

Única y verdadera

Las imitaciones pueden costar centavitos menos por su inferior calidad, pero peinan mal y rinden poco. La legítima Gomina resulta más conveniente porque peina mejor, tonifica el cabello y tiene doble rendimiento.

ACTUALIDADES





DISTINCION. — En una lucida y sencilla ceremonia, la comisión directiva de la Asociación Entrerriana General Urquiza hizo entrega de una banda presidencial, bordada en oro, al excelentísimo señor presidente de la Nación, general de división Pedro Pablo Ramírez. Ofreció el obsequio el presidente de la mencionada entidad, doctor Luis B. Calderón, a quien contestó, agradeciendo la distinción, el primer magistrado.

DIPLOMATICAS. — Durante la es- tada en nuestra capital del can- ciller chileno, señor Joaquín Fer- nández y Fernández, pusiéro- de manifiesto las cordiales rela- ciones que unen a las dos repú- blicas hermanas. En tan gra- oportunidad, el ilustre huésp- fué objeto de múltiples agasaj-



REUNION. — El presidente de la Asociación Tucumana, doctor Terán Frías, apa- aquí rodeado de los presidentes y representantes de todas las entidades provin- nas existentes en esta capital, durante el acto celebrado, por iniciativa suya, - aunar esfuerzos que redunden en la creación del Palacio de las Provincias, en Bs. A-



COMPROMISO. — Recientemente se celebró en esta capital el compromiso m- nial de la señorita Magda Victoria García Castro con el señor Carlos Vacca- tal motivo celebróse una reunión que transcurrió en un ambiente de grata cord-

GRAFICAS





HOMENAJE. — Con motivo de cumplirse el vigésimo aniversario del fallecimiento del poeta argentino Juan Pedro Calou, fué descubierto, en el Teatro del Pueblo, un busto del mismo, obra del escultor Juan Sepia. Abrió el acto, con un conceptuoso discurso, el señor Leónidas Barletta, a quien siguieron en el uso de la palabra los señores Enrique Amorim, Isidoro Sagüés y José P. Barreiro. Todos los oradores evocaron en sentidas palabras la figura y la obra del autor de "Humanamente".



PARTIDA. — Reclamado por el gobierno de su país para el desempeño de una nueva e importante misión oficial, ausentóse hacia Bogotá el doctor Germán Zea, que ejerciera hasta ahora en Buenos Aires las funciones de Encargado de Negocios de Colombia. Si la brillante ejecutoria del joven e ilustre diplomático no estuviera ya suficientemente perfilada a través de anteriores actuaciones, bastaría, para acrisolarla, la fecunda obra de acercamiento argentinocolombiano que durante más de un año realizó entre nosotros y que tantas simpatías y afectos le granjeó en los círculos porteños.



INAUGURACION. — En su constante afán de superación, la Perfumería Coty acaba de inaugurar en Nueva York una mansión para las mujeres que trabajan, creando, con tal fin, el Club de los Servicios Militares Femeninos, donde las mujeres hallarán gratuitamente toda clase de cuidados y distracciones. Este esfuerzo de la prestigiosa firma comercial, cobra mayor significación por haber sido realizado en los tiempos actuales y superando obstáculos. Aquí se ve el frente y la entrada del club.



ESCULTORICAS. — Fué clausurada la muestra que, con el título de "Una experiencia en el retrato", efectuó en el Banco Municipal el escultor Santiago J. Chierico. En la foto, el artista y algunos asistentes al acto de inauguración.



TROFEO. — Sir Eugen Millington Drake, representante en Hispanoamérica del Consejo Británico de Londres, ha instituído el trofeo Justo A. Suárez para ser disputado anualmente en el Campeonato Argentino de Novicios, que realiza la Federación Argentina de Box. Esta temporada adjudicóse dicho trofeo el equipo de la Capital Federal con cinco campeones. La maqueta fué ejecutada por el escultor Humberto Cerantonio y seleccionada por concurso, formando el jurado miembros de la Comisión Nacional de Bellas Artes y de la citada Federación.



LITERARIAS. — Sobre "La emoción de los poetas andaluces", pronunció una brillante conferencia la escritora argentina, María Alicia Domínguez, en el Hogar Andaluz. Aparecen en la foto, rodeando a la conferenciante, las autoridades de la mencionada institución y el escritor Juan P. Echagüe.



CONFERENCIA. — Con el patrocinio del Instituto Cultural Joaquín V. González, pronunció, por Radio del Estado, una conferencia "En torno a la crítica y los críticos" el poeta Salvador Merlino.



Llene hoy el
CUPÓN

Para recibir lección de PRUEBA GRATIS del curso que le interesa. ENSEÑANZA moderna y rápida POR CORREO.
CURSO DE PROCURADOR. Para conseguir el Título Oficial en el Uruguay (sin Bachillerato) y revalidar luego en la Argentina.
CURSOS COMERCIALES. CONTABILIDAD MODERNA, Ingreso a Bancos y Empleos, Ortografía y Redacción, Taquigrafía, Inglés, Francés, Reforma de letra en 20 lecciones, Curso Completo de Comercio.
CURSOS TECNICOS. Foto Oleo (coloreado al óleo de fotografías), Ayudante de Ingeniero, Mecánica, Electricidad, Motores a Explosión y Diesel, Dibujo Técnico, Comercial y Arquitectura.
CURSOS ESPECIALES PARA LA MUJER MODERNA. Corte y Confección (Diploma en 6 meses), Contabilidad, Dibujo Artístico e Industrial, Taquigrafía, Cultura Femenina. Escriba HOY MISMO marcando con una X el Curso que le interesa; recibirá Catálogo y LECCION DE PRUEBA GRATIS.
Precios económicos en moneda argentina.

LICEO ARIEL
SARMIENTO 1357 BUENOS AIRES — SARANDI 540 MONTEVIDEO
EL LICEO COMERCIAL Y TECNICO DE PRIMER ORDEN ATENDIDO POR PROFESIONALES UNIVERSITARIOS

CUPON
NOMBRE...
DIRECCION...



EL CUENTO DRAMATICO

Sofía

Salvatore di Giacomo es napolitano y nació en 1862. Sus padres lo destinaban a la medicina, pero bien pronto abandonó esa carrera para dedicarse al periodismo. Ha tocado casi todos los géneros literarios; alguien hizo un parangón entre él y D'Annunzio. Compuso versos y se dedicó al teatro; escribió novelas y cuentos. Es apasionado, refinado y triste.



La sirvienta, sentada cerca de la ventana que daba al patio, estaba ocupada en un trabajo de crochet: el sol le pasaba y repasaba por el rostro, por el pecho y por las manos enrojecidas que acababan de lavar, momentos antes, la ropa y las cacerolas de la cocina. La aguja de crochet, guiada por una mano poco hábil aun, movíase lentamente, se detenía, y de cuando en cuando reposaba sobre las rodillas de la muchacha. En el alféizar de la ventana, entre un jarro de menta y las entregas de una novela ilustrada, el gato, que se había instalado allí, la contemplaba guiñando los ojos. Era el mes de agosto: un calor sofocante pesaba sobre el patio, que se hallaba en completo silencio; languidecían las horas de una tarde muy calurosa.

De pronto, se escuchó el breve sonido de una voz. La sirvienta irguió la cabeza; el gato levantóse, arqueó el lomo y bostezó. La voz provenía del dormitorio de la *signorina* Sofía, y llamaba a la muchacha.

—¡Emilia!

Hubo luego un silencio. El gato bajó de la ventana y se fué. La sirvienta, con las manos sobre el regazo y la boca abierta, prestó atención. Un instante después, la misma voz volvió a decir desde el interior, en tono suplicante:

—¡Emilia!

—¡Oh, Jesús! —dijo la chica, suspirando.

Juntó la puntilla, el ovillo y la aguja de crochet y lo puso todo al lado de la ventana, sobre la novela, cerca del jarro de menta. Después, mientras se levantaba, respondió en voz alta:

—Ya voy..., ya voy... Aquí estoy.

La habitación de la *signorina* estaba sumida en la obscuridad. Una delgada raya de oro, que se filtraba entre los postigos cerrados del balcón, iba casi

Nappi

Por **SALVATORE DI GIACOMO**

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

hasta los pies de la cama; las sombras se espesaban por todo alrededor.

—*Signorina*, ¿dónde está usted? —preguntó la sirvienta.

—Ven aquí, ¿quieres? —respondió la voz desde la cama.

La masa del lecho apareció confusamente ante los ojos de la muchacha, que se habituaban poco a poco a la obscuridad: en la penumbra comenzó ella a ver bosquejarse vagamente la mesa redonda; la cómoda, en un ángulo; el diván, cerca del balcón. Emilia avanzó, y su sombra pasó rápidamente sobre el vidrio polvoriento de un espejo.

—Escucha... —murmuró la *signorina*.

Y desde el lecho donde ella se había arrojado vestida se tendió un brazo que rodeó a la muchacha. Tanteando en la obscuridad, una mano afiebrada le fué a apretar la muñeca.

—Acércate más —dijo la voz.

La *signorina* se había apoyado en el codo e interrogaba a la sirvienta con sus grandes ojos negros: sus pupilas brillaban en la obscuridad. La muchacha, inmóvil, temerosa, sentíase impresionada por esa mirada.

—Dime, dime; ¿me aprecias? Comprendes..., dime. Si tu ama te pidiera un favor, un gran favor..., ¿se lo harías, Emilia?...

—¡Oh!, mi ama —balbuceó la sirvienta.

—Pues bien, mira; es poca cosa. Ve a buscar a Enrique, al ferrocarril, a la estación. Lo encontrarás allí, sin duda. Dale esta carta...

La *signorina* se dió vuelta sobre los cobertores de la cama y tomó la carta de bajo la almohada. Las manos de la muchacha sintieron el contacto del papel y se retiraron temerosamente.

—¿No quieres? ¿Entonces, no quieres?

En la penumbra se distinguía la blancura de la carta. La *signorina* habíase erguido, sentándose sobre la cama y buscaba las manos fugitivas: las encontró inmóviles, abandonadas; se rehusaban aún. Ella las tomó entre las suyas, suavemente. Deslizó la carta en las palmas de esas manos y las cerró.

—¿Por qué no quieres? —continuó diciendo con palabras entrecortadas—. ¿Tienes miedo? No tengas miedo... Mi padre no vuelve hasta la noche...; lo sé... ¿Qué debo decirte? ¡Hazme este favor!

Se produce un silencio. Irresoluta, la muchacha conserva los ojos bajos y no contesta...

—Responde, Emilia —grita la *signorina*—. ¿Qué vas a hacer? ¿Irás?... ¿Entonces no quieres a tu ama? ¿No la quieres?

De pronto se interrumpe, la toma de un brazo y la sacude:

—Bueno, ¿qué vas a hacer? ¿Vas tú o me levanto y voy yo misma?...

—Iré yo... —dice lloriqueando la

muchacha—. Déme usted la carta.

La carta ha caído al suelo, cerca de la cama, sobre los zapatos relucientes con los cuales se ha puesto a jugar el gato. La recoge y dice suspirando:

—¿Qué debo decirle?

—Que quieres la respuesta a lo que le he escrito y... si es cierto...

—¡Si es cierto!...

—Lo que dicen...

—Que quiere usted la respuesta a lo que le ha escrito y si es cierto lo que dicen.

—Eso es. Ve, Emilia.

—¿Y si vuelve su papá?

—Ya te he dicho que no regresará hasta la noche. Ve.

—¿Llevo la llave de la casa?

—¡Ah, Dios mío! Sí. Comprendes... ¿Recuerdas? En la estación... Llámalo afuera... Y vuelve pronto.

La sirvienta salió, ocultando la carta en su corpiño. Cruzó la habitación que acababa de dejar, y aproximándose a la ventana miró hacia el patio. El gran patio estaba desierto: en un ángulo, cerca de uno de los pórticos de entrada, pasaba una rastra de luz que se extendía sobre el embaldosado seco. La mujer del portero había puesto allí una silla y sobre la silla una mantilla vergonzosamente sucia de su niño. Del lado opuesto un gran caño de agua goteaba. El rezumo turbaba ligeramente la superficie de un charco. Afuera, el inmenso patio del Vasto, silencioso, parecía muerto. Ni una voz, ni un ruido.

Frente a la ventana a la que se asomaba Emilia, se abría la de la Marangi, la maestra. La pequeña Marangi escribía en una mesa, y de cuando en cuando se lamía el dedo medio de la mano derecha, negro de tinta.

—*Signorina* Marangi —le dijo la sirvienta—, voy a hacer una diligencia. La *signorina* Sofía queda sola. ¿Quiere echar un vistazo a la puerta, por mí?

La Marangi levantó la cabeza y contestó brevemente:

—Está bien.

Y se puso de nuevo a escribir, en tanto que Emilia descendía los escalones canturreando. El silencio era tan grande que la Marangi oyó claramente la voz de la sirvienta, abajo, en el patio, cuando le decía al portero:

—Don *Angiolo*, no deje subir a nadie. Voy a comprar agujas y vuelvo en seguida.

La maestra, que había abandonado un instante su brazo sobre la mesa, abriendo los dedos y dejando escapar la pluma, suspiró profundamente. Sus grandes y dulces ojos azules se miraron fatigados, a través de las pestañas. Había estado velando para terminar su trabajo, pero, al lado de los revisados, veíase aún un pequeño paquete de deberes de los escolares, que esperaban su turno.

—Paciencia —murmuró, pasándose el nudillo del índice sobre los párpados para frotarlos.

Como un eco, desde la ventana de enfrente una voz repitió:

—Paciencia.



—¡Ah! Sofía. ¿Eres tú? —dijo la Marangi levantando los ojos.

La amiga, inmóvil y erguida cerca del alféizar de la ventana, la miraba.

—¿Qué haces, Laura?

La Marangi sonrió melacólicamente, y con los ojos le indicó los deberes esparcidos sobre la mesa.

—¿No lo ves? Escribo. Corrijo los cálculos.

Hubo un silencio. Se miraron, pensativas y tristes.

—¿Y tú, qué haces? —preguntó lentamente la maestra.

La otra respondió:

—Nada.

—Es demasiado poco. ¿Nada? No es verdad. Tú sufres, Sofía; sufres, lo sé —dijo la Marangi, y su acento era compasivo y dulce como sus ojos azules.

Levantóse de la mesa y fué a colocarse delante de la ventana. Puso sus manos en el alféizar y gravemente, con la voz velada por un ligero temblor, murmuró:

—Escucha, Sofía: deja a ese hombre. Piensa en ti. Piensa en ti. No está hecho para tu carácter noble y bueno. Te dejará si tú no lo dejas. Es triste. Lo sé. Escucha lo que te dice tu amiga, Sofía.

Sofía Nappi tembló. Y temblando, sus pequeñas manos exangües atormentaban las hojas de la novela, el ovillo y el bordado que la sirvienta dejara sobre la ventana.

Respondió:

—Si hace eso... Y bien..., ya verás, Laura.

La Marangi movió la cabeza con compasión. Hablaban en voz baja, pero el silencio era tan grande que sus voces se oían claramente de una ventana a la otra.

Sofía contemplaba a su amiga. Y de pronto, le dijo con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Cómo te envidio, Laura!

—Hija, no digas eso.

—Tú no tienes corazón para ciertas cosas, Laura; no has amado jamás.

—¡Oh, hija! —balbuceó la maestra con el corazón lleno de reproches y de recuerdos.

Inclinó la cabeza y se sintió desfallecer. Buscó tras ella el ángulo de la mesa y se apoyó en él, casi desvanecida.

Cuando volvió a levantar los ojos hacia la ventana de enfrente, la encontró desierta. Sofía había desaparecido. La maestra se deslizó suavemente a lo largo de la mesa, volvió a sentarse en su lugar, tomó la pluma y, con los labios pálidos y entreabiertos, se puso a contemplar las copias en silencio. Mojó dos, tres veces la pluma, tendió la mano, buscó uno de los deberes en el paquete y lo sacó despacio. La mano y el deber permanecieron inmóviles sobre la mesa. La Marangi inclinó lentamente su cabeza rubia sobre el brazo extendido, tieso, y ocultó allí el rostro.

La sirvienta volvió a entrar. Sus pequeños zuecos resonaban en la escalera. La puerta del departamento de la Nappi se abrió y se cerró en seguida con un golpe seco. La Marangi no se movió, no levantó la cabeza: lloraba por lo bajo sobre su brazo doblado, sin saber por qué, pero tan amargamente..., tan amargamente...

De pronto, fué sacudida por un penetrante grito de angustia. La sirvienta estaba en la ventana y la llamaba haciendo gestos desesperados.

—¡Emilia! —gritó la Marangi.

—¡Se ha arrojado del balcón! ¡Se ha arrojado del balcón! ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Oh!, *signorina*. La *signorina* tuvo la respuesta de ese joven...

La Marangi se cubrió el rostro con las manos. Levantóse; después volvió a caer en su asiento. Balbuceó espantada:

—¡Oh, mi querida Sofía! ¡Oh! ¡Madona!...

La sirvienta, enloquecida, gritaba:

—¡Del balcón! ¡Se ha arrojado del balcón!...

Abrió la puerta, se precipitó en la escalera y desapareció gritando. Otras puertas se abrieron y se golpearon. Se oían voces confusas. Acudían; alguien subía los escalones de cuatro en cuatro. De súbito se elevó un murmullo hacia las ventanas de la calle agitada.

Aumentó; la gente entraba en el patio y miraba a lo alto y adelante; desde las ventanas, los inquilinos preguntaban:

—¿Muerta? ¿Muerta?...

Se oyó resonar en el patio una campanilla atada al balcón del primer piso, donde apareció, en tren de abotonarse la sotana, el cura de Santa María del Refugio, que habitaba allí desde hacía un año.

—¡Pronto! —le dijo el portero, que había hecho sonar la campanilla—. La absolución. Baje...

En seguida vieron al cura descender los escalones, con su libro de misa en la mano derecha, sin sombrero, murmurando ya una plegaria en la escalera. Salió del pequeño patio, en la calle, corriendo. Después se hizo, poco a poco, un profundo silencio... ◈

SI LLEVARON 40.000 AL TRIUNFO...

U.P.S.A.



IMPORTE DE LOS CURSOS PAGADEROS EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES

Tenedor de Libros	$ 60
Contador General	$ 190
Contador Mercantil	$ 130
Jefe Oficina	$ 100
Empleado Bancario	$ 105
Cajero	$ 40
Emp. de Comercio	$ 40
Corresponsal	$ 40
Secretariado	$ 95
Mecanografía	$ 18
Taquigrafía	$ 42
Téc. Arg. Cinem.	$ 175
Taqui-mecanógrafo	$ 50
Caligrafía	$ 30
Aritmética Comercial	$ 28
Redac. y Ortografía	$ 37
Martillero Público	$ 54
Procuración	$ 150
Prep. p/Id. Farmacia	$ 130
Química Industrial	$ 125
Técnico en Vinos y Licores	$ 100
Jabones y Perfumes	$ 100
Telegrafía (c. discos)	$ 110
Técnico en Pinturas, Barnices y Materias Colorantes	$ 60
Aceites y Grasas	$ 70
Dibujo Artístico	$ 100
Dibujo Ind y Com.	$ 105
Adminis. de Hoteles	$ 100
Radiotelefonía	$ 170
Electrotécnico	$ 100
Construcción	$ 170
Arquitectura	$ 185
Mecánico Automóvil	$ 140
Mecánico Aviación	$ 160
Motores a Explosión	$ 140
Perito Agrónomo	$ 195
Adm. de Estancias	$ 100
Técnico Tambero	$ 60
Mecánico Agrícola	$ 65
Avicultura	$ 45
Jard. y Arboricultura	$ 78
Motores Diesel	$ 160
Corte y Confección	$ 39
Radiotelegrafía	$ 165
Inglés (c. discos)	$ 150

UD. PUEDE CONFIAR EN ELLOS

Usted puede triunfar en la vida, estudiando una profesión lucrativa por correo, si tiene la precaución de elegir bien sus profesores!

El cuerpo docente de la UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA es para usted la más absoluta garantía del éxito, porque enseña de acuerdo a los métodos más modernos, claros y sencillos, y tiene una enorme experiencia, adquirida en más de tres lustros de labor y con 40.000 ex alumnos!

Decídase, pues, a seguir el ejemplo que estos ex alumnos le dan! En nuestra Institución usted encontrará algo más que el mejor material de estudio: encontrará verdaderos amigos, que le dedicarán toda la atención personal que sea necesaria para asegurar su triunfo!

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

REPRESENTANTES EN:

COLOMBIA
Alfonso Fernández Quintero
EDIFICIO OLANO MEDELLIN

BOLIVIA
Calle Díaz Romero (Miraflores)
Casilla de Correo 1307 LA PAZ

PARAGUAY
Ramón Ortiz Cabriza
BRASIL 1142 ASUNCION

Mándenos este cupón y recibirá GRATIS y sin compromiso el importante libro "HACIA ADELANTE" que le enseñará a triunfar en la vida.

Sr. Ing. B. Margulián, Director de la "Universidad Popular Sudamericana"
RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires.

NOMBRE ....

DIRECCION ....

LOCALIDAD ....

PROVENTAS

L. 224

Cómo escribió "El cuervo"



Por **EDUARDO MALLEA**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACION DE RAUL VALENCIA

Pocas cosas tienen para el espíritu tanto sentido como descomponer y reconstituir, pensándolas viva y amorosamente, las instancias en que se fué por dentro construyendo la obra de un artista inteligente. Confieso que hay para mí pocas amenidades comparables a las de repensar, mediante los datos que sea posible conseguir, ese gradual florecimiento que acaba en el acto definitivo y consumado de un poema, de una novela, de un sutil sistema de filosofía. Gloria de la inteligencia es, por ejemplo, irlo pensando a Goethe aplicado con las manos a su objeto, conduciendo esas manos con una destreza interior y según un tipo de precisión que pertenecen casi al dominio de la divinidad, y gloria también de este tipo es ir, verbigracia, desarmando con ayuda de la excelente exégesis del profesor Cohan el tenue aparato poético que cubre bajo su título salobre: "El cementerio marino".

No sé qué azar ha traído estos días de nuevo a mis difíciles ocios la relectura de la *Filosofía de la Composición*, el admirable tratadito de Poe donde nos cuenta, como en un poema, cómo escribió un poema. Este poema es *El cuervo*, de los suyos — como se sabe — el más famoso; y ante nuestros ojos va descubriendo con una lógica rutilante, tal si se tratara de irnos mostrando con previa explicación las sucesivas estancias de una morada donde hay mármoles que de tan marmóreos parecen mórbidos, las estaciones consecutivas que en busca de efectos dados se propuso al ejecutar su memorable pieza poética.

Aunque de esto ya se ha hablado mucho y muy bien, evoquemos algunos de sus rasgos, como se hojea un viejo libro.

Para Poe toda composición poética debe comenzar en el espíritu de un autor por la consideración de un *efecto*. "De entre los innumerables efectos o impresiones de que el corazón, el intelecto o (más generalmente) el alma es susceptible, ¿cuál debo yo, en la ocasión presente, seleccionar?", empieza por decirse el poeta. Una vez determinado a hacer la obra y escogido el efecto vívido, comienza la tarea de investigar si el mejor logro en la construcción del efecto puede obtenerse mediante el tono o bien mediante el incidente, o quizá por la combinación de los dos.

Una obra de arte singularmente impregnada de frescura parece a los ojos generales el fruto directo de una frescura intuitiva. Y así es, en ocasiones; de donde resulta tan difícil que el creador de semejante consecuencia quiera prescindir pronto en su memoria del andamiaje, si alguno necesitó, previo a la consecuencia. Artistas hay con frecuencia que pueden razonar lúcidamente los grados sucesivos en que fué consumándose el hacerse de su obra, tal como el arquitecto que nos razonara los grados de crecimiento de su edificio material. Pero estos últimos artistas son los que producen, en la mayoría de los casos, las obras menos misteriosas, más materiales, más estrictas y a la vez menos estimulantes. No es raro que Valéry pueda descomponer los resortes lógicos que le sirvieron para arquitecturar su poema máximo: su *Cementerio Marino* carece de regiones de sombra, de dominios vedados y secretos, y por lo tanto de misterio; lo raro es que un poema en que los elementos resultantes sean tan categóricamente vívidos, emocionantes y estimulantes como *El cuervo*, haya podido ser desarmado por su autor hasta despojar la fórmula de su invención de todo accidente o azar intuitivo y dejarla descubierta en las instancias, la precisión y la consecuencia de un problema matemático.

Declara Poe en su *Filosofía de la Composición*, que el primer problema que se le presentó al premeditar *El cuervo* fué el de la extensión. "No hay necesidad de probar — dice — que un poema es tal, sólo en cuanto excita intensamente, mediante la elevación del alma; y todas las excitaciones intensas son, por una necesidad de orden físico, breves". La brevedad del poema debe estar, pues, en razón directa de la intensidad del efecto que se pretende, teoría por la cual el propio *Paraíso perdido* le parece prosa en su mitad, "una sucesión de excitaciones poéticas interpoladas, *inevitablemente*, de las depresiones correspondientes, apareciendo el todo desprovisto, debido a lo extremo de su extensión, del grandemente importante elemento artístico, la totalidad, o unidad de efecto". Atendiendo al propósito de no sobrepasar el coeficiente popular de excitación ni estar por debajo del gusto crítico, Poe decidió que su poema constaría de cien líneas; tuvo ciento ocho.

Establece su propio comentario que Poe pensó después en dotar al poema de este otro atributo: la *universalidad*, para lo cual fué directamente a escoger la Belleza como provincia del poema. La verdad satisface al intelecto y la pasión al corazón, pero el objeto belleza es, no precisamente una calidad, sino un efecto, que lleva a "la intensa y pura elevación del *alma*". Los otros dos objetos: la pasión y la verdad, pueden tener cabida en el poema, pero deben servir al efecto general sólo por contraste y estar ordenados a la atmósfera esencial y principal del poema, que debe ser sólo la belleza. Poe buscó luego el *tono* con que se manifiesta más eminentemente la belleza, y decidió que ese superlativo tono es la *tristeza*. "La melancolía — concluyó — es en consecuencia el más legítimo de todos los tonos poéticos". (Y escuchemos, a este mismo respecto, la afirmación de Aldous Huxley en su ensayo *How the days draw in!*: "Desde hace mucho tiempo me descubro incapaz de gustar poesía alguna cuya inspiración no esté en la desesperanza y la melancolía". A lo que agrega que algún día compilará "an Oxford Book of Depressing Verse"). Luego, pues, de haber establecido el largo, la provincia y el tono de su inminente poema, nos cuenta Poe cómo se puso a buscar el pivote, los puntos destinados a dar la tónica en la estructura de la obra; la universalidad de la aplicación del *estribillo*, le bastó, sin más examen, para adoptarlo como lo mejor para aquel efecto, si bien innovando en cuanto a él y enriqueciendo su uso anquilosado, mediante un procedimiento que variara su aplicación habitual, haciendo jugar, además de la mera repetición seca del estribillo, una combinación de repeticiones, no sólo de índole verbal, sino también de naturaleza mental. Acto continuo pasó Poe a escoger la *naturaleza* de su estribillo: debía ser breve para evitar las dificultades de repetición de una frase larga; en consecuencia, el desiderátum era dar con un estribillo que constara de una sola palabra. Cuestión subsiguiente: ¿qué carácter había de tener esa sola palabra? Siendo el estribillo una repetición periódica y recurrente, lo lógico era decidir que el poema se dividiera en estancias cerradas por aquél. ¿Cómo hacer, ahora, esta conclusión más someramente enfática y rotunda? Poe escogió para construir la palabra del estribillo dos elementos insuperables: el uso de la vocal *o*, como la más sonora, y de la consonante *r*, como la más fácilmente pronunciable de su idioma. Al seleccionar el vocablo que corporizara esos elementos, sosteniendo lo más fielmente posible el tono melancólico premeditado, Poe refiere cómo no podía dejar de aparecer la palabra *Nevermore*, "nunca más"; fué la primera que se presentó espontáneamente. Pero ¿cuál era el modo de hacerla aparecer constantemente? Imposible conseguirlo de un ser razonante. Era menester buscar uno que no lo fuera, un ser irracional que tuviera uso de palabra y en cuyos labios poner el estribillo. Un loro, naturalmente. Pero esta elección no concordaba con el *tono* escogido para el poema. Prontamente fué sustituída esa imagen por la del cuervo, que si era igualmente capaz de palabra, resultaba "infinitamente más próximo al *tono* intentado".

He aquí, para el lector, el asombro máximo. Los aparatos de la razón aparente inducirían antes que nada a pensar que la plástica y funeral imagen del cuervo fué lo que en la mente del autor dió origen al sombrío e incomparable poema. Pero no. La imagen surge floral, frutal, como consecuencia o coronación de un sistema lógico perfecto, de un preciso y todopoderoso artificio.

¿Qué, pues, nos dice Poe, que tenía en las manos a esa altura de la concepción de su poema? Oigámosle.

Un cuervo de mal agüero repitiendo la sola palabra *Nevermore* al final de cada estancia en un poema de tono melancólico, cuya extensión constara de alrededor de cien líneas; a lo cual tenía que incorporarle ahora un tema que fuera para el entendimiento universal el más melancólico de todos. ¿Cuál era la respuesta obvia? El tema de la muerte. Y este tema sería más poético en cuanto fuera más cercano a la Belleza. "La muerte de una hermosa mujer es incuestionablemente el tópico más poético del mundo, e igualmente está fuera de toda duda que los labios más aptos para tal tópico son los de un amante desolado", dice Poe.

A esa sazón selecciona los modos de vinculación de los personajes y satisface la necesidad problemática de dar variedad esencial al estribillo mediante el criterio de hacer al amante sujeto de un verdadero sistema de preguntas al cuervo, las cuales irán en una sucesión creciente de intensidad y fondo, desde la más negligentemente nostálgica hasta la afloración de las cuestiones más abismáticas. De manera que lo primero que puso sobre el papel, lo primero que Poe efectivamente escribió, fué, pensando todo aquéllo, la cuestión más final y crítica, la interrogación a que la respuesta *Nevermore* aportara el grado último e insobrepasable de dolor y desesperanza. Con lo cual

Edgar Allan Poe

como bien lo apunta, empezó Poe a escribir por el final, o sea por el toque último, por la estancia que al establecer el *clímax* o punto culminante del edificio del poema, diera la medida y el orden de la estancia o partes concurrentes y dependientes.

Abordó así las cuestiones del ritmo y metro del "Cuervo". Escogió el pie que consiste en una larga sílaba seguida de una corta; la primera línea de la estancia había de consistir en ocho de esos pies y la segunda en siete y medio, la tercera en ocho y la cuarta en siete y medio, la quinta habría de constar de siete y medio y la sexta, de tres y medio. ¿La novedad de estos versos usados abundantemente antes? El combinarlos en estancias. "El efecto de esta originalidad de combinación — agrega Poe — se ayuda con otros no usuales y nuevos efectos suscitados por un extenderse de la aplicación de los principios del ritmo y la aliteración."

Acto continuo se aplicó Poe a estudiar el modo de circunscribir en el espacio la acción del poema determinando el sitio donde habían de encontrarse el amante y el Cuervo. Resolvió que fuera la habitación del primero, ricamente amueblada y poblada por los recuerdos de aquellos que estuvieron alguna vez allí, y luego vino la conclusión de que el Cuervo debería entrar por una ventana, en medio de una noche tempestuosa que lo indujera a buscar refugio, yendo a pararse en el busto de Palas; entre otras cosas para que se estableciera un vivo contraste entre el mármol y el plumaje del pájaro nefasto.

A la postre viene el verdadero *desarrollo* del poema; de todos aquellos puntos aislados y elevados fluye y se desencadena la masa argumental. La constante y final palabra, el *Nevermore* del ave negra cae recurrentemente sobre el corazón del amante. El sentido y fondo moral del poema todo va, pues, conformándose paulatinamente a lo largo de las sabias estancias hasta ir a definir, sólo en la última línea de



la última estrofa, el emblema del Cuervo, en el sentido de constituir éste el eco de una "luctuosa y jamás acabable rememoración".

❦❦❦

¿A qué decir que todo el poema podía haberse pensado a la inversa y que, en vez de una razón razonante, una sensibilidad intuitiva pudo llegar por diferentes caminos a las mismas evidencias? Pero esto constituye otra historia y lo que hemos querido hoy es apenas recordar las etapas en que se fué arquitecturando deliberadamente una pieza en apariencia espontánea y desprovista de la desnudez y la sequedad con que suelen acabar en arte los mejores cálculos. Los resortes y medios, el juego de una deliberación lúcida poseen a veces tanto atractivo y sabia virtud como, lograda, su consecuencia misma.

Eduardo Mallea

EL CUENTO FANTASTICO

EL SANTISIMO EN LA

No existe la más pobrísima duda de que al director de la Escuela de Navegación de Punta del Mar lo había tocado una flecha: la flecha de la inquietud. Fué sobreviniéndole un desgano, sintiéndose caído. Una flojera espiritual le marraba los actos: el de salir a la calle en distracción como el de quedarse en su trabajo, embutido en la soledad de inacabables expedientes por resolver. Era un león en la jaula. Cuántas veces topó con las paredes altísimas hasta cansar las piernas y su voluntad. Se embutió en el sofá en trance de acoquinamiento. Luego pasó a sentarse al sillón del escritorio, clavó los codos sobre el cristal y buscó un alivio cerrando los ojos. Tomado de la frente, tuvo la certeza de que algo trascendental iba a ocurrirle. Sintió en los oídos un murmullo; era como el rumor del viento, ruido de olas de mar, de marejada. ¿Quién lo nombraba en ausencia? No desechaba la idea de que lo estaban nombrando, recordándolo. Sentía un mundo en su cabeza. ¡Qué variedad de imágenes fluían de su mente! Manantial de imágenes era su imaginación. Pero, vaya, ¿qué sucedía, que en esos instantes se encontraba con el corazón apocado? La angustia, ¿de dónde le nacía, y por qué? Tornó a levantarse, a ponerse de pie sin ánimo alguno. Comenzó a observar la nutrida galería de los antecesores suyos en el cargo de la dirección. En seguida, vacilante, movió unos pasos sin orden ni sentido hacia una pequeña mesa. Allí topó con el diccionario de la Academia Española, luciente, de lomo dorado. ¿Qué vería en sus páginas si no estaba para ello? Abrió el diccionario y pasó páginas y más páginas. Luciérnagas voladoras, los ojos se posaron en una palabra: *Inquietud*.

Pensó en que él era presa de una inquietud. Llegó hasta la cavilación en busca de aclarar aquel fenómeno psíquico. Y deducía: "Sera por aquello... por esto..." No daba con el origen exacto de su inquietud.

Quiso contemplar la tarde desde la ventana. El cielo le dió tranquilidad. Echó la mano hacia el cielo y la sintió suave; la había embutido en la celeste transparencia sedosa. Abajo, miró lo de siempre: la vigorosa ramazón de los plátanos. La tremante corona de los cedros bien empinada, abierta como un penacho. Los cedros, hacia abajo, se iban ensanchando torneados, más frondosos; estaban esponjosos, con las hojas nuevas: parecían florecidos. La gracia formal del cocotero se abría en armoniosas ramas. En el césped del jardín costanero se bañaban en verde los gorriones. Entre mar y tierra, en un aire verdeazul, se tendían en planeos las gaviotas.

Miró el mar en sosiego; ni un rizado en el lomo verde. El claro día le estaba dando más área, más extensión al mar. Veía el horizonte más lejano que siempre. Alcanzó la ruta de navegación; por el sur navegaba un buque; se dijo: "Es un petrolero. Neptuno, el dios del mar, le ha dado agua serena; Eolo le retiene los vientos". Recordó la última excursión suya, por agua. Era un día gemelo al que estaba viviendo. El mar extendido, no tenía ondulaciones ni el aire ni el viento andaban sobre el caudal marino. Todos los elementos contrarios al marinero aguardaban en tierra. La lancha bogaba finamente y era tentación del nauta el irse bien adentro; el ir levantando horizontes.

Los vientos, antes de iniciar su andanza, previenen que van a darse a la mar. El viento resbaló por toda la planicie marina; iba como jugando. Después ya fué un aviso de cordura, una prevención a la temeridad. Sonaron las poderosas clarinadas, y el agua empezó a encresparse, a coronarse de espumas. Los cuatro puntos cardinales se disputaban la lancha. Parecía que el sur la llevaba, que la sorbía el norte, que el este la requería y el oeste la tumbaba. Hubo miedo en los hombres que la tripulaban. ¿Zozobraría?... Y ya no había más pensamiento que el de zozobrar. Entonces el director de la Escuela de Navegación de Punta del Mar tomó el gobierno. Colocó en la popa todo el peso, toda la tripulación amiga, pensó al hacerlo: "Que la hélice se agarre, que se afirme en la entraña, en la raíz del agua".



A los amigos les advirtió enérgico: "Nadie se mueva de la popa".

La lancha entró a puerto bien alzada de proa, por encima de las movibles montañas del agua, que pujaban por quebrarle la estabilidad.

Ya en tierra, propalaron los amigos que el director de la Escuela de Navegación de Punta del Mar era un iluminado, que Dios lo guiaba dándole ministerio en la tierra, que era su elegido. Y todos estuvieron acordes en decir que al tomar el director el mando de la lancha, se hizo el milagro. Que descubrieron sobre su testa la aureola de luz. Que entonces se alzó la nave y, sobre el lomo del mar anarquizado, lleno de honduras y quebradas de cristal, pasó como en vuelo, sin vaivenes ni achaques.

Con el recuerdo y con el paisaje marino, ya se sintió purificado. Respiró con alivio. La inquietud había desaparecido.

La sala de la dirección recibió la música de un timbre; sonaba con intermitencias suaves. Era un aviso telefónico; lo recibió el mismo director. La voz se le agarró del sentimiento:

"El alumno Julio Bustos, del curso de Aplicación, se muere... Por piedad, venga".

La tribulación lo cercó. La madre del alumno pedía su presencia. Toda su fortaleza de espíritu se abatió. Repetía: "Un instante más y la Inolvidable llegará en su busca".

Ya tiene descifrada la misteriosa inquietud de la tarde; el murmullo en los oídos y el presentimiento de que algo trascendente iba a ocurrirle. El gesto fuésele tornando dramático. Se dijo: "Qué cosa más sin suerte, más desgarrante y patética: llamarme para contemplar cómo muere un niño".

Se llenó de congojas... Después íbale recordando. Julio Bustos era un enfermito que durante la temporada escolar tenía frecuentes caídas. Un tercio del año pasábalo en cama entre resfríos, asmas y bronquitis. Siempre cundió la alarma y el sobresalto entre los maestros y los compañeros: ya no iban a verlo más. Con el vacío, con su ausencia, comprendían cuánto lo amaban. Pero al cabo de un tiempo, aparecía sonriente; flaquito como una caña de maíz. Ahora lo está viendo a su lado; blanquísimo, con su carita de niño ángel, con los ojos vivos, vivísimos de inteligencia. Oye su voz, las palabras, que no son las de todos los chicos: palabras con algo de saber; palabras de un pequeño lúcido. Julio Bustos tenía el ademán y la voz cautivante, el decir mesurado; en él había un señorío de cuna. Era de esos niños que vienen con precocidad en el trato y que dejan en el espíritu y en el recuerdo imagen imperecedera.

El director de la Escuela de Navegación de Punta del Mar echó la mano al timbre; el brazo se alzó mecánico, no por su iniciativa, sino porque alguien invisible se lo llevaba. La tribulación lo tenía en desconcierto. Mientras no acudían, volvió a tener la imagen de Julio Bustos sonriente, blanquísimo. ¿Creía o no creía en presencias incorpóreas? Lo tremendamente cierto era que allí lo tenía junto a él, como en otros días, sonriéndole. Sí... ya mueve los labios para decirle quién sabe qué. Lo piensa; le dirá lo de siempre: "Señor director, mire qué bien regreso... Ya no he de enfermarme; lo ha dicho el médico".

Fué una presencia fugaz; recobró la realidad en seguida. ¿Y qué era la realidad? Era puerta de cedro, con ornamentos de bronce que tenía enfrente. Aquella puerta labrada por donde iban sus ojos aunque con poco sentido, por los arabescos de la talla; los bócamas y caireles. Miró de nuevo al timbre y [illegible] el llamador: una garra de león con la [illegible] Se puso macabro profundamente. En la espera desesperada, balbuceó: "¿No habrá [illegible]

TIERRA

Por **Elías Carpena**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIÓN DE LISA

to?... Y entonces, ¡qué haré yo embutido en esta desolación!".

En el fondo de la calle descubrió un paisaje verdemar. Se dijo: "He de irme..."

Tuvo la invitación del mar y la del arbolado de araucarias que por la bajante de la calle llegaba a la ribera marina. Ya tomaba el regreso; una mano lo agarró del brazo; y una voz le decía: "Pase, señor director, pase... El niño se nos muere".

El director de la Escuela de Navegación de Punta del Mar tornó a su natural gallardía, recobró el ánimo disgregado en tristezas, en cavilaciones melancólicas, y entró en la casa. Sucedió cuanto presintiera: todo aquello que venía atemorizándolo; que le hicieran entrega del niño moribundo.

Julio Bustos no tenía a quién dar en la tierra su último respirar, su agonía. La infeliz madre era un quejido desgarrado, y un lamento agudísimo el padre. Pero muy distantes ambos del que moría, para no apresurar su muerte. Que no se enterara de los llantos ni quejidos; que no acabaran de matarlo las quejas, el llorar y el lamentarse. La madre pedíale a Dios piedad, y si el hijo se iba, que se la llevara con el hijo. El padre era un enloquecido sin pensamientos.

El director entró con la suavidad de una hoja, como el aire en el dormitorio. Lo hizo temeroso, como en delito. ¡Culpable! Pero, vaya, ¿de qué se culpaba él mismo? Halló que el niño se alzaba en un respirar jadeante, gangoso; la camita se estremecía toda. Los ojos tenía prietamente cerrados. Fuésele acabando el respirar. Tuvo un sobresalto, crujió el pechito, trepidó la cama y recomenzó fatigosamente la respiración. El recién llegado miraba el cuerpecito tieso, duro; la naricita filosa y la boca cerrándose y abriéndose. El color de la piel ya era de un amarillo cárdeno, los dedos finísimos y alargados. Meditó: "Nada más que un intruso soy aquí. ¡Qué misión traigo! ¿Y qué me depara mi sino?"

En eso meditaba, cuando se fué sintiendo ungido. Su cerebro adquirió lucidez extrema. Sintió el cerebro iluminado, su carne iluminada. De sus dedos brotaba una fuerza magnética: un flúido poderoso. Entonces avanzó hasta encontrarse con el cuerpecito. Le pasó las manos repetidamente a lo largo del cuerpo, por la frente, por la cabecita. Y se hizo el milagro. Julio Bustos recobraba el buen respirar; la camita no se estremecía. El cuerpecito perdió la tiesura. Abrió los ojos; parecía volver de quién sabe qué hondura. Trajo la mirada desde la raíz del cerebro. La fijó en el viejo cuadro familiar: una marina. El agua verde era de espumosa marejada y en la barcaza de amarilla arboladura, desde una borda, el lobo marino echaba la red al agua.

Movió los ojos hasta enfrentarse con el director de la escuela. El proceso iba siendo solo el asombro. Con asombrado gesto puso en marcha las palabras:

—Señor director, ¡usted en mi casa!

Abriendo los ojos, plenarios de duda, rompió con la dureza de su físico. Se incorporó y, sentado en la cama, avanzó el busto hacia el director; teniéndolo más cerca verificaría si era una realidad aquella presencia que estaba en su compañía. Entendió el gesto el director, y con intención dijo la respuesta:

—Sí, en tu casa... En tu casa y contigo...

—Entonces, ¿no me echarán de la escuela?...

—¿Cómo?

—Yo soñaba que me habían echado. El maestro no me quería por mi mala letra... Y soñaba que usted me defendía... No quiso que me echaran.

—Pero, ¿qué falta hace en el marino la caligrafía?

—Eran sueños, nada más.

El director de la Escuela de Navegación de Punta del Mar extrajo la cartera y, engañoso, le hizo ver el blanco de tarjetas y papeles. Sacó la lapicera con carga de tinta, y le explicó su visita:

—Imagínate, para que no te atrases vengo a traerte los deberes... Acaba de dármelos tu maestro. El mismo que en sueños te torturaba la vida.

Julio Bustos tenía inteligencia natural y comprensión de los actos. Aquél lo valoró con lágrimas de gratitud.

—Vamos, tontito, a no llorar — profirió el director.

Se quitó las lágrimas el lloroso, y publicó su agradecimiento a débil voz:

—Qué bueno es... Ha venido a verme, a traerme los deberes...

Lo dicho no era para nadie; más bien era una confesión íntima. Le contestó el director:

—Es que somos amigos... Yo vengo porque soy tu amigo... A un amigo se le visita cuando no se le ve, cuando ha estado enfermo...

Trajo el diálogo la presencia de la madre, la del padre, la de muchos familiares. El médico se restregaba los ojos, dudoso de lo que veía, y profundizó pensamientos y cavilaciones. Murmuró para él, para su desconcierto: "¡Cómo ha sido el milagro!"...

Buscaba la mirada de todos, la del director, la del niño, la de los parientes. Volvió a la murmuración casi ventrílocua: "Al irme agonizaba"...

El director de la Escuela de Navegación de Punta del Mar avivó el espíritu del enfermito; apuró estas palabras:

—Señora: el chico Julio no está enfermo... Mire usted qué carita de salud tiene.

Ya Julio Bustos tenía robustecido el ánimo, y explicó a la madre:

—Es así, mamá, no estoy enfermo; sólo tenía un cansancio. Nada más que un cansancio.

Pidió el director:

—Ahora, basta de palabras... y luego, mañana, despacio, despacito, haz los deberes... Vendré mañana con los nuevos. Y así me verás aquí día por día, hasta que te levantes y vuelvas a la escuela.

El médico no sabía cómo se había operado la resurrección. Exprimía las conjeturas, sopesaba las hipótesis, puso en pie tantas deducciones y nada extrajo de ellas. Cuando tomaba base la creencia de un milagro, enredó la madeja y se afianzó en la ciencia. Dejó la receta escrita, y dió las indicaciones pertinentes:

—El niño ha vuelto a la vida; hay que comenzar a nutrirlo. Empiecen con una sopa liviana, livianísima.

Las últimas lágrimas de la madre eran de contento. Le explicaba al director de la Escuela de Navegación de Punta del Mar cómo vió el dormitorio de su hijo, iluminado; las paredes emanaban luz, el piso, los muebles; el mismo director emergía luz. Le confesó:

—He visto a usted con una túnica blanquísima, con la aureola del santo.

La madre de Julio explicaba el milagro, y decía que con el hijo había estado el Santísimo. ◈

Sea MECANICO DENTAL

LE ENSEÑAREMOS EN POCOS MESES. CLASES DIURNAS Y NOCTURNAS. Se otorga diploma. Usted podrá abrir laboratorio propio para atender trabajo de los Dentistas. HAY GRAN DEMANDA. No hace falta experiencia mecánica previa. ¡ABRASE CAMINO EN LA VIDA! **GRATIS.** — Pida inmediatamente el interesante folleto explicativo, o mejor pase a conversar personalmente. — Escríbanos hoy mismo. NO SE DICTAN CLASES POR CORRESPONDENCIA



Profesión lucrativa para ambos sexos.

Escuela de Mecánica Dental de Buenos Aires
2021 - RIVADAVIA - 2021
Nombre ....
Calle ....
Localidad .... L. 224

El "Método Credé" deberá aplicarse inmediatamente después de nacida la criatura.
PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS.





SIN DESEMBOLSO ESTUDIE EN EL:

INSTITUTO ARGENTINO DE AVIACION

Inscríbase en el curso "Técnico de Aviación", que esta institución dicta por correo. Duración del curso un año, otorgándose Diploma al terminar el mismo. Los mejores alumnos serán favorecidos con vuelos gratuitos y becas para seguir cursos prácticos de pilotaje, costeadas por este Instituto, a fin de poder obtener patente de Piloto Aviador Civil. Solicite condiciones de ingreso y matrículas a nuestra dirección postal.

CASILLA de CORREO 268 Bs. As. Argentina



Historia en 2 fotografías

Tilda Thamar

Ayer

Esta niña que aquí aparece aplicando todas sus energías a sostener sobre el regazo una voluminosa muñeca, se llama Tilda Thamar. Nació un siete de diciembre, en la provincia de Entre Ríos. Poco tiempo después, sus padres la llevaron al territorio de Misiones, y algunos años más tarde a Europa. De regreso a nuestro país, siguió estudios en un colegio de monjas. "Y fué entonces — nos dice — cuando empezó a manifestarse en mí un cierto disconformismo con el rígido ambiente que me rodeaba... Aunque era una chiquilla, sin suficiente criterio para juzgar acertadamente las cosas, me resultaba antipática la severidad de los métodos educativos, y como no encontrara mejor manera de hacer patente mi opinión, cuando la oportunidad se me ofrecía propicia colocaba tachuelas sobre los asientos de aquellas buenas mujeres... Esta travesura, como es de suponer — termina diciendo Tilda Thamar —, más de una vez me reportó consecuencias desagradables..."

Hoy

Hemos visitado a Tilda Thamar en su casa pequeña y blanca de la calle Juez Tedín. El interior de la misma revela de inmediato el temperamento de la mujer que ha sabido poner en ella el toque delicado de su exquisita sensibilidad. La que ya es una figura de seguro porvenir en nuestro cine, vive allí, rodeada por el grato ambiente que ella misma ha creado. Desde su niñez Tilda Thamar se dedicó con todo entusiasmo al estudio, y ello ha tenido sus resultados lógicos. Hoy es profesora de piano; dicta cátedra en Bellas Artes, habla cinco idiomas y es pintora de mérito. En "Tigre" y "Nahuel Huapí", dió al paisaje la presencia cautivadora de su atrayente figura. Luego se le asignaron papeles frívolos en otras películas... En "Adolescencia" ha demostrado que puede encarnar personajes de más acusado relieve humano, "y es así — dice — como yo quiero probar mi legítima vocación de actriz cinematográfica".

Silvana Roth

Ayer

Esta foto fué tomada a Silvana Roth cuando sólo tenía un año. La hoy popular estrella de nuestro cine es hija de padres genoveses y nació en Buenos Aires el 17 de febrero de 1924. En 1933 visitó a Italia, España y Brasil. De este viaje guarda un recuerdo que se hace emocionada nostalgia cuando evoca algunos detalles de la permanencia en la dulce tierra del Dante y de Petrarca. De regreso a Buenos Aires, continuó los estudios, que antes había interrumpido, hasta terminar el tercer año en el Liceo de señoritas. "Yo quería ser odontóloga — nos dice —. El cine jamás había sido para mí más que un motivo de distracción. En otro aspecto, lo miraba como una cosa lejana, inaccesible y maravillosa. Los hombres y mujeres que trabajaban en él me resultaban seres extraños, venidos de un mundo desconocido. Nada me parecía más hermoso y difícil que poder tratar algún día con uno de esos personajes..."



Hoy

Ahora Silvana Roth sonríe, ante la evocación de aquellos recuerdos. "Ya ve — dice — cuánto han cambiado para mí esas cosas... ¡Y fué todo tan sencillo!... Un día alguien me aseguró que yo tenía cualidades de actriz. Dudé, pero hubo tanta insistencia de su parte que me animé a probar fortuna en el cine... Así me incorporé a sus actividades, cuando tenía quince años, en la película "La casa del recuerdo". Los juicios sobre aquel primer intento me resultaron favorables, y decidí continuar la experiencia. Tiene cinco años ya mi ininterrumpida labor cinematográfica, que me ha proporcionado muchas satisfacciones. Creo que ya no podría hacer otra cosa... ¡Cada vez que pienso que mi destino estaba en un consultorio odontológico!". Silvana Roth vive con sus padres en la calle Charcas. Es tímida y amable. De una simpatía contagiosa, que atrae y cautiva. Sueña con emprender largos viajes por lejanos países de leyendas, y además escribe versos. Versos que no hemos podido leer porque la actriz nos dijo: "Ustedes perdonen, pero éste es un pecado cuya gravedad quiero conocer yo sola".

EL CUENTO PSICOLOGICO

EL PRECIO DE SU DECORO

Por ***Raúl Bustos Berrondo***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" ILUSTRACION DE M. ALFONSO



El señor Lamadrid es un austero profesor de enseñanza secundaria; Juanita, su mujer, una hacendosa ama de casa. Concluído el almuerzo, después que la criada recoge la vajilla y el mantel y se retira a su cocina, la señora se apodera repentinamente de una de las manos de su marido y le dice:

—Tienes las mangas gastadas. Tu traje está a la miseria; ya no aguanta la mirada de un miope. ¿Por qué no te mandas a hacer un traje nuevo?

El señor Lamadrid comprueba con aire displicente el desastre de su atavío y, acariciando el mentón de su esposa, contesta:

—Un traje nuevo es un problema.

—Exageras, como siempre. A mi criteri...

El profesor levanta pausadamente una ma-no y, como quien va a pronunciar una sen-tencia, interrumpe:

—Yo respeto tu criterio porque teng... hábito inveterado de respetar las ideas y la...

opiniones de mi prójimo, pero has de permitirme que te diga una cosa: tu criterio, Juanita, se funda en razones de escasa o ninguna consistencia. En fin, no quiero prejuzgar. Veamos en qué consiste tu criterio.

—Entiendo que un catedrático no tiene derecho a presentarse ante sus alumnos y ante sus colegas con las mangas gastadas.

—¿Haces una cuestión de ética profesional?

—No; es apenas una cuestión de decoro.

—Prosigue, Juanita; te escucho.

—Esta cuestión de decoro debe imponerse y prevalecer sobre ciertos detalles de la economía doméstica. Sé de sobra que vivimos estrechamente al día, pero opino que podemos postergar la atención de algunas pequeñas cuentas que representan en conjunto el precio de tu nuevo traje.

—Es decir, según tu criterio, el precio de mi decoro. ¿No crees, Juanita, que mi decoro reposa con mayor motivo en la puntualidad de mis pagos que en la salud de mis mangas?

—Tienes razón en apariencia, pero quiero advertirte que nuestro lechero, por ejemplo, a quien dejarías de abonar su cuenta este mes, no dejará por eso de tratarte con las consideraciones que impone tu rango. Le pagues o no le pagues, eres de todos modos un profesor, un catedrático. En cambio, si ve tus mangas gastadas, se burlará de ti, perderás su respeto y hasta su confianza.

—Tus argumentos son exactos y revelan tu conocimiento profundo de la miopía filosófica de los lecheros. Pero no olvidemos que si no pago a mi proveedor lo armaré de un derecho que no le corresponde. Un catedrático se pondrá voluntariamente bajo la férula de un lechero. ¡Esto es inaudito! Ese lechero me aplastará con su derecho y yo tendré que reverenciarlo cada vez que me cruce con él en el patio de nuestra casa. En vez de saludarlo con aire protector y amistoso, será preciso que le diga: "Buenos días tenga usted, señor lechero. Mucho le agradezco que deje diariamente en la cacerola de la cocina, a pesar de que no le pago, ese néctar delicioso que hace posible y agradable mi desayuno. Sé que usted me dispensa una inquebrantable confianza y que este honroso y magnífico sentimiento se funda en el hecho de que mis mangas no están gastadas..."

—Te burlas de mí y no hay motivo.

—No me burlo, Juanita. Describo con ribetes amenos una realidad cruel. Dudas con razón de que, llegado el caso, yo me dirigiera al lechero en tales términos. Esto, sin duda, es una broma que mi ternura quiere gastarle a tu buena voluntad. No me interesa el lechero, desde luego. Me interesa mi tranquilidad espiritual, que sufriría mucho si me decidiera a conceder a alguien ese derecho formidable, de horca y cuchillo, que confiere el deudor a su acreedor.

La señora de Lamadrid, amostazada, replica con viveza y enojo:

—Complicas las cosas con tus insufribles raciocinios. Todo lo analizas, todo lo desmenuzas, hasta las cosas más pueriles.

El señor Lamadrid, sonriente, dulce, vuelve a acariciar el mentón de su esposa, y agrega:

—Complico las pequeñas cosas de la vida para salvarme de las grandes complicaciones. Esto te parecerá paradojal y tonto. La vida serena es lo más difícil de lograr. Si ya la tenemos, si ya preside este hogar, cuidémosla, Juanita. Vosotras, las mujeres, razonáis de una manera simple, sin escudriñar entre las sombras del porvenir y sin recoger las experiencias del pasado. Vosotras vivís exclusivamente la hora actual y pretendéis resolver los problemas de la existencia aplicándoles fórmulas peregrinas. En definitiva, vosotras tenéis muy poco respeto por los intereses y los derechos del lechero. ◈

SERVICIO PERFECTO...?
se lo brinda con su gran organización en la República las cocinas
"VOLCAN"
En venta en todas las casas del ramo.
Fabricantes: Cuareta & Cía.
Maipú 250 - 33-9731 - Bs. Aires



HERMOSA, JOVEN Y MULTIMILLONARIA es la protagonista de "NOBLEZA AMERICANA" novela que próximamente comenzará a publicar MARIBEL en capítulos semanales

C. Fricant MUEBLES CLASICOS Y REGIONALES



AMUEBLAMIENTOS DE HOTELES - CHALETS - FIN DE SEMANA
DEPARTAMENTOS, ETC. - TAPIZADOS - CERAMICAS
DE FRANCIA - ADORNOS Y DECORACIONES

Visite una gran EXPOSICIÓN única en su género, 3.500 m² de seleccionados ambientes.



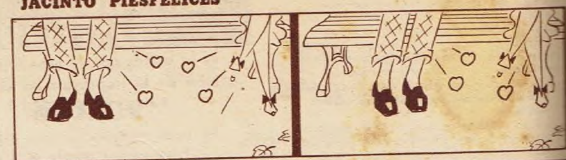
BEBEDERO N.° 5401-51
U. T. 51 - 1159 - 4437

DIOS O EL DIABLO

Un patán que bajó a La Rioja entró en un molino, y como viese que la rueda andaba sola, creyó que era por milagro, y con esta idea, alabando a Dios que tales prodigios obraba, se arrodilló y la besó.

Por su desgracia, la muela le llevó los labios y media docena de dientes, y dando un salto de dos varas, exclamó:

—¡Juro a ños que anda por arte del diablo!



Sin compás

COSAS RARAS, CURIOSAS, ILUSTRATIVAS.

★



NO BAILE ASI

Como habrá notado el asiduo lector de esta página, nuestros bailarines continúan bailando mal, cada vez peor. Ahora, por lo que vemos, él le ha tomado un pie a ella, y ella le está aplastando la nariz a él; todo lo cual no ha de constituir un gran placer para ninguno de los dos; nótese la expresión de la dama. Comprendemos que en un mal momento haya que recurrir a "agarrarse como se pueda". Pero no comprendemos que uno se exponga conscientemente a caer en tal situación. ¡Hay que ser moderado!

VANIDAD

Decía Moreas: "Sólo existen tres grandes poetas: Virgilio, Racine y yo. Y conste que los cito por orden cronológico."

RETRATO

El poeta inglés Tennyson tenía el rostro cubierto de arrugas.

Sir Charles Dilke decía de él:

—Es un cisne con patas de gallo.

TODO ES RELATIVO

En Nueva Zelandia, dos personas que trabajen juntas constituyen una factoría.

CURIOSIDAD

Una ballena puede comer una tonelada de alimento por día.

LA MUJER HERMOSA

Uno de los grandes admiradores de la belleza de Dorothy Morris, actriz de la Metro, es su magnífico perro. Pero más suerte tiene éste, que con ser nada más que perro, tiene por admiradora de su propia belleza a la magnífica Dorothy Morris. Nosotros admiramos (oficialmente) a los dos; (en voz baja, a Dorothy). El lector puede hacerlo a todo grito y hasta enamorarse de Dorothy. Para eso le brindamos esta foto. Pero le aconsejamos que vaya al cine; allí se enamora cualquiera y sin peligro.

SIGNIFICADO DE LA ROSA

La rosa es en Grecia emblema de secreto. Antiguamente se colgaba una de esas flores sobre la mesa en que hablaban los convidados, como testimonio de que nada de lo que decían sería repetido en otra parte.

Cosas de niños

—¿Y cómo es el novio de tu hermana? — preguntan a un niño —. ¿Es joven?

—¡Ya lo creo! ¡Figúrense que todavía no tiene pelo!

Proverbio de Vaud

Para beber y comer, nos esforzamos. Pero para trabajar, cuando no se puede, no se puede.

EL KAISER FILATELISTA

El último emperador de Alemania fué muy aficionado a coleccionar sellos para timbrar sus cartas. Cuando escribía a sus amigos, escogía uno de los más bonitos, que solía constituir para el destinatario de la misiva un recuerdo precioso del káiser.

OJO POR OJO... por González Fossat

LA ESTATUA ANTIGUA

Miguel Angel, viendo que el público daba preferencia a las estatuas de los antiguos, al compararlas con las suyas, hizo una magnífica; le cortó uno de los brazos y, luego de darle el aire y color antiguos, enterró la obra en un lugar en el que debían hacerse excavaciones.

Se encontró la estatua poco tiempo después, se atribuyó a los antiguos, y se juzgó inimitable. Fué entonces cuando apareció Miguel Angel con el brazo de su obra y al ver los sabios que ajustaba perfectamente, nadie dudó de que la obra era suya y reconocieron que su cincel igualaba al de los Fidias, Tysippos, etc.

TRENZA MONSTRUOSA

En el Museo Británico se conserva una inmensa trenza de pelo, cuyo peso es de cerca de dos toneladas. Se construyó este original postizo para uno de los emperadores del Japón.

Tarifa de un pintor

Parecido perfecto .. 20 pesos.
Parecido a medias . 15 „
Un aire de familia . 10 „

Precocidad

El padre, la madre y el hijo entran en una confitería.

—¡Mozo! Dos "vermouths" con "bitter" — ordena el padre.

—Papá, ¿por qué no pides para mamá?

EN EL TREN

—Mamá, ¿cómo se llama esa estación?

—No me fastidies. ¿Como quieres que lo sepa?

—Te preguntaba porque se me cayó en ella tu cartera...

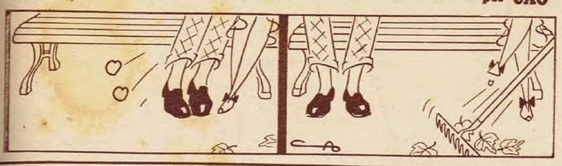
Dijo Curnonsky: "El francés es el único pueblo del mundo que no se cree el primero".

LA SOJA Se calcula que en los Estados Unidos, durante el presente año se sembrarán 6.000.000 de hectáreas de soja destinada a la alimentación y a la industria. De ese poroto versátil se obtiene, en efecto, aceite, sucedáneos de la carne, la leche y otros comestibles, materia prima para ciertos elásticos y aun tejidos.





interrumpida **por CAO**



CLIENTE PRECAVIDA

—Si no me equivoco, es usted el farmacéutico y droguista, ¿verdad?
—Servidor de usted, señora.
—¿Ha estado usted muchos años practicando el ramo?
—Sí, señora.
—¿De modo que lo conocerá usted a la perfección?
—Sí, señora.
—Su diploma es aquel que está colgado debajo de aquel estante, ¿verdad?
—Efectivamente, señora.
—Bueno, señor..., entonces me va a hacer el obsequio de despacharme cinco centavos de pastillas de goma.

ni ritmo

PINTORESCAS Y HUMORISTICAS

EPIGRAMA

De mil enfermos y más
que en año y medio asistí
ninguno de ellos, jamás,
podrá quejarse de mí.
Así habló el doctor Edmundo,
y en verdad que no ha mentido,
pues los mil y más se han ido
a quejarse al otro mundo.

Anónimo.

REFRAN ESPAÑOL

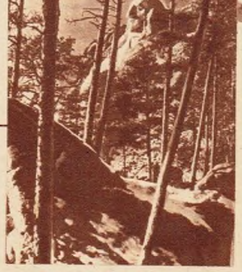
Caminante cansado, subirá en asno si no alcanza caballo.

ACTUAL COSTUMBRE ARCAICA

Una antigua costumbre hace que en algunos pueblos del Perú, el día de Todos los Santos se lleven a la iglesia vacas, cabras y cerdos, que se sueltan en medio del templo para que reciban la bendición del sacerdote.

DE AQUI A TRES SIGLOS...

Hemos descubierto en algunas islas del Pacífico (nosotros los humanos blancos), unas cabezas ejecutadas en piedra por escultores que pertenecieron a remotas generaciones pasadas. Y después de estudiarlas, los sabios han vertido la hipótesis de que aquellos artistas debieron ser gigantes, los verdaderos gigantes de que hablan las mitologías. Lo mismo va a ocurrirles a los sabios de las civilizaciones futuras cuando descubran y estudien esta cabeza de Jorge Wáshington que mide 60 pies desde el mentón hacia arriba, ejecutada en Mount Rushmore, EE. UU.





Rara reunión

Las tumbas de los coptos, en Egipto, tienen exteriormente la forma de una casita. Tres veces al año las familias de los que en ellas están enterrados se reúnen en su interior y celebran una comida.

AYUDA

"Los abajo firmantes apoyan el pedido que le hace el soldado Smith, de que le envíe su foto en traje de baño".

LOS OSOS TAMBIEN

Un zoólogo de la Universidad de California comunicó que los osos padecen de dolores de muelas.

ELOGIO A LA FONTAINE

Hablando de las fábulas de La Fontaine, Mme. de Sevigné dijo:
—Es una cesta de cerezas; quiere uno elegir las más hermosas y la cesta se vacía.

EL REGALO

Un comerciante de esta ciudad tenía un pleito con un vecino por una cuantiosa suma, y sugirió a su abogado la conveniencia de enviarle un regalo al juez.
—¡No haga usted tal cosa, infeliz! Dado lo recto que es ese funcionario, no sólo perdería usted el pleito, sino que además le metería en un embrollo grave.
Un mes después, el comerciante gana el pleito. Su abogado está orgulloso del éxito y se atribuye todo el mérito del triunfo.
—¿Lo ve usted, amigo? ¿Tenía yo razón al disuadirle de que no le enviase el regalo al señor juez?
—Pero si se lo he mandado.
—¿Cómo? ¿Que se lo ha mandado?
—Sí; pero con una tarjeta de mi rival...

RAZON DE MAS

Un anciano que se siente gravemente enfermo desea hacer el testamento, para lo cual manda buscar a un escribano.
—Deseo hacer mi testamento — le dice—. Advierto a usted que a mi hermana Adela, que se ha portado indignamente conmigo, no le dejo nada.
—¿Y a los otros hermanos?
—Tampoco.
—¿Por qué motivo?
—Pues, simplemente, porque no tengo nada.

EL TEATRO POR DENTRO

Cuando se levanta el telón en un teatro revisteril, nuestro sentir está plenamente convencido de que todas esas mujeres brillantemente vestidas o desvestidas, se encuentran en "estado natural"; y hay quienes llegan a creer que hasta han nacido así, "gente de teatro", como quien nace bosquimano o mongol. Pero no hay más que ver los entretelones para volver a la realidad, una realidad compuesta de tropiezos, apurones, protestas, trabajo, carcajadas, desalientos, cansancio, triunfos, alegría y a veces llanto. Aquí vemos al "manager" midiendo piernas para pintar medias. En lo sucesivo veremos otras cosas.

¿SERA VERDAD?

Keith Kennedy, de la Universidad de Cornell, ha observado que una vaca sana come sesenta bocados de pasto por minuto.

NO FUERON JAMAS OCUPADAS

Las dos únicas grandes capitales europeas que nunca han sido ocupadas por un ejército enemigo son Londres y Leningrado.

CURIOSIDAD

En algunas regiones fruticolas resulta provechoso polinizar los frutales a mano. Sucede así cuando las malas condiciones del tiempo impiden a las abejas realizar esta tarea. Representa, por supuesto, un gasto elevado, pero como ello duplica la cosecha, deja ganancia.



venta **por DOMINGO VILLAFAÑE**



EL CUENTO FESTIVO

EL HOMBRE QUE NO

En su constante avidez de lecturas espiritistas, don Remigio ni comía ni dormía como corresponde a un menesteroso ciudadano. Masticaba con el libro sobre el plato y dormía con el mismo pegado a las narices. Allán Kardec y Pancho Sierra, habían sido releídos por él concienzudamente en sus horas de asueto y meditados sabrosamente en sus horas de trabajo. En cuenta de ello, no pocas veces el jefe de su sección había observado sus reiteradas distracciones. Con frecuencia ocupaba su pupitre comenzando la tarea con el sombrero puesto. Otras, permanecía de pie, con su mirada miope frente al libro de "haberes", abstraído más de treinta minutos, con las manos en los bolsillos. En cambio, repetidas veces permanecía en su puesto, encorvado, haciendo números, con tanto entusiasmo, sin darse cuenta de que los demás empleados ya habían salido, hasta que el sereno de la empresa lo ponía sobre aviso. Entonces dejaba "todo plantado" y salía vertiginosamente. No obstante, el jefe no pudo menos que llamarlo aparte una tarde en que, con la punta del lápiz en los labios, parecía haber perdido la noción de sí mismo, con su mirada absorta hacia el cielo raso.

—Hace un tiempo que lo noto muy preocupado. ¿Qué le pasa a usted?

—¿A mí?—exclamó, tomado de sorpresa—. Pues, a mí... no me pasa nada... —titubeó con una sonrisita difusa en las comisuras de la boca, a tiempo que su pequeña estatura parecía achatarse más aún. Con la mirada parpadeante de inexplicable nerviosidad, dirigida a su superior a través de sus anteojos de doble aumento, aguardó.

—Encuentro muchos errores en sus planillas; ha perdido usted la exactitud del cálculo; en unas le faltan números y en otras le sobran... ¡Vamos mal! ¡Vamos mal!

Al oírlo quedó muy confuso. Por último prometió que en lo sucesivo no ocurriría.

....

No tan mal iba en la oficina como en su hogar. Austero con su esposa, parco con su hijita, no mimaba ya a la nena como antes ni obsequiaba con cariñitos a su mujer. La influencia de los "padres de las ciencias ocultas" se apoderó tan fuerte de su cerebro, que amenazó su sensatez en poco tiempo. Entonces su destino dió un salto tan brusco como inesperado. Se había hecho de un hábito raro. Regresar del empleo con apuros de volver a salir. Después de merendar precipitadamente salía con el último bocado a la calle, diciendo un circunspecto: "hasta luego".

Al principio, esas bruscas escapadas no agradaron a Sabina. Con extrañas presunciones dudó de un probable engaño. Ella entendía, que lo único que podía provocar esas fugas inusitadas y ese abandono del hogar, era la "cita" con alguna mujer. Entonces lo espió, disimulando como mejor pudo su tormento. Astutamente le registraba los bolsillos, sin hallar "cartas de pruebas". Le olfateaba las solapas, sin hallar rastros de perfume ni hebras de cabellos. Efectuó una requisa a los pañuelos sin hallar marcas de *rouge*. Permaneció largas vigilias auscultando su sueño, sin que delatase el nombre de alguna preciosidad, y comprobó que solía tener muy malas pesadillas, al punto de despertarse por el escándalo de sus gritos desaforados. Viendo, pues, que ni dormido ni despierto daba pruebas de una supuesta infidelidad, dejó de estar alerta y se abandonó a su extraña suerte.

....

En realidad, muy lejos estaba de sospechar qué suscitaba sus fugas. En la localidad sólo una persona estaba enterada. Su profesor de violín — el sastre del pueblo —, a quien don Remigio rogó ocultar la nueva. Y, en efecto, su escrúpulo quedó satisfecho, puesto que de boca del sastre no salió ni corte ni puntada. Exigido por tal compromiso, recorría la villa en los atardeceres del verano, meditabundo, la vista en tierra, huyendo de la presencia de alguien que lo perturbase. Se dirigía a extramuros, donde se abría el verdeante paisaje de la campiña. Solía, asimismo, solazarse con la puesta del sol como un sonetista de lapso vesperal, y detenido en su éxtasis, bajo la sombra de algún sauce del camino, pronunciaba entre dientes soliloquios que en nada tenían que ver con el ocaso.

—¡Cueste lo que cueste seré violinista! ¿Por qué no? Debo ser un "reencarnado", si no, no me explico esta necesidad de tocar el violín a los 37 años... ¡A los 37 años!

Embelesadamente abstraído, hasta que las sombras azules envolvían las crestas de las nubes y las cumbres de los cerros, permanecía lejos del bullicio del almacén, donde los parroquianos mitigaban la fatiga de la jornada, naipe en mano. Entonces entraba en la casa del sastre. Este, al verlo, abandonaba la aguja o la tijera. Se encerraban en su cuarto, y uno explicando y otro remedando, permanecían unas horas. El imperio del deseo de adquirir el violín lo obligó entonces a las economías estrictas. Y con él llegó a su casa una noche.

....

Sabina lo miró incrédula, ensimismada.

—¿Y éso? —murmuró apenas.

En silencio abrió el deslustroso estuche, acariciando placenteramente el instrumento adquirido en una "compra - venta". Su hija se mostró vivamente contenta, creyendo que su padre le había traído un juguete, y viéndola ir a su encuentro para acariciarlo, la decepcionó:

—Tú no debes tocarlo, ¡cuidado, eh!

La criatura se echó a llorar desilusionada

SABIA TOCAR EL VIOLIN

Por ***Brillante Plastino***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" ILUSTRACIONES DE GUBELLINI



mente. El llanto pareció conmoverlo y trató de consolarla:

—Bueno, no llores ahora; mañana te compraré un juguete a ti.

Persuadida, dejó de fruncir la boquita, llevándose los deditos al vértice de sus ojos lagrimeantes. El, luego se dirigió a Sabina, cambiando el tono con amable sonrisa, fuera de costumbre:

—Oye, comprendo que te sorprenderá..., pero he descubierto que sé tocar el violín.

Ella quedó atontada. ¿De dónde, cuándo y cómo su Remigio sabía tocar el violín? ¿No se habría vuelto loco? La punta de esa sospecha tatuó su entrecejo. Amarilla como el papel, se secó las manos en el delantal, tratando de disimular lo que pensaba.

—¿De veras, sabes tocar el violín?

—Sí.., de veras. Lo he descubierto y en realidad estoy contento.

—¡Como nunca me has dicho nada! —explicó en su asombro—. No puedo creerlo, y parece que hablaras en sueños.

Deteniendo el arco un instante, mientras le pasaba resina, él respondió:

—Te diré, ha sido una revelación. Creo que es una inspiración que traigo de otras vidas.

—¿¡De otras vidas!?

—Sí, mujer; no te asombres tanto; yo nunca digo gansadas. Soy un "reencarnado", así como lo oyes... He sido un gran músico..., y sospecho que el espíritu de Paganini se ha reencarnado en mí.

Sabina, que nada entendía de reencarnaciones, no sintió otra cosa que miedo, un miedo inexplicable, algo así como un presentimiento. Con la frente agobiada de vacilaciones y arrugas salió atolondrada de la pieza, dirigiéndose a la cocina a concluir con la higiene de los utensilios.

Desde entonces "tuvo que sufrirlo". Las cuerdas del violín maullaban en sus oídos. Cuando "ensayaba" solía decirle mientras ella tejía:

—¿Oís, Sabina?... Estas son las fusas y semifusas... Estas las corcheas y semicorcheas... Fíjate cómo deben marcarse... Mira..., así..., ¿ves?...

Y lo veía pegarse a la caja del violín con su barbilla, bajando y subiendo el arco estridente con mil maullidos de gatos rabiosos, traspirando agitadamente, semejando su rostro una máscara frenética, estremecida por una convulsión de vértigo diabólico, desorbitado, húmeda la incipiente calva; el pelo ralo caído en el caracol desde sus orejas; los pómulos encarnados como tomates; las fosas de su nariz respingada resoplando como un fuelle; marcando "el tiempo" con el pie. La única sensación que experimentaba Sabina era un susto tremendo. Y salía con la cara larga para santiguarse en el patio, murmurando una plegaria al cielo encandilado de rubíes. Entretanto, su nena saltaba de júbilo, dando palmas:

—¡Lindo, lindo, lindo! ¡Qué bien tocas, papito!

El inocente elogio lo trasportaba a celestiales esferas, y continuaba infatigable, sugiriéndose quimeras, preso de inenarrable delirio, hasta el canto del gallo de medianoche, mientras Sabina, con los oídos taponados de algodón, pensaba contrita:

—¿Es posible, Dios mío, que el demonio se haya apoderado de su cuerpo y de su alma?

....

Todo llega alguna vez, y los acontecimientos, cuyo epílogo se desarrolló tal como lo venía presintiendo la pobre Sabina, precipitáronse al fin.

Aconteció que una noche su marido la apuró a que le planchase el traje, camisa, cuello y corbata. La Comisión de Vecinos lo invitaba a concurrir a un festival, y en el que actuaría el gran violinista Atilio Pallarotto. El teatro se llenó de bote en bote. Situóse en tercera fila. A continuación de algunos números de *varieté*, apareció en escena, tan delgadísimo como un escarbadiente, embutido en su frac, el concertista. Cuando empezó a ejecutar, don Remigio tenía la mirada fría y cruel. Una nota le sonaba mal, y susceptible de ello se inclinaba sobre el respaldo delantero haciendo muecas tan extrañas, que una dama que ocupaba la butaca se volvió de mal talante para observarlo. Con la certidumbre de que el músico desafinaba, revolvíase nervioso. Luego le brotó una rabia extraña y un impulso terrible le ofuscó del todo. Saltó de la butaca, precipitóse hacia el concertista, le arrebató el violín y arrancó sus cuerdas.

—Este hombre no sabe lo que es un violín —gritó.

Quedaron todos paralizados como una corriente eléctrica. Finalmente un murmullo dominó la sala y el ambiente se hizo grave.

—¡Hay que escarmentarlo! —tronaban las voces, a tiempo que el tumulto empezaba a envolverlo.

Simultáneamente se hizo presente el comisario, quien a duras penas calmó el furor del público. Las autoridades lo condujeron sano y salvo al despacho de la seccional, donde el funcionario lo interrogó agriamente, recriminándole su actitud.

Pero el acusado, con la cara encendida de rencor, respondió:

—Ustedes son más testarudos que mi mujer. ¿Cómo puedo hacer entender al mundo que soy un "reencarnado", y que dentro de mí vive el espíritu de Paganini?

Y recién comprendieron los buenos policías que no eran ellos los más indicados para hacerse cargo del detenido. ◈

Utilice sus manos
y su cerebro para
GANAR DINERO!



Aprenda a fabricar
JUGUETES, FANTASIAS
TRABAJOS EN HULE Y
PAÑO LENCI.

Remitimos todo lo necesario.

Solicite informes enviando o mencionando este aviso, a

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL Y COMERCIAL

SARANDI 1273 **Buenos Aires**

Una novela inolvidable:
"NOBLEZA AMERICANA"
Próximamente en MARIBEL



SACAROL, purgante suave y eficaz, popularísimo en todos los hogares de la República. Su rico sabor a cocoa, predispone a tomarlo con gusto.

USTED TAMBIEN
la próxima vez púrguese con SACAROL

En cómodos sobres de 4 dosis.
PIDALO EN SU FARMACIA



SE TOMA COMO AZUCAR

Fabricantes y distribuidores:
Drog. SCHMITZ Hnos. Alsina 2653

CHARLES STRICKLAND SE

EL EXTRAÑO PERSONAJE PRINCIPAL DE "LA LUNA Y SEIS PENIQUES", FUE UNO DE LOS

El retrato de un artista

Indudablemente, Charles Strickland, el inquietante personaje cuyas andanzas narra Somerset Maugham en "La luna y seis peniques", no es una mera ficción novelística. Vivió, y en la dura realidad, con dolorosa plenitud. El autor británico, deseoso quizá de rehuir las limitaciones que impone una biografía, el obligatorio y asiduo respeto de pormenores y circunstancias, prefirió urdir con elementos reales una novela, pero sin dejarse aprisionar por ellos, eligiéndolos entre los que juzgó significativos. Se propuso trazar, un poco desde fuera y como sorprendido, el retrato moral de un artista, de un individuo de excepción, de un voluntario desposeído a quien la holgura avergüenza y la felicidad embota. Charles Strickland tuvo un nombre en este mundo: se llamó Paul Gauguin.

Nace un niño y una república

Nació Gauguin en 1848 y en momentos en que el pueblo de París, maestro en bélica artesanía, elevaba en las calles sus barricadas. Alboreaba la Segunda República, desvanecíanse los pacíficos ensueños de Luis Felipe, el rey burgués, y Luis Napoleón Bonaparte, futuro príncipe presidente, todavía envuelto en su penumbra de conspirador sempiterno, disponíase a soportar sobre sus hombros el peso desmesurado de una herencia gloriosa. En medio del crepitar de la fusilería, en una casa de la calle Notre-Dame de Lorette, abrió los ojos a la luz Paul Gauguin. Nacía en medio de una revolución, llevaba en sus venas sangre de revolucionarios – su abuela, Flora Tristán, y su padre, Clovis Gauguin – y estaba destinado, desde la cuna, a pertenecer a esa clase de seres que sienten "el horror y el éxtasis de la vida".

Herencia de rebeldía

Era nieto de Flora Tristán, aquella bellísima peruana que, huyendo de la pasión de su esposo, tan legítima como desventurada, terminó por entregarse a la prédica social – un vasto amor por los humildes compensábala de su fracaso amoroso – y que hasta mereció, por parte de su despechado marido, los honores de una tentativa de asesinato. Flora Tristán, feminista con femineidad, lo que no es muy frecuente, constituiría con el tiempo un motivo de orgullo para su nieto. Claro está que él lo ocultaba, pues Gauguin halló siempre cierto acre placer en afrentar aquello que más quería. Hasta llegó a decir alguna vez de su ilustre abuela, con insolente displicencia: "Era una señora un poco fantasiosa, que se consagró a la causa obrera. Una sabihonda socialista o anarquista, que probablemente no sabía cocinar..."

Un hombre de porvenir

La casa de banca Bertín, de la calle Lafitte, tuvo durante varios años, después del 70, un agente ejemplar. Era un muchachón de facciones irregulares y gran nariz abrupta, que solía especular particularmente en la bolsa y con fortuna. Cierta persona, cuando contemplaba a hurtadillas su corpachón inclinado sobre el escritorio, mientras su pluma afanosa acumulaba cifras sobre cifras, lo observaba con una envidia benevolente que asemejábase a la ternura. Se llamaba Emile Shuffenecker – Dirk Stroeve, en la novela – y consagraba a su afortunado compañero de afanes una admiración colindante con el fanatismo. Pero no eran razones económicas las que alimentaban ese sentimiento confuso, femenino casi. Ocurría que su camarada, llamado Paul Gauguin, pintaba a ratos y con un libertad, un desenfado, una falta de prejuicios de escuela, que desconcertaban a Shuffenecker, pintor también en sus buenos momentos de ocio, pero mesurado, respetuoso de formas y cánones, esclavo de lo bonito y de lo parecido.

Schuffenecker, el deslumbrado

Por lo demás, Paul Gauguin, futuro banquero, era dueño de un hogar honesto y de una esposa pulcra, rosada y corpulenta, con esa apostura majestuosa y saludable que suelen poseer las mujeres del norte de Europa. Una esposa, dinamarquesa de origen, que se llamaba Metta Sofía-Gad, que gustaba acoger en su salón, los días de recibo, gentes tan ponderadas y distinguidas como ella. En fin, Paul Gauguin poseía más de lo necesario para deslumbrar al bueno de Shuffenecker...

Pero, cierta vez, una noticia increíble conmueve hasta los cimientos de la casa de banca Bertín. Paul Gauguin la abandona, y no para sacar provecho de los conocimientos adquiridos durante su permanencia en ella, sino para consagrarse – ¿cabe mayor insania en un cumplido financiero? – a la pintura... Ya no sería el pintor de los domingos, el maniático inofensivo cuyos borrones contemplaba con irónica bonhomía la saludable Metta, sino un artista, un verdadero artista entregado a su misterioso y poco productivo sacerdocio.

El llamado misterioso

Comienza, entonces, para Paul Gauguin la pobreza, se inicia la época de las amargas recriminaciones, cuando la mujer – ¡qué lejos están los tiempos en que ella lo agasajaba con orgullo de persona sobremanera práctica! – muéstrase desgreñada e iracunda, verdadera imagen de la furia doméstica, presta siempre a abrir los brazos con trágico ademán de comedianta para que en ellos se refugien los hijos amedrentados. Soberbia e indignada, erguida en la sala, donde ya la pobreza se insinúa como una lenta invasión de oscuridad y de frío, parece, tan rolliza y tan rosada, un faro en medio de la tempestad.

Entonces, Paul Gauguin abandona su hogar. No se va solo, lleva con él su misterioso acompañante, su fantasma familiar, su mundo, hasta su propio aire. Se lleva su arte, sus cuadros y sus pinceles.

Drama en un "atelier"

¡Adiós las comidas suculentas y los contertulios respetables!... Son ahora pintores de largas crines y pipas pestilentes sus camaradas. ¡Cuánto asustaban esas gentes, en sus raras apariciones, a la señora de Gauguin, con sus blusas manchadas, y cómo temía, en sus buenos tiempos idos, por la integridad de sus alfombras y la morada pulcritud de sus sillones de peluche!... Ahora, ellos constituyen la verdadera familia de su marido que, de tanto en tanto, le escribe, siempre lejano y desamorado, como si pensara en otra cosa...

Un buen día, Gauguin abandona Francia. Vive con la obsesión del sol, de ese crudo sol de América que contemplara en su infancia, en el Perú, en el país de su abuela. Parte rumbo a Panamá, que lo desencanta. Llega a la Martinica, vese en la necesidad de regresar, fatigado y enfermo. En París lo acoge Emile Shuffenecker, que se ha liberado también de la tutela de la banca Bertín para consagrarse al arte, pero a un arte accesible, conciliador, utilitario. Se ha casado, posee un taller acogedor y tibio y una mujer que, como la misma señora Gauguin, acoge con inequívocas muestras de repugnancia a ese desarrapado que retorna de las comarcas del sol, mísero y soberbio, andrajoso y petulante como un rey irrisorio.

Es un vencido, pero también un conquistador. Pronto lo sabe por experiencia la señora Shuffenecker. Gauguin se apodera de ella; esa es la palabra. Su marido nada ve, nada comprende. Pero un día, Paul lo expulsa de su propia casa, se apropia del taller y de su mujer, tan cruel e inexorable como un ídolo irritado. Suprema injuria: transforma a la esposa de Shuffenecker en modelo y la pinta desnuda. Nunca la pobre mujer se vió, ella, acostumbrada a desnudos de nácar y caramelo, con esa desnudez indecorosa de lo cotidiano, donde no cabe el pudor ni la poesía.

Shuffenecker, mientras tanto, protesta, gimotea, pide socorro a los amigos comunes. Gauguin termina reintegrándole sus pinceles, su caballete, su taller, con la mujer



Paul Gauguin, el extraordinario pintor francés, cuya atormentada existencia inspiró a Somerset Maugham "La luna y seis peniques", una de sus más bellas novelas.

LLAMÓ PAUL GAUGUIN

MAS GRANDES PINTORES DE FRANCIA

Por Julio Ellena de la Sota

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



En Tahití, en medio de la luz deslumbrante de las islas paradisíacas, Paul Gauguin pintó aquellas telas que, menospreciadas al principio, debían ejercer posteriormente manifiesta y perdurable influencia en el arte contemporáneo.

adentro. En fin, le devuelve todo como trastos inútiles. Quizá presiente ya que su única amante fiel es la miseria.

"Mientras más camino, más desciendo"

"Atraigo siempre la desgracia sobre los que me rodean: la locura o la muerte", dijo alguna vez Gauguin. Y era verdad. A su pesar a veces, y otras deliberadamente, pues es un bromista cruel, o un salvaje, tal como lo fuera Rimbaud. Pudo dar fe de ello, en su tiempo, aquella mujer que, en Port Aven, fué la víctima de las maledicentes de las cercanías, que le atribuían relaciones con el pintor. Gauguin no encontró más recurso para manifestar su repulsa que pintar una Leda en las paredes de la posada con las facciones de la desventurada y trazar al pie un desafiante:

"Honni soit qui mal y pense." (1)

También podría atestiguarlo Vicent Van Gogh, el maravilloso pintor holandés, cuya locura agravóse durante los tiempos en que vivió con Gauguin, y contra cuya vida atentó en cierta ocasión. Fueron esos días terribles y deslumbrantes, de grandeza y de desvarío. Ambos artistas alcanzaban ya la ansiada plenitud, influíanse mutuamente, pero la locura acechaba... Una tarde, Van Gogh, presa de su demonio, córtase una oreja, corre a llevársela, tras sumario vendaje de la herida, a una mujer de vida irregular, que acoge al macabro presente llamando a gritos un gendarme. Gauguin, entonces, se separa de Van Gogh, reinicia su eterno peregrinaje.

Flora Tristán, abuela del artista francés, y cuyo ejemplo posiblemente influyó en la extraña determinación que tomara.

En busca del país del sol

No es posible encerrar la vida extraña de Gauguin en pocas páginas. El hecho es que a medida que conquista el dominio de su arte y la expresión truécase en diáfana, en lenguaje accesible para su alma, comprende que no ha descubierto aún la patria soñada, su paraíso. Necesita del sol. Parte entonces para Tahití, descubre las islas paradisíacas, retorna a Francia, pero dispuesto a volver a ellas para siempre. Para costearse el viaje de regreso — es por aquellos días un hombrachón que lleva un chaleco bordado como el de los campesinos bretones y zuecos tallados con su propia mano — organiza un remate de sus telas. Muchos amigos dispónense a ayudarlo. Se reúnen en la venta más de nueve mil francos. Cinco de sus cuadros son adquiridos — extraño ejemplo de admiración y de acatamiento — por el ofendido y lastimado Shuffenecker.

Donde el mundo todavía era niño

Paul Gauguin no debía abandonar Tahití. Allí también lo acosó la miseria, la enfermedad, el desprecio de los blancos, pero surgió en sus telas esa virtud agazapada, tensa como un resorte, que debía desarrollarse allí e iluminarlo todo como alumbra la dorada penumbra del atardecer la flora fugaz e irresistible de una luz de Bengala. Gauguin no quería abandonar las islas maravillosas, porque era como abandonar sus ojos y condenarse voluntariamente a la ceguera. Allí aprendió que también es preciso adjudicarle a las cosas sus colores como se les otorgan los nombres. Bautizó al mundo con sus pinceles. Hubiera podido decir: en el principio era el color... Además, envejecido y achacoso ya, retornó al lado de Tehoura, su esposa indígena, a la infancia del mundo.

Epílogo en Buenos Aires

No hace muchos años, y durante una exposición colectiva de pintura francesa, pudieron contemplarse en Buenos Aires algunas telas del hombre cuya vida inspirara a Somerset Maugham "La luna y seis peniques". Entre ellas hallábase "El caballo blanco", que es azul, de Gauguin, y que se llevaba el sufragio de todas las miradas. Hubiérase dicho que las gentes aguardaban el momento en que se producía ese trueque, que no llega nunca, porque la espuma es roja y eso desconcierta... El cuadro ascendía hasta su marco pujante y cálido como una melodía. Alguien dijo a mis espaldas: "Conocida la receta, debe ser fácil pintar así; ese caballo no tiene dibujo". Y me pareció ver asomar el perfil abrupto de Gauguin, enfermo y pobre, sonriendo tristemente en algún lado — el tropical se entiende — del cielo...

Este fué Paul Gauguin, a quien Somerset Maugham resucita, y estiliza, en la novela que acogen las páginas de "LEOPLÁN". Una de esas novelas que dejan entrever tras el tenue antifaz de la ficción el rostro y los nombres de la vida. ◆

---

(1) Menguado sea quien piense mal.



"La señora de Strickland no era, precisamente, una mujer hermosa, pero tenía unos ojos vivaces y expresivos que irradiaban simpatía a su rostro... Mientras yo contemplaba el retrato de sus hijos, ella ejecutaba al piano".

CAPITULO I

DEBO confesar que cuando conocí a Carlos Strickland no me dió la impresión de ser un personaje extraordinario; sin embargo, sería difícil hallar ahora quien le niegue excepcional valor. No me refiero al valor que suele ostentar un político afortunado o un militar de éxito, pues estos valores son más inherentes a la situación que al hombre, y un cambio en las circunstancias los puede reducir a proporciones muy discretas. Un primer ministro retirado de la política resulta, con el tiempo, no haber sido más que un retórico ampuloso, y un general sin su ejército puede llegar a ser tan sólo el manso y familiar héroe de una ciudad rural. La grandeza de Carlos Strickland era auténtica. Puede ser que su arte no guste a todos, pero en modo alguno podrá ser tildado de insignificante. Su personalidad artística era de las que perturban y cautivan.

Ya pasó el tiempo en que la gente se reía de él, y ya no se considera excéntrico a quien lo defienda ni pervertido a quien lo admire. Las taras de su moral son aceptadas como un complemento necesario de su mérito. Aun es posible discutir su lugar en el arte, y el entusiasmo de sus admiradores es quizá tan caprichoso como la crítica de sus adversarios, pero nunca se podrá dudar de que tuvo genio. En mi opinión, lo más interesante del arte es la personalidad del artista, y si ésta se sale de lo común, estoy dispuesto a perdonarle las fallas.

Descubrir el sentido esotérico de un artista es como leer una novela policial. Es una adivinanza que comparte con el universo el mérito de no tener solución. La más insignificante de las obras de Strickland sugiere una personalidad extraña, atormentada y compleja, y eso es lo que hace que no sean indiferentes hacia su arte ni aun aquellos que no admiran sus cuadros, y eso también es lo que ha suscitado tan extraño interés por el conocimiento de su vida y de su carácter.

Sólo cuatro años después de la muerte de Strickland, escribió Maurice Huret en el "Mercure de France" el artículo que sacó al pintor del olvido y abrió el camino, que luego siguieron, más o menos dócilmente, otros escritores.

La luna y

TEXTO INTEGRO de la famosa

"Tan pronto llegué a París, fuí a visitar a Carlos Strickland. Vivía en un hotelucho modesto, y estaba transfigurado. Tenía barba, y su vestimenta, muy deteriorada".

seis peniques

novela de **W. SOMERSET MAUGHAM**

Fotografías de la película homónima, cedidas por Artistas Unidos.

Durante mucho tiempo no hubo crítico que gozase en Francia de tanta autoridad como Huret, y era imposible dejar de sentirse impresionado por sus afirmaciones, que parecieron extravagantes cuando las emitió. Pero juicios posteriores confirmaron su opinión, y la calificación artística de Carlos Strickland está ahora firmemente establecida de acuerdo a las premisas que él trazó. El progreso de su renombre es uno de los incidentes más románticos de la historia del arte; pero no es mi intención ocuparme aquí del arte de Carlos Strickland, sino en cuanto él se relacione con su carácter.

El amor a los mitos es innato en la raza humana. Esta se prende con avidez a cualquier circunstancia extraña o misteriosa en la carrera de aquellos que han sobresalido del resto de sus semejantes, e inventa una leyenda para creerla luego con todo fanatismo. Es la protesta del romance contra los lugares comunes de la vida. Los incidentes de la leyenda son el pasaporte más seguro del héroe para la inmortalidad. El filósofo ironista esboza, con una sonrisa, que sir Walter Raleigh es más recordado por haber arrojado al suelo su capa para que sobre ella pasara la Reina Virgen, que por haber descubierto para Inglaterra tantas tierras desconocidas. Carlos Strickland vivió obscuramente; se creó más enemigos que amigos; por lo tanto, no ha de extrañar que los que escribieron sobre su vida adornaran sus escasos recuerdos con una viva fantasía, aunque es evidente que había bastante, en lo poco que se sabía de él, como para darle más de una oportunidad al escritor romántico. Algo había de extraño y terrible en su vida; muchos aspectos chocaban de su carácter y su destino tenía bastante de patético. A su debido tiempo se formó en torno a su vida una leyenda tan circunstanciada, que un historiador prudente reflexionaría detenidamente antes de atacarla.

Pero el reverendo Roberto Strickland tenía de todo menos de historiador prudente. Escribió la biografía de su padre admitiendo que lo hacía para "desvirtuar ciertos malentendidos muy arraigados en el público respecto a la vida del pintor, que causaron acerbo dolor a personas que todavía viven". Es evidente que en la historia que se relataba corrientemente sobre la vida de Strickland había lo suficiente para causar desazón a una familia respetable. Leí con regocijo la obra del reverendo, y me felicito por ello, pues la hallé incolora y aburrida. El hijo ha pintado el retrato de un excelente esposo y mejor padre, un hombre de humor amable, costumbres laboriosas y recta moral. Los eclesiásticos modernos han adquirido en el estudio de una ciencia que creo que se llama exégesis, una facilidad asombrosa para convertir lo blanco en negro, y viceversa. Y la sutileza con que el reverendo Roberto Strickland ha "interpretado" — interpretar es hacer exégesis — algunos hechos de la vida de su padre, ha de llevarlo, con el tiempo, a las más altas cumbres de la Iglesia...

Es un gesto de digna piedad filial, pero arriesgado, ya que es muy probable que la leyenda comúnmente divulgada haya ayudado a acrecentar la reputación de Strickland, pues deben haber sido muchos los que, en razón inversa a la aversión que experimentaban por su temperamento, o a la compasión que les inspiró su muerte, se han sentido atraídos por su arte. Y es probable que los esfuerzos bien intencionados del hijo hayan desencantado a más de uno de los admiradores del padre. No se debió a una mera casualidad que, cuando poco después de la discusión que suscitó esta biografía se remató en la casa Christie una de sus más importantes obras, "La mujer de Samaria", el cuadro se haya vendido en 235 libras menos de las que había pagado por ella un conocido coleccionista, fallecido nueve meses antes.

La fama y la originalidad de Carlos Strickland no le hubieran sobrevivido, quizá, si el amor que la humanidad siente por los mitos no hubiese desechado con impaciencia la historia sencilla del hijo, que no alcanzaba a satisfacer el afán por lo extraordinario.

El doctor Weitbrecht Rotholz pertenece a esa escuela de historiadores que cree que la naturaleza humana no sólo es todo lo mala que puede ser, sino mucho peor; y por cierto que el lector está más seguro de encontrar de su gusto los relatos encarados con ese espíritu, que los de los escritores que se complacen en representar las grandes figuras románticas como ejemplos de virtudes domésticas. Por mi parte, no quisiera pensar que entre Antonio y Cleopatra hubo tan sólo una situación económica. Y gracias a Dios, nunca se podrían hallar pruebas suficientes como para convencerme de que Tiberio fué un monarca tan irreprochable como Jorge V.

El doctor Weitbrecht Rotholz se refirió a la biografía "inocente" del reverendo Roberto Strickland en términos tales, que resulta difícil no sentirse inclinado a cierta simpatía hacia el infortunado sacerdote: su reticencia decente es llamada hipocresía; sus circunloquios, tachados lisa y llanamente de mentiras, y sus silencios, considerados traición. Y basándose en "pecadillos", objetables en cualquiera, pero excusables en un hijo, la raza anglosajona es acusada de gazmoñería, fraude, afectación, astucia y mala cocina. Personalmente, creo que el reverendo Strickland fué algo imprudente al querer desvirtuar los rumores sobre ciertas "desavenencias" entre sus progenitores, diciendo que su padre se refirió a su esposa en una carta escrita desde París como "una excelente mujer", pues el doctor Weitbrecht Rotholz publicó un facsímil de esa carta, donde se puede leer: "... esa maldita mujer a quien quisiera ver en el infierno, aunque es una excelente mujer...".

El doctor Weitbrecht Rotholz era un admirador entusiasta de Carlos Strickland y no hay peligro de que lo haya "blanqueado". Tenía ojo clínico para hallar los aspectos despreciables en acciones aparentemente inocentes. Era psicoanalista, además de entendido en arte, y lo subconsciente encerraba pocos secretos para él. Ningún místico vió significados más profundos en cosas ordinarias. Es fascinante observar la ansiedad con que el erudito trata de descubrir todas las circunstancias que pueden desacreditar a su héroe. Su corazón se siente más atraído hacia él si puede documentar un ejemplo de crueldad o bajeza, y se regocija como un inquisidor en un auto de fe cuando en algún cuento olvidado puede aplastar la piedad filial de un reverendo Strickland.

En ese sentido, la labor del doctor Weitbrecht Rotholz fué sorprendente. Nada ha sido suficientemente ínfimo para escapársele, y se puede estar seguro de que si Carlos Strickland ha dejado sin pagar una cuenta de la lavandera, el hecho será relatado "in extenso", y si se olvidó de devolver algún peso pedido en préstamo, no se omitirá ningún detalle de la importante transacción.

CAPITULO II

Agregar algo a lo mucho que se ha escrito sobre Carlos Strickland puede parecer superfluo. Por otra parte, la biografía de un pintor es su propia obra. Sin embargo, me estimula el hecho de que, a decir verdad, creo ser uno de los que mejor le conocieron. En efecto, lo traté mucho antes de que pensara en la pintura, y en París lo visité asiduamente durante los años difíciles de sus comienzos. Empero, si los azares de la guerra no me hubiesen conducido a Tahití, seguramente no habría escrito nunca mis recuerdos sobre él. En aquellas tierras fué, según todos saben, donde terminó sus días, y allí pude conversar con muchas personas que vivieron en su intimidad. Estoy, pues, en condiciones de hacer alguna luz sobre el período más ignorado de su trágica carrera.

Si sus admiradores no se equivocan, el testimonio de quienes lo conocieron personalmente tiene que ser considerado de interés. ¿Qué no daríamos por las memorias de alguien que hubiese estado tan ligado al Greco como yo lo estuve a Strickland?

Pero no quiero abonar nada en mi favor.

No recuerdo quién recomendaba hacer todos los días un par de cosas que le fueran desagradables. Ese era un sabio, y su consejo lo he seguido con toda escrupulosidad, pues todos los días de mi vida me levanto por las mañanas y me acuesto por las noches. Mas, como en mi naturaleza existe una vena de ascetismo, he sometido mi cuerpo, todas las semanas, a una mortificación mayor: jamás he dejado de leer el suplemento literario de "The Times". Es una disciplina saludable pensar en el gran número de libros que se escriben, en las esperanzas que sus autores abrigan a su respecto y en el destino que les espera.

¿Qué probabilidad existe de que un libro se abra camino entre esa multitud? Y los libros de éxito son tan sólo el éxito de una temporada. Solamente Dios sabe todo lo que su autor ha trabajado, qué experiencias amargas ha sufrido y cuánta pena encerró su corazón para ofrecer a un lector casual unas horas de distracción, o para ayudarlo a soportar el tedio de un viaje largo. Y a juzgar por las críticas bibliográficas, muchos de esos libros han sido bien y cuidadosamente escritos; su preparación ha requerido profunda preocupación y para algunos significó la labor de toda una vida. La moraleja que encierra todo esto es, para mí, que el escritor sólo debe buscar su recompensa en el placer que le depara su trabajo y permanecer indiferente a todo lo demás; no importarle las alabanzas ni las censuras, ni el fracaso ni el éxito.

Ahora ha sobrevenido la guerra, trayendo consigo una actitud nueva. La juventud eleva su mirada hacia deidades que nosotros no conocimos, y ya es posible vislumbrar la orientación que seguirán los que vienen detrás de nosotros. Las nuevas generaciones, tumultuosas y conscientes de su fuerza, no se detienen a golpear a las puertas: entran y usurpan nuestros lugares. Algunos de los "viejos" quieren convencerse a sí mismos de que aun no han pasado sus días, e imitan las posturas de la juventud. Otros, los más sabios, siguen su propio camino, con una gracia digna. Recuerdan que también ellos fueron jóvenes y que la juventud actual llegará a la vejez para ser sucedida a su vez por una nueva generación.

A veces, un hombre sobrevive a su época un período de tiempo considerable, hallándose entonces en un lugar que le es extraño; en tal caso, los curiosos presencian un espectáculo muy singular en la comedia humana. Por ejemplo, ¿quién recuerda a George Grabbe? En su tiempo fué un poeta famoso y el mundo reconoció su genio con una unanimidad que la mayor complejidad de la vida moderna hace poco frecuente. Aprendió su arte en la escuela de Alejandro Pope y escribió cuentos morales en verso.

Se produjo la revolución francesa y las guerras napoleónicas, y los poetas cantaron canciones nuevas. George Grabbe continuó escribiendo cuentos morales en verso. Debe haber leído los versos de los poetas jóvenes y ha de haberlos encontrado insípidos. Y por cierto que tenía algo de razón... Pero las odas de Keats y de Wordsworth, un poema o dos de Coleridge, algunos más de Shelley, descubrieron ricas vetas del espíritu hasta entonces inexploradas. George Grabbe estaba más muerto que un asado, pero seguía escribiendo cuentos

¡La Orden del Día!

¡ PRODUCIR MÁS !

¿CUAL ES LA ORDEN DEL DIA? Todos la conocemos. ¡MOVILIZARSE INDUSTRIALMENTE! Indudablemente nos proponemos cumplir esta orden, para lo cual es necesario formar, dentro del menor plazo posible, un verdadero ejército de peritos técnico-industriales.

El principal frente de batalla de los países latino-americanos está en los talleres, en las fábricas, en los surcos, en las plantas productoras de energía. Para contrarrestar el cierre de muchos mercados, es necesario producir toda clase de comestibles y productos industriales.

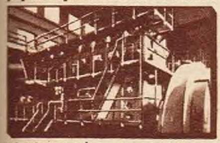
La base de la producción es la maquinaria. Para su instalación, manejo, conservación, etc., se necesitan miles de técnicos en FUERZA MOTRIZ, con especialidad en motores DIESEL. ¡Esta es la GRAN OPORTUNIDAD de cada individuo que aspira a independizarse económicamente!

Aprenda DIESEL

Gratis VALIOSO EQUIPO PROFESIONAL

Fuerza Motriz: El Arma de la Producción

EN TODO lo que signifique "PRODUCCION AGRICOLA E INDUSTRIAL", desempeña un papel importantísimo la Fuerza



Motriz, y en ésta, el motor DIESEL ocupa el lugar de mayor prominencia. Los motores de gasolina (nafta), gas pobre, aceite crudo, etc., son necesarios en las Fábricas, en la Agricultura, en la Minería, en la Industria Petrolífera, en la Transportación Terrestre, en la Marina (mercante y de guerra), en las Plantas de Fuerza Eléctrica, en la Aviación, en la Construcción de Carreteras, Vías Férreas, Edificios, etc.

Latino-América está llamada a producir todos los utensilios que reclama una vida civilizada, y para hacerlo se está mecanizando su industria asombrosamente. Por esta razón, hay gran demanda de técnicos peritos en Fuerza Motriz y Mecánica Aplicada, y su preparación debe hacerse AHORA, a fin de quedar capacitados cuanto antes, para ocupar los numerosos e importantes puestos que se están creando.

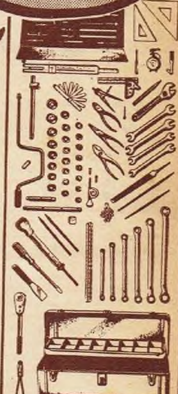
NATIONAL SCHOOLS OFRECE a todo individuo que desee aprovechar las oportunidades sin límite que esperan al perito, una preparación sólida y efectiva en Fuerza



Motriz y Mecánica en General. No importa en qué ramo de la industria desee usted especializarse, puede lograrlo fácilmente con sólo seguir este estudio, que está basado en el METODO COMPROBADO, UNICO, DE ENSEÑANZA OBJETIVA Y VISUAL, DE NATIONAL SCHOOLS, mediante el cual ha preparado a miles de peritos en todo el mundo, por más de un tercio de siglo.

Aprenderá usted de manera segura, eficaz, amena, recibiendo Instrucción Individual. En su propia casa, sin necesidad de abandonar su ocupación actual, irá adquiriendo los conocimientos que lo capacitarán para ocupar uno de los numerosos puestos que la Industria ofrece. ¡No pierda usted esta magnífica oportunidad de hacer una carrera remunerativa y de gran porvenir! Recorte el cupón de este aviso y envíelo inmediatamente. No lo haga mañana, sino HOY MISMO. A vuelta de correo recibirá el Prospecto "Fuerza Motriz - La Palanca del Progreso", completamente gratis.





EQUIPO, SIN GASTO ADICIONAL

A fin de que usted pueda encargarse de cualesquiera tareas relativas a su aprendizaje, recibirá valiosos Instrumentos Profesionales y otros elementos, sin que le cuesten un sólo centavo adicional. Con estos Instrumentos de Precisión le será posible convertir sus conocimientos en dinero, casi desde el principio.

"El hombre bien preparado es siempre el mejor pagado".

NATIONAL SCHOOLS

(de LOS ANGELES CALIFORNIA)

LA MAS ANTIGUA---
LA MEJOR RECONOCIDA

Esta Institución goza de más prestigio que cualquiera otra de su género, porque es la más antigua, a la vez que emplea el sistema de enseñanza más moderno y efectivo, hecho atestiguado por el positivo éxito obtenido al preparar a miles de técnicos durante su larga actuación, la cual se inició en el año de 1905.

Contamos con SUCURSALES, diseminadas en todo el Continente Americano, que son VERDADEROS ESLABONES entre el discípulo y sus profesores.

ENVIE ESTE CUPON HOY

Libro GRATIS

NATIONAL SCHOOLS
VICTORIA 1556 Dpto. DD 380-9
Buenos Aires, Rep. Arg.

SÍRVANSE ENVIARME SU PROSPECTO GRATIS, "FUERZA MOTRIZ - LA PALANCA DEL PROGRESO", CON DATOS PARA GANAR DINERO EN LA INGENIERÍA DE FUERZA MOTRIZ, SIN COMPROMISO PARA MÍ.

NOMBRE ______________ EDAD ______

DOMICILIO ______________

CIUDAD ______________

EDO. O PROV. ______________

morales en verso. He leído con desgano los libros de la nueva generación; tal vez haya entre ellos un Keats más ferviente, un Shelley más etéreo; no lo sé. Admiro su acabada elegancia, me sorprende su feliz estilo, pero a pesar de su verbosidad, no me dicen nada; me causan el efecto de que saben demasiado y que sienten con harta evidencia; sus pasiones me parecen anémicas y sus sueños algo pesados. Seré anticuado, pero no me gustan. Seguiré "escribiendo cuentos morales en verso". Pero sería tres veces tonto si lo hiciera por otra cosa que para mi propio solaz.

CAPITULO III

Yo era muy joven cuando escribí mi primer libro. Por una feliz circunstancia, aquella obra llamó bastante la atención y mucha gente quiso conocerme.

No sin cierta melancolía evoco el mundo de las letras londinenses en los tiempos en que, por primera vez, modestamente, pero lleno de esperanzas, hice mi entrada en él. Hace ya bastante tiempo que no lo frecuento, y, si las novelas que lo describen hoy día son dignas de fe, allí han cambiado muchas cosas. El cuadro es muy diferente. Chelsea y Bloomsbury han reemplazado a Hampstead; Nottinghill Gate y High Street a Kensington. En aquella época, para que un autor se hiciese notar, debía de tener, cuando más, cuarenta años. Hoy es absurdo haber cumplido los veinticinco. Entonces, nuestro pudor se ruborizaba de los entusiasmos intemperantes y el temor del ridículo moderaba la expresión de una excesiva suficiencia. Claro está que en nuestra bohemia refinada no se tenía en gran honor la castidad; pero no recuerdo una promiscuidad tan cruda como la que se practica en nuestros días. No encontrábamos hipócrita correr sobre nuestras travesuras el velo de un decoroso silencio. El "no me inquieta", no se traducía invariablemente por "no tengo que dar cuenta a nadie", y las mujeres no hablaban todavía de "vivir su vida".

Yo residía cerca de Victoria Station, y recuerdo muy bien los ómnibus que me conducían, entre bruscos vaivenes y un ensordecedor ruido de hierro viejo, hacia los salones del mundo literario. En mi timidez, atravesaba titubeante la acera y debía apelar a todo mi coraje para tocar la campanilla; por último, enfermo de aprensión, entraba en una sala sin aire y repleta de gente. Se me presentaba a tal celebridad, luego a tal otra, y sus conceptos amables para mi libro hacían culminar mi azoramiento. Sentía que esos grandes hombres esperaban de mi parte algún pensamiento trascendental; pero todo resultaba inútil; no encontraba nada que decir hasta que oía cerrarse la puerta de salida tras de mí. Para disimular mi embarazo, me escurría entre los presentes, en su mayoría empeñados en vaciar tazas de té y engullir tostadas con manteca. Mi único deseo era el de pasar inadvertido, para poder observar en libertad a tan ilustres personajes y escuchar las sentencias definitivas que pronunciaban.

Recuerdo algunas mujeres altas y secas, de narices prominentes y ojos rapaces, que llevaban sus vestidos como armaduras; veo todavía a las solteronas menudas, con sus decires socarrones y sus miradas engañosas; se obstinaban en servirse tostadas con manteca sin quitarse los guantes, y siempre las sorprendía limpiándose los dedos en sus sillones, cuando suponían que nadie las miraba. El mobiliario era el que sufría, pero la dueña de casa tomaba luego su desquite en el de sus amigas, al devolverles la visita. Algunas vestían con elegancia. ¿Por qué — decían — ha de vestirse con desaliño por el hecho de escribir novelas? Cuando se tiene buena figura, hay que hacerla valer, y un piececito bien calzado no ha sido nunca un antecedente para que un editor rechace un original. Otras juzgaban frívola esta manera de pensar, y sólo exhibían alhajas negras. Era raro que la reunión de los hombres llamara la atención. Se esmeraban en parecer lo menos autor posible. Su sueño consistía en pasar por hombres de mundo, y, efectivamente, se les habría tomado por jefes de oficina. Tenían siempre los rasgos un poco descompuestos. Yo no había frecuentado hasta entonces a la gente de letras; me parecían extravagantes y fuera de toda realidad.

Deslumbrado por su elocuencia, escuchaba con la boca abierta sus conversaciones acerbas, sobre todo cuando, llenos de humor, comenzaban a despellejar a un camarada tan pronto éste daba vuelta la espalda. El artista se distingue del común de los mortales en que ofrece de pasto para los sarcasmos, no solamente su físico y su moral, sino su obra. Yo desesperaba de no poder expresarme nunca con tanta locuacidad y discreción. En aquellos tiempos, la conversación se cultivaba todavía como un arte; se prefería un buen charlista a un buen bailarín; una frase oportuna hacía disculpar una mala comida. Desgraciadamente, no conservo en la memoria mayores recuerdos de todos esos fuegos de artificio. Pero puedo afirmar que la conversación nunca tomaba un giro más sabroso que cuando se extraviaba entre los bastidores comerciales del oficio. Después de haber terminado con los méritos del último libro, era natural discutir sobre el número de ejemplares vendidos, sobre los adelantos recibidos por el autor, y calcular lo que producirían sus derechos. En seguida tocaba el turno a los editores, comparando la generosidad de uno con la mezquindad de otro. ¿Era preferible confiar su destino a éste, conocido por sus "tanto por ciento" magníficos, o a aquél, hábil como pocos para divulgar por todos los medios la obra que se proponía imponer? Tal era un virtuoso de la propaganda; tal otro era torpe y timorato. En esta casa existía la organización más moderna; aquélla no salía de la rutina. Existía también la cuestión de los agentes intermediarios y de las proposiciones que nos hacían. Pero siempre volvíamos al reglamento y a los caprichos de los editores. ¿Cuánto daban por mil? Todo esto me parecía muy romántico. Me daba la sensación de pertenecer a alguna cofradía mística.

CAPITULO IV

En aquella época nadie me demostraba tanto interés como Rosa Waterford, que unía a su inteligencia vivaz una perversidad de mujer. Sus novelas tenían siempre un desenlace original e imprevisto. Fué en su casa donde conocí un día a la señora Strickland. Rosa Waterford ofrecía un té. Todos los invitados nos hallábamos reunidos en un pequeño salón. Charla general. Demasiado tímido para mezclarme en aquellos grupos absorbidos en sus discusiones, yo permanecía sentado en mi rincón. Como buena dueña de casa, la señorita Waterford comprendió mi turbación y se dirigió hacia mí.

—Quisiera presentarle a la señora Strickland — dijo —. Está encantada con su libro.

—¿Se trata de una mujer de letras? — pregunté.

Consciente de mi ignorancia, prefería, para el caso de que la señora Strickland fuese una escritora conocida, pedir informaciones antes de entablar conversación. Para aumentar el efecto de su respuesta, Rosa Waterford bajó los ojos con afectación.

—Suele hacer algunas invitaciones — me murmuró al oído —. Es seguro que no se olvidará de usted.

Rosa Waterford era cínica. Según ella, la vida no era más que un pretexto para escribir novelas, y los hombres sólo materia prima. De cuando en cuando, recibía en su casa algunos modelos, con la condición de que le hicieran cumplidos y la entretuviesen. Su afán por frecuentar las personas escogidas le inspiraba un desprecio tranquilo, lo que no le impedía, por otra parte, representar ante ellos, cuidando muy bien su "mise en scéne", el papel de eminente mujer de letras.

Presenté mis respetos a la señora Strickland. Charlamos durante una decena de minutos. Su voz bien timbrada me llamó la atención. Vivía en Westminster, frente a la catedral inconclusa, de modo que éramos vecinos, lo que me disponía a la simpatía. Los grandes almacenes "Ejército y Armada" constituyen un lazo de unión para todos los que residen entre el río y el parque Saint-James. La señora Strickland me pidió mi dirección, y algunos días después me invitaba a su casa.

Como mis relaciones no eran numerosas todavía, acepté con prontitud. Cuando entré, un poco atrasado — con el temor de llegar demasiado temprano había dado tres veces la vuelta a la catedral —, la reunión estaba en pleno: la señorita Waterford, la señora de Jay, Ricardo Twining y Jorge Read. Todos gentes de letras. Ese día límpido y claro, uno de los primeros de la primavera, nos tenía de buen humor. Se trataron todos los temas. El sombrero nuevo que lucía Rosa Waterford testimoniaba a la vez una fidelidad obstinada hacia las tradiciones de su juventud — flores y plumas verde mar — y cierta frivolidad de su edad madura fascinada por los tacos altos y las modas de París. Esta elegancia la inspiraba. Nunca le había visto más sutil para juzgar a nuestros amigos comunes. La señora de Jay, persuadida de que la procacidad es la esencia del buen humor, mantenía una charla muy a propósito para ruborizar a un negro. Ricardo Twining lanzaba proposiciones absurdas y Jorge Read, estimando superfluo exhibir su brío legendario, no abría la boca sino para comer. Si la señora Strickland hablaba poco, en cambio poseía el precioso arte de sostener la conversación general y de saber hallar, cuando llegaba a decaer, la palabra precisa para hacerla resaltar. Sus treinta y siete años no le impedían estar en carnes sin salirse de una línea elegante. No era precisamente bonita, pero en su rostro vulgar brillaban dos ojos pardos de una expresión suave y acogedora. De las tres mujeres presentes, ella era la única que no se maquillaba, lo que le daba, por contraste, un agradable aspecto de naturalidad y sencillez.

El comedor, decorado al gusto de la época, era de un estilo austero. Sobre el papel verde, por encima de las maderas del zócalo, se destacaban en discretos marcos negros algunas aguafuertes de Whistler. Las suntuosas cortinas verdes, pendientes de varillas, caían en grandes pliegues, y la alfombra también verde traicionaban la influencia de William Morris. Sobre la chimenea, algunas porcelanas azules de Delft. En esos tiempos, había en Londres quinientos comedores parecidos: sobrios, artísticos y aburridos.

Salí con la señorita Waterford. El buen tiempo y su sombrero nuevo nos invitaban a vagar por el parque.

—¡Qué encantadora reunión! — exclamé.

—¿Y cómo ha encontrado usted el bufet? Convencí a Amy de que el mejor medio de atraerse a los literatos consiste en seducirlos por el paladar.

—Admirable consejo. Pero, ¿con qué objeto quiere ella atraerlos?

Rosa Waterford se encogió de hombros.

—La entretienen. Quiere animarse. Me parece bastante ingenua la pobre, y se imagina que somos unos fénix. Después de todo, le agrada invitarnos. Por eso me gusta.

Cuando pienso en ello, la señora Strickland se me aparece como la más inofensiva de

das las mujeres, que, buscando a las jóvenes celebridades, seguían sus huellas desde las alturas etéreas de Hampstead hasta los bajo fondos de los talleres de Cheyne Walk. Su juventud había transcurrido en el campo y los libros romancescos que le enviaba la librería Mudie, le parecían más fabulosos aun por el hecho de venir de Londres. Poseída de una rara pasión por la lectura — con mucha frecuencia el interés va al autor antes que al libro, al pintor antes que al cuadro —, terminó por crearse un mundo imaginario, donde evolucionaba con más facilidad que en el mundo real. Cuando comenzó a tratar escritores, habríase dicho que se aventuraba sobre la escena, después de haberse limitado a contemplarla desde el otro lado de la batería. Los rodeaba a todos de una aureola y creía sinceramente que el privilegio de recibirlos y de penetrar en su santuario ensanchaba su propia existencia. Pero si su concepto ficticio de la vida le parecía aceptable para ellos, nunca tuvo la idea de adaptar a tal concepto su conducta. Más que sus rarezas en el vestir, sus teorías y sus paradojas, le divertían sus excentricidades morales, pero sin dejar que influenciaran sus convicciones.

—¿Existe un señor Strickland? — pregunté un día.

—Por cierto. Tiene negocios en la "city". Creo que es agente de cambios. Es *alguien*.

—¿Qué tal se llevan?

—Se adoran. Si usted come alguna vez con ella conocerá a su marido; pero muy rara vez invita a comer. Strickland es un hombre muy tranquilo. La literatura y el arte no existen para él.

—¿Por qué las mujeres atrayentes se casan siempre con hombres insignificantes?

—Porque los hombres inteligentes no toleran a las mujeres atrayentes.

Esto no me pareció una respuesta. Pregunté si la señora Strickland tenía hijos.

—Sí, un chico y una niña. Ambos están en el colegio.

El tema estaba agotado. Se habló de otra cosa.

CAPITULO V

Durante el verano, me vi a menudo con la señora Strickland. Asistí en su casa a alegres recepciones y a amenos tés. Nos hicimos muy amigos. Yo era muy joven y tal vez por eso mismo no le desagradaba guiar mis primeros pasos por la carrera de las letras. En cuanto a mí, me complacía el haber encontrado alguien a quien confiar mis pequeños hastíos, en la seguridad de que serían oídos con benevolencia y de que recibiría consejos juiciosos. La señora Strickland tenía una simpatía singular, facultad encantadora, pero de la cual abusan los que tienen conciencia de poseerla. ¡Por poco no se alegran del infortunio de sus amigos, a fin de poder manifestársela! Su simpatía brota como un pozo de petróleo, con una impetuosidad que aniquila a las víctimas. Mis lágrimas repugnan secarse en regazos que otras lágrimas hayan humedecido ya. La señora Strickland, por el contrario, procedía con tacto. Uno se sentía forzado a aceptar su interés. Cuando, en el entusiasmo de mi inexperiencia, se lo hice notar a Rosa Waterford, me respondió:

—La leche es cosa preciosa, sobre todo realzada con una gota de coñac. Lo que no impide que la vaca se alegre de ser ordeñada. La ubre demasiado llena debe molestarle.

Apreciaba también en la señora Strickland otra cualidad: sabía crear una atmósfera de elegancia. Hermosas flores alegraban siempre su departamento, y, a pesar de su severa decoración, las cretonas del salón ponían en él una nota clara y animada. ¡Y qué comidas exquisitas se servían en su pequeño comedor de estilo, cuya mesa, siempre bien dispuesta, ser-



Secretos del perfume

Arma invisible y sutil, el perfume debe envolver a la mujer como si fuera el aroma de su alma.

Loción Origan de Preal, es la quintaesencia de la femineidad, que ayuda en forma casi imperceptible a conservar un corazón ya conquistado o a apoderarse de otro que se muestra lejano e inaccesible...

Loción Origan de Preal acaricia los sentidos con su fragancia exquisita y cautivadora.

En farmacias, tiendas y perfumerías

REPRESENTANTE:
PARAGUAY: Vicente Scavone y Cía. - Palma 224/26 - Asunción
Camauër y Cía. Soc. de Resp. Ltda.
Capital $ 200.000.—
Inclán 2839/47. Buenos Aires

LOCION ORIGAN de PREAL

EXTRACTO Y LOCION Origan de PREAL

(Destaca su personalidad)



vían dos camareras hábiles y agradables! La señora de Strickland era el modelo de las dueñas de casa. Y se adivinaba en ella a una madre admirable. Tenía en el salón las fotografías de sus hijos. Roberto, que estudiaba en Rugby, andaba por los dieciséis años. Aquí se le veía en traje de franela y cubierto con una gorra de criquet; más allá, de estudiante de Eton, de cuello almidonado. Su ceño candoroso y sus hermosos ojos pensativos recordaban a su madre. Tenía un raro aspecto de santidad y de equilibrio.

—No lo creo muy inteligente — me confió la señora Strickland un día que mirábamos los retratos —. Pero es muy gentil. Tiene un carácter encantador.

La niña acababa de cumplir catorce años. Sus cabellos, negros y opulentos como los de la señora de Strickland, ondeaban sobre sus hombros, y la misma expresión cariñosa iluminaba sus límpidos ojos.

—Los dos son su imagen viviente — observé.

—Sí, creo que se parecen más a mí que a su padre.

—¡Pensar que no le conozco aún!

—¿Quisiera conocerlo?

"Dirt Stroeve era uno de esos seres ridículos ante los cuales uno no sabe si reírse o no".

Sonrió —su sonrisa era, en verdad, muy suave—, y sus mejillas enrojecieron ligeramente. ¿Cómo, a su edad, podía ruborizarse con tanta facilidad? Su deducción tal vez debía mucho a su ingenuidad.

—Como usted sabe, no tiene nada de literato — agregó —. Es un perfecto filisteo.

Estas palabras fueron pronunciadas en un tono que no dejaba traslucir reproche alguno, sino más bien el deseo de desarmar de antemano, confesando lo peor, las posibles apreciaciones malévolas.

—Está en la Bolsa. Es el clásico agente de cambios. Usted lo hallará aburrido.

—¿Acaso le aburre a usted? — me aventuré a preguntar.

—Yo, como usted ve, soy su esposa. Lo quiero mucho.

Ocultó su emoción bajo una sonrisa. ¿Temía verme recibir con una burla esta confesión, como lo habría hecho Rosa Waterford? Titubeó. Una expresión de ternura pasó por sus ojos.

—No pretende ser un genio. Ni siquiera gana mucho dinero. Pero es sumamente bueno y correcto.

—Creo que me agradará.

—Una de estas tardes se vendrá a comer con nosotros. Pero le advierto los riesgos y peligros a que va a exponerse. Si la tertulia carece de interés, declino toda responsabilidad.

CAPITULO VI

Cuando al fin vi por primera vez a Carlos Strickland, fué en circunstancias que me permitieron conocerle ampliamente. Cierta mañana, su mujer me envió una tarjeta; aquella misma tarde ofrecía una comida y uno de los invitados acababa de excusarse. Me rogaba que lo reemplazara, y agregaba:

"Esta reunión nunca ha prometido ser amena, pero si usted viene, le quedaré muy reconocida. Y ya encontraremos el medio de aprovechar el tiempo haciendo un aparte".

Como buen vecino, no podía negarme.

La señora de Strickland me presentó a su marido, quien me tendió la mano con indiferencia. Entonces, ella se volvió alegremente hacia él y aventuró una broma:

—Le he invitado para demostrarle que tenía verdaderamente un marido; creo que comenzaba a dudar.

Strickland tuvo una sonrisa cortés, la misma con que se acoge una humorada que no se encuentra del todo tonta, pero guardó silencio.

Otras visitas que llegaban acapararon la atención de mis anfitriones, y me encontré abandonado a mí mismo.

Estábamos todos. Se esperaba el anuncio de la comida. Sin dejar de atender a la dama a quien debía ofrecer el brazo, pensaba que el hombre civilizado se ingenia por derrochar en ceremonias fastidiosas el breve lapso de su vida. ¿A qué responden, pregunto yo, estas invitaciones abrumantes para los dueños de casa y fatigosas para sus visitas? Había allí diez personas. Se encontraban sin agrado y se separaban con alivio. ¡Una verdadera carga mundana! Los Strickland "debían" un cierto número de comidas: ahora pagaban. ¿Por qué habían aceptado todas esas personas? Para escapar al aburrimiento de la soledad, para dejar en libertad a sus criados, porque no veían razón alguna para negarse, y, en fin, porque se les "debía" una comida...

En la mesa estábamos tan juntos que apenas nos podíamos mover. Entre los comensales hallábanse un consejero del rey y su mujer, la hermana de la señora Strickland y su marido el coronel Mac Andrew, y la esposa de un diputado, retenido esa noche en el Parlamento. A fuerza de estiramiento, la reunión se hacía pesada. Las mujeres eran demasiado recatadas para vestir bien y estaban demasiado penetradas de su importancia para ser entretenidas. La satisfacción personal se leía en todas las caras.

Por un deseo instintivo de crear un poco de animación, los convidados alzaban ligeramente la voz. Sin embargo, nada de conversación general; cada uno se ocupaba de su vecino, del de la derecha durante la entrada, la sopa y el pescado; del de la izquierda durante el asado, los postres y el café. Se hablaba de política y de golf, se hablaba de los niños, de la última pieza de teatro, de los cuadros de la Royal Academy, del tiempo, de los proyectos para vacaciones. El silencio se extinguió para siempre y el rumor comenzó a crecer. La señora Strickland podía sentirse orgullosa: su comida había resultado brillante.

Strickland desempeñaba su papel con decoro. No hablaba gran cosa, y hacia el final de la comida creí sorprender una expresión de hastío en sus vecinas. Lo encontraban aburrido, sin duda. Una o dos veces su esposa lo miró con inquietud.

Por fin, la señora Strickland se levantó e invitó a las señoras a ir a la pieza vecina. Strickland cerró la puerta tras ellas y fué a sentarse entre el consejero y el funcionario. El Oporto y los cigarros circularon. El consejero alabó la calidad del vino y Strickland nos dió la dirección de su proveedor. Se comenzó a hablar de bebidas y de tabacos.

El consejero relató un asunto en que se hallaba ocupado, y el coronel se lanzó sobre el polo. Yo no tenía nada que decir, y, sentado en silencio, me esforzaba en demostrar, por cortesía, cierto interés en la conversación. Como nadie se ocupaba de mí, aproveché el tiempo para examinar a Strickland. ¿Por qué lo había imaginado débil y enfermizo? En realidad, era ancho de espaldas, y sus manos y sus pies, desmesuradamente grandes; llevaba el frac con soltura. Diríase un cochero endomingado, cuarentón, ni buen mozo ni feo. Sus rasgos, bastantes regulares, pero desproporcionados, carecían de armonía; su rostro, ancho y afeitado, habría ganado mucho, sin duda, adornado con un bigote; por debajo de sus cabellos, rojizos y cortos, brillaban unos ojillos de color gris azul. Tenía un aspecto vulgar.

Comprendí la mortificación de la señora Strickland. Para una mujer que quería formarse una situación en el mundo de las letras y de las artes, este marido no ofrecía nada de halagador. Aunque no poseía dones brillantes, que por otra parte, no son indispensables, tampoco contaba con nada notable que salvase de la trivialidad a este personaje, irreprochable, sin duda, pero desesperadamente "un cualquiera". Podrían admirarse sus condiciones de buen esposo y de buen padre, rendir homenaje a su probidad profesional, pero nadie se resolvería a ir a perder el tiempo alternando con semejante nulidad.

CAPITULO VII

La "season" polvorienta llegaba a su fin y todos mis amigos se preparaban para partir. La señora Strickland llevaría a su familia a la costa de Norfolk. Sus hijos hallarían allí los placeres de la playa y su marido los del golf. Nos separamos quedando en reunirnos en otoño, pero la víspera de su partida la encontré en la puerta de un negocio, con sus dos niños. Venía, como yo, de hacer sus últimas compras, y ambos sentíamos el cansancio de un día de calor insoportable. Le propuse ir a tomar helados al Parc.

No se hizo rogar y fuimos. Encontré a sus hijos mejor al natural que en fotografía; eran realmente distinguidos y reflejaban espléndida salud. En verdad, su madre podía estar orgullosa de ellos. Mi juventud les hizo entrar en confianza y comenzaron a charlar libremente.

Un delicioso fresco circulaba bajo los árboles.

Al cabo de una hora, los Strickland tomaron un cabriolé para volver a su casa y yo me dirigí a pie hacia mi círculo.

Tal vez me sentía un poco solo; no sin algo de envidia pensaba en la amable vida de familia que acababa de entrever. ¡Qué unidos parecían! ¡Y cómo se divertían con ciertas impaciencias, con significado sólo para ellos! Desde el punto de vista mundano, Carlos Strickland podía ser insignificante, pero tenía, en cambio, la inteligencia de su profesión, que

"Stroeve, para demostrarme que conocía a Strickland, por quien yo le preguntaba, me hizo un boceto de su rostro, y me lo mostró".



le aseguraba, no solamente un vivir holgado y honesto, sino también la felicidad. La señora Strickland era encantadora y lo adoraba. Me representaba la vida de estos dos seres al abrigo de todo trastorno inesperado, límpida, digna y destinada, con toda evidencia, por sus hermosos hijos a perpetuar, no sin nobleza, las tradiciones normales de su raza y de su condición social. Llegarían a la vejez sin advertirlo. Roberto y su hermana se casarían. El con una graciosa muchacha, futura madre de hijos robustos; ella con algún buen mozo, oficial, sin duda. Y, por último, respetados en su retiro, queridos por sus hijos, bajarían a la tumba después de haber vivido una vida feliz y fecunda.

¿Su historia? La de innumerables matrimonios, pero tal destino tiene siempre algo de armonioso. Hace pensar en el arroyo que serpentea entre la tierna hierba de las praderas, bajo la sombra de los grandes árboles, hasta el momento en que se arroja en el vasto mar. Pero ante este mar demasiado tranquilo, demasiado silencioso, demasiado indiferente, sucede a veces que un vago malestar nos perturba. ¿Acaso es por efecto de una íntima perversión de nuestra naturaleza? Me parecía que algo faltaba a esta existencia. Reconocía su valor social, su felicidad bien encaminada; pero tan apacibles delicias me habrían inquietado. En mi corazón ardía el deseo de vivir más peligrosamente. Las rocas escarpadas, los escollos ocultos no me atemorizaban si habían de aportarme un cambio; un cambio y las emociones de lo imprevisto.

CAPITULO VIII

Al releer lo que he escrito sobre los Strickland, advierto que aparecen como meras sombras. No he podido darles ninguna de esas características que hacen que los personajes de un libro tengan vida real. Y creyendo que la culpa pueda ser mía, me trituro el cerebro para recordar algún detalle con el que pudiera prestarles un poco de vida. Pienso que al acentuar alguna particularidad en el modo de hablar o alguna otra modalidad, sería posible darles un significado especial. Así como me han salido, parecen figuras de un viejo gobelino; no se destacan de su fondo y a cierta distancia se confunden con él, viéndose nada más que un agradable conjunto de colores. Mi única disculpa es que para mí tampoco representan otra cosa... Son como las células de un tejido, esenciales en sí mismas, pero absorbidas por una unidad importante. Los Strickland eran una familia media de la clase media: una mujer agradable, hospitalaria, con una acusada debilidad por las estrellas menores de la sociedad literaria; un hombre más bien pesado, que cumplía con su deber en el ambiente donde el destino lo había colocado; dos hijos hermosos y sanos. Nada podía ser más común. Nada más veo en ellos que pudiera llamar la atención de los curiosos...

Cuando reflexiono sobre los sucesos posteriores, me pregunto cómo no logré observar lo que distinguía a Carlos Strickland del común de los mortales. Desde entonces, la vida me ha enseñado, según creo, a conocer mejor a los hombres; mas si, cuando en mi primera entrevista con los Strickland, hubiese poseído mi experiencia actual, seguramente habría juzgado del mismo modo. Pero a lo menos, sabiendo que el ser humano escapa a todas nuestras investigaciones, no me hubiera sorprendido por las nuevas que me esperaban cuando volví a Londres a principios del otoño.

No hacía veinticuatro horas que había llegado cuando me encontré con Rosa Waterford en Jermyn Street.

—¿Por qué está usted tan alegre?

En sus ojos brillaba una malicia que me era bien conocida. Seguramente acababa de saber alguna enormidad sobre uno de sus buenos amigos, lo que había despertado su instinto de mujer de letras.

—Recuerda usted a Carlos Strickland, ¿verdad?

No sólo su fisonomía, sino toda su persona tenía algo de raro. Hice un signo afirmativo. ¿El pobre diablo se había arruinado en la Bolsa y le había atropellado un ómnibus?

—¡Catástrofe!... Acaba de abandonar a su esposa.

Rosa Waterford sentía la imposibilidad de sacar partido de su cuento en una acera de Jermyn Street, y, cuidadosa de los efectos, declaró, después de haberme sorprendido con la imprevista noticia, que ignoraba los detalles. No le hago la injuria de creer que una razón tan fútil hubiese podido confundirla; tenía una gran imaginación. Pero todas mis instancias fueron vanas.

—Le digo que no sé nada...

En seguida, alzando ligeramente los hombros, terminó:

—Se cuenta que una vendedora de cierto almacén de té acaba de dejar su puesto.

Luego me brindó la más graciosa de sus sonrisas y, con el pretexto de una cita con su dentista, se alejó con paso rápido. Quedé más intrigado que consternado. En aquellos tiempos, mi experiencia era poca y nada me interesaba tanto como observar en la vida real un caso de los que se encuentran en los libros. Hoy, la vida me ha habituado a no asombrarme de nada. Estaba también un poco extrañado. Strickland tenía cuarenta años y yo encontraba de mal gusto seguir ocupándose a esta edad de los asuntos del corazón. Con la enfática suficiencia de los jóvenes, fijaba en los treinta y cinco años el límite extremo de toda aventura de amor. Doblado este cabo, el ridículo nos acecha. La nueva me afectaba tanto más cuanto que desde el campo había escrito a la señora Strickland para comunicarle mi regreso y decirle que, salvo que ella resolviese lo contrario, iría a tomar el té a su casa precisamente ese día. Hasta entonces no había tenido respuesta. ¿Deseaba ella verme? En su emoción podía haberse olvidado. Quizás fuera preferible abstenerme de ir. Por otra parte, si ella quería conservar el secreto, ¿no era falta de tacto manifestarse demasiado bien informado? Dudaba ante el temor de herir a una mujer amable o, simplemente, de importunarla. Tampoco me agradaba el espectáculo de un dolor que no estaba a mi alcance aliviar. No obstante, en el fondo de mi corazón se agitaba, lo confieso, una cierta curiosidad por ver cómo llevaba ella su prueba.

Finalmente, decidí hacer mi visita como si nada hubiese ocurrido, preguntando previamente, como es natural, si sería recibido.

Cuando la puerta se abrió, experimenté la más viva confusión para aventurar mi primera frase. Mientras esperaba su respuesta, tuve que hacer esfuerzos para contener mi nerviosidad. La criada volvió. Mi excitada imaginación creyó comprender a través de su actitud que ella no ignoraba nada de la catástrofe.

—¿Quiere pasar, señor?

La seguí al salón. Las cortinas estaban corridas a medias y la señora Strickland se hallaba sentada frente a una ventana. Apoyado en la chimenea, su cuñado, el coronel Mac Andrew, se reconfortaba ante un fuego imaginario. Me pareció que nadie me esperaba. Con seguridad, la señora Strickland me recibía únicamente porque había olvidado rechazar mi visita. El coronel parecía descontento de mi inoportuna visita.

—No estaba seguro de que usted contara conmigo... — comencé en un tono que me esforcé por hacer natural.

—Lo esperaba, claro está. Ana, sirve el té en seguida.

A pesar de la penumbra, observé que el rostro de la señora Strickland estaba enrojecido por las lágrimas. Su tez, nunca esplendente, aparecía ahora de un color terroso.

—Recuerda usted a mi cuñado, ¿verdad? Comieron juntos, aquí, unos días antes de las vacaciones.

Nos estrechamos la mano. La timidez me tenía casi afónico. La señora Strickland vino en mi ayuda, preguntándome dónde había pasado el verano, y logré mantener la conversación hasta que llegó el té.

El coronel pidió un whisky.

—Usted haría bien en servirse uno también, Amy — le aconsejó.

—No, prefiero té.

Era la primera alusión a un acontecimiento extraordinario. Fingí no darme cuenta y me empeñé en hacer hablar a la señora Strickland. Siempre apoyado en la chimenea, el coronel guardaba silencio. Yo me preguntaba cuándo podría despedirme decentemente. ¿Por qué se me había recibido? El salón estaba sin flores y aun no habían vuelto a sus sitios ordinarios las diversas chucherías guardadas durante el verano. Esta pieza, de ordinario tan confortable, tenía ahora un aspecto triste y poco acogedor; me producía cierto malestar. Dijérase que se velaba a un muerto en el cuarto vecino.

Me serví precipitadamente el té.

—¿Un cigarrillo? — propuso la señora Strickland.

Buscó la caja, pero sin encontrarla.

—Temo que se hayan terminado — dijo.

De súbito rompió a llorar y salió precipitadamente.

Quedé confundido. Su marido era quien, de ordinario, traía los cigarrillos; la caja vacía le actualizaba vivamente su recuerdo. ¡Había concluído la vida de antes! La fachada mundana se derrumbaba.

—Creo que es preferible que me retire — dije al coronel, levantándome.

—Supongo que usted sabe que este canalla la ha abandonado — rugió.

—¡Es tan habladora la gente! — respondí titubeante —. Se me había sugerido vagamente que algo iba mal.

—¡Ha abandonado el campo! Partió para París con una mujer, dejando a Amy sin un centavo.

—Créame que estoy consternado.

El coronel vació su copa de whisky. Alto y delgado, con el cabello gris ya, acusaba una cincuentena de años. Su bigote caído, sus ojos azul vidrioso, su boca floja, revelaban al hombre sin carácter. En nuestro primer encuentro, me había llamado la atención su aspecto poco inteligente. Se enorgullecía de haber dedicado, durante sus seis últimos años de servicio, tres días por semana al polo.

—Temo que mi presencia sea indiscreta — balbuceé —. ¿Quiere usted hacer llegar toda mi simpatía a la señora Strickland? En cualquier cosa que pueda ayudarla, estoy a su disposición.

No me escuchaba.

—¿Qué ocurrirá? ¿Y los chicos? ¿Vivirán del aire? ¡Diecisiete años!

—¿Qué? ¿Diecisiete años de qué?

—¡De matrimonio! — gruñó —. Nunca pude soportarlo; pero era mi cuñado y tenía que tolerarlo. ¿Lo creía usted un caballero? Jamás debieron casarse.

—A Amy no le queda más recurso que el divorcio. Es lo que iba a aconsejarle cuando usted entró. "Es indispensable que inicie el juicio, le decía, por usted y por sus hijos". ¡Que no lo encuentre nunca en mi camino! ¡Lo aniquilaría como a un canalla!

Muy a mi pesar, me imaginaba que el coro-


Suave y estilizada
COMO UNA GACELA
La moda y la elegancia imponen cuerpos esbeltos, considerando que no puede haber elegancia verdadera cuando la grasa invade y deforma el cuerpo. A las personas con tendencia a engordar recordamos la Yodosalina, eficaz regulador de las funciones de recambio y activo disolvente de los tejidos grasos. En la Yodosalina se asocian en combinación los alcalinos que desintoxican el organismo con una rica proporción de yodo. La Yodosalina se viene empleando eficazmente en la Obesidad, Reumatismo, Gota, Arteriosclerosis, etc.
En venta en todas las farmacias del país.
Foto M. G. M.
Yodosalina
PISANI

nel tropezaría con algunas dificultades, pues la figura atlética de Strickland me había llamado la atención. Es bien sensible que la moral ultrajada no tenga siempre a su servicio un puño fuerte con qué castigar al culpable. Cuando por fin esperaba poder retirarme, la señora Strickland volvió. Se había secado las lágrimas y empolvado la nariz.

—Le ruego excusarme — dijo —. Felizmente no se ha ido todavía.

Se sentó. Una vez más, no sabía qué decir. El asunto no me concernía. Ignoraba todavía la existencia de aquella necesidad que tienen todas las mujeres de confiar sus más íntimos secretos al primero que llega. La señora Strickland se había serenado.

—¿Hablan del asunto? — preguntó.

Esta certeza de que yo conocía su desgracia me desconcertó, y expresé:

—Acabo de llegar. La única persona con quien he hablado es Rosa Waterford...

La señora Strickland frunció el ceño y me dijo:

—Cuénteme todo lo que ella le ha dicho. — Y como yo titubeara, insistió: — Me interesa mucho.

—Usted sabe cómo es la gente. Rosa no es, precisamente, una buena amiga. ¿Quién podía confiar en sus cuentos? Me dijo que su marido la había abandonado.

—¿Eso fué todo lo que le dijo?

Ni por un instante pensé en repetirle la alusión a la joven vendedora. Mentí.

—¿No agregó que había partido con alguien?

—No.

—Es cuanto quería saber. Gracias.

Un poco sorprendido, comprendí que, en todo caso, nada me impedía retirarme. Estrechando la mano de la señora Strickland, le renové mi afecto. Ella me respondió con una sonrisa de desaliento.

—Gracias. Desgraciadamente, ya nadie puede hacer nada por mí.

Demasiado tímido para expresar mi simpatía, me dirigí hacia el coronel, quien no me tendió la mano.

—Yo también me voy. Si usted sube por Victoria Street lo acompañaré.

—Perfectamente — le dije —. Partamos.

CAPITULO IX

—¡Qué cosa terrible! — repitió cuando estuvimos fuera. Comprendí que no había bajado conmigo sino para insistir aún sobre lo que acababa de discutir durante algunas horas con su cuñada.

—Ignoramos el nombre de la mujer — continuó —. Todo lo que sabemos es que ese miserable ha partido para París.

—¡Y yo que creía que el matrimonio iba tan bien!

—Pero es claro, y Amy me lo decía todavía cuando usted llegó. Nunca tuvieron una discusión desde el día en que se casaron. Usted conoce a Amy. Es la mejor criatura del mundo.

Ante estas confidencias, me sentí autorizado para permitirme, por mi parte, algunas preguntas.

—Pero, ¿en verdad que no suponía ella nada?

—Nada. Strickland pasó el mes de agosto con ella y sus hijos en Norfolk. Estaba como siempre. Mi mujer y yo pasamos dos o tres días con ellos en su casa y yo jugué varias veces al golf con él. En septiembre, Carlos volvió a Londres para que su socio pudiera, a su vez, tomar sus vacaciones. Amy quedó sola en el campo. Habían alquilado una quinta por seis semanas. Antes de que vencieran, ella le escribió para anunciarle su regreso a Londres. El le respondió desde París, diciéndole que no pensaba vivir más a su lado.

—¿Y qué razones daba?

—Ninguna. Vi su carta. Un billete de diez líneas.

—¡Pero es inconcebible!

En este momento atravesábamos una calle, y la acumulación de personas y carruajes interrumpió las confidencias. Lo que el coronel acababa de revelarme era tan inesperado, que supuse que la señora Strickland le habría ocultado una parte de la verdad. Después de diecisiete años de matrimonio, un hombre no deja a su mujer sin que algunas manifestaciones revelen con anterioridad ciertas hendiduras en la vida conyugal. ¿Qué explicación habría podido dar, como no fuese la de que había huído con alguien? Ha pensado sin duda que su mujer, ante el hecho consumado, no tendría otro recurso que resignarse. El procedimiento revela al individuo.

—¿Qué ha resuelto la señora Strickland?

—Ante todo, debemos reunir nuestras pruebas. Iré a París personalmente.

—¿Y los negocios de Strickland?

—No les presta mayor atención. En el curso del último año se fué desprendiendo sucesivamente de ellos sin alarmar a nadie.

—¿Y su socio? ¿Le advirtió que partía?

—Ni una palabra.

El coronel Mac Andrew poseía un conocimiento muy vago de los negocios, y yo no tenía la menor noción en tal materia. Por eso no pude comprender en qué condiciones había abandonado Strickland sus asuntos. Supuse que su socio, exasperado por el proceder, pensaría iniciarle un proceso. Cuando todo estuviese dispuesto, ¿no correría el riesgo de perder cuatrocientas o quinientas libras?

—Por fortuna, el mobiliario del departamento está a nombre de Amy. En todo caso, ella podrá conservarlo.

—¿Hablaba usted en serio cuando decía que ella quedaría sin un centavo?

—Absolutamente. Quedará con doscientas o trescientas libras y el mobiliario de su casa.

—¿Y cómo va a vivir?

—Sólo Dios lo sabe.

El caso parecía cada vez más grave, y ni los comentarios, ni la indignación del coronel aportaban el más mínimo remedio. Respiré cuando el reloj del almacén "Ejército y Armada" le recordó la hora de su bridge en el club. Se despidió para atravesar con rapidez el parque Saint-James.

CAPITULO X

Uno o dos días después, la señora Strickland me envió una tarjeta para rogarme que fuera a su casa aquella misma noche, después de cenar. La encontré sola. Su vestido negro, sencillo hasta la austeridad, recordaba su infortunio, y tuve la ingenuidad de extrañarme de que, a pesar de la sinceridad de su dolor, hubiese pensado en adaptar su traje a las circunstancias.

—Usted me dijo que estaba dispuesto a hacer cuanto le pidiera —comenzó.

—Así es, señora.

—Es necesario que vaya a ver a Carlos a París.

—¿Yo?

Quedé estupefacto. No había visto más que una vez a Strickland. ¿Qué podía esperar ella de mí?

—Alfredo está listo para partir —Alfredo era el coronel Mac Andrew—, pero no es el hombre indicado; de eso estoy segura. Sólo lograría echar a perder más las cosas. No veo a quién dirigirme.

Su voz temblaba. Tuve vergüenza de mi vacilación.

—¡Pero yo no he cambiado diez palabras con su marido! Puede decirse que no me conoce. Me enviará al demonio...

—Pero no por eso ha de conducirse peor...

—¿De qué, en suma, desea usted acompañarme?

Amy eludió la respuesta.

—El hecho de que él no lo conozca es más bien una ventaja. Vea usted: nunca ha sentido simpatía por Alfredo; no comprende a los soldados. Se pondrían a gritar y las cosas quedarían peor. En cambio, si usted se le acerca en mi nombre, no podrá negarse a escucharle.

—¿Cómo quiere usted que un tercero se encargue de una misión semejante? Detesto mezclarme en lo que no me concierne. ¿Por qué no va usted misma a buscar a su marido?

—Usted olvida que no está solo.

Permanecí un instante en silencio. Imaginaba mi entrevista con Strickland: le había enviado mi tarjeta; él entraba en el cuarto donde yo esperaba, con ella entre el pulgar y el índice:

"—¿Con quién tengo el honor de hablar?

"—Vengo de parte de su esposa.

"—¡Ajá! Si usted todavía lo ignora, la vida se encargará de enseñarle que nunca es conveniente ocuparse de otros asuntos que de los propios. Tenga la bondad de volver ligeramente la cabeza hacia la izquierda. ¿Ve usted esa puerta? Le deseo buenos días."

Mi salida, lo preveía, carecería por completo de dignidad. Comenzaba a lamentarme, desde luego, de mi regreso a Londres, sin poder aliviar los pesares de la esposa abandonada. Entretanto, la miré a hurtadillas. Estaba absorbida por sus reflexiones. De repente suspiró profundamente y levantó la cabeza.

—¡Es tan inesperado todo esto! —exclamó con una pobre sonrisa—. ¡Diecisiete años de casados!... Nunca creí a Carlos capaz de perder la cabeza. Siempre nos entendimos bien. Verdad es que no compartía todos mis gustos, pero...

—¿Ha descubierto usted quién... —no hallaba cómo expresarme— quiero decir, con quién ha partido?

—No. No sospechamos de nadie. ¡Fué tan imprevisto! En general, cuando un hombre se enamora, sale con su conquista, se le suele ver con ella, y las buenas amigas se encargan de prevenir a la esposa. Yo no he recibido ninguna advertencia, nada. Su carta me cayó como una bomba. Creía a mi marido completamente feliz.

Rompió a llorar. Traté de consolarla con toda solicitud. Poco a poco se calmó.

—¿Para qué hacer el ridículo? —exclamó por fin, llevándose las manos a los ojos—. Más bien procuremos ver con claridad.

En seguida se puso a evocar todos sus recuerdos: los hechos más recientes, su primer encuentro con Strickland, su matrimonio. El padre de la señora Strickland, administrador civil en las Indias, había establecido su retiro en el interior del país. Todos los años, en el mes de agosto, llevaba a su familia a Eastbourne con el objeto de hacerle cambiar de ambiente, y allí fué donde, teniendo Amy veinte años, conoció a Carlos Strickland, que contaba veintitrés. El tenis los reunió; vinieron luego los paseos por la playa. Juntos escucharon el canto de los cantores negros. Una semana antes de que él se declarara, ella estaba decidida a aceptarlo.

Se fueron a vivir a Londres, primero en Hampstead y después, tan pronto como los negocios de Strickland lo permitieron, a la "city". Tuvieron dos hijos.

—¡Parecía quererlos tanto! Suponiendo que estuviese cansado de mí, no comprendo cómo ha tenido valor para abandonar a sus hijos. ¡Qué desconcertante! Todavía no puedo creerlo.

Por último, me mostró la carta de su marido. A pesar de mi curiosidad, no me había atrevido a pedírsela.

"Mi querida Amy: creo que encontrarás todo en orden en el departamento. He comunicado a Ana tus instrucciones y, cuando llegues, estará lista la comida para ti y para los niños. No esperes verme en la estación. He decidido no vivir más contigo, y parto hoy mismo para París. No volveré. Mi decisión es irrevocable. Siempre tuyo,

Carlos Strickland."

—¡Ni una palabra de justificación, de pesar! ¿No es esto inhumano?

—¡Vaya una carta singular!

—Sólo hay una explicación posible: que ya no es el mismo. Ignoro qué mujer le ha seducido, pero, en todo caso, ha hecho de él otro hombre. Seguramente esto no data de ayer.

—¿Qué le hace suponerlo?

—Alfredo lo ha descubierto. Tres o cuatro veces por semana, mi marido iba, así decía él, al club. Alfredo aludió, conversando con un miembro de ese club, a las condiciones de jugador de su cuñado, y el otro se manifestó muy sorprendido, pues nunca lo había visto en la sala de juego... Cuando yo creía a Carlos en el club, seguramente estaba con esa mujer.

Guardé silencio. Pensé luego en los hijos.

—No ha debido ser muy fácil explicar todo esto a Roberto — observé.

—¡Oh! No he querido decirle una palabra, ni a él ni a su hermana. Como regresamos a Londres la víspera de la apertura de las clases, tuve la presencia de ánimo suficiente para decirles que su padre había partido por asuntos de negocios.

¿Cómo había podido mostrarse alegre y despreocupada con el corazón oprimido por un peso semejante?

Su voz se quebró de nuevo:

—¿Y qué va a ser de ellos, mis pobres hijos queridos? ¿Cómo vamos a vivir?

Se esforzó por dominarse y vi que sus manos se crispaban. Aquello era desgarrador. Le dije:

—Sea. Iré a París si usted cree que puedo hacer algo, pero dígame con claridad lo que desea de mí.

—Quiero que él vuelva.

—Por lo que me dijo el coronel, creí entender que usted había resuelto divorciarse.

—¡No me divorciaré jamás! — me interrumpió con incontenida violencia—. Puede usted decírselo de mi parte. No podrá casarse con esa mujer. Soy tan empecinada como él, y no me divorciaré. Ante todo, tengo que pensar en mis hijos.

Sin duda, agregaba este argumento para justificar su actitud, que yo atribuía a orgullo y celos, por lo demás muy explicables, antes que a la solicitud maternal.

—¿Lo quiere usted todavía?

—Deseo que vuelva. Si accede a ello, no hablaremos de lo ocurrido. ¡Cómo olvidar diecisiete años de matrimonio! Soy generosa en mis ideas. Mientras no sepa nada, todo lo que ha hecho me es igual. Él debe pensar que su arrebato no puede durar. Si vuelve pronto, podremos olvidar el asunto y evitar el escándalo.

La idea de que se inquietara por los cuentos y chismes me calmó algo.

Ignoraba entonces el importante sitio que ocupa la opinión de los demás en la vida de las mujeres. Esta preocupación proyecta una sombra de sospecha sobre la sinceridad de sus más profundas emociones.

Sabíamos la dirección de Strickland. Por intermedio del Banco, su socio, en una carta violentísima, lo acusaba de ocultarse. Algunas frases de respuesta, cínicas y groseras, revelaban al momento, y con precisión, dónde podría encontrársele. Estaba en un hotel.

—Un hotel del que nunca he oído hablar —prosiguió la señora Strickland—, pero Alfredo lo conoce. Parece que está en un barrio muy lujoso.

Sus mejillas se sonrojaron. Seguramente se representaba a su marido instalado en un departamento carísimo, frecuentando restaurantes elegantes, pasando sus tardes divertido y sus noches en el juego.

—A su edad, esto no puede durar —repitió—. Después de todo, tiene cuarenta años. En un muchacho, sería excusable, pero en un padre de familia, con hijos casi mayores... Su salud no resistirá. ¡Y qué vergüenza!...

La cólera luchaba en ella con la pena.

—Dígale que nuestro hogar le reclama. Nada ha cambiado, y, sin embargo, todo es diferente. No puedo vivir sin él. Preferiría matarme. Invoque el pasado y todos nuestros recuerdos comunes. ¿Y qué diré a mis hijos cuando me pregunten? Su cuarto está como antes de su partida. Lo espera. Todos lo esperamos.

En seguida me explicó en detalle lo que debería decirle. Contemplé cada una de las objeciones posibles.

—Haga todo lo que pueda —insistió, quejumbrosa—. ¡Dígale en qué



¿QUE HARIA USTED SI PERDIERA SU EMPLEO?

¿Qué sería de los que de usted dependen si su jefe le dijese mañana que no lo necesitaba más? Esto puede sucederle; les ha sucedido a muchos que llevaban años de empleo, cumpliendo con regularidad con sus obligaciones.

Prepárese contra esa eventualidad. Hágase indispensable en la oficina, taller o empleo en que se halle, adquiriendo una preparación superior que le permita desarrollar un trabajo mejor, dar un mayor rendimiento. Aprovechando en su casa algunas de sus horas libres, puede adquirir una preparación técnica o profesional que no sólo le asegure en su empleo, sino que le permita ganar mucho más.

Pida informes por medio del cupón al pie a las

ESCUELAS INTERNACIONALES

(International Correspondence Schools)

Avenida de Mayo 1370 — Buenos Aires

Institución mundial que desde hace 53 años está preparando profesionales especialistas en el mundo entero, a satisfacción de empleados y trabajadores de todas clases y de los jefes de las más importantes empresas industriales y comerciales.

Pidan informes por medio del cupón. Se envían gratis.

Sr. DIRECTOR ESCUELAS INTERNACIONALES
Avenida de Mayo 1370 — Buenos Aires

LEO - C.

Sírvase enviar informes, gratis, de su método de preparación profesional.

Nombre ....

Dirección ....

estado me encuentro!

En suma, me rogó que pusiera en juego cuanto estuviese de mi parte para enternecer a su marido. Sollozaba sin cesar. Yo estaba conmovido. La fría crueldad de Strickland me llenaba de indignación. Prometí hacer lo imposible para inducirlo a regresar. Partiría al día siguiente para París y permanecería allí hasta que hubiese obtenido un resultado. Por último, como la noche estaba bastante avanzada y los dos nos hallábamos vivamente emocionados, la dejé.

CAPITULO XI

Durante el viaje, mi misión no cesó un instante de inquietarme. Lejos de la presencia de la angustiada señora Strickland, consideraba la situación con más serenidad. Las contradicciones de su actitud me desconcertaban. Había sabido emplear muy bien su dolor, por lo demás muy sincero, para excitar mi simpatía. La cantidad de pañuelos de que se había provisto demostraba que contaba con sus llantos. ¡Loable previsión! Pero resultaba que, a la distancia, sus lágrimas ya no me conmovían. ¿Era el amor por su marido o el temor a los chismes lo que la hacía desear el regreso de Strickland? Al impulso de la pasión desgraciada, se mezclaba en su corazón la rebeldía de la vanidad herida, despreciable a mis ojos inexpertos. Yo me admiraba todavía de las contradicciones de la naturaleza humana, ignorando cuánta afectación se oculta en la sinceridad, cuánta villanía en la nobleza y cuánta generosidad en el vicio.

Pero, a medida que me aproximaba a París, crecía mi curiosidad. ¿Cómo no tomar a lo trágico este papel de amigo incondicional que va a recuperar el esposo inconstante para la esposa indulgente? ¡Qué entrevista! En tales circunstancias, la hora debe ser elegida con prudencia. ¿Hay posibilidad de conmover a alguien antes de la comida? Por otra parte, era indispensable ver a Strickland aquella misma tarde.

Apenas instalado, me informé sobre el "Hotel des Belges", donde vivía Strickland. Esa maravilla de lujo se levantaría, seguramente, cerca de la rue de Rivoli. Buscamos en la guía. El único hotel de este nombre se encontraba en la rue des Moines, barrio poco señorial. Sacudí la cabeza.

—No puede ser ése, estoy seguro —afirmé, convencido.

El conserje se encogió de hombros. No existía otro hotel de ese nombre en París. Seguramente Strickland no quería revelar su domicilio y había enviado aquella dirección a su socio para engañarle una vez más. Me parecía ver a Strickland encantado ante la idea de hacer venir en balde a París al exasperado agente de cambios y enviarle a estrellarse como un imbécil contra la puerta de una posada. No obstante, quise informarme sobre el terreno. Al día siguiente, hacia las seis, tomé un coche y me dirigí a la rue des Moines. Quise examinar el hotel antes de entrar. Unas cuantas tiendas miserables abrían sus puertas y exhibían sus vidrieras a la calle.

Hacia la mitad de una cuadra, divisé, a la izquierda, el "Hotel des Belges". El que me servía a mí de alojamiento era un palacio comparado con él. Junto a un gran caserón arruinado, con sus muros descascarados y sucios, las casas vecinas tomaban un aspecto limpio y cuidado. Todos sus postigos estaban cerrados. ¿Podía ese lúgubre edificio abrigar la magnificencia criminal en que Carlos Strickland vivía con la encantadora desconocida a quien había sacrificado su amor y su deber? Temeroso de hacer el papel de bobo, estuve a punto de retroceder sin ir más lejos en mi investigación. Sólo el deseo de demostrar mi buena voluntad a la señora Strickland me indujo a entrar.

La puerta se encontraba al lado de una tienda improvisada. Estaba abierta y en su interior se leía: "Bureau au premier". Subí por una estrecha escalera y, desde un descanso, divisé una especie de jaula de vidrio, una mesa y dos sillas. A su lado, un banco, donde un sereno nocturno debía pasar horas melancólicas. No había alma viviente; pero un timbre eléctrico —un cartel lo advertía al visitante— servía para llamar al mozo. Toqué y, a los pocos momentos, apareció, en mangas

"Cuando fuimos a visitar a Strickland, advertimos lo desmejorado que estaba. Además se había echado sobre los hombros una manta raída, que lo avejentaba más aún".



"Blanca de Stroeve era más bien alta. Su traje gris, bien cortado, ceñía una línea armoniosa, un cuerpo bien formado... Solía estar siempre cerca de su esposo, contemplando sus telas..."



de camisa y arrastrando unas chancletas viejas, un adolescente de mirada viva e inquisidora.

—¿Es aquí, por casualidad, donde se hospeda míster Strickland? —le pregunté con el más amable de los tonos.

—Sexto piso, número 32.

La sorpresa me cortó la palabra.

—¿Y estará ahora?

El criado miró un estante con divisiones que se divisaba en la oficina.

—No está su llave. Suba y compruébelo usted mismo.

—¿Y la señora?

—No sé. Acá vino solo.

Ante la mirada de desconfianza del criado, comencé a subir por una escalera oscura y mal ventilada. Un olor fétido flotaba en el ambiente. En el tercer piso, una mujer desmelenada, en ropas de entrecasa, entreabrió una puerta y me miró pasar en silencio. Por último, llegué al sexto..., el número 32. Hubo un ruido en el interior y la puerta se abrió furtivamente. Me encontraba frente a Carlos Strickland, que no pronunció una palabra. Evidentemente, no me había reconocido.

Le llamé por su nombre, esforzándome por hablar con naturalidad.

—¿No se acuerda usted de mí? Tuve el placer de comer en su casa en el mes de julio.

—Adelante — dijo con frialdad —. Encantado de volverlo a ver. Siéntese usted.

Estaba en un pequeño cuarto repleto de muebles Luis Felipe. Un amplio lecho de madera con un almohadón rojo a los pies, un gran armario, una mesa redonda, un peinador minúsculo y dos sillas tapizadas con una felpa encarnada llenaban la pieza. Todo era sucio y raído. Nada revelaba el desenfrenado lujo que el coronel Mac Andrew había descripto con tanta precisión. Strickland tiró al suelo la ropa que cubría una de las sillas y yo me senté.

—¿Qué le trae por aquí?

En el pequeño cuarto, Strickland se veía más grande que nunca. Llevaba un viejo saco de sport y no se había afeitado desde hacía varios días.

La primera vez que lo vi, su vestimenta era muy cuidada, pero parecía no sentirse bien con ella. Ahora, despreocupado y sucio, se movía con agilidad y confianza. ¿Cómo recibiría lo que iba a decirle?

—Vengo a verlo de parte de su esposa.

—Tengo costumbre de servirme algo antes de las comidas. Venga usted conmigo. ¿Le gusta el ajenjo?

—Sí, me gusta.

—Entonces, bajemos.

Se cubrió con un sombrero que pedía un cepillo a gritos.

—Podemos comer juntos. Por lo demás, usted me debe una comida.

—En efecto. ¿Está usted solo?

Me felicité de haber lanzado esta importante pregunta con tanta naturalidad.

—¡Pardiez! Hace tres días que no hablo con nadie. ¡Mi francés no es de lo más brillante!...

Mientras lo seguía en la escalera, me preguntaba qué sería de la hermosa vendedora. ¿Una disputa, acaso? ¿O habría terminado ya el capricho de Strickland? Era poco verosímil si, como se decía, había titubeado un año antes de resolverse a dar el paso. Por fin, nos instalamos en la terraza de un gran café de la Avenue de Clichy.



CAPITULO XII

A esta hora, la muchedumbre bullía y, con un poco de imaginación, podía verse en ella a todos los héroes de una novela de la miseria. Allí se codeaban dependientes y "midinettes", siluetas de ancianos escapados de las páginas de un libro de Balzac, profesionales masculinos y femeninos de aquellas industrias pestilentes que explotan los vicios de la humanidad. En los barrios pobres de París se siente una vitalidad colectiva que fustiga la sangre y nos prepara para observar las situaciones más imprevistas.

—¿Conoce usted bien a París? — le pregunté.

—No. Pasé en él la luna de miel; pero desde entonces no había vuelto.

—¿Cómo fué usted a caer en este hotel?

—Me lo habían recomendado. Necesitaba algo barato.

El ajenjo llegó y, con la solemnidad requerida, echamos el líquido sobre los trocitos de azúcar.

—Creo conveniente decirle, desde luego, el objeto de mi visita — comencé, no sin confusión.

Sus ojos brillaron.

—Estaba seguro que, tarde o temprano, alguien vendría. He recibido una cantidad de cartas de Amy.

—Entonces, no tengo gran cosa que decirle...

—No he leído ninguna.

Para darme tiempo, encendí un cigarrillo. ¿Cómo saldría del atolladero? ¿Las hermosas frases, patéticas e indignadas, que había preparado, caerían en el vacío al ser pronunciadas en la Avenue de Clichy? Súbitamente, Strickland soltó una carcajada.

—Nada cómoda la misión, ¿eh?

—¡Hum!... No mucho — respondí.

—Bueno, en fin, pronuncie usted su discurso; después pasaremos una tarde agradable.

Vacilé un momento.

—¡Vamos! ¿No ha pensado en el dolor de su mujer?

—Ya se tranquilizará.

¿Cómo dar una idea de la extraordinaria insensibilidad con que lanzó esta respuesta? Quedé desconcertado, pero traté de ocultárselo. Recordé el tono de mi tío Enrique, el pastor, cuando pedía a alguno de sus parientes que se suscribiera al fondo de ayuda de los "clergymen".

—¿Me permite usted hablarle con toda franqueza?

—Desde luego.

—¿Merecía ella lo que usted le ha hecho?

—No.

—¿Tiene usted algún agravio en su contra?

—Ninguno.

—Entonces, ¿no es monstruoso abandonarla así, después de decisiete años de matrimonio, sin tener nada que reprocharle?

—Es monstruoso.

Lo miré, sorprendido. Su aquiescencia a todo lo que le decía me desarmaba por completo. Mi situación era delicada, por no decir grotesca. Me había preparado para ser persuasivo, conmovedor, elocuente y, si el caso lo requería, altanero, indignado y sarcástico. Pero, ¿qué puede hacer el mentor cuando el pecador se adelanta a confesar su falta? Mi táctica personal, en casos similares, había sido siempre la de negar todo; ahora estaba confundido.

"Después de dejar la bohardilla, Stroeve me pidió que lo acompañara a su casa. Cuando llegamos, Blanca estaba disponiendo los cubiertos".



ESTUDIE POR CORREO

¡Aproveche su tiempo libre! Estudie por correo en estas famosas Escuelas, fundadas en 1915. Enseñamos por CORREO: RADIO, AUTOS, DIESEL, DIBUJO, CONSTRUCTOR, CONTADOR, SASTRE, MODISTA, TENEDOR DE LIBROS, SECRETARIO, AGRONOMIA, ELECTRICIDAD, ORTOGRAFIA, CALIGRAFIA, ARITMETICA, etc.

Envíenos sólo su nombre y dirección y recibirá informes muy interesantes.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
695, Avenida Montes de Oca, 695 - Buenos Aires

Nombre...

Dirección...

Localidad... (6)

—Y entonces, ¿qué? — preguntó Strickland.

Pretendí tomar un aire de indiferencia.

—¡Oh! Si usted admite sus errores, no me queda nada que decir.

—Lo mismo me parece a mí.

No cumplía mi misión con mucha diplomacia, y, a fe mía, que ello me mortificaba.

—¡Pero no es posible dejar a una mujer con dos hijos y sin un centavo!

—¿Por qué no? La he mantenido durante diecisiete años. ¿Acaso, para variar, no podría ahora mantenerse con sus propios medios, a su vez?

—No está en condiciones de hacerlo.

—Que lo intente al menos.

Habría, en verdad, mucho que replicar; podría hablarle de la situación social de las mujeres, del contrato tácito que un hombre acepta al contraer matrimonio, y de mil otras cosas; pero por el momento sólo un punto me importaba:

—¿No le interesa ella ya?

—En absoluto.

El tono de Strickland dejaba entrever tanta alegre desvergüenza que, a pesar de la suma gravedad del asunto, debí morderme los labios para no reír. Al mismo tiempo, recordaba su abominable conducta y tuve que hacer un esfuerzo para no exaltarme hasta la indignación.

—¿Y sus hijos? ¿Vinieron al mundo por voluntad propia? Si usted los abandona de esta manera se encontrarán en la calle.

—Han conocido varios años de comodidades. Muchos más que la mayoría de los niños. Por otra parte, ya se ocuparán de ellos. Cuando vean que la cosa no tiene remedio, los Mac Andrew costearán sus estudios.

—Pero, ¿no siente usted por ellos el cariño del padre? ¡Y unos chicos tan encantadores! ¿Está usted resuelto, en verdad, a romper todas sus relaciones con ellos?

—Mucho los quería cuando eran menores; pero, en la actualidad, debo confesarle con franqueza que no me inspiran ya ninguna ternura especial.

—Usted es un padre desnaturalizado.

—Seguramente.

—Y no parece avergonzarse.

—De ninguna manera.

Traté entonces de valerme de otro argumento.

—Todo el mundo comentará su falta de nobleza.

—¡Que digan lo que quieran!

—Lo odiarán, lo despreciarán. ¿Acaso todo esto no tiene importancia para usted?

—Ninguna.

Esta breve respuesta fué lanzada tan desdeñosamente que mi pregunta, aun siendo natural, quedó sonando en mis oídos como un absurdo. Reflexioné:

—¿Cómo va a vivirse en medio de la reprobación general? ¿Y luego, está usted seguro de que esto no lo afectará jamás? Todos tienen su conciencia, y, tarde o temprano, la suya hablará. Supongamos que su mujer acaba de morir. ¡Qué remordimiento!

Strickland permaneció mudo. Después de algunos minutos, hube de romper una vez más el silencio:

—¿Qué tiene que responder a esto?

—Nada, como no sea que usted es un tonto violento.

—Por último, quiéralo o no, usted deberá mantener a su esposa y a sus hijos — contesté yo, herido —. La ley se encargará de protegerlos.

—El rey pierde sus derechos cuando no tiene un centavo. Apenas si me quedan unas cien libras.

Me intrigaba cada vez más. A decir verdad, su elección del "Hotel des Belges" revelaba la más precaria escasez.

—¿Y cuando las haya gastado?

—Ya veré lo que hago.

Estaba completamente tranquilo. Su expresión desdeñosa dejaba en el ridículo cada una de mis frases. Agotados los argumentos, opté por guardar silencio. Entonces habló él:

—¿Por qué Amy no vuelve a casarse? Aun es joven y no carece de atractivos. Es una perfecta esposa. Dado el caso, yo la recomendaría. Y si quiere divorciarse, no seré yo quien me oponga.

Esta vez lo había atrapado. Aunque Strickland derrochaba astucia, no había logrado ocultar sus intenciones. Debía tener sus razones para no confesar que lo acompañaba una mujer, y todos sus esfuerzos tendían hacia ese objeto.

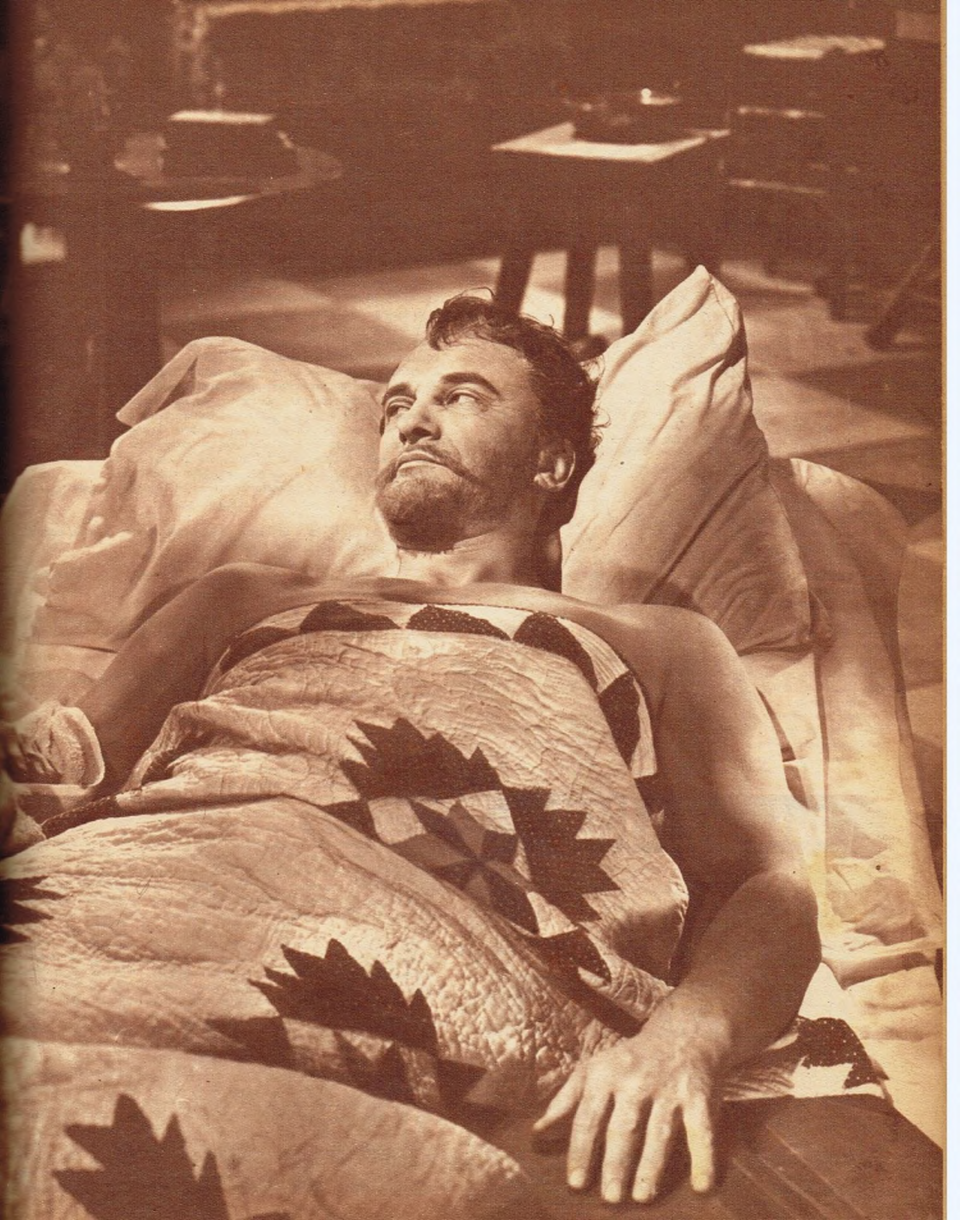
—Por ningún motivo se resolverá su esposa a iniciar expediente de divorcio — le contesté, ufano de mi ventaja —. Ha tomado ya todas sus decisiones.

El marido prófugo me miró con sincera extrañeza y volvió a hablar con un acento más serio.

—Mi querido amigo, nada puede inquietarme. ¿Qué diferencia puede haber para mí entre estar divorciado y no estarlo?



"Durante la enfermedad de Strickland, Blanca pasaba noches enteras a la cabecera de su cama, prodigándole cuidados."



—Vamos, ¿nos toma usted por unos idiotas? Usted se ha fugado con una mujer.

Strickland se echó atrás, sobresaltado, y en seguida comenzó a reírse. Reía tan sonoramente, que llamó la atención a nuestros vecinos, algunos de los cuales también lo imitaron.

—No veo que el suponer tal cosa le resulte a usted tan divertido — exclamé.

—¡Pobre Amy! — dijo lleno de ironía.

Casi inmediatamente se pintó en su rostro un amargo desprecio.

—¡Qué criterio tan limitado tienen las mujeres! ¡El amor, siempre el amor! Se imaginan que sólo se las puede dejar para irse con otra. ¿Cree usted que yo habría cometido la tontería de hacer lo que he hecho, nada más que por una mujer?

—¿No es por una mujer por lo que ha abandonado usted a su señora?

—¡Claro que no!

—¿Palabra de honor?

¡Qué ingenuo fuí al formular esta pregunta!

—¡Palabra de honor!

—Entonces, en nombre del cielo, ¿por qué la dejó usted?

—Para pintar.

Sin poder comprender, lo miré durante un momento. ¿Me las había con un loco? No hay que olvidar que yo era muy joven y que consideraba a Strickland un hombre ya maduro. El estupor me clavó a mi asiento.

—¡Pero usted tiene cuarenta años!

—Por lo mismo, no hay que perder el tiempo.

—¿Ha pintado ya alguna vez?

—Cuando muchacho, mi mayor ilusión era llegar a ser pintor; pero mi padre me obligó a dedicarme a los negocios, alegando que las artes no producían nada. Hace un año que comencé a pintar. Poco después me matriculé en algunos cursos vespertinos.

—¿En esto se ocupaba usted cuando su esposa lo creía jugando bridge en el club?

—Precisamente.

—¿Y por qué no se lo decía?

—No lo comprendería. Por lo demás, necesito de la tranquilidad que proporciona el aislamiento.

—¿Y sabe usted pintar?

—Todavía no, pero ya aprenderé. Por eso estoy aquí. En Londres no encontraba lo que quería. Quizás tenga más suerte en París.

—¿Cree usted que un hombre que comienza a su edad tiene probabilidades de triunfar? La mayor parte de los pintores han comenzado a los dieciocho años.

—Aprendo con más rapidez de lo que hubiera podido hacerlo a esa edad.

—¿Qué es lo que le hace creer que tiene disposición?

No respondió en seguida. Sus ojos erraban tras los transeúntes, sin detenerse sobre ellos.

—Debo pintar.

—¡Pero esto es una aberración!

Me miró de frente. La expresión de sus ojos me causó malestar.

—¿Qué edad tiene usted? ¿Veintitrés años? — me preguntó.

La pregunta me pareció completamente fuera de lugar. A mi edad, yo habría podido embarcarme en una aventura semejante. ¡Pero él, que había dejado atrás el tiempo de la juventud, él, un agente de cambios, dueño de una floreciente situación, con una buena mujer como esposa y padre de dos hijos!... Lo que habría sido admisible en mí, era absurdo en él. No le oculté mi manera de pensar:

—Naturalmente, es posible el milagro. Usted puede llegar a ser un gran artista, pero reconocerá que lleva sólo una opción contra un millón. ¿No sería terrible que, por hacer algo bien, terminara comprobando que lo ha echado todo a perder?

—Debo pintar — repitió.

—Supongamos que usted sólo lograra llegar a ser un pintor mediocre. ¿Valdría eso los sacrificios que ha impuesto a su mujer y a sus hijos? En las demás carreras no importa no sobresalir sobre el término medio. Con tal de cumplir con sus obligaciones, se sigue adelante; en un artista, la cosa cambia.

—¡Imbécil! — exclamó.

—¿Qué? ¿Acaso es una locura reconocer la evidencia?

—Le digo que debo pintar. Es algo superior a mí. Cuando un hombre se cae al agua, nada importa que nade bien o mal; lo indispensable es que salga del paso como pueda.

La pasión sincera que vibraba en su voz me impresionó, muy a mi pesar. Sentía que una fuerza extraña dominaba su voluntad. No lograba comprender nada. Un demonio lo poseía. Y, sin embargo, tenía las apariencias de hallarse en su estado natural. Mi curiosidad no le causaba confusión alguna. ¿Por quién habría podido tomarle un extraño al verle sentado allí, con su viejo saco de presillas y su sombrero grasiento? La raya de sus pantalones había desaparecido tiempo atrás. La limpieza de sus manos era muy dudosa. Los pelos rubios de su barba mal afeitada, sus ojos vidriosos, su nariz fuerte y agresiva tenían algo de rudo y de vulgar. La boca era grande, los labios gruesos y sensuales. No, no sabría en que categoría clasificarlo.

—¿De modo que ha resuelto no volver al lado de su esposa? — le dije por fin.

—¡Así es!

—Ella está dispuesta a olvidarlo todo, a volver a la vida en común. No le formulará el menor reproche.

—¡Que se vaya al diablo!

—¿Es indiferente para usted pasar por un monstruo y dejar a sus hijos reducidos a la miseria?

—Completamente.

Me tomé algunos momentos de intervalo para reforzar el efecto de mis palabras, y agregué en seguida, con la mayor solemnidad que me fué posible:

—¡Usted es un perfecto sinvergüenza!

—Ahora que usted se ha desahogado — replicó tranquilamente — vamos a comer.

CAPITULO XIII

Confieso que habría sido más correcto declinar la invitación. Quizá debí manifestarme indignado, como en realidad lo estaba; cuando menos, mi categórica negativa a sentarme a la misma mesa que semejante individuo, me habría significado la aprobación del coronel Mac Andrew. Pero yo he titubeado siempre antes de adoptar una actitud severa por temor a no poder sostenerla, y, en aquella ocasión, la certeza de que Strickland no atribuiría importancia a mis sentimientos, vino a completar mi indecisión. Sólo la fe del poeta o del santo puede esperar que crezcan lirios en el asfalto de una acera.

Pagué lo que habíamos bebido y nos encaminamos hacia un pequeño restaurante, estrecho y bullicioso, donde comimos muy alegremente. Yo tenía el apetito de mi edad y Strickland el de una conciencia endurecida. Luego, para el café y los licores, emigramos hacia una taberna.

Había agotado ya todos mis argumentos. Bien sabía que no insistir era traicionar a la señora Strickland; pero sentía la absoluta imposibilidad de atravesar la coraza de indiferencia de mi interlocutor. Hay que tener la tenacidad femenina para repetir siempre lo mismo sin cansarse. Yo pretendía excusar mi actitud, tratando de persuadirme de que era necesario estudiar ante todo el estado de ánimo de Strickland. Y, en efecto, nada me intrigaba más. ¿Pero cómo lograr comprenderlo?

Strickland no era locuaz. Se hacía entender con dificultad, como si la palabra no hubiese sido su modo natural de expresión. No era cosa fácil seguir su pensamiento a través de sus frases entrecortadas, sus palabras confusas y sus gestos vagos. Mas, si no decía nada extraordinario, tenía, en cambio, algo que le impedía hacerse pesado. Tal vez su franqueza. No parecía interesarse en absoluto por este París que veía por primera vez — el viaje de novios no podía contarse — y los espectáculos que debían haberle sorprendido no le provocaban ninguna admiración. Yo he estado en París un centenar de veces y siempre con un agrado nuevo. Nunca he vagado por sus calles sin sentirme al borde de la aventura. Strickland, en cambio, permanecía



ANNIE es Hermosa...
ANNIE es Millonaria...
ANNIE es Joven...
ANNIE es Norteamericana...

Por todo ello, una presa codiciable para los pescadores de dotes y nobles sin fortuna. Lea próximamente en MARIBEL "NOBLEZA AMERICANA", la apasionante novela de la que Annie es protagonista.

Poderoso Atractivo

Una mujer sin perfume es como una flor sin aroma. Su belleza se ve por los ojos. Por su aroma se la presiente, y ese aroma se recuerda, como se recuerda su imagen.

Posea Ud. el poderoso atractivo que presta a toda mujer el sugestivo aroma de Loción CHIPRE de PREAL.

En todas las farmacias, tiendas y perfumerías.

Camauër y Cía. - Soc. de Resp. Ltda.
Capital $ 200.000.—
Inclán 2839/47 Buenos Aires

REPRESENTANTES:
URUGUAY: José C. Cadenazzi y Cía.
Paysandú 906, Montevideo.
PARAGUAY: Vicente Scavone y Cía.
Palma 224-26, Asunción.



EXTRACTO Y LOCION **Chipre** de PREAL

(El perfume femenino por excelencia)

indiferente. Cuando pienso en ello, me convenzo de que no veía nada que no fuera alguna inquietante visión interior.

De súbito, sobrevino un incidente. La taberna rebosaba de muchachas, algunas sentadas a la mesa con sus amigos y otras solas. Una de éstas nos miraba. Cuando sus ojos se encontraron con los de Strickland, sonrió. El no pareció darse cuenta. Por unos pocos momentos, ella salió, para volver al instante y rogarnos, con toda gentileza, al pasar por nuestra mesa, que le ofreciésemos alguna cosa. La joven se sentó y yo comencé a hacer mis cálculos; pero era evidente que ella sólo pensaba en Strickland. Le previne, entonces, que él no sabía más que dos o tres palabras en francés. No obstante, ella trató de hablarle, mitad en signos y mitad en un francés infantil, que suponía, no sé por qué, más fácil de comprender. Además, chapurreaba una media docena de frases inglesas. Lo que sus pocos conocimientos no le permitían expresar, hube de traducírselo yo, y ella esperaba las respuestas con visible impaciencia. Strickland parecía divertirse; pero se veía que conservaba su indiferencia.

—Usted acaba de hacer una conquista — le manifesté.

—No me halaga en absoluto.

En su lugar, yo me habría interesado más. La muchacha tenía unos ojos sonrientes y una boca tentadora. Era muy joven. ¿Qué podía haber en la persona de Strickland que la atrajese? No hizo misterio de sus impulsos y me rogó que los trasmitiese a mi compañero de mesa.

—Desea que usted la acompañe a su casa.

—Estoy muy bien aquí.

Suavicé como pude tan poco galante respuesta, que atribuí a su falta de dinero.

—Insisto — agregó ella —. Dígale que no le costará nada.

Cuando trasmití esto a Strickland, él alzó los hombros con impaciencia.

—¡Que se vaya al demonio!

Con el gesto subrayó la respuesta. La muchacha no necesitó traducción; se puso de pie y nos volvió la espalda, indignada. Seguramente se había avergonzado de su fracaso.

—No puede decirse que sea cortés — dijo mientras se abría paso entre las mesas vecinas.

Yo estaba sorprendido y molesto.

—¿Por qué la ha insultado usted? — dije a Strickland —. Después de todo, la aventura no deja de ser lisonjera.

—Estas cosas me disgustan — replicó.

Lo observaba con curiosidad. Su rostro reflejaba un disgusto verdadero, y, no obstante, sus rasgos eran los de un hombre ardiente y sensual. Seguramente la muchacha se había sentido atraída por cierta brutalidad que se presentía en él.

—En Londres habría podido tener todas las mujeres que hubiese querido. No es a buscarlas a lo que he venido a París.

CAPITULO XIV

Durante mi viaje de regreso a Inglaterra, repasaba mentalmente el caso de Strickland. ¿Qué diría a su esposa? No podía enorgullecerme con las nuevas que le llevaba.

El hombre seguía siendo un enigma para mí. Cuando le pregunté cómo se le había ocurrido pintar, no supo o no quiso responderme. Quizá un obscuro sentimiento de rebelión había germinado, poco a poco, en su cerebro obtuso; ¿pero cómo explicar entonces que su monótona existencia no revelara nunca la tempestad que se preparaba? Si su fuga tenía por causa primordial la necesidad de romper lazos insoportables, su conducta habría sido comprensible y vulgar; ahora bien, en él, precisamente, no había nada de vulgar. Por fin, vino a mi espíritu una idea que se me impuso por su carácter romántico, idea bastante discutible, mas la única que me satisfacía ligeramente: una vocación durante largo tiempo contrariada debía haberse desarrollado, poco a poco, en este hombre, tal como se desarrolla un cáncer, hasta poseerlo todo entero y lanzarlo a la acción con una fuerza irresistible. Hay aves que ponen sus huevos en los nidos de otras. Una vez salido del cascarón, el pequeño extraño desaloja del nido a toda la pollada, y en seguida destruye la construcción que hasta entonces lo ha abrigado.

Era ciertamente extraordinario que, para ruina suya y desgracia de sus familiares, se hubiese despertado el instinto creador en este insípido agente de cambios. Pero, ¿no es más extraordinario todavía ver al espíritu de Dios apoderándose de hombres ricos y poderosos, después de perseguirlos con implacabilidad, hasta el día en que, por fin, abandonan las alegrías del mundo y el amor, por las austeridades del claustro? La conversión reviste formas variadas y sigue vías diversas. Existen rocas que no pueden ser destruídas sino por el furor del cataclismo; otras se disgregan bajo la sola acción de una gota de agua. Strickland unía la violencia del fanático a la intransigencia del apóstol. ¿Lo justificarían sus obras? Cuando le pregunté lo que sus camaradas de las clases vespertinas pensaban sobre su pintura, me había contestado haciendo una mueca.

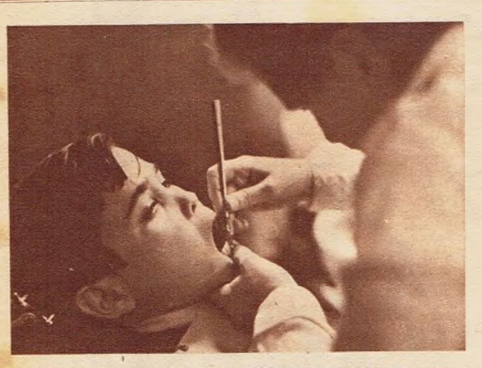
—No toman nada en serio.

—¿Trabaja usted en un taller?

—Sí; el viejo, quiero decir el maestro, pasó esta mañana; cuando vió mi dibujo, levantó las cejas y se alejó sin decir una palabra.

Strickland se rió irónicamente. No parecía desalentado. El juicio de los demás no tenía importancia alguna para él.

Y era lo que más me desconcertaba en este hombre. En general, los que se declaran indiferentes a la opinión ajena se dejan engañar por una falsa esperanza. Si bien es cierto que actúan como les place, no lo es menos que no procuran evitar que sus aventuras trasciendan. Es necesario que se sientan sostenidos



PIORRI BRISOL

(LIQUIDO)

Está indicado en la PIORREA ALVEOLAR, gingivitis, reblandecimiento y retroceso de las encías

PIORRI BRISOL

En frascos de $ 3.90, $ 5.50 y $ 8.—

Autorizado por el H. Dpto. Nacional de Higiene, Nº 2956

Rechace imitaciones: el legítimo Piorri Brisol se expende líquido en frascos originales.

y aprobados por los que los rodean, para resolverse a desafiar la opinión de la mayoría. ¿Qué mérito existe en fingir desprecio por los convencionalismos, cuando este desprecio es, precisamente, uno de los convencionalismos de su medio? No creo en la sinceridad de los que desprecian la opinión. Su orgullo es el de la ignorancia. Mas, esta vez, me encontraba ante un hombre que no atribuía en verdad importancia alguna a lo que se pensase de él. Los juicios resbalaban sobre su conformidad, como resbala la mano sobre el cuerpo aceitado del luchador. Esto le daba una independencia casi agresiva. Recuerdo haberle dicho:

—Si todo el mundo procediera como usted, la vida sería imposible.

—¡Qué frase más tonta! Todo el mundo no puede aspirar a proceder como yo. La masa se resigna perfectamente a permanecer en la rutina.

En otra ocasión ensayé la ironía:

—¿Qué dice usted de la máxima "procede de manera que cada una de tus acciones pueda erigirse en regla universal"?

—No la conocía, pero ahora puedo decir que es estúpida.

—Sin embargo, es de Kant.

—No por eso es menos estúpida.

Nada conmovía la conciencia de este hombre. Era como tratar de obtener sin un espejo la reflexión de una imagen. La conciencia es en el individuo la guardiana de las leyes dictadas por la colectividad, considerando su necesidad de conservarse. Es un guardián que vigila nuestros corazones para impedirnos infringir las reglas establecidas, un espía instalado en la íntima fortaleza del ser. El hombre tiene tal sed de simpatía, tal vivo temor por las críticas, que por sí mismo ha introducido al enemigo en la plaza; su conciencia no cesa de vigilar, siempre dispuesta a ahogar toda veleidad de independencia. Es el lazo poderoso que encadena al individuo con la masa y que le impulsa a preferir a los suyos los intereses de la colectividad, que ha aprendido a considerar superiores. El hombre llega a convertirse en el esclavo de su conciencia. La coloca sobre un pedestal. Por último, como el cortesano, adulador servil del cetro que lo oprime, se vanagloria de su esclavitud. A sus ojos, ninguna inventiva es suficientemente fuerte para castigar al que desconoce el principio de autoridad, porque se siente desarmado ante este ser independiente. Frente a la monstruosa insensibilidad de Strickland, yo no podía menos que retirarme horrorizado. Cuando nos despedimos, sus últimas palabras fueron:

—Dígale a Amy que perderá su tiempo tratando de hacerme regresar. Por lo demás, voy a cambiar de hotel y no volverá a encontrarme.

—La felicitaré, además, por haberse desembarazado de usted — le dije.

—Hágale comprender que se merece una felicitación, mi buen amigo. ¡Pero es tan limitada la inteligencia de las mujeres!...

CAPITULO XV

En Londres me esperaba una tarjeta en la que se me rogaba que fuera a casa de la señora Strickland después de comer.

La encontré con el coronel Mac Andrew y su mujer. La hermana de la señora Strickland, la mayor de la familia, estaba algo más envejecida que ella, pero se le parecía mucho. Tenía un aspecto de suficiencia, ese aspecto de dueña de los destinos del imperio británico, que da a las esposas de los oficiales el sentimiento de pertenecer a una casta superior. Era franca en su hablar, y su buena educación disimulaba mal su convencimiento de que fuera del ejército no había más que dependientes del comercio. Detestaba, por lo tanto, a los oficiales de la guardia, a quienes encontraba presumidos, y no gustaba hablar de sus mujeres, poco puntuales para devolver las visitas. Además, sus "toilettes" eran vistosas y de muy mal gusto.

La señora Strickland parecía muy nerviosa.

—Pues bien, cuénteme cómo le ha ido — dijo, después de saludarme.

—Estuve con su marido. Temo que su decisión de no volver sea irrevocable.

Proseguí, luego de una pausa.

—Quiere pintar.

—¿Qué? — exclamó la señora Strickland llena de admiración.

—¿No supuso usted nunca que él se interesase por esta suerte de cosas?

—Está loco de remate — manifestó el coronel.

Amy frunció las cejas. Repasaba sus memorias.

—Recuerdo que antes de nuestro matrimonio tenía algunas cajas de pinturas, cuyos pinceles manejaba malamente. ¡Había que ver sus mamarrachos! Lo reñíamos de continuo. No tenía ni pizca de talento.

—Es sólo un pretexto — insinuó Mac Andrew.

La señora Strickland reflexionaba. Para ella, mi revelación no tenía ni pies ni cabeza. Su instinto de dueña de casa había vuelto a flote y el salón no se encontraba ya en el abandono, con aquel aspecto de hotel amueblado que observara inmediatamente después de la catástrofe.

—Pero si el arte le atraía tanto, ¿por qué no decirlo? — manifestó por fin la señora Strickland —. Yo habría sido la primera en simpatizar con gustos de este género.

La esposa de Mac Andrew apretó los labios. No había aprobado nunca la inclinación de su hermana hacia las personas que cultivan las artes. Siempre que se le presentaba la ocasión, ella hablaba de los intelectuales con desprecio.

Amy continuó:

—Después de todo, si tuviera talento, yo no querría otra cosa que estimularlo. Nada me habría costado. Preferiría mil veces ser la esposa de un pintor que la de un agente de cambios. Sin los hijos, todo me sería igual. Viviría tan bien y tan contenta en un pequeño taller como en este departamento.

—Querida, me pones nerviosa — interrumpió la señora Mac Andrew —. ¿Vas a creer esa historia?

—Me parece que es la verdad desnuda — insinué con timidez.

Ella me miró con desdeñosa condescendencia.

—Un hombre no renuncia a sus asuntos ni abandona a su familia sin que haya una mujer de por medio. Supongo que ha debido conocer a una de tus famosas artistas, que le hizo perder la cabeza.

Las mejillas de la esposa abandonada se tiñeron de súbito con un ligero rubor.

—¿Qué aspecto tiene esa mujer?

Vacilé. Sabía que todos se admirarían.

—No existe tal mujer.

El coronel y su esposa manifestaron bulliciosamente su escepticismo, y la señora Strickland se abalanzó:

—¿Acaso no la ha visto usted?

—No había persona alguna que ver. Strickland está solo.

—¡Imposible! — aseguró la señora Mac Andrew.

—Debí haber ido yo mismo, como deseaba hacerlo — intervino el coronel —. No habría necesitado mucho tiempo para descubrirla.

—En efecto, es sensible — repliqué yo, bastante molesto —. Usted habría comprobado que se halla engañado en todas sus suposiciones. Strickland no vive en un hotel elegante. Se aloja en una pieza miserable. Si ha dejado su hogar y sus comodidades no es para lanzarse a una vida de placeres. No tiene un centavo.

—Habrá hecho algo que ignoramos y emprende ahora la fuga, por temor a la policía.

Esta hipótesis fué un rayo de esperanza que alentó aquellos corazones; pero me encargué de desvanecerles pronto la ilusión.

—Entonces no habría tenido la ingenuidad de dar su dirección a su socio — repliqué agriamente —. Por lo demás, vuelvo a afirmar que partió solo. No está enamorado. Nada se encuentra más lejos de su pensamiento.

Hubo un silencio. Reflexionábamos

—En fin, si lo que usted dice es exacto — manifestó la señora Mac Andrew —, las cosas no son tan graves como lo suponía.

Su hermana la miró sin decir una palabra. Estaba extremadamente pálida. Su expresión me sorprendió. La mujer del coronel continuó:

—Si sólo se trata de un capricho, pronto se le pasará.

—¿Por qué no va usted a buscarlo, Amy? — sugirió Mac Andrew —. Nada le impide vivir con él en París durante un año. Nosotros nos encargaremos de los chicos. Al cabo desistirá de sus manías; estoy persuadido de ello. Tarde o temprano querrá volver a Londres, y el mal no habrá sido tan grande.

—¡Jamás en la vida! — le interrumpió su mujer —. Por mi parte, me limitaría ahora a dejarle suelta la brida. Ya regresará, sumiso, tranquilo, encantado con volver a la vida normal.

Pronunciada la última palabra, miró a su hermana con severidad.

—¿No fuiste siempre condescendiente y



FEIJOO & Cía.
S. en C.
PRESENTA
"LARABIDA"
El maravilloso licor que saboreaban nuestros antepasados, elaborado con diversas plantas cuidadosamente maceradas.
Distribuidores: I. C. O. Sdad. Resp. Ltda. Cap. $ 400.000.
Callao 325 BUENOS AIRES U. T. 35 - 5642
Pídalo en todos los buenos almacenes, bares y confiterías.

A TODO HOMBRE INTERESA
Los Métodos Naturistas BIER y KUHNE (Neumo-Hidropático) combinados, para combatir el INFANTILISMO GENESICO y Desarrollar y Regenerar el VIGOR MASCULINO, sin droga alguna, con 15 años de constantes éxitos, el cual fué Patentado por el SUPREMO GOBIERNO DE LA NACION ARGENTINA por Decreto del 30 de noviembre de 1926, bajo Nº 26.243.
GRATIS Remitimos el librito científico explicativo de 82 páginas, en sobre cerrado y sin membrete, a quien lo solicite, acompañando únicamente $ 0.30 para franqueos.
CASA "L. P. CIDEX" - CALLE ESPARTACO Nº 904 (Suc. 6) - BUENOS AIRES

Trabaje con provecho en su propia casa



Adquiera, sin pérdida de tiempo, la máquina de tejer medias "La Moderna", que la vendemos por sólo pesos 250.— y con la que Ud. puede obtener fácilmente hasta $ 300.— mensuales. Le compramos las medias bajo contrato y le enseñamos gratis su manejo. AMPLIAS FACILIDADES DE PAGO. Visítenos o solicite folletos ilustrados.

THE KNITTING MACHINE Cº

Salta Nº 482 Buenos Aires

AHORA ES EL MOMENTO!

Cómo aprender Radio, Construcción, Cine Sonoro, Electricidad, Aviación, Contabilidad, Mecánica, Diesel, Caucho, Motores Explosión, Dibujo, etcétera. GRATIS pida folleto: A. Ward.

Sgo. DEL ESTERO 1519 - Bs. As.

Dr. MANUEL ENRIQUE BELLO
Médico Especialista en Enfermedades del Pulmón
Ex Médico del Hosp. Muñiz
HUMBERTO I, 1947 U. T. 26 - 1420

Dr. ALFREDO S. RUGIERO
Méd. Cirujano - Clínica Méd. - Vías resp. - Rayos X
Lunes, Miérc. y Viernes
CORDOBA 1853 U. T. 44 - 4780

Dr. ANGEL E. DI TULLIO
MEDICO CIRUJANO
Especialista Oídos, Nariz y Garganta
NUEVA YORK 4020 U. T. 50 - 4278

Dr. ROMEO J. MESSUTI
Médico cirujano del Hospital Zubizarreta - Cons. de 15 a 17
VALLEJOS 4645 U. T. 50 - 0224

Dr. ANIBAL O. de ROA (h)
Enfermedades de la piel - Tumores - Electrocoagulación.
Cons.: Martes y Jueves, de 17 a 19 h.
CORDOBA 817, 2º piso U. T. 32 - 0285



ELLAS COMENTAN EL EXITO OBTENIDO POR EL LIBRO

EN VOZ BAJA

de DIEGO CARLOS HERRERA

UNA VOZ AMIGA QUE PREDICA LA FELICIDAD

Diego Carlos Herrera, el poeta de lo cotidiano, el amigo invisible de todas las mujeres, ha reunido en un libro de agradable y reconfortante lectura,

SUS MEJORES GLOSAS - SUS MAS BELLOS VERSOS

EN VOZ BAJA

no debe faltar en la biblioteca de ninguna mujer.
Precio del ejemplar, $ 1.—
En venta en

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA S. R. L.

Cap. $ 1.000.000

ESMERALDA 116 - U. T. 33, Av. 0063 - Bs. As. y en todas las buenas librerías de la República.

Para pedidos por correo agregar 20 centavos.
Adjunto $ 1.20 para que me remitan, por certificado y a vuelta de correo, el libro "En Voz Baja", de Diego Carlos Herrera.

Nombre...
Dirección...
Localidad... L. 224

atenta con él? Los hombres son seres extraños: hay que saberlos tratar.

La señora Mac Andrew compartía una opinión muy corriente en su sexo: un hombre es un bruto si abandona a una mujer que lo quiere; pero en tal caso, la mujer también merece un reproche.

Los ojos de Amy se volvieron lentamente hacia nosotros.

—No volverá jamás.

—¡Oh, vamos! ¿Después de lo que acabas de oír? Está acostumbrado al confort y a las pequeñas atenciones. ¿Crees tú que no se hastiará pronto de la buhardilla y las mortificaciones? Por otra parte, si no tiene dinero, se verá forzado a regresar de buena o de mala gana.

—Mientras le suponía con una mujer conservaba la esperanza. Estas historias terminan siempre en una desilusión. Al cabo de dos o tres meses, sería fatal el desenlace. Pero si no ha partido por amor, todo está perdido.

—¡Oh, es bien sutil! — manifestó el coronel, poniendo en esta frase todo el desprecio que manifestaba por una cualidad tan extraña a los hábitos de su profesión —. Volverá, y, como lo dice Dorothy, sus escándalos no lo harán más insoportable.

—¡Pero si vuelve le daré con la puerta en las narices!

—¡Amy!

La cólera acababa de apoderarse de ella, y su palidez traicionaba ahora una exaltación fría y repentina. Hablaba con rapidez y con frases entrecortadas.

—Habría podido excusarle si, perdiendo la razón por una mujer, hubiese huído con ella. Era lo natural. En verdad, ¿cómo hacerle reproche alguno? Me habría dicho: he sido arrastrado. ¡Son tan débiles los hombres y tan poco escrupulosas las mujeres! Pero no es el caso. ¡Lo odio! ¡Ahora no se lo perdonaré jamás!

En su estupefacción el coronel y su consorte se pusieron a hablar simultáneamente. Creían loca a la esposa del fugitivo agente de cambios. Ella se dirigió hacia mí, llena de esperanza:

—¿Tampoco me comprende usted? — gimió.

—No estoy del todo seguro. ¿Debemos creer que usted soportaría ser abandonada por una mujer y no por una idea? ¿Por qué, si usted se siente capaz de luchar contra la una, se siente desarmada ante la otra?

Amy me lanzó una mirada desprovista de compasión; pero no contestó nada. Yo había puesto el dedo en la llaga. Momentos después, continuó con voz baja y temblorosa:

—No creía posible odiarlo como lo odio. ¡Pensar que me consolaba con la suposición de que, tarde o temprano, tendría necesidad de mí! Me decía: si se sintiera en artículo mortis y me mandara llamar, acudiría a su llamado. Le habría cuidado como una madre. En el momento supremo, le hubiera asegurado que le seguía queriendo, que le perdonaba todo...

¿Qué afán tienen las mujeres por mostrarse sublimes en el lecho de muerte de aquellos que han querido? A veces parecen deplorar que, viviendo mucho tiempo, retarden la realización de la escena .

—Pero, ahora..., ahora todo ha terminado. Ningún extraño me es más indiferente. Quisiera que muriese pobre, desprovisto de todo, sin un amigo, en el más grande de los abandonos. Le deseo que sea minado por un mal repugnante. Ya no me interesa más. ¡Lo odio!

Osé hablarle entonces de la proposición que Strickland me había hecho.

—Si usted desea el divorcio, le dará toda clase de facilidades.

—¿Y por qué he de devolverle su libertad?

—No creo que él piense en eso. Suponía que esto le sería más cómodo.

La señora Strickland se encogió de hombros. Quedé desorientado. En aquellos tiempos, con mucha más confianza que ahora, yo creía que los caracteres no se desmentían, no podían desmentirse. Me chocaba tanto rencor en una criatura tan suave. Pero ahora lo sé: pequeñez y grandeza, malevolencia y caridad, odio y amor, suelen estar juntos en su corazón.

Me esforcé por atenuar la amarga humillación que atormentaba a la señora Strickland.

—Como usted sabe, no estoy completamente seguro de que su marido no sea responsable en absoluto. Pero no lo creo en su estado normal. Me parece dominado por una fuerza extraña. La mosca atrapada en una tela de araña no está más desarmada. Diríase la víctima de un hechizo. Esto me recuerda ciertos extraños casos de encantamiento. El alma no es ya una parte integrante del cuerpo; puede sufrir misteriosas transformaciones. En los tiempos pasados se hubiese dicho que Strickland estaba hechizado.

La señora Mac Andrew se acomodó un pliegue de la falda y sus brazaletes de oro se le deslizaron hasta las muñecas.

—Todo esto me parece traído por los cabellos — observó secamente —. Tal vez Amy ha tratado a la ligera a su marido. Confesémoslo: menos absorbida por sus propios asuntos, habría observado algo. No puedo concebir que Alec tuviera una idea en la cabeza, durante un año o más, sin que yo me diese cuenta.

El coronel tomó un aire de ausencia, que me hizo preguntarme si era posible ser tan inocente como lo parecía.

—Pero no por eso Carlos es menos inexcusable.

La señora Mac Andrew me miró con severidad.

—Voy a decirle por qué ha abandonado a su mujer: por puro egoísmo y nada más.

—He aquí, ciertamente, la explicación más sencilla — dije yo, pensando que ella no explicaba nada.

Pretextando hallarme cansado, me levanté y me despedí. La dueña de casa ni siquiera trató de retenerme.

CAPITULO XVI

Lo que siguió a esta visita mía a la señora Strickland me demostró que era una mujer de carácter. Disimuló toda su pena. Comprendió que el mundo se aburre pronto de las historias de mala suerte y evita el contacto con la desgracia. Cada vez que salía de su casa — y la compasión de sus amistades se traducía en frecuentes invitaciones —, su comportamiento era perfecto. Se mostraba valiente, aunque no en exceso; alegre, sin ser provocadora, y parecía agradarle más escuchar las penas ajenas que contar las propias. Cuando hablaba de su marido, lo hacía demostrando lástima. Al principio me dejaba un poco perplejo su actitud. Un día me dijo:

—Estoy convencida de que usted debía estar equivocado al asegurar que Carlos vivía solo. Ciertas personas, cuyo nombre no puedo darle, me han dicho que no fué solo a París.

—En tal caso, ha borrado las huellas con mucho éxito — le respondí.

Ella miró hacia otro lado y se ruborizó.

—Lo que le quiero decir es que... si usted habla con alguien que le dice eso..., acéptelo; no contradiga al que le afirme que se fugó con alguien...

Comprendiendo, la tranquilicé:

—Así lo haré.

Cambió la conversación como si el asunto no tuviera la menor importancia para ella.

Oportunamente descubrí que circulaba entre sus amistades una extraña historia. Decían que Carlos se había enamorado perdidamente de una bailarina francesa, a la que había visto por primera vez en el teatro Imperio, y que la había acompañado a París. No pude encontrar el origen del chisme, pero por más extraño que parezca, el rumor le proporcionó muchas simpatías a la señora Strickland.

...ándole, al mismo tiempo, cierto prestigio. Eso tenía sus ventajas para la vida que ella pensó adoptar. El coronel Mac Andrew no había exagerado cuando dijo que quedaba sin un centavo, y ella debió pensar en ganarse la vida lo más pronto posible. Aprovechó su relación con numerosos escritores, y sin pérdida de tiempo comenzó a estudiar taquigrafía y dactilografía. Dada su esmerada educación, era muy probable que llegaría a ser una dactilógrafa más eficiente que la mayoría de ellas, y la situación dramática en que se hallaba la ayudaría a conseguir trabajo. Sus amigos le brindaron ocupación y se empeñaron en buscársela. Los Mac Andrew, que no tenían hijos y gozaban de una posición desahogada, se hicieron cargo de la educación de los niños, y la señora Strickland debió pensar sólo en ella misma. Dispuso de su departamento y vendió sus muebles. Se instaló en dos pequeñas habitaciones en Westminster y comenzó una nueva vida. Se sentía tan capaz que no dudaba del éxito en la aventura.

CAPITULO XVII

Alrededor de cinco años más tarde, decidí instalarme en París. Estaba harto de Londres y de su vida invariablemente monótona. Mis amigos se abandonaban al plácido curso de su existencia; ya no me reservaban nada imprevisto. Cuando los encontraba, sabía de antemano lo que iban a decirme. Hasta sus aventuras de amor eran de una fastidiosa vulgaridad. Nos asemejábamos a los tranvías que corren sobre sus rieles de esquina a esquina, y cuyo número de pasajeros es posible calcular casi con exactitud según la hora del día. Ante el embotamiento de esta vida sin alternativas, el espanto se apoderó de mí. Vendí lo poco que tenía y resolví cambiar de horizonte.

Antes de mi partida, fuí a despedirme de la señora Strickland. Hacía mucho tiempo que no la veía. La encontré envejecida, arrugada; su carácter, como su físico, me pareció cambiado. Pero sus negocios prosperaban. Acababa de abrir una oficina en Chancery Lane, donde tenía cuatro empleadas a sus órdenes. Algunos refinamientos en sus tintas azules y rojas y los tonos pálidos con reflejos muarés del papel que empleaba, daban a sus copias un realce que le había valido merecida reputación de elegancia y corrección. Ganaba dinero. Mas, para ella, el ejercicio de una profesión llevaba envuelta la idea de una decadencia. A cada instante recordaba la distinción de su origen y no podía dejar de citar los nombres de sus brillantes relaciones. Nadie la oyó jamás hacer alarde de sus aptitudes comerciales, y en cambio todos la veíamos darse tono ante la idea de comer al día siguiente con un consejero del rey, que vivía en South Kensington. ¡Y con qué énfasis nos hacía saber que su hijo estudiaba en Cambridge! Enumeraba, plena de orgullo, los bailes a que se había invitado a su hija, que comenzaba, por entonces, a figurar en sociedad.

—¿Piensa hacerla trabajar con usted algún día? — le pregunté, muy torpemente por cierto.

—¡Oh! ¡Nunca en la vida! Siendo bonita como es, estoy segura de que hará un buen matrimonio.

—Y mientras eso llega, ¿tampoco la ayudará?

—Muchos la encuentran con aptitudes para el teatro, pero yo no quiero ni oír hablar de ello. Si consintiese, de seguro la contratarían de un día a otro; pero, ¿se la imagina usted en un mundo semejante?

Esta estrechez de ideas me extrañó un poco.

—¿Ha tenido usted noticias de su marido? — pregunté.

—No. Ni una palabra. Quizá se haya muerto.

—Acaso se encuentre en París. ¿Quiere usted que le dé nuevas suyas?

Amy titubeó.

—Si verdaderamente fuese necesario, estaría dispuesta a ayudarlo. Le enviaría cierta cantidad que usted le iría entregando a medida que lo requiriesen sus necesidades.

—¡Qué generosidad!

Sin embargo, bien sentía yo que esta oferta no estaba dictada por la generosidad. Es falso que el sufrimiento ennoblece el carácter. La felicidad produce a veces este efecto; pero en la mayor parte de los casos, la desgracia hace mezquino y rencoroso al ser humano.

CAPITULO XVIII

Ocurrió que, en efecto, encontré a Strickland antes de quince días de mi llegada a París. He aquí cómo:

Descubrí muy pronto un pequeño departamento en una casa de la rue des Dames, en un quinto piso, y un revendedor me cedió por doscientos francos un mobiliario bastante aceptable. La portera se comprometió a arreglar mi cuarto y a prepararme el desayuno. Apenas instalado, fuí a ver a mi amigo Dirk Stroeve.

Dirk Stroeve era uno de esos seres en quienes, según nuestra disposición de ánimo, no podemos pensar sin reír o sin encogernos de hombros. Pintaba, pero sin ningún talento. Lo conocí en Roma y recordaba todavía cada uno de sus cuadros. La vulgaridad le inspiraba un verdadero entusiasmo. Jamás retrocedía ante lo fácilmente pintable. En su corazón ardía la llama sagrada, y mientras ella le lamía el pecho, pintaba los modelos que se detienen en las graderías del Bernini, en la plaza España. Y esos estudios llenaban su taller: campesinos cubiertos con sombreros puntiagudos, con los rostros ornados con fuertes bigotes, con ojos de ascuas; pilluelos vestidos con harapos convencionales... Sus personajes esperaban en el atrio de una iglesia o entre los cipreses de un bosque que apenas dejaba penetrar los rayos de un cielo luminoso; en muchas ocasiones se hacían el amor junto a un pozo Renacimiento o caminaban por el campo al lado de una carreta con bueyes. Todos estaban dibujados con cuidado, bien pulidos. Una fotografía no los hubiera reproducido con mayor exactitud. Cierto pintor de la ciudad de los Médicis había apodado a Stroeve "el maestro de la caja de chocolates".

—No pretendo ser un gran artista — concedía —. No soy un Miguel Angel, no; pero tengo una condición de gran valor para mí: vendo. Aporto algo de romántico al hogar de toda clase de gentes. ¿Sabe usted que mis obras tienen aceptación, no sólo en Holanda, sino también en Noruega, Suecia y Dinamarca? Los que con mayor interés las solicitan son comerciantes, ricos comerciantes. Usted no puede forjarse una idea de los inviernos interminables y glaciales de esos países. Sus habitantes gozan pensando que Italia se asemeja a mis cuadros. Así la imaginaba yo también antes de conocerla.

Y sin duda esta visión lo había obsesionado y alucinado siempre, hasta el extremo de enmascararle la realidad. A pesar de la evidencia, persistía en ver una Italia llena de ruinas pintorescas y de bandidos de opereta. Mas no por eso el ideal que pintaba, tan mezquino, tan vulgar, tan comercial como era, dejaba de ser un ideal, y esto daba al carácter de Stroeve un encanto particular.

Por eso no me parecía a mí, como a todo el mundo, sencillamente ridículo. Sus camaradas no hacían misterio del desprecio por sus obras; pero él ganaba bastante dinero y ninguno vacilaba en obtener algo de su bolsillo. Además de burlarse de la ingenuidad con que acogía sus dolencias, los artistas necesitados recurrían a él sin la menor vergüenza. Su sensibilidad, tan fácil de despertar, rayaba en lo absurdo. Todos sacaban provecho de ella, sin guardar el menor reconocimiento. Se dejaba despojar como un niño, y, naturalmente, todos se burlaban de su candor. Lo mismo ocurre con el ratero que, orgulloso de su destreza, debe experimentar cierta indignación hacia la

Muchas mujeres sufren lo indecible a causa de los trastornos producidos por el deficiente funcionamiento de sus glándulas de secreción interna. Continuamente nerviosas, de mal carácter, deprimidas, etc., la vida no ofrece para ellas ningún atractivo.

Fertilinets

constituye un valioso auxiliar para combatir esos estados, y así se explica la gran aceptación de que goza hoy entre las mujeres de todas las edades.

Fertilinets

está indicado para las señoras que han llegado a la edad crítica, para combatir la excesiva nerviosidad, flaqueza, dejadez, falta de desarrollo del cuerpo, pechos, etc.

♦

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS



"Strickland y el capitán Nichols estaban sentados en un rincón, cuando vieron que Tough Bill, borracho, se acercaba a su mesa dispuesto a pelearse con Strickland".

mujer distraída que olvida su bolso en un taxi. Por desgracia, la naturaleza, al predestinarle para el papel de sufrelotodo, le había negado la indiferencia. Hasta las malas farsas lo conmovían. Más todavía: habríase dicho que buscaba las oportunidades para exponerse a ellas. La cosa más insignificante lo hería; pero su bondad ignoraba lo que era rencor. La experiencia no lo corregía. Apenas curado de la mordedura de una víbora, podía acoger a otra con ternura. Bajo las apariencias de una comedia, su vida era una intensa tragedia. Como yo no me burlaba nunca de él, me refería, lleno de gratitud, los detalles interminables de sus miserias. Por desgracia, sus lamentaciones eran siempre burlescas, y mientras más se acercaban a lo patético más se prestaban para la risa.

Cosa extraña: este pintor detestable poseía un sentido muy sutil del arte. Visitar un museo en su compañía proporcionaba un goce singular; no era fácil encontrar un entusiasmo más sincero ni una crítica más penetrante. Stroeve era ecléctico. Su amor hacia los viejos maestros no le impedía interesarse por los modernos. Sabía discernir el talento y lo alababa calurosamente. No creo haber escuchado de otros labios un juicio más certero. Mucho más cultivado que la mayoría de los pintores, no ignoraba nada referente a las demás artes, y su gusto por la música y la literatura daba a su sentimiento por la pintura más comprensión y más profundidad. Para un hombre joven como yo, su opinión y sus consejos eran de inapreciable valor.

Después de haber dejado a Roma, seguí carteándome con él. Cada dos meses — con regularidad casi matemática —, una larga carta escrita en pretencioso inglés, hacía revivir en mí sus apasionados arrebatos y su mímica gesticulante. Poco antes de mi llegada a París, Stroeve había contraído matrimonio con una inglesa. Vivían en un taller de Montmartre. Hacía cuatro años que no nos veíamos, de modo que no conocía a su esposa.

CAPITULO XIX

No anuncié a Stroeve mi visita. Cuando toqué la campanilla de su taller, salió a abrirme personalmente, y tardó un instante en reconocerme. Lanzó un grito de alegría y me hizo entrar. ¡Tanta solicitud me emocionó! Su mujer cosía cerca de la sartén que había puesto al fuego. Al verme entrar, se levantó, confundida, y él nos presentó.

—¿Recuerdas? Te he hablado muchas veces de él. Pero, ¿por qué no me escribió usted anunciándome su llegada? — continuó, dirigiéndose a mí —. ¿Desde cuándo está aquí? ¿Cuánto tiempo va a permanecer en París? Si hubiese llegado una hora antes, habríamos comido juntos.

Perdido bajo el aluvión de preguntas, me vi instalado en un sofá y golpeteado como un cojín. Luego me ofreció con insistencia cigarrillos, pasteles y vinos finos. No había medio de respirar. ¡Cómo lamentó no tener whisky!

—¿Quiere café? Voy a preparárselo en el acto — resolvió sin darme tiempo para responder.

Radiante, lleno de alegría, no sabía qué inventar, y en su exuberancia comenzó a transpirar por todos los poros.

"Cuando Ata fué presentada por Tiaré a Strickland, éste la miró detenidamente, de pies a cabeza..."



—¡Usted siempre igual! — le dije sonriendo, mientras le observaba de pies a cabeza.

Y, en efecto, seguía tan ridículo como antes: rollizo, corto de piernas, joven todavía — ¿tenía siquiera treinta años? —, pero prematuramente calvo. En su cara redonda, de piel lisa y blanca, se destacaban como barnizadas sus mejillas y sus labios rojos. Unos lentes con cerquillo de oro se anteponían a sus ojos azules, redondos también, que brillaban bajo la rubia palidez de sus cejas albinas. Stroeve recordaba a los joviales y ventrudos mercaderes de Rubens.

Cuando le referí que acababa de alquilar un departamento con el propósito de radicarme en París, me reprochó con vehemencia por no habérselo prevenido. Se habría encargado de buscarme una posada, de prestarme algunos de sus muebles — ¿había hecho yo una locura al comprarlos? — y me habría ayudado a instalarme. Al privarlo de esta ocasión de hacerme un servicio, lo había ofendido. Su mujer seguía remendando medias y nos oía hablar con una plácida sonrisa en los labios.

—Por último, como usted ve — dijo él de súbito —, me he casado. ¿Qué tal encuentra usted a mi esposa?

Stroeve se acomodó los lentes, que la transpiración hacía deslizar por la nariz, y la miró con adoración.

—¡Vaya una pregunta! — exclamé.

—A decir verdad, Dirk... — interrumpió su mujer.

—¿No es una maravilla? Se lo aconsejo por experiencia, mi querido amigo; no pierda usted el tiempo, cásese sin demora. Soy el hombre más feliz de la tierra. Mírela usted allí, sentada en su rincón. ¿No parece un cuadro? ¿Un Chardin, verdad? He visto las mujeres más hermosas del mundo, pero no conozco ninguna más bella que la de Dirk Stroeve.

—Si no concluyes, me retiraré...

—¡Tesorito mío!... — le imploró él.

Ella se ruborizó, turbada por la pasión que vibraba en la voz de su marido. Y ella, ¿lo quería? Con su grotesca figura de rigodón francés, no tenía, por cierto, nada que inspirase amor. Sin embargo, la sonrisa de su mujer era afectuosa, y tal vez se ocultara, tras su moderación, un sentimiento profundo. Si la ardiente fantasía de su marido exageraba sus encantos, ella poseía, sin embargo, una gracia bastante acusada. Era más bien de elevada estatura. Su traje gris, recto y bien cortado, ceñía una línea armoniosa, un cuerpo más apropiado para tentar a un escultor que a un costurero. Espesos cabellos castaños, cuidadosamente peinados, aureolaban su pálida faz. Sin ser notables, sus rasgos no carecían de regularidad. Sus ojos eran grises y tranquilos. Había pasado al lado de la belleza, sin lograr ser hermosa. Pero cuando Stroeve hablaba de Chardin, tenía un fondo de razón. Recordaba singularmente a aquella mujer de cofia y delantal que el gran pintor ha inmortalizado. Me parecía verla entre sus cacerolas y sus tiestos, cumpliendo, como con un rito sagrado, con sus deberes domésticos, y confiriéndoles así un verdadero valor moral. No la encontré inteligente ni entretenida; sin embargo, había algo en su gravedad que excitó mi interés. Su reserva no carecía de misterio. ¿Por qué se había casado con Stroeve? Aunque conocía bien a las inglesas, no lograba adivinar de qué medio provenía, qué educación había recibido ni qué género de vida había llevado antes de su matrimonio. Hablaba poco, pero su voz era simpática y sus maneras muy naturales. Pregunté a Stroeve si trabajaba.

—¡Si trabajo! Estoy más ocupado que nunca.

Nos encontrábamos en el taller y me enseñó una tela colocada sobre un caballete. Me sorprendí. Daba las últimas pinceladas a un grupo de campesinos italianos que, vestidos con trajes de la Campagna, conversaban en las gradas de una iglesia romana.

—¿Es ésta su última obra? — le pregunté.

—Sí. Tengo aquí tantos modelos como en Roma.

—Es magnífico, ¿verdad? — intervino su esposa.

—¡Esta loca me tiene por un gran artista! — bromeó él.

Su risa no logró disimular su satisfacción. Sus ojos se posaron sobre el cuadro. ¿Cómo su sentido crítico, tan justo, tan libre de todo prejuicio cuando se ejercía sobre las obras de los demás, podía satisfacerse con una composición tan vulgar?

—Muéstreme sus otras obras — le dije.

—¿Desea verlas?

A pesar de su temor a las burlas, Stroeve, ávido de elogios y cándidamente gozoso de sí mismo, no resistía al placer de exhibir sus cuadros. Sacó el retrato de dos pilluelos italianos de cabello rizado que jugaban a las bolitas.

—¡Qué preciosidad! — dijo a su mujer.

Guardé silencio. Stroeve seguía pintando en París los mismos temas que en Roma. Todo era falso y convencional. Sin embargo, nadie más honrado, más sincero que él. ¡Vaya uno a explicarse esta contradicción!

No sé lo qué me indujo a preguntarle:

—Dígame, ¿no ha conocido por casualidad a un pintor llamado Carlos Strickland?

—¡Ah! ¿Lo conoce usted?

—¡Qué hombre más repelente! — exclamó su esposa.

Stroeve se echó a reír.

—¡Queridita! — dijo acercándose a ella y besando sus dos manos con ternura —. Strickland no le ha agradado. ¡Es cosa singular que usted lo conozca!

—No me gustan las personas mal educadas — se excusó su mujer.

Sin cesar de reír, Dirk se volvió hacia mí:

—En cierta ocasión lo invité a que viniera a ver mis cuadros. Vino, le enseñé mis trabajos...

Aquí, lleno de confusión, Stroeve se detuvo. No me explicaba por qué se había aventurado a contarme esta historia, poco halagadora para su amor propio. Le era imposible terminarla sin turbarse.

—Los vió — continuó luego —. Los vió y no dijo una palabra. Creí que se reservaba el juicio en la suposición de que faltaba algo que mostrarle, lo que me indujo a decirle: "¡Eso es todo!" Strickland me respondió: "Vengo a rogarle que me preste veinte francos".

—¡Y decir que eres tú quien lo cuenta! — agregó su mujer con indignación.

—Me tomó de improviso. Ni siquiera pensé en negarme. Se guardó el dinero y, dándome las gracias y haciendo un pequeño saludo, se retiró.

Durante el relato de esta historia, su rostro mofletudo expresaba tal confusión que tuve que hacer esfuerzos para no reír.

—Si siquiera hubiese expresado su opinión; pero nada..., ¡nada!

—¡Y decir que eres tú quien lo cuenta, Dirk! — repitió su esposa.

Para mi vergüenza, me sentía más admirado por el aspecto lastimoso del holandés que irritado contra Strickland.

—¡Espero no volverlo a ver! — añadió la mujer del pintor.

Stroeve sonrió e hizo un movimiento de hombros. Ya volvía su buen humor.

—Eso no le impide ser un gran artista, un artista de primera línea.

—¿Strickland? — exclamé yo —. Tal vez no hablemos del mismo hombre...

—Uno, buen mozo, alto, fuerte, de barba rojiza. Carlos Strickland. Un inglés.

—Cuando lo conocí no usaba barba; pero es muy posible que si se la dejó crecer sea rojiza. El Strickland en que pienso no comenzó a pintar sino hace unos cinco años.

—Precisamente. Es un gran artista.

—Imposible.

—¿Me he equivocado alguna vez? Le afirmo que es un genio. Estoy convencido de ello. ¡Si dentro de cien años se habla aún de usted y de mí, será porque hemos conocido a Carlos Strickland!

Me hallaba sorprendido e interesado. De súbito, nuestra última conversación revivía en mi memoria.

—¿Es posible ver sus obras? — le pregunté —. ¿Dónde vive? ¿Ha tenido algunos éxitos?

—No, ninguno. Según me parece, no ha vendido nunca un cuadro. Cuando se pronuncia su nombre, todo el mundo se echa a reír; pero por mi parte, estoy convencido de que es un gran artista. Después de todo, también se burlaron de Manet. ¡Y Corot tampoco vendió jamás un cuadro! Ignoro la dirección de Strickland, pero puedo buscarla. Todas las tardes, a las siete, se le ve en un café de la Avenue de Clichy. Si lo desea, podemos pasar por allí.

—A decir verdad — objeté —, debo preguntarme si tendrá algún agrado en verme. Tal vez mi presencia le recuerde un pasado que prefiera olvidar. ¡Peor para él! De todos modos iré. ¿Podremos ver algunas de sus telas?

—En su casa, no. Nunca muestra nada. Tiene dos o tres en el almacén de un pequeño comerciante; pero no vaya usted a verlas sin mí, porque de seguro no comprenderá nada. Quiero hacérselas admirar personalmente.

—Dirk, me impacientas — le interrumpió su esposa —. ¿Cómo puedes entusiasmarte de ese modo después que ese hombre te trató tan mal?

Se dirigió luego hacia mí:

—Algunos holandeses han venido a comprar unos cuadros de Dirk, y él, ¡créame usted!, ha tratado de persuadirlos de que adquiriesen mejor uno de Strickland. Hasta trajo algunos de ellos para enseñárselos a los interesados...

—¿Y qué le parecen a usted? — le pregunté sonriendo.

—Son horribles.

—¡Ah, querida, tú no comprendes nada!

—Pero los holandeses se enfurecieron. Creyeron que pretendías burlarte de ellos.

Stroeve se quitó los lentes y los limpió cuidadosamente. Estaba muy excitado y su cara encendida brillaba con la transpiración.

—La hermosura — dijo por fin — es una cosa rara, maravillosa, que en el tormento de su alma el artista extrae del caos universal. Y, cuando ha sido creada, no todos alcanzan a admirarla.

—Entonces, Dirk, ¿cómo he encontrado siempre magníficos tus cuadros? Los admiré desde el primer día.

Los labios de Stroeve temblaron.

—Retírate a descansar, amor mío. Voy a dar una vuelta con mi amigo. Regresaré en seguida.

CAPITULO XX

Stroeve prometió ir a buscarme a la [...] siguiente para conducirme al café donde [...] contraríamos a Strickland.

Según supe luego, era aquel mismo [...] que había bebido ajenjo cuando vine [...] a París, lo cual me interesó sobremanera [...] hecho de no haber cambiado de hábitos [...] entonces revelaba su apatía característica.

—¡Aquí lo tenemos! — dijo Stroeve al [...] al café.

Estábamos en octubre; aquella tarde [...] todo el mundo prefería las mesas al aire [...] Lleno de inquietud y curiosidad trataba [...] conocer a Strickland entre los presentes, [...] poder encontrarle.

—Allí está, en ese rincón, jugando al [...]

Divisé a un hombre inclinado sobre el [...] ro. Sombrero de fieltro de anchas alas, [...] rojiza. Nos acercamos hasta él, deslizándonos entre las mesas.

—Strickland.

El del sombrero aludo alzó la cabeza.

—Salud, Dirk. ¿Qué desea?

—Le traigo un camarada.

Strickland me miró, pero sin reconocerme. En seguida sus ojos volvieron al tablero.

—Siéntense y no hagan ruido — dijo.

Movió una pieza y se absorbió de [...] el partido. El pobre Stroeve pareció [...]

confundido por el recibimiento que se me hacía; pero yo no me inquietaba por tan poco. Pedí un vaso de cerveza y esperé a que Strickland terminara, muy contento de poder examinarlo. Nunca lo habría reconocido. Ni su barba mal recortada, ni sus cabellos largos y desordenados me sorprendieron tanto como su delgadez, que hacía resaltar con más arrogancia su gran nariz, acentuaba las líneas de los pómulos y le hacía los ojos desorbitados y salientes. Dos profundas cavidades ahuecaban sus sienes. El cuerpo era esquelético. Strickland llevaba el mismo traje que cinco años atrás, que hoy, raído, manchado, brilloso, flotaba sobre su cuerpo como si hubiese sido cortado para otro. Me llamaron la atención sus manos huesosas y sucias, con sus uñas largas y puntiagudas: ya no eran otra cosa que huesos y tendones. Sentado a la mesa, concentrado intensamente en el juego, me produjo una impresión extraordinaria, la impresión de una gran fuerza, que sus rasgos demacrados hacían más conmovedora aún.

Luego, después de una jugada, se echó atrás y contempló a su adversario con despreocupación. Este, un francés regordete y barbudo, examinó la situación, y en seguida, con un gesto de impaciencia y una andanada de juramentos, derribó todas las piezas y las echó en la caja. Siempre refunfuñando, llamó al mozo, pagó la consumición y salió. Stroeve acercó su silla a la mesa.

—Supongo que ahora podremos hablar— dijo.

Los ojos de Strickland se fijaron en él con una expresión algo dura. Seguramente buscaba una respuesta sarcástica, pero se quedó corto.

—Le traigo un camarada — repitió Stroeve, radiante.

Strickland me examinó fijamente durante cerca de un minuto. Permanecí en silencio.

—Un camarada que nunca he visto — declaró.

No comprendí su intención. Por el brillo de su mirada, estaba seguro de que me reconocía, pero ya no me dejé desconcertar como en otros tiempos.

—Días atrás estuve con su esposa — le dije —. Seguramente usted tendrá mucho gusto en recibir noticias suyas.

Acogió mis palabras con una risa seca. Sus pupilas se encendieron.

—¡Qué tarde más agradable pasamos juntos! — dijo —. ¿Cuánto tiempo hace?

—Cinco años.

Pidió otro ajenjo. Stroeve explicó con volubilidad cómo y cuándo nos habíamos conocido, y por qué casualidad habíamos llegado a hablar de él. ¿Le escuchaba Strickland? Una o dos veces posó sobre mí su mirada soñadora; pero parecía absorbido por sus pensamientos. Sin la inspirada verba de Stroeve, nuestra conversación habría languidecido, seguramente. Al cabo de una hora, el holandés consultó su reloj y anunció que debía regresar a su casa. Me preguntó si lo acompañaba, mas ante la idea de que a solas con Strickland podía arrancarle algunas frases, le dije que me quedaba. Después de la partida de Dirk, hablé:

—Stroeve lo considera un gran artista.

—¿Desea usted halagarme?

—Lo que deseo es ver alguno de sus cuadros.

—¿Y si yo no quisiera vendérselo?

—¿Tan desahogado está usted? — le pregunté sonriendo.

Strickland, a su vez, sonrió; pero irónicamente.

—¿Lo parezco?

—Todo lo contrario; cualquiera diría que no come desde hace días.

—Y es la verdad.

—Entonces, comamos.

—¿Por qué me invita usted?

—No por caridad, ciertamente — le respondí con energía —. Me tiene muy sin cuidado el que usted esté con hambre o no.

Sus ojos resplandecieron de nuevo.

—Vamos — dijo levantándose —. ¡Qué alegría poder comer alguna vez como es debido!

VITANOVA (Vida Nueva)
DEBILIDAD SEXUAL (Ambos Sexos)
VIGOR MASCULINO - AGOTAMIENTO FISICO Y MENTAL.
ANEMIA - NERVIOSIDAD - NEURASTENIA - SURMENAGE
Imp. de Barcelona, España. Venta en las buenas farm. Frasco de 25 tab., $ 4.10, y de 100 tab., $ 15.-Rep. E. Alvarez, Paseo 138, Bs. As.

CAPITULO XXI

Me dejé conducir a un restaurante de su agrado y, durante el camino, compré un periódico. Pedida la comida, apoyé mi periódico contra una botella de Saint-Galmier y me puse a leer. Comíamos en silencio. De cuando en cuando, sentía que la mirada de Strickland se fijaba en mí; pero fingía no darme cuenta. Quería forzarlo a que hablase él primero.

—¿Qué novedades hay? — preguntó poco antes de terminar la lúgubre comida.

Creí notar cierta cordialidad en su voz.

—Estoy leyendo los folletines — le dije.

Doblé el diario y lo dejé a un lado.

—Fué muy agradable la comida — observó él.

—¿Quiere usted que tomemos el café aquí mismo?

—Muy bien.

Encendimos cigarrillos. Fumábamos sin pronunciar una palabra. Strickland me miraba de reojo y pude observar en él algunos destellos de alegría. Esperé impaciente.

—¿Qué ha sido de su vida, desde la última vez que nos vimos? — me preguntó, por fin.

¿Tenía yo algo que contar? Varios períodos de trabajo encarnizado y algunas experiencias; en total, pocos acontecimientos de importancia llenaban mis últimos años de vida. Apenas si había adquirido gradualmente el conocimiento de los libros y de los hombres. Tuve buen cuidado de no formular pregunta alguna, de no manifestarle el menor interés, y, por último, como era de esperarlo, mi táctica fué recompensada: Strickland comenzó a hablar de sí mismo.

Pero mi imaginación debía completar lo que su parsimoniosa expresión no hacía sino esbozar. Aquella recolección de vagos indicios sobre un carácter que me intrigaba, constituía, en verdad, un suplicio de Tántalo. Era como descifrar un manuscrito mutilado. Presentía yo una lucha encarnizada contra innúmeras dificultades; mas esto, que habría sido horrible para cualquiera, no afectaba a Strickland en absoluto. Su desprecio por las comodidades lo distinguía del resto de los ingleses: él podía vivir indefinidamente en un cuchitril cualquiera, sin sentir la necesidad de hallarse rodeado de cosas bellas. Creo que no había observado nunca la suciedad del papel que cubría la pieza donde le había encontrado durante mi primera visita. La ausencia de divanes no le mortificaba. Se sentía a sus anchas en la más modesta silla de madera. Comía con apetito, pero sin atribuir mayor importancia a lo que se le ofrecía. Ingería los alimentos con el exclusivo propósito de calmar el hambre. Y, en los momentos de miseria, se conformaba con el más frugal de los regímenes. Durante seis meses, le había bastado un pedazo de pan y una botella de leche. Este hombre sensual se movía por encima de los placeres de la carne. Para él, las privaciones no eran en modo alguno un sufrimiento. Había mucho de conmovedor en esta manera de vivir sólo por el espíritu.

Y así, sin mayor inquietud, gastó el dinero que había traído de Londres. Nadie se interesó por sus cuadros. Y él, lejos de tratar de venderlos, comenzó a buscarse otros medios de vida. Con su laconismo habitual, me hizo un diseño de la época en que se ofrecía a los *cockneys* (calaveras) para iniciarlos en la vida nocturna de París. Ni los barrios más sospechosos guardaban secretos para él. La profesión armonizaba con el cinismo de su naturaleza. ¡Cuántas horas callejeó por el *boulevard de la Madelaine*, a la búsqueda de ingleses, de preferencia borrachos, ávidos de ver lo que la policía prohibe! A veces el oficio le produjo sumas regulares; pero su pobre presencia y su sobriedad en el hablar, terminaban por alejar a los turistas, hasta que llegó un día en que ya no encontró aventureros que quisieran confiársele. Entonces empezó a traducir anuncios de productos farmacéuticos. Durante una huelga, se le contrató como pintor de carteles en las paredes.

A pesar de todas estas dificultades, no interrumpió sus estudios de arte; pero pronto se disgustó con los talleres y comenzó a trabajar por su cuenta. Nunca la pobreza lo privó de pinturas ni de telas, que eran lo esencial para él. Strickland pintaba entonces con mucha dificultad. En su empeño de no aceptar ningún consejo, se desorientaba buscando problemas técnicos resueltos algunas generaciones atrás. ¿Hacia qué tendía? Era lo que me preguntaba. ¿Acaso lo sabía él mismo? Bajo la acción de un verdadero hechizo, parecía haber perdido el cabal dominio de su buen gusto. Tal vez no mostraba sus cuadros y la realidad no representaba ya nada para él. Comenzaba una tela con todo el vigor de su fogoso temperamento, olvidando por completo la realidad, para reproducir sólo lo que veían los ojos de su espíritu; pero, cuando decaía el entusiasmo que le había animado en un principio, poco importaba que la obra quedara inconclusa. Me parece que sólo excepcionalmente terminaba un cuadro. Nada refería con fidelidad la visión que lo obsesionaba.

—¿Por qué no expone usted sus telas? — le dije —. En su lugar, yo desearía saber lo que el público piensa de mis obras.

—¿Sí?

Subrayó estas palabras con un desprecio indescriptible.

—¿No ambiciona usted la celebridad? Pocos artistas han sido indiferentes a ella.

—¡Cosas de niño! ¡Quién va a tomar en cuenta la opinión de la masa, cuando se desdeña la del individuo!

—No somos seres razonables...

—¿Quién forja la celebridad? Los críticos, los escritores, los financieros, las mujeres!...

—¿No sentiría usted alguna alegría ante el pensamiento de que la obra que ha salido de sus manos produzca en seres que usted conoce emociones profundas y sutiles? Todo el mundo desea el poder. ¿Hay algo más maravilloso que excitar en las almas la piedad o el terror?

—¡Melodrama!

—Entonces, ¿qué es lo que le lleva a pintar bien o mal?

—Nada. Trato simplemente de reproducir lo que veo.

—Por mi parte, le confieso que, abandonado en una isla desierta y seguro de que sólo mis ojos leerían lo que escribo, no tendría valor ni incentivo alguno para trabajar.

Strickland permaneció largo rato en silencio. Su mirada brillaba de un modo extraño, como si lo que estaba viendo le transportara al éxtasis.

—A veces sueño con una isla perdida en lo infinito de los mares, donde podría vivir en algún valle ignoto, rodeado de árboles exóti-

cos y de un profundo silencio. Quizá allí encontrara lo que busco.

No se expresaba precisamente en estos términos. Vacilaba, reemplazaba los adjetivos por gestos. He transcrito a mi manera lo que pareció querer decirme.

—Pensando en los cinco últimos años, ¿cree usted que todo esto valía tantos sacrificios? — le pregunté.

Me miró. Comprendí que no me había entendido y me expliqué:

—Usted ha abandonado un hogar agradable, una tranquila felicidad. Sus negocios prosperaban. En París, en cambio, usted lleva la vida de un perro miserable. Si estuviera en su mano retroceder, ¿adoptaría usted la misma actitud?

—Es muy probable.

—Usted no me ha preguntado aún por su esposa, por sus hijos. ¿Acaso no los recuerda?

—No.

—¡Ah, siempre estos monosílabos! ¿No ha sentido usted nunca un arrepentimiento por todos los pesares que les ha ocasionado?

Una sonrisa se desvaneció en sus labios y movió la cabeza de un lado a otro.

—Sin embargo, el pasado debe acudir a su memoria de cuando en cuando. ¿Verdad? Dejemos de lado los siete u ocho últimos años. ¿Y los recuerdos más distantes? ¿Su primer encuentro con la que había de ser su esposa, la época de sus amores y su matrimonio? ¿No recuerda usted con alegría la primera vez que la estrechó entre sus brazos?

—No pienso en el pasado. Lo único que me interesa es el eterno presente.

Esta respuesta me hizo reflexionar. Carecía de claridad, pero creí poder adivinar su significado.

—¿Es usted feliz? — insistí.

—Sí.

Pensativo, intrigado, lo examinaba. El sostuvo un momento mi mirada y luego una expresión burlona iluminó su fisonomía.

—Temo no contar con su aprobación.

—¡Vamos! — respondí —. Yo no desapruebo a la boa constrictor; por el contrario, su trabajo mental me intriga.

—Entonces, ¿es por puro interés profesional por lo que usted se ocupa de mí?

—Exclusivamente.

—Usted también, por su parte, tiene un carácter detestable. Es lo que explica mi indulgencia.

—Tal vez por eso usted se aviene conmigo — le repliqué.

Strickland sonrió secamente; pero guardó silencio. ¿Cómo describir su sonrisa? Sonrisa desprovista de seducción, pero que cambiaba el aspecto habitualmente sombrío de su rostro y lo iluminaba con un rayo de malicia sin ruindad; sonrisa lenta, que nacía y casi siempre moría en los ojos; sonrisa sensual, que evocaba la bestial jovialidad del sátiro. Esta sonrisa me sugirió una pregunta:

—¿Se ha enamorado usted alguna vez desde que se encuentra en París?

—No tengo tiempo que perder en semejantes tonterías. La vida no es lo bastante larga como para contener el amor y el arte.

—No obstante, usted no tiene nada de asceta.

—Sin embargo, todo eso me disgusta.

—No lo creo.

—Entonces usted es un imbécil.

—¿Por qué trata usted de engañarme?

—No comprendo.

Sonreí.

—Pues bien — dije —. He aquí lo que pienso de usted. Durante algunos meses, la preocupación del amor no debe aflorar a su espíritu, y usted la considerará muerta para siempre. Goza de su libertad; en fin, es dueño absoluto de su alma. Diríase que usted camina con la frente hacia las estrellas. De súbito, algo le recuerda que ha cesado de chapotear en el barro y experimenta la necesidad de revolcarse en él. Entonces pasa alguna mujer innoble, que encarna todos los horrores de su sexo, y usted se arroja sobre ella como un animal salvaje. Se hartará con un furor ciego.

Strickland me miraba de hito en hito sin hacer el menor movimiento. Mis ojos estaban fijos en los suyos. Yo hablaba con lentitud.

—Lo notable — continué —, es que usted cree haberse liberado de su envoltura carnal, que es para usted extraordinariamente pura e inmaterial. Y tiene la impresión de poder captar la belleza como una cosa palpable, de estar en íntima comunión con la brisa, con el verdor naciente de los árboles, con el río irisado. Se cree a la altura de Dios. ¿Podría usted explicarme todo esto?

Su mirada se desprendió de la mía y dió vuelta la cabeza. Su semblante tomó una expresión extraña, tan extraña, que tuve la idea de que un hombre muerto entre torturas debía tener aquel aspecto. No pronunció una palabra. Comprendí que nuestra conversación había terminado.

CAPITULO XXII

Me instalé en París y comencé a escribir una obra. Llevaba una vida muy arreglada. En las mañanas, trabajaba; después del almuerzo, me paseaba por el jardín de Luxemburgo o por las calles. Pasaba largas horas en el Louvre, el más acogedor de todos los museos del mundo y el que más invita a la meditación; o en los malecones del Sena, hojeando en las librerías de lance revistas y libros viejos, que no pensaba comprar. Aquí y allá leía una página. Me familiaricé así con muchos autores, que me agradaba conocer al azar de estos callejeos. En las tardes, visitaba a los amigos. Iba con frecuencia a casa de los Stroeve y a veces compartía su modesta comida. Dirk se enorgullecía de saber preparar ciertos platos italianos, y confieso que sus *spaghetti* estaban muy por encima de sus cuadros. ¡Qué comilona nos dábamos cuando traía un enorme plato de ellos, cuidadosamente presentados en salsa de tomate! Los atacábamos con gran acompañamiento de pan, y una botella de vino tinto rociaba el festín. Poco a poco había simpatizado con Blanca, su mujer. Ella no se veía sino muy de tarde en tarde con algún compatriota, y mis visitas parecían agradarle. A pesar de su acogida cordial y sincera, permanecía siempre concentrada y silenciosa. Me parecía, no sé por qué, que su reserva ocultaba algo; pero, ¿no podría explicar esta impresión la viva locuacidad de su marido, que contrastaba con una moderación tal vez muy corriente? Dirk no hacía misterio de nada. Abordaba los asuntos más íntimos con una ingenua falta de pudor, lo que no dejaba de turbar a su esposa. Mas, sólo una vez la vi perder su ordinaria serenidad. Dirk se había purgado aquel día e insistió en contarme el hecho con detalles. No es posible imaginar la imperturbable seriedad con que lo hacía; la abundancia de los detalles más realistas provocaba la risa.

—Diríase que tratas de ponerte en ridículo — le interrumpió su mujer, ruborizada.

Los redondos ojos de Stroeve se redondearon aún más; al comprender que Blanca estaba disgustada, su frente reflejó un vivo gesto de angustia.

—¿Te he molestado, querida? Jamás volveré a tomar un purgante. Ahora, como tú sabes, la bilis me forzó. Llevo una vida sedentaria, no hago el ejercicio suficiente. Desde hace tres días me era imposible...

—¡Por favor, te pido que no prosigas! — le interrumpió ella con lágrimas en los ojos.

El rostro de Stroeve se alteró y sus labios imitaron cierto gesto de los niños taimados. Me lanzó una mirada suplicante, en la que se traslucía un pedido de ayuda; pero me fué imposible no estallar de risa.

Aquella misma tarde Stroeve y yo fuimos al negocio de ese comerciante de cuadros donde podría por fin ver dos o tres telas de Strickland; mas al llegar, se nos anunció que éste las había retirado. El *marchand* ignoraba por qué.

—No vayan a creer ustedes — nos dijo — que me quemaré la sangre por esto. Yo no había aceptado sus cuadros sino para condescender con el señor Stroeve. Si se hubiera presentado la ocasión, los habría vendido; pero, en verdad — haciendo un movimiento despectivo con sus hombros —, aunque me intereso por los jóvenes, debo reconocer, señor Stroeve, que de ese pintor no se puede esperar nada de talento.

—Le aseguro a usted que entre nuestros contemporáneos no hay un talento más esclarecido que el suyo. Créame usted, se le ha escapado un espléndido negocio de las manos. Llegará un día en que esos dos o tres cuadros valdrán más que todos los que usted tiene aquí. Recuerde el caso de Monet: nadie quería pagar cien francos por sus telas. ¿Y ahora?

—Es verdad; mas en la época de Monet existían cien pintores tan interesantes como él, que tampoco vendían, y cuyas obras no han adquirido ningún valor. ¿Cómo puedo saber si Strickland es esa excepción o se encuentra entre los cien restantes? ¿Ha bastado alguna vez el mérito para forjar el éxito? ¡Vamos, entonces! Por lo demás, el de su amigo está aún por demostrarse. Nadie se lo reconoce, salvo usted, señor Stroeve. El éxito es el único criterio.

—¡Filisteo! — exclamó Dirk enojado.

—Piense usted en los grandes artistas del pasado: Rafael, Miguel Angel, Ingres, Delacroix... todos conocieron el éxito en vida.

—¡Vámonos! — me dijo Stroeve —. Si permanezco un momento más aquí lo estrangulo.

CAPITULO XXIII

Veía a Strickland con bastante frecuencia y de cuando en cuando, jugábamos al ajedrez. Las variaciones de su carácter me desconcertaban. A veces permanecía sentado, silencioso y como absorto, sin preocuparse de nadie. En sus buenos momentos, en cambio, hablaba con entusiasmo, si bien es cierto que con su falta de ilación acostumbrada. Sus conversaciones no tenían nada de extraordinario, pero los golpes de su espíritu brutal y sarcástico eran imprevistos y, además, siempre decía cuanto pensaba, lo que nunca deja de interesar. Lejos de respetar la susceptibilidad de los demás, se empeñaba, precisamente, en herirla. Ciertos días Stroeve, con su paciencia agotada, se marchaba resuelto a no ocuparse más de él; pero había en Strickland una fuerza misteriosa que atraía al voluminoso holandés a pesar de su voluntad. Era cuestión de tiempo; nunca demoraba en volver tan humilde como un perro apaleado. Sin embargo, sabía muy bien que, a modo de acogida, recibiría el temido puntapié.

Y a mí, ¿por qué me toleraba Strickland? Nuestras relaciones eran singulares. Cierta vez me pidió que le prestara cincuenta francos.

—No puedo — le respondí.

—¿Por qué no?

—Sus necesidades no me conmueven.

—Como usted sabe, no tengo un centavo.

—Eso me es indiferente.

—¿Y si me muero de hambre?

—Y yo, ¿que voy a hacerle?

Me miró un instante, mientras repasaba su barba. Sonreí.

—¿De qué se ríe? — gruñó, con un destello de cólera en los ojos.

—Usted es un ser admirable: no reconoce obligación alguna hacia los demás. Por lo tanto, nadie puede estar obligado hacia usted.

—Quisiera ver la cara que usted pondría si yo, arrojado del cuarto en que vivo por falta de pago, me colgara de una viga y...

—Esa es cosa suya.

Strickland sonrió con desprecio.

—Usted bromea. Si tal ocurriese, los remordimientos acosarían su conciencia.

—Haga la prueba...

Pasó por sus ojos un gesto de indiferencia y removió su ajenjo en silencio.

—¿Una partida de ajedrez? — le propuse.

—Si usted quiere...

Colocamos las piezas y, cuando el tablero estuvo dispuesto, él se quedó mirándolo con satisfacción. El jugador experimenta un sentimiento de suficiencia al ver sus piezas alineadas para el combate.

—¿Se imagina usted, en verdad, que voy a prestarle ese dinero?

—¿Qué podría impedírselo?

—Usted me sorprende.

—¿Por qué?

—En el fondo, usted es un sentimental, lo que me fastidia sobremanera. Habría preferido no oírle este ingenuo llamado a mi compasión.

—Si se hubiese conmovido, yo lo habría despreciado.

—¡Vaya una cosa curiosa!—le aprobé riendo.

Comenzamos a jugar, y la partida en seguida nos absorbió. Cuando la concluímos, dije a Strickland:

—Escuche usted: ya que se encuentra sin dinero, muéstreme sus cuadros. Si me agrada alguno, se lo compraré.

—¡Váyase al diablo!

Se levantó y dispúsose a partir. Lo detuve:

—¿Y no paga su ajenjo?

Lanzando un juramento arrojó el dinero sobre la mesa y salió.

Pasaron varios días sin que nos encontrásemos. Por fin, una tarde en que yo, instalado en el café, leía el diario, entró y fué a sentarse a mi lado.

—¡Vamos! Por lo visto no se ha colgado usted.

—No; tengo un trabajo. Estoy haciendo, por doscientos francos, el retrato de un plomero retirado de los negocios.

—¿Y cómo lo obtuvo?

—Por recomendación de mi panadero. Sabía que él deseaba tener su retrato y, naturalmente, se acordó de mí. Le daré veinte francos de comisión.

—¿Y qué tal el modelo?

—¡Soberbio! Una cara de borracho, roja como una pierna de cordero asada y en la mejilla derecha un enorme lunar erizado de largos pelos.

Strickland estaba en sus buenos días, y cuando Stroeve se nos reunió cargó contra él con una ironía feroz. Nadie podría negarle su habilidad para descubrir los puntos sensibles del infortunado holandés. No sólo le disparaba la flecha del sarcasmo; blandía, además, el garrote de la invectiva. Lo repentino del ataque desconcertó a Stroeve. Parecía un cordero aturdido. El pobre pasó por un momento de sobrecogimiento, otro de estupor y, finalmente, las lágrimas asomaron a sus ojos. Se podía detestar a Strickland, se podía hallar innobles sus procedimientos, pero no era posible contener la risa. El desgraciado Stroeve era uno de esos seres nacidos para hacer el ridículo hasta en las situaciones más patéticas.

Sin embargo, a él debo los recuerdos más agradables de aquel invierno parisiense. En su hogar se respiraba un ambiente muy grato. ¡Qué suave, qué quieta imagen la de aquella pareja cuyo candoroso amor irradiaba una gracia tranquila! Naturalmente, Dirk seguía siendo siempre grotesco; pero la sinceridad de su pasión lo hacía simpático. Yo creía adivinar los sentimientos de su mujer, y tanta tierna afección me conmovía. Si Blanca poseía el más remoto sentido del humor, debía reír de buen grado al verse sobre un pedestal y adorada con tanta ingenuidad. Pero, ¿cómo no ser feliz con un marido que era el tipo del enamorado fiel? Bien podía ella envejecer, perder la redondeada plenitud de sus líneas, su expresión conciliadora; para él seguiría siendo siempre la misma: la mujer más hermosa del mundo. Su vivienda se componía de un taller, un dormitorio y una pequeña cocina. Blanca se ocupaba de la casa. Mientras Dirk pintaba, ella salía de compras, preparaba las comidas, cosía, tan infatigable como la laboriosa hormiga. Y en las tardes, en el taller, siempre inclinada sobre sus costuras, escuchaba a Dirk interpretar una música que ella no comprendería jamás. Stroeve tocaba con gusto, muchas veces con bastante sentimiento, comunicando al piano su alma sencilla, exuberante y romántica.

Esta vida casi idílica alcanzaba una elevación singular. La sencillez que iba adherida a todos los actos y gestos de Stroeve era una nota curiosa, como una disonancia sin solución; era el menos vulgar y el más humano de sus rasgos, como una salida brutal que, lanzada en medio de una escena dramática, realza la punzante belleza de ésta.

CAPITULO XXIV

Poco antes de Navidad, Stroeve vino a invitarme a pasar la velada en su casa. Esta fecha hablaba a su sentimentalidad, y había resuelto reunir a sus amigos con todas las ceremonias tradicionales. Desde hacía dos o tres semanas, ninguno de nosotros había visto a Strickland. Algunos camaradas que se hallaban de paso en París me habían absorbido el tiempo; en cuanto a Stroeve, después de una querella más violenta que las habituales, había jurado no volver a dirigirle la palabra. Pero la cercanía de las festividades lo enternecía. ¡El pobre Strickland pasaría la Navidad solo! Le atribuía su mentalidad y no podía soportar que un día, símbolo de la fraternidad humana, el pintor sin familia se encontrase abandonado a su melancolía. Stroeve había colocado un árbol de Navidad en su taller. Me parecía prever cuántos regalillos absurdos colgarían de sus ramas iluminadas. Sin embargo, temía volver a encontrarse frente a Strickland; el olvido demasiado rápido de las afrentas tiene algo de humillante. Por eso, quizá, prefirió hacerme testigo de la reconciliación.

Nos encaminábamos a la Avenue Clichy. Strickland no estaba en el café. Como hacía demasiado frío para sentarnos afuera, nos instalamos en el interior, en las banquetas tapizadas. El humo de los cigarrillos tornaba el aire irrespirable. Strickland no aparecía. Pero luego llegó el artista francés que ordinariamente jugaba con él al ajedrez.

Había hablado dos o tres veces con él, y vino a sentarse a nuestra mesa. Stroeve le preguntó si había visto a Strickland.

—Está enfermo — respondió —. ¿Lo ignoraban ustedes?

—¿De gravedad?

—Sí, he comprendido bien.

Stroeve palideció.

—¿Cómo no me ha avisado? ¡Qué necio he sido al disgustarme con él! Vamos a verle en seguida. Debe estar solo. ¿Dónde vive?

—No tengo la menor idea—contestó el francés.

Ninguno de nosotros sabía su dirección. Stroeve estaba cada vez más angustiado.

—¡Pensar que puede morir ignorado de todos! ¡Es horrible! Vamos.

En vano trataba yo de hacerle comprender lo insensato que era buscarle al azar en París. Ante todo había que preparar un plan.

—Sí; pero perder este tiempo precioso es tal vez peor. Un poco que demoremos y ya puede ser demasiado tarde.

—Tranquilícese y déjeme reflexionar — le interrumpí con impaciencia.

Sólo conocía una dirección: el "Hotel des Belges", que Strickland había dejado hacía ya mucho tiempo, y donde con seguridad ni siquiera lo recordarían. Con su manía de los misterios, debió haber callado su nuevo domicilio; por otra parte, la mudanza se remontaba a unos cinco años atrás, lo que, en verdad, para mí no era mucho. ¿Continuaría de otro modo frecuentando el mismo café? Por fortuna, recordé que gracias a las recomendaciones de su panadero le habían encargado un retrato, y se me ocurrió que este hombre podría orientarnos. Me procuré un anuario comercial y consulté la lista de los panaderos. Había tres en la vecindad inmediata. Era necesario visitarlos. Stroeve me acompañó de mala gana. Habría preferido recorrer las calles que desembocan en la Avenue de Clichy, preguntando por Strickland de puerta en puerta. Los hechos me dieron la razón. En el segundo negocio que visitamos, la cajera conocía a Strickland. Vivía enfrente. El portero nos dijo que lo encontraríamos en el último piso.

—Parece que está enfermo — le dijo Stroeve.

—Es muy posible — respondió el portero con placidez —. Hace varios días que no lo veo.

Dirk subió precipitadamente la escalera. Cuando llegué a lo alto, él conversaba con un obrero en mangas de camisa, en cuya casa había golpeado. Este hombre indicaba una puerta. Según creía, el señor que vivía allí pintaba. Pero no lo veía desde hacía una semana. Stroeve dió un paso hacia la pieza de Strickland, y en seguida se volvió hacia mí con un gesto de duda. Temblaba de miedo.

—¿Y si ha muerto?

—No hay peligro.

Llamé. Nadie respondió. Tomé la manija de la puerta, que no estaba cerrada con llave, y entré, seguido de Stroeve. En el cuarto reinaba la más densa obscuridad. Apenas si se distinguía que se trataba de una bohardilla de techo inclinado. A través de una pequeña lumbrera penetraba un débil resplandor, que no alcanzaba a transformar en penumbra la obscuridad.

—Strickland — llamé.

Nadie respondió. A mi espalda, Stroeve temblaba. En uno de los rincones de la pieza distinguí un lecho: ¿encontraríamos un cadáver en él?

—¡Idiotas! ¿No tienen fósforos?

La voz de Strickland, que partía del fondo de esas tinieblas, me sobresaltó.

—¡Oh, Dios mío, lo creíamos muerto! — exclamó Stroeve.

A la pálida claridad de un fósforo, me puse a buscar una vela. Tuve la visión rápida de una pequeña habitación, medio dormitorio y medio taller; un lecho, algunas telas vueltas hacia el muro, un caballete, una mesa y una silla. No había chimenea. Sobre la mesa, entre algunas tacitas con pintura y dos o tres espátulas, había un cabo de vela. Strickland se hallaba tendido en un lecho demasiado pequeño para él, y se había echado encima, para abrigarse, cuanto encontró a mano. Bastaba verlo para comprender que tenía una fiebre feroz. Con la voz temblorosa de emoción, Stroeve se acercó a él:

—¡Oh, mi pobre amigo! ¿Qué tiene usted? No imaginaba que estuviese enfermo. ¿Por qué no me avisó? ¡Bien sabe que yo haría cualquier cosa por usted! ¿Acaso por lo que le dije la última vez? Estuve muy precipitado. Fuí un estúpido al enojarme.

—¡Váyase al diablo! — gruñó Strickland.

—Sea razonable. Déjeme instalarlo como es debido. ¿No tiene usted nadie que le atienda?

Profundamente entristecido echó una ojeada a la sórdida bohardilla. Luego trató de arreglarle la cama. Strickland, que respiraba con dificultad, guardaba silencio, profundamente irritado. Me dirigió una mirada llena de ira. Permanecí tranquilo, con los ojos fijos en él.

—Si tiene tanto empeño en hacer algo por mí, vaya a buscarme leche — dijo por fin —. Hace dos días que no puedo salir.

Divisé al pie de la cama una botella de leche, vacía. Cerca de ella, y sobre un periódico, había algunas migas de pan.

—¿Y qué ha comido usted? — le pregunté.

—Nada.

—¿Hace dos días que no come ni bebe? — exclamó Stroeve —. ¡Es horrible!

—Tenía algo de agua — dijo el enfermo, indicando, con su brazo descarnado y velludo, una jarra.

—Voy en seguida — dijo Stroeve —. ¿Necesita algo más?

Le sugerí que trajera un termómetro, algunos racimos de uva y un poco de pan. Feliz con la idea de ser útil en algo, Stroeve se echó escaleras abajo con precipitación.

—¡Qué imbécil! — refunfuñó Strickland.

Le tomé el pulso. Latía con rapidez, pero débilmente. Le formulé dos o tres preguntas, mas sin obtener respuesta, y, como insistiera, Strickland se dió vuelta, irritado, contra el muro. Diez minutos más tarde llegaba Stroeve rendido de cansancio. Además de lo que le había indicado, traía varias velas, jugo de carne y una lámpara a querosene. Listo y desenvuelto, se puso al instante a preparar una sopa de leche. Tomé la temperatura al enfermo. ¡Tenía cuarenta grados y algunas décimas!

CAPITULO XXV

Pronto lo dejamos solo. Dirk se iba a comer a su casa. Me ofrecí para ir en busca de un médico y acompañarlo en seguida a examinar a Strickland; pero cuando estuvimos en la calle, felices de respirar el aire fresco — el ambiente viciado de la bohardilla nos tenía casi ahogados —, el holandés me pidió que lo acompañara a su taller. Sin querer explicarse, insistió con porfía. Como yo, en realidad, no viera lo mucho que podía hacer un médico en tales circunstancias, consentí. Blanca estaba disponiendo los cubiertos. Dirk se acercó a ella y le tomó las dos manos.

—Querida, tengo algo que pedirte — le dijo.

Ella levantó hacia él sus ojos con esa serena gravedad que era uno de sus principales encantos. El rostro de Dirk brillaba de transpiración y revelaba una cómica agitación; pero sus ojillos redondos y admirados traslucían una ardiente claridad.

—Strickland está muy enfermo; moribundo, tal vez. Se halla solo en una bohardilla y sin nadie que lo atienda. Vengo a pedirte autorización para trasladarlo a nuestro taller.

Blanca retiró vivamente las manos. Nunca le había visto hacer un movimiento tan brusco. Sus ojos se enrojecieron:

—¡Oh, eso nunca!

—No te niegues, querida. No puede permanecer donde se encuentra. Este pensamiento me impediría dormir.

—Si quieres ir a cuidarle, nadie te lo impide.

Su voz tenía un timbre frío y seco.

—¿Y si se muere?

—Tanto peor.

Stroeve se sobresaltó. Se pasó un pañuelo por la cara y me miró para implorar mi ayuda; pero yo no encontré nada que decir.

—Es un gran artista.

—Poco me importa. ¡Lo odio!

—¡Oh, amor mío, eso no es posible! ¡Te lo suplico; permíteme traerlo! Nos ocuparemos juntos de él. Quizá lo salvemos. No te molestará. Yo me encargaré de todo. Lo instalaremos en el taller. No podemos dejarlo reventar como un perro.

—¿Y el hospital?

—¡El hospital! Necesita manos tiernas; ser tratado con extrema dulzura.

Yo estaba sorprendido de ver a Blanca tan agitada. Continuaba poniendo la mesa; pero sus manos temblaban.

—¡Me impacientas! — le dijo por fin —. ¿Te imaginas que si el enfermo fueses tú, él movería un dedo para ayudarte?

—¿Y qué importaría eso? Te tendría a ti que me atenderías. Y, por lo demás, no hagamos comparaciones; yo no soy un genio.

—¡Vamos! Me exasperas con tu ingenuidad. Sólo estás contento cuando te pisotean.

Stroeve esbozó una pequeña sonrisa. Creí comprender la actitud de su mujer.

—¡Oh, querida mía, todavía recuerdas el día que vino a ver mis cuadros! ¿Qué significa que los haya encontrado malos? Fuí un idiota al mostrárselos, eso es todo. Ellos, por otra parte, no tienen nada de maravilloso, indudablemente.

Dirk paseó por el taller una mirada llena de desconsuelo. En el caballete, un campesino italiano, levantaba, sonriente, un racimo de uva. A su lado había una muchacha de ojos negros.

—Aunque no le hubiesen gustado, bien pudo haber sido cortés. Pero, ¿por qué insultarte? Ha demostrado que te desprecia, y ahora tú le lames las manos. ¡Oh, lo odio!

—Amor mío, es un genio. Espero que no creerás que yo me imagino tenerlo... Pero, por lo menos, sé reconocer el de los demás, y lo admiro de todo corazón. El genio es lo más maravilloso del mundo; pero es también un pesado fardo para quien lo posee. Debemos mostrarnos muy pacientes e indulgentes con ellos.

Bastante molesto por esta escena doméstica, me mantenía a distancia, deseando pasar inadvertido. ¿Por qué había querido Stroeve mi presencia? Su esposa estaba a punto de llorar.

—Pero no sólo insisto porque reconozco su talento — continuó Stroeve —. Ante todo se trata de socorrer a un ser humano enfermo y pobre.

—Nunca lo recibiré. ¡Nunca!

Stroeve se volvió hacia mí:

—Explíquele usted que se trata de una cuestión de vida o muerte. No podemos dejarlo en ese abandono.

—En verdad, sería mucho más cómodo atenderlo aquí — respondí yo —; pero también, ¡qué molestias ocasionaría! Seguramente habría que permanecer a su lado día y noche.

—Amor mío, ¿verdad que no serás tú quien retroceda ante un pequeño sacrificio?

—¡Si él entra en esta casa, yo salgo de aquí! — declaró Blanca con violencia.

—¡No te reconozco! ¡Tú, tan suave, tan buena, tan caritativa!

—¡Oh, te lo ruego, tranquilízate! Me enloqueces.

Sus lágrimas desbordaron. Se echó entonces sobre una silla, ocultando el rostro entre las manos y sacudiendo convulsivamente los hombros.

Dirk cayó de rodillas, a su lado; la rodeó con sus brazos, la abrazó, le prodigó las más tiernas frases. Lloró también. Al cabo de un momento, ella se levantó y se secó los ojos.

—¡Déjame! — le dijo sin dureza.

Y dirigiéndose a mí con una pobre sonrisa:

—¿Qué pensará usted de mí?

Stroeve, perplejo y vacilante, la miraba de hito en hito. Su frente se había arrugado, sus labios rojos mostraban un gesto que nunca le había visto: el verdadero perfil de un jabalí espantado.

—Entonces, ¿quiere decir que no, querida? — concluyó por fin.

Ella hizo un gesto de fastidio.

—¡Estás en tu casa! Aquí todo te pertenece. ¿Cómo lo voy a impedir yo si tú quieres traerlo?

La redonda faz de Dirk se iluminó.

—¿Consientes? ¡Ya sabía yo que no podrías negarte, tesoro mío!

De súbito ella volvió en sí — parecía no haberse dado cuenta en el primer momento de lo que acababa de decir su marido — y lanzó sobre Stroeve una mirada huraña. Al mismo tiempo, como para detener sus insoportables latidos, se comprimió el corazón con las dos manos.

—¡Oh! Dirk, desde que nos conocemos no te he pedido nunca nada.

—Yo haría cualquier cosa por ti, bien lo sabes.

—Te suplico que no me impongas a Strickland. Aparte de él, a quien quieras: a un ladrón, a un borracho, al último vagabundo de esas calles; te prometo recibirlos a todos lo mejor posible y de buen corazón. Pero en cuanto a Strickland...

—Bueno, ¿y por qué?

—Tengo miedo..., no comprendo. Me aterra. Nos hará mucho mal. Lo sé, lo presiento. Si él viene todo acabará en una desgracia.

—¡Pero tú desatinas!

—No, no. Sé que estoy en lo cierto. Algo terrible nos sucederá.

—¿Por haber hecho una buena acción?

Ahora Blanca jadeaba. Su rostro reflejaba una angustia inexplicable. Un temor intenso la dominaba. Su tranquilidad habitual hacía aún más extraña esta agitación. Stroeve la miró, consternado.

—Eres mi mujer. Nadie está por encima de ti en mis afectos, y a mi casa no entrará nadie sin tu consentimiento.

Blanca cerró los ojos como si fuera a desmayarse. Nunca la habría creído tan nerviosa. Entonces volví a oír la voz de Stroeve, que sonó en el silencio con un acento extraño:

—¿Nunca te han tendido una mano generosa cuando te has hallado en una angustia amarga? Sabrás entonces lo que es eso. ¿Y vas a negarte tú a alargarla a un desgraciado cuando se presenta una oportunidad?

Estas palabras no tenían nada de extraordinario, pero su tono presuntuoso me hizo sonreír. Por lo mismo, me sorprendió su efecto. Blanca se estremeció y envolvió a su marido en una larga mirada. Los ojos de Dirk estaban fijos en el suelo. No comprendí qué podía confundirlo. Un ligero rubor subió a las mejillas de su esposa, para palidecer luego más y más hasta tornarse casi lívida. Toda su sangre pareció agolparse en el corazón. Un escalofrío la sacudió. Habríase dicho que el silencio se materializaba a nuestro alrededor, en una presencia palpable. Me hallaba confundido.

—Tráelo. ¡Haré por él todo lo que pueda!

—¡Amor mío!

Stroeve quiso tomarla en sus brazos, pero ella se desprendió:

—Nada de efusiones ante extraños, Dirk. Es grotesco.

Blanca había recuperado el dominio de sí misma. No quedaba vestigio alguno de la emoción que acababa de agitarla.

CAPITULO XXVI

Al día siguiente trasladamos a Strickland. Fué necesaria mucha insistencia y todavía [illegible] paciencia para que aceptara; pero estaba demasiado enfermo para poder resistir las instancias de Stroeve y la tenacidad mía. A pesar de [illegible] sordas maldiciones, lo vestimos, lo metimos [illegible] un coche y lo subimos luego hasta el taller [illegible] holandés. Estando, como estaba, con sus fuerzas agotadas, se dejó acostar sin mayores protestas. La enfermedad duró seis semanas. [illegible] vez creímos que se moría. Estoy convencido que debe su vida a la paciencia y firmeza [illegible] Dirk. Jamás he visto un enfermo más difícil de atender. No porque fuera exigente o [illegible] jumbroso, pues no se quejaba nunca, no pedía nada, ni siquiera hablaba, sino porque parecía recibir con disgusto los cuidados que se le prodigaban. A cada manifestación de interés [illegible] se le hacía, respondía con una mueca, un sarcasmo, un juramento, ¡Insoportable persona! Tan pronto como estuvo fuera de peligro, [illegible] tuve escrúpulo alguno en echárselo en cara.

—¡Váyase al diablo! — me respondió.

Stroeve había abandonado todos sus trabajos para dedicarse por entero a Strickland. Lo [illegible] daba con ternura y devoción; se ingeniaba [illegible] mil maneras para aliviarlo; imaginaba ardides increíbles para decidirle a ingerir las drogas prescritas. Nada lo desalentaba. Sus recursos apenas bastaban para las necesidades de su hogar; no tenía, por cierto, dinero que derrochar. Sin embargo, compraba, sin fijarse, las [illegible] más caras, con tal de tentar al caprichoso [illegible] tito del enfermo. Nunca olvidaré la paciencia llena de tacto con que le persuadía de la [illegible] sidad de alimentarse. Las maldiciones de Strickland no lo afectaban. Si Strickland [illegible] él fingía no oírlo; si se mostraba agresivo, [illegible] conformaba con reír. Cuando el paciente [illegible] geramente aliviado, se manifestaba de [illegible] humor y se divertía burlándose de él, [illegible] acentuaba su ridiculez para provocar sus [illegible] tes. ¡Qué miradas deslumbrantes me [illegible] entonces para hacerme notar la notable [illegible] ría de Strickland! Stroeve era sublime.

Pero su esposa me sorprendía aún más. [illegible] revelaba una enfermera no menos asidua [illegible] hábil. Ningún rasgo de su actitud hacía [illegible] dar su vehemente oposición del día en [illegible] marido habló por vez primera de instalar a Strickland en el taller; al contrario, [illegible]

recía empeñarse en tomar parte en las atenciones del enfermo. Se aplicaba a cambiar sus sábanas sin molestarlo, lo lavaba con toda solicitud. Como admirara su destreza, me respondió, con su minúscula sonrisa en los labios, que había trabajado antes en un hospital. Jamás dejó traslucir su odio encarnizado por el intruso. Le hablaba poco, es verdad; pero era porque preveía sus deseos. Durante la primera quincena, fué necesario pasar las noches a su lado; Stroeve y su mujer se turnaron. ¿En qué pensaba ella, sentada a la cabecera del enfermo, durante las largas horas de obscuridad? Ante Strickland tendido en el lecho, más esquelético que nunca, yo experimentaba una impresión de siniestra fascinación. Su barba rojiza había crecido como una maleza; sus ojos afiebrados, desorbitados por la enfermedad, brillaban, fijos en el vacío, con un resplandor insólito.

—¿Habla durante la noche? — pregunté cierta vez a Blanca.

—Nunca.

—¿Lo sigue odiando usted?

—Más que nunca.

Me miró entonces con la tranquila mirada de sus ojos grises. Al ver su plácido rostro, no era fácil creerla capaz de la violencia que había presenciado.

—¿Le ha agradecido siquiera cuanto ha hecho por él?

—No — respondió decepcionada.

—Es abyecto.

—¡Abominable!

Stroeve, por cierto, desbordaba de admiración ante la inagotable bondad de su esposa. ¡Con qué serenidad había aceptado todas las fatigas! Pero las relaciones de Blanca y Strickland lo desconcertaban.

—¿Creerá usted — me decía — que los he visto permanecer horas enteras sin cambiar una palabra?

Strickland mejoraba visiblemente. En uno o dos días más podría levantarse. Nos hallábamos reunidos todos en el taller. Yo charlaba con Dirk, Blanca zurcía, y me pareció reconocer una de las camisas de Strickland entre sus manos. Tendido de espaldas, éste guardaba silencio. Vi detenerse sus ojos sobre la esposa de Stroeve y pintarse en su rostro un gesto de ironía. En ese instante, ella levantó la vista y sus miradas se cruzaron. No comprendí lo que reflejaba la de Blanca. Se leía en su rostro una perplejidad singular y tal vez — ¿mas por qué? — una cierta angustia. Por fin, Strickland dió vuelta y se puso a examinar el techo con descuido. Ella continuó observándolo y, de repente, su fisonomía tomó una expresión indefinible.

Pronto dejó Strickland la cama. No le quedaba más que la piel y los huesos. La ropa le quedaba como los girones de un espantajo. Su barba hirsuta y sus cabellos de apóstol, sus rasgos, ya de ordinario más acentuados que lo natural, y ahora exagerados por la enfermedad, le daban un aspecto extraordinario, demasiado extraordinario, no obstante, para poder calificarlo sencillamente de feo. Su espalda, ancha e inelegante, no excluía la grandeza. ¿Cómo describir la impresión que me producía? A pesar de la casi transparencia de su envoltura carnal, es difícil hablar de la espiritualidad: su aspecto acusaba una sensualidad demasiado brutal, pero, a pesar de la aparente contradicción, esa sensualidad deslindaba con lo inmaterial. Algo de primitivo emanaba de su persona. Diríase que procedía de esas fuerzas obscuras que los griegos personificaban bajo formas medio humanas y medio animales, como el sátiro y el fauno. Pensaba en Marsyas desollado, cuyo canto quiso rivalizar con el de Dios. En el corazón de Strickland vibraban armonías desconocidas, flotaban formas nebulosas. Preparaba para él un fin de torturas y desesperanzas. Demasiado débil aun para volver a pintar, permanecía sentado en el taller, sin moverse, sin pronunciar una palabra, absorbido sabe Dios en qué sueños y fantasías. También solía leer. Sus aficiones me admiraban. Devoraba los poemas de Mallarmé, moviendo los labios a la manera de los niños. ¿Qué misteriosas emociones podían aportarle aquellas frases sutiles y obscuras? De Mallarmé, pasaba a las novelas policiales de Gaboriau. La elección de sus lecturas revelaba los rasgos incompatibles de su extravagante naturaleza. ¿No era curioso, además, comprobar que sobre su estado de debilidad permanecía indiferente a las comodidades? Stroeve era aficionado al confort. Tenía en el taller dos mullidos sillones y un gran diván acolchado. Strickland no se sentó nunca en ellos. No porque presumiese de estoicismo, pues cierto día lo encontré solo en el taller y sentado en un banco de tres patas, sino porque no sabía apreciarlos. Una silla de cocina era su preferida. ¡Cómo me exasperaba! Jamás había visto un ser humano tan totalmente desprendido del medio que le rodea.

CAPITULO XXVII

Pasaron dos o tres semanas. Una mañana, habiendo concluído una parte de mi trabajo, resolví tomarme un descanso y me dirigí al Louvre. Vagué largo rato por sus salas, mirando los cuadros que tan bien conocía. Mi imaginación se adhería a las impresiones que me evocaban. De súbito, divisé a Stroeve en la gran galería. Al ver a aquel hombrecillo ingenuo y regordete, tuve que esforzarme, como de costumbre, para retener una sonrisa; pero, al aproximarse, descubrí en la expresión de su fisonomía un sello de angustia que me impresionó vivamente. El pobre diablo que se ha caído al agua y ha escapado milagrosamente de la muerte tiene esta traza mísera y lamentable cuando, tiritando aún, se da cuenta de que su situación no pasa de lo grotesco.

Dirk volvió la cabeza y su mirada se detuvo en mí, pero sin reconocerme. Tras los lentes, sus ojos azules parecían inconscientes.

Lo llamé.

El holandés, sorprendido, sonrió con ingenuidad.

—¿Por qué anda usted con ese aspecto? — le pregunté, tratando de ser jovial.

—Hacía mucho tiempo que no venía al Louvre, y he entrado a ver si hay algo nuevo.

—Pero yo creía que usted tenía un cuadro que terminar esta semana.

—Strickland está pintando en mi taller.

—Bueno, ¿y que hay con eso?

—Yo mismo se lo ofrecí. No está aún lo suficientemente fuerte para que vuelva a su bohardilla. Creí que podríamos pintar los dos. ¡Cuántos camaradas comparten sus talleres! Siempre he pensado que sería ideal tener alguien con quién conversar cuando se está cansado de trabajar.

Dirk cortaba su narración con pequeños silencios dolorosos; en sus ojos bovinos, fijos en los míos, brillaban dos lágrimas.

—¿Y qué? — le repetí —. No comprendo nada.

—Strickland necesita estar solo para trabajar.

—¡Dios mío! ¡Pero si el taller no es suyo!

Stroeve guardó silencio.

—¿Qué ha ocurrido? — le pregunté con energía.

Vaciló y enrojeció. Su mirada se desvió, llena de vacilación, hacia uno de los cuadros.

—No me ha permitido pintar. Me dijo que me fuera.

—¿Y por qué no lo mandó usted al demonio?

—Me puso en la puerta. ¿Podía yo luchar con él? Me tiró el sombrero y cerró luego la puerta con llave.

Yo lo escuchaba exasperado, lleno de indignación. La compungida cara de Dirk me dió deseos de reír, lo confieso avergonzado.

—Y a todo esto, ¿qué dice su señora?.

—Andaba de compras.

—¿La dejará Strickland entrar?

—No tengo idea.

Miré perplejo a Stroeve. Me parecía un colegial sorprendido por su maestro en el momento de cometer una falta.

LA VIDA MODERNA EXIGE A LOS HOMBRES CONSTANTE ACTIVIDAD

Evite que la depresión de los nervios se apodere de su organismo; conserve íntegra su vitalidad y será un triunfador. Mantenga sus energías y las puertas del éxito estarán siempre abiertas para usted.

Viritinets

moderno preparado de hormonas, ha de ser su aliado. Se indica en los casos de debilidad sexual, impotencia, depresiones, fatiga, nerviosidad, insomnio, debilidad, flaqueza y falta de energía.

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

—¿Es necesario que yo lo desembarace de Strickland?

Dirk tembló y su brillante rostro enrojeció.

—No; es preferible que usted no se mezcle en el asunto.

Saludó y se alejó. Evidentemente, temía la discusión. Imposible comprenderlo.

CAPITULO XXVIII

El enigma me fué despejado una semana más tarde. Serían las diez de la noche, cuando, después de una comida solitaria, acababa de llegar a mi departamento y me disponía a leer. Oí la campanilla y fuí a abrir. Me hallaba frente a Stroeve.

—¿Puedo entrar?

En la penumbra de la entrada, no lo veía bien; pero me llamó la atención el timbre de su voz. Si no hubiera conocido sus hábitos de sobriedad, habría creído que estaba achispado. Lo hice pasar y le ofrecí asiento.

—¡Gracias a Dios que lo encuentro! — exclamó.

—¿Qué le ocurre? — le pregunté, inquieto ante su agitación.

Ahora podía examinarlo con comodidad. El desorden de su ropa me sorprendió. No cabía duda: había bebido. Estuve a punto de hacerle una broma.

—No sabía dónde ir — expresó —. Pasé por aquí hace ya un rato; pero usted no estaba.

—Comí un poco tarde.

Cambié de opinión: no era el alcohol lo que lo había transformado. Su tez, en general tan rosada, estaba marmórea. Sus manos temblaban. Le pregunté:

—¿Qué le ha sucedido?

—Blanca se ha fugado...

Hablaba con dificultad. Por fin, lanzó un suspiro y las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus redondas mejillas. Enmudecí de estupor. Mi primer pensamiento fué que su exagerada simpatía por Strickland había concluído por exasperarla y que, ante la última hazaña de tan cínico personaje, había exigido su expulsión. A pesar de su calma aparente, la sabía capaz de un arrebato; si Stroeve se había obstinado, podía muy bien haber dejado el taller jurando no volver más a él. Esta vez la angustia del generoso holandés me impedía sonreír.

—No se aflija usted, hombre. Ya volverá a verla. Es un arranque de mujer encolerizada.

—Usted no comprende. Se ha enamorado de Strickland.

La idea me hizo estremecer; pero apenas hube recuperado la plena posesión de mi espíritu, reconocí lo absurdo de ella.

—¿Cómo puede ser tan ingenuo? Supongo que no va a ocurrírsele tener celos de Strickland.

Reprimí una carcajada y continué:

—Usted sabe muy bien que no podía soportarlo.

—Usted no comprende nada — repitió Dirk.

—Y usted desatina — le interrumpí, impaciente —. Déjeme ofrecerle un whisky.

Supuse que, por una u otra razón — y sólo Dios sabe el ingenio de los hombres para atormentarse — se había apoderado de Stroeve la idea de que a su mujer le gustaba Strickland. Con su torpeza habitual, seguramente la había herido. Para vengarse, ella se había empeñado en excitar sus celos.

—Escúcheme — le dije —. Vuelva usted a su casa y trate de enmendar de cualquier manera honorable su sinrazón. No va usted a decirme que su señora es rencorosa.

—¡Cómo quiere usted!... — gimió, entristecido —. Ellos están en mi casa. Les he cedido el departamento.

—¡Bueno, entonces no es su señora quien lo ha abandonado! Confiese: ¿es usted quien ha huído?

—No me hable así, se lo ruego...

¿Cómo tomar en serio esta historia? No creía una palabra. Pero el pobre hombre era verdaderamente muy desgraciado.

—En fin, ya que ha venido a verme, cuénteme todo.

—Esta tarde, mi paciencia llegó a su término. Hablé seriamente a Strickland y le hice ver que, ahora que estaba repuesto, haría muy bien en volver a su casa. Necesitaba mi taller.

—Nadie, salvo Strickland, habría esperado que le dijeran algo semejante — observé —. ¿Y qué le respondió?

—Se rió. Usted conoce su manera de reír; no como si se divirtiera, sino como si encontrara estúpido al que tiene por delante. Comenzó a juntar sus cosas. Yo le había traído de su casa, como usted recordará, todo lo que podría necesitar, y pidió a Blanca papel e hilo para hacer un paquete.

Stroeve se interrumpió. Respiraba con dificultad. Creí que iba a desmayarse. Su relato tomaba un giro inesperado.

—Ella estaba muy pálida; pero le trajo el papel y el hilo. Strickland guardaba silencio. Preparaba su paquete silbando, sin ocuparse de nosotros. Un pensamiento diabólico hacía brillar sus ojos. El corazón me pesaba como plomo. Estaba arrepentido de mis palabras. Hecho el paquete, buscó su sombrero, y entonces Blanca dijo: "Me voy con Strickland, Dirk. No puedo vivir contigo." Quise hablar, pero no pude pronunciar una palabra. Strickland no despegaba los labios. Seguía silbando como si nada de eso le concerniera.

Stroeve se detuvo una vez más y se sonó ruidosamente. Ya no trepidaba; ahora no había duda posible... Sin embargo, existía siempre algo que no comprendía.

Entonces, fundido en lágrimas y con voz temblorosa, Stroeve me explicó el resto.

Se había acercado a su esposa para tomarla entre sus brazos; ella lo había rechazado. Le había suplicado que no lo abandonase. Ni su amor apasionado, ni su abnegación de todas las horas, ni la felicidad pasada, evocada sin cólera, sin reproches, habían logrado conmoverla.

"—Dirk, déjame partir en paz. ¿No ves que quiero a Strickland? Iré donde él vaya.

"—¿Y no sabes tú que él no podrá hacerte feliz? Por ti misma te ruego que no te vayas. No imaginas lo que te espera.

"—La culpa es tuya. Tú lo trajiste casi a la fuerza."

Dirk se dirigió entonces a Strickland.

"—Tenga usted compasión de ella. No le permita cometer semejante locura.

"—Eso es asunto suyo. Nadie la obliga a venir.

"—Ya he tomado mi resolución — dijo Blanca, con frialdad."

La insolente calma de Strickland terminó por hacer perder a Stroeve su ordinaria tranquilidad. Un furor ciego se apoderó de él, y lo lanzó precipitadamente sobre el seductor de su mujer. Strickland tambaleó, mas, a pesar de su enfermedad, conservaba aún un poco de vigor, y en un instante Stroeve rodó por el suelo.

"—¡Pobre infeliz! — dijo entonces Strickland."

Stroeve se levantó. Blanca permaneció impasible. ¡Ser tratado de este modo en su presencia! En la lucha, sus anteojos habían caído. No los encontraba. Ella los recogió y se los alargó sin pronunciar una palabra. De súbito, él rompió a llorar, ocultando la cara entre las manos. Los otros lo observaban silenciosos e inmóviles.

"—¡Amor mío! — gimió por fin —. ¿Cómo puedes ser tan cruel?

"—No es culpa mía, Dirk.

"—Te he adorado como no lo ha sido nunca una mujer. Si te he disgustado, ¿por qué no me lo dijiste? Habría cambiado. He hecho todo por ti."

Ella no respondió. Su rostro seguía rígido, indiferente. Dirk no lograba enternecerla. Blanca tomó su abrigo, se puso el sombrero y avanzó hacia la puerta. Un instante más y desaparecía. Stroeve se precipitó hacia ella y, olvidando toda dignidad, cayó de rodillas y le agarró las manos.

"—¡Querida, no te vayas, no puedo vivir sin ti; me mataré! Si te he herido, perdóname. Dame una última oportunidad. Me esforzaré una vez más por hacerte feliz.

"—Levántate, Dirk. Haces el ridículo."

Stroeve se puso de pie, fuertemente asido a ella.

"—¿Adónde vas a ir? — prosiguió con calor —. No conoces el cuchitril de Strickland; allí no puedes vivir: sería horroroso.

"—Si yo me acomodo, ¿qué te puede importar?

"—Espera un minuto. Escúchame.

"—¿Con qué objeto? Ya he tomado mi decisión, y nada me hará desistir."

Dirk se sofocaba.

"—No es esa la cuestión — continuó — te suplico que me concedas un minuto. Es lo último que te pido. No me lo niegues".

Ella se detuvo y lo miró con esos ojos pensativos que para él no reflejaban sino indiferencia. En seguida, Blanca se acercó hasta la mesa y se apoyó en ella.

"—¿Y bien?..."

Con un esfuerzo enorme, Stroeve consiguió volver en sí.

"—Sé razonable. No vas a poder vivir de aire mucho tiempo. Strickland no tiene un centavo.

"—Ya lo sé.

"—Llevarás una existencia imposible. ¿Ignoras por qué ha tardado tanto en reponerse? ¡Estaba medio muerto de hambre!

"—Ganaré dinero para él.

"—¿Cómo?

"—Buscaré. Ya encontraré un medio."

Un pensamiento terrible cruzó el espíritu del holandés.

"—Estás loca. ¿Qué te ha sucedido?

Ella se encogió despectivamente de hombros.

"—¿Puedo irme ahora?

"—Espera otro momento."

Stroeve recorrió el taller con una mirada llena de fastidio. Sólo la presencia de su mujer daba alegría a aquella estancia, y la hacía íntima y amable en su hogar. Cerró luego los ojos, como para grabar esta visión en su recuerdo y, en seguida, se levantó y agarró su sombrero.

"—No; soy yo quien se irá.

"Tú?"

Ella estaba estupefacta.

"—La idea de que te halles en esa horrible bohardilla me sería insoportable. Después de todo, estarás aquí en tu casa con la misma razón que yo. Aquí vivirás por lo menos sin grandes privaciones."

Abrió el cajón donde guardaba el dinero y sacó de él algunos billetes.

"—Quisiera dejarte la mitad de lo que tengo."

Colocó varios billetes sobre la mesa. Ni Blanca ni Strickland pronunciaron una palabra.

En seguida tuvo otra idea:

"—¿Quieres empaquetar mi ropa y entregársela a la portera? Vendré a buscarla mañana — se esforzó por sonreír —. Adiós, querida. Te agradezco toda la felicidad que me has dado.

Salió y cerró la puerta tras él.

Me pareció ver a Strickland arrojando entonces su sombrero sobre la mesa, sentarse en su banco de tres patas, y encendiendo un cigarrillo, exclamar para sí:

—¡Qué imbécil!

CAPITULO XXIX

Reflexioné durante un momento sobre lo que Stroeve acababa de referirme. En mi silencio él sentía mi desaprobación.

—Usted conoce las costumbres de Strickland — explicó tímidamente —. ¿Podía yo dejar que mi mujer viviese en semejante casa?

—Eso es asunto de ella.

—¿Qué habría hecho usted en mi lugar?

—Blanca sabía lo que hacía. ¡Tanto peor para ella!

—Usted puede decir eso... porque no la quiere.

—¿La quiere usted aún?

—Más que nunca. Concibe usted feliz a una mujer con Strickland? Esto no durará mucho. Quiero que sepa que no la abandonaré jamás.

—¿De modo que usted estaría dispuesto a perdonarla?

—Sin vacilar. ¡Entonces reconocería ella la falta que le hago! Sola, humillada, con el corazón hecho trizas, sin nadie que la acoja... ¡Oh, eso sería horrible!

No parecía guardar rencor alguno... Sin duda, era un prejuicio estúpido; pero tanta bondad me asombraba. Seguramente, Dirk adivinó mi sentimiento porque prosiguió:

—No esperaba ser amado como yo la amaba, por cierto. Con este aspecto de bufón que tengo no llevo muchas probabilidades de gustar a las mujeres. ¿Cómo voy a censurarla por haberse enamorado de Strickland?

—Decididamente, usted carece del más elemental amor propio.

—¡La quiero más que a mí mismo! Creo que cuando el amor propio se mezcla al amor, es porque en el fondo uno se ama a sí mismo por sobre todo. El regreso al hogar del marido hastiado de la aventura, la reanudación de la vida en común, es algo corriente: todos lo encuentran natural. ¿Por qué han de ser otras las reglas cuando se trata de la mujer?

Muy a mi pesar, lo confieso, sonreí.

—¡Vaya una lógica! ¡Lo sensible es que todos los hombres no piensen como usted!

De súbito, vino a mi memoria el recuerdo de aquella expresión indefinible que se traslucía en los ojos de Blanca. ¿Comenzaba ya a adquirir conciencia del amor que se apoderaba de ella?

—¿No tuvo usted alguna sospecha antes? —le pregunté.

Dirk no respondió. Había un lápiz sobre la mesa, y él, con un gesto maquinal, lo tomó y se puso a garabatear en un papel.

—Si mis preguntas le disgustan, nada le obliga a responder.

—Al contrario, ¡qué gran alivio siento al hablar! ¡Oh!, ¿cómo explicarle la terrible angustia de mi corazón?

Lanzó lejos el lápiz.

—Sí, lo sabía desde hacía quince días. Lo supe antes que ella.

—¿Por qué no invitó entonces a Strickland a retirarse?

—No podía creerlo. Aquello parecía imposible. Era más que improbable, inverosímil. Me decía: sólo son celos. Siempre he sido celoso; pero había logrado disimularlo. Celoso de todos los hombres que ella conocía; celoso hasta de usted. Blanca no me quería como yo la quería. Y era lo natural, ¿verdad? Pero me permitía amarla, y eso bastaba para mi felicidad. Voluntariamente, salía durante horas enteras, para dejarlos solos; quería castigarme por esas sospechas indignas de mí. Y, al volver, comprendía que los importunaba. No a Strickland, a quien poco importaba que yo estuviese o no, sino a Blanca. Mis besos la estremecían de horror. Cuando por fin tuve la certidumbre, no supe qué hacer. ¿Una escena? ¡Se habrían burlado de mí! Creí preferible disimular, guardar silencio, seguro de que todo concluiría por arreglarse. Para ello era indispensable alejar a Strickland con suavidad, sin discusión. ¡Oh, si usted supiera cuánto he sufrido!

Una vez más me relató su tentativa para deshacerse de Strickland. Por cierto, él no esperaba otra cosa, y comenzó en el acto sus preparativos. ¿Y cómo prever entonces la decisión de Blanca? Comprendí que, de todo corazón, Dirk deploraba haber hablado. ¡La angustia de los celos era menos cruel que la separación!

—Tuve ganas de matarlo; pero sólo conseguí cubrirme de ridículo.

Hubo un largo silencio. Por fin, dejó escapar lo que yo estaba leyendo en su espíritu.

—¡Si siquiera hubiese esperado unos días! No debí precipitarme. ¡Oh, pobrecita, a lo que la he obligado!

Me encogí de hombros. Blanca no me inspiraba simpatía alguna; mas lo que pensaba de ella habría afligido al desolado Dirk.

—Y ahora, ¿qué piensa hacer? — le dije para concluir.

—¿Qué puedo hacer? ¡Esperar que me llame!

—¿Por qué no se va de París por algún tiempo?

—No, no. Es necesario que ella me encuentre cuando me necesite.

Stroeve parecía completamente desamparado. Le aconsejé que se acostara; pero respondió que no podría dormir. Quería salir, caminar por las calles hasta el amanecer. Le era imposible abandonarse a sí mismo. Lo persuadí para que pasara la noche conmigo y le cedí mi cama. A mí me bastaría con el diván. Rendido, agotado, se dejó convencer. Le obligué a tomar una dosis de veronal: era la paz de la conciencia durante algunas horas. ¿Qué mejor servicio podía hacerle?

CAPITULO XXX

Pero mi lecho improvisado carecía de mayores comodidades. Durante esa noche de insomnio, repasé en mi mente las confidencias del desgraciado.

La acción de Blanca Stroeve no me intrigó mayormente, pues la consideré como el resultado de una simple atracción física. No creo que nunca haya amado verdaderamente a su marido, y que lo que parecía amor no fuera más que la respuesta femenina a las caricias y al bienestar que en la mente de la mayoría de las mujeres pasa por amor. Es un sentimiento pasivo capaz de despertarse por cualquier objeto, como puede crecer la vid adherida a cualquier árbol; y la sabiduría del mundo reconoce su fuerza cuando aconseja a las muchachas casarse con el primero que las pretenda, en la seguridad de que el amor ya llegará. Es una emoción compuesta por la satisfacción de sentirse segura, por el orgullo de la propiedad, el placer de ser deseada, el halago de un hogar y una amable vanidad, a lo que la mujer aduce un valor espiritual. Es una emoción que no tiene defensa contra la pasión. Sospeché que la violenta aversión que Blanca sentía por Strickland tenía por origen cierto elemento de atracción sexual. ¿Quién soy yo para descifrar las misteriosas complicaciones del sexo? Quizá la pasión de su marido excitaba, sin satisfacerla, esa parte de su naturaleza, y ella odiaba a Strickland porque sentía que poseía él el poder de darle lo que hacía falta a su modalidad material. Creo que fué sincera cuando se opuso al deseo de su marido de llevar a Strickland al taller. Tal vez le temía, sin saber por qué, y recuerdo que presentía un desastre. Es posible que el horror que tenía al pintor no fuera más que el reflejo del que se tenía a sí misma al sentirse perturbada ante esa presencia salvaje y descuidada, grande y fuerte, con sensualidad en la boca y desprecio en los ojos. Era inevitable amarlo u odiarlo, y ella lo odiaba.

Pienso que después, la diaria intimidad con el enfermo debe haberla conmovido extrañamente. Le levantaba la cabeza para alimentarlo y la sentía pesada en la mano; después debía secarle la boca sensual y la barba rojiza. Debió lavarle los brazos y las piernas cubiertas por un vello espeso. Y al secarle las manos, las hallaba fuertes y vigorosas a pesar de la debilidad del enfermo. Sus dedos largos, dedos hábiles y creadores de artista, quién sabe que pensamientos perturbadores habrán despertado en ella. El enfermo dormía muy tranquilamente, sin moverse, parecía muerto, y ella pensaba en los ensueños que él estaría soñando. ¿Soñaría con ninfas que corrían por los bosques de Grecia perseguidas por un sátiro? Ella huía entonces desesperada, con pie alado, pero cada vez lo sentía más cerca, hasta que el aliento del perseguidor le calentaba la nuca... Seguía huyendo, y él, tenaz y silenciosamente, la acosaba, y cuando al fin la alcanzó, ¿fué terror o éxtasis lo que sintió su corazón?

Blanca se encontraba en las garras crueles del hombre. Tal vez odiaba aún a Strickland, pero lo deseaba, y todo lo que había compuesto su vida hasta ese momento no contaba para nada. Dejó de ser una mujer amable, compleja, considerada y egoísta al mismo tiempo; era una hembra, era el deseo.

Pero tal vez todo esto no sea más que fruto de mi imaginación. Quizá ella estuviera simplemente harta de su marido y lo que la llevó hacia Strickland fué simplemente la curiosidad. Acaso no sentía ni amor ni odio por él, y cedió al deseo por no tener otra cosa que hacer, para darse cuenta, demasiado tarde, de que estaba presa en una trampa preparada por ella misma. ¿Cómo podía saber yo qué pensamientos y emociones escondía esa frente plácida y aquellos ojos frescos, grises?

La conducta de Strickland también seguía siendo un enigma. En vano me atormentaba reflexionando sobre esta acción tan contraria a la idea que me había formado de él. Que burlara la confianza de un amigo, que no vacilara en satisfacer una fantasía, sacrificando la felicidad de otro, eran rasgos que estaban de acuerdo con su carácter. Ignoraba lo que eran la gratitud, la piedad, y ninguno de los escrúpulos que nos detienen en nuestros impulsos existían para él. Habría sido tan absurdo criticarlo como reprochar al tigre sus instintos sanguinarios. Pero el capricho en sí era algo que no podía comprender.

No concebía a Strickland enamorado de Blanca. No lo creía capaz de amar. ¿No supone el amor, ante todo, una ternura? Pues bien, Strickland no conocía la ternura, ni consigo mismo ni con los demás.

El amor es exclusivo: arrebata de sí mismo al enamorado. Ni el amante más experimentado cree por un momento que su amor tendrá fin. Sus ilusiones pasan a ser una realidad, y se aferra a ellas como a algo tangible. Juguete de una fuerza extraña, pierde su libre albedrío. En una palabra, el amor no está nunca exento de sentimentalidad. Ahora bien, de todos los hombres que había conocido, Strickland era el menos inclinado a esta flaqueza. Jamás habría soportado ser poseído por el amor, someterse a su yugo. Así tuviera que desgarrarlo, hacerlo pedazos, habría arrancado de su corazón todo lo que pretendiera levantarse contra él y esa aspiración misteriosa que le impulsaba ciegamente hacia un destino desconocido.

Si he logrado reflejar la completa impresión que me producía Strickland, se comprenderá que me pareciera a la vez demasiado grande y demasiado pequeño para el amor.

Pero cada cual concibe la pasión según su temperamento; un Strickland no podía amar más que a su manera. Vanos serían cuantos esfuerzos se hicieran para analizar sus sentimientos.

CAPITULO XXXI

Al día siguiente, a pesar de mis insistencias, Stroeve salió temprano de casa. Me ofrecí para ir a buscarle sus efectos al taller; pero prefirió ir personalmente. Esperaba que no se los hubiesen embalado, y tener así un pretexto para ver a su esposa, y quien sabe si no iría esperanzado en decidirla a volver con él. Pero todos los paquetes lo esperaban en la portería, y el conserje le dijo que Blanca había salido. Naturalmente, no pudo callarse sus miserias, y se las confió íntegras. Incapaz de guardárselas para sí, se las comunicaba a cuantos encontraba, buscando una simpatía que sólo lo conducía al ridículo. Todos los días, a la misma



hora, Blanca salía de compras. Cierta vez no pudo resistir, y la esperó en una esquina. Ella se negó a hablarle, pero él insistió. Apasionadas protestas se mezclaron a sus excusas. Le rogó quisiera escucharlo. Blanca dió media vuelta y siguió apresurada su interrumpida marcha. Me parecía ver las piernecillas cortas y gruesas de Stroeve tratando de alcanzarla. Sin aliento, agitado, se esforzó por moverla a compasión. Invocó su desgracia, imploró. Si consentía en perdonarlo, haría lo que deseara. Le aseguró, por fin, que Strickland se cansaría pronto de ella.

El relato de esta repugnante escena, en que había demostrado tan poco buen sentido y dignidad, me llenó de irritación. Nada puede compararse a la crueldad de una mujer para con el hombre que la ama y a quien ella no corresponde; transportada por una loca indignación, no sabe de bondad, ni de indulgencia. Blanca se detuvo bruscamente, golpeó a [illegible] en la cara con todas sus fuerzas, y aprove[illegible] do la consiguiente confusión de su mar[illegible] capó y subió corriendo la escalera del [illegible]

Al referirme el incidente, Dirk se [illegible] mano a la mejilla. El golpe le ardía [illegible] ojos revelaban a la vez un dolor des[illegible] y una grotesca estupefacción. Su figu[illegible] la de un colegial reñido del que, a pe[illegible] mi compasión, me costaba no reírme.

"Para festejar la comida de bodas de Ata y Strickland, la tía Johnson organizó un baile, que los indígenas realizaron a la luz de la luna".

Tomó entonces la costumbre de seguirla. Blanca lo encontraba a menudo ante sus pasos. Con mucha frecuencia lo veía de pie en una esquina que quedaba cerca del taller. Como ya no se atrevía a acercársele, trataba de poner en sus ojillos redondos la súplica de su corazón. Creía, sin duda, que tanta humildad acabaría por conmoverla. Pero ella parecía no advertir su presencia. Nunca alteró la hora de sus salidas, ni trató de cambiar de camino. Su indiferencia iba amalgamada a una especie de crueldad. Tal vez experimentase un placer al torturarlo. ¿Por qué odiaba así a este desgraciado?

Me esforcé por hacerle entrar en razón. No era posible tolerar tranquilo tanta debilidad:

—Con los medios que usted emplea no logrará cosa alguna. Lo único que le conviene es molerla a palos. Así, por lo menos, dejaría de despreciarlo.

Le aconsejé luego que se fuera a su país por algún tiempo. Muchas veces me había hablado de la aldea silenciosa, de calles amplias y desiertas, donde vivía su familia, en el norte de Holanda. Era gente modesta. El padre era carpintero, y vivía con su mujer, a la orilla de un canal, en un viejo y rústico caserón de ladrillos rojos. Desde hacía doscientos años la ciudad languidecía. Los ricos comerciantes que exportaban sus mercaderías a las Indias lejanas, habían pasado en ella los dos últimos años de sus vidas reposadas y prósperas. En una decadencia llena de dignidad, las casas conservaban su severa sencillez, y mostraban ufanas el sello de un pasado esplendoroso. El canal cruzaba extensos prados verdes donde giraban al viento las aspas de los molinos. El ganado blanco y colorado pacía con indolencia. Allí, los recuerdos de la infancia, mecerían la pena de Stroeve hasta adormecerla. Pero él se negó a ir.

—Es necesario que esté aquí cuando me necesite — repetía —. Supóngase que le ocurra una desgracia, y no me encuentre.

—¿Qué quiere usted que ocurra?

—No sé; pero algo temo.

Me encogí de hombros.

El ridículo se apegaba a Stroeve hasta la



"Durante su estada en el interior de la isla, Strickland y Ata permanecían aislados durante semanas enteras, que él aprovechaba pintando paisajes".

desesperanza. Una figura pálida, de rasgos descompuestos, habría inspirado lástima; pero él no había perdido un gramo y sus redondas mejillas parecían dos manzanas maduras. Cuidaba mucho de su persona. No renunciaba a su saco negro, que, en los hombros de otro, habría tenido cierta elegancia. Su sombrero era demasiado pequeño, y lo llevaba con ínfulas de "dandy". El dolor no impidió que aumentara el volumen de su barriga. Tenía, más que nunca, la apariencia de un comerciante acomodado. Stroeve ocultaba la pasión de Romeo en el cuerpo de sir Toby Belch. A pesar de su naturaleza afable y generosa, acumulaba torpeza sobre torpeza. Un sentido real de la belleza, una rara ternura de sentimientos contrastaban en él con modales desmañados y con la incapacidad más total para crear otras cosas que no fueran vulgaridades. Si trataba los asuntos de los demás con cierto tacto, demostraba no poseer ninguno para los suyos. No queda esperanza alguna en la vida para los infortunados que llevan en sí tal desequilibrio; permanecen siempre desamparados ante la indiferencia universal.

CAPITULO XXXII

No traté de ver a Strickland durante varias semanas. Me inspiraba repugnancia, y no habría tenido escrúpulos en decírselo; ¿pero podía salir en su busca nada más que para ello? No era yo el llamado a defender los fueros de la moral. La reprimenda traiciona con mucha frecuencia aquella grave satisfacción de sí mismo, cuyo lado burlesco sólo escapa a los ingenuos. Para entrar en el terreno de la acción, habría sido necesario perder toda sangre fría. La brutal franqueza de Strickland me inducía a huir de cuanto pudiese parecer afectación.

Pero una tarde, al pasar por la Avenue de Clichy, frente al café que él frecuentaba, y que ahora yo evitaba, nos encontramos inesperadamente. Acompañado de Blanca, se dirigía hacia su rincón favorito.

—¿Qué ha sido de usted durante todo este tiempo? — exclamó —. Lo creía en el extranjero.

Su cordialidad estaba demostrando que adivinaba mi deseo de rehuir su presencia. Con él eran inútiles todas las amabilidades.

—No — le respondí —; estaba aquí.

—¿Y por qué no lo vemos por estos lados?

—No faltan los cafés donde matar el tiempo.

Blanca me tendió la mano y me dió las buenas tardes. Esperaba, no sé por qué, encontrarla cambiada; pero llevaba el vestido gris, recto y bien cortado, que tanto conocía, y su frente seguía tan cándida, sus ojos tan tranquilos como en la época en que la veía afanarse en la atención de su marido.

—¿Quiere que juguemos una partida de ajedrez? — propuso Strickland.

Tomado de sorpresa, no encontré qué responder. Contra mis deseos, me dejé arrastrar a la mesa donde Strickland se sentaba siempre. El pidió el tablero. La pareja parecía encontrar tan natural la situación, que sentí lo absurdo de cualquiera otra actitud. La mujer de Stroeve seguía la partida con un semblante impenetrable. Estaba silenciosa; pero siempre lo había sido. Yo buscaba en sus rasgos una expresión reveladora, trataba de encontrar en sus ojos un destello, un signo de desesperanza o amargura; era en vano. Ningún pliegue sobre su frente traicionaba una inquietud: su rostro permanecía tan rígido e impasible como una máscara; sus manos, juntas sobre sus rodillas, parecían no saber lo que era movimiento. Me constaba que era capaz de las más violentas cóleras: el golpe de Dirk, que la quería con tanta devoción, traicionaba un carácter arrebatado hasta la crueldad. Para lanzarse en la más arriesgada de las aventuras, a una situación sin inquietudes ni preocupaciones, había renunciado a la protección segura de su marido. Esta sed de lo imprevisto, esta actitud para vivir al día, se oponían a sus condiciones de dueña de casa. ¡Qué notable contraste existía entre su mentalidad compleja y su expresión de reserva y sobriedad!

A pesar del interés del encuentro, a pesar de mi curiosidad, traté de concentrar mi atención en la partida. Siempre me esforzaba por derrotar a Strickland, pues él despreciaba al adversario vencido, y su orgullo en la victoria hacía más desagradable la derrota. Por otra parte, cuando se le ganaba, se desquitaba con un magnífico buen humor. Era un mal ganador y un espléndido perdedor. Preciosas indicaciones, si es verdad que el hombre no revela nunca mejor su carácter que en el juego.

Cuando terminamos, llamé al mozo para pagar la consumición, y me despedí. Ningún incidente había realzado los instantes que acabábamos de pasar juntos. No se cambió una frase que proporcionara material para la reflexión. Todas mis suposiciones descansaban en el vacío. ¿Cómo se las arreglaba la pareja? ¡Qué no habría dado por deslizarme, invisible, hasta el taller y oír lo que decían! Mi imaginación no sabía a qué asirse.

CAPITULO XXXIII

Dos o tres días después recibí la visita de Stroeve.

—He sabido que se encontró usted con Blanca — comenzó.

—¿Cómo lo supo?

—Por alguien que lo vió a usted en su mesa. ¿Por qué no me lo dijo?

—Creí que le sería penoso.

—¿Y eso qué importa? Hasta los más insignificantes detalles sobre sus actos me interesan.

—Espero sus preguntas.

—¿Qué tal la encontró usted?

—Idéntica, exactamente.

—¿Parecía contenta?

—¿Cómo quiere usted que lo sepa? Jugué al ajedrez con Strickland, y no tuve ocasión de hablar con ella.

—¡Oh! ¿Y por lo menos la observó usted?

Tuve un gesto evasivo. Ni una palabra, ni una alusión me habían dado la menor idea sobre los sentimientos de Blanca. ¿Y acaso no conocía él mejor que yo ese perfecto dominio de sí misma que caracterizaba a su mujer?

Dirk juntó sus manos con emoción.

—¡Oh, tengo tanto temor! ¡Espero algo terrible y no puedo hacer nada, nada para impedirlo!

—¿Pero qué teme usted?

—No lo sé — gimió, tomándose la cabeza entre las manos —. Preveo una catástrofe.

Stroeve siempre fué un ser impresionable; pero ahora excedía todos los límites: me era imposible conseguir que se tranquilizara. Como él, yo creía, en efecto, que Blanca terminaría por encontrar intolerable su vida con Strickland. Pero, en el fondo, ¿había algo más incierto? ¿No se ven a diario personas a quienes sus actos deben conducir al desastre, y que logran, no obstante, escapar a las consecuencias de su locura?

Cuando estallase el brutal egoísmo de Strickland, Blanca no tendría otro recurso que dejarlo, y acudir al lado de su marido, que la esperaría con los brazos abiertos y que no ansiaba otra cosa que una ocasión para perdonarla. Su suerte no me inquietaba.

—¡Es que usted no la ama! — dijo Stroeve.

—En suma, nada prueba que ella sea desgraciada, al menos por ahora. Según lo que sabemos, parecen formar la pareja más burguesa del mundo.

Los ojos entristecidos de Stroeve se posaron en mí.

—Claro está que esto no tiene mayor importancia para usted: pero para mí, es tan grave... ¡tan grave!...

Lamenté mi tono de impaciencia y de ligereza.

—¿Quiere usted hacerme un servicio? — prosiguió.

—Con mucho gusto.

—¿Podría escribir a Blanca de mi parte?

—¿Y por qué no lo hace usted mismo?

—Lo he hecho varias veces, pero ya he perdido la esperanza de obtener respuesta. Seguramente, no lee mis cartas.

—¿No cuenta usted con la curiosidad femenina? ¿Cree usted que Blanca pueda resistir a ella?

—Sí, tratándose de mí.

Ante la frialdad de mi mirada llena de admiración, él bajó los ojos. Su respuesta me parecía de una humildad singular. La indiferencia de su mujer era tan profunda y Dirk tenía tanta conciencia de ella, que estaba cierto que sus cartas no le producían la menor impresión.

—¿Cree usted que ella volverá a su lado?

—Por lo menos quiero que sepa que siempre podrá contar conmigo. Esto es lo que deseo que usted le trasmita.

Tomé una hoja de papel.

—Dícteme lo que quiera que le diga.

He aquí lo me hizo escribir:

"Estimada señora:

"Dirk me ruega que le haga saber que si algún día usted necesita de él, será feliz de poder serle útil. No le guarda rencor alguno. Sus sentimientos para con usted no han cambiado en absoluto. Lo encontrará siempre en la siguiente dirección, etc".

CAPITULO XXXIV

Como ya he dicho, compartía la convicción de Stroeve de que la armonía entre Blanca y Strickland duraría poco; pero jamás imaginé un desenlace como el que tuvo.

Había llegado el verano, tórrido y sofocante. Ni en las noches podía gozarse de esa frescura que templa los nervios exasperados. Las calles, recalentadas, parecían seguir reflejando el sol que las había quemado durante el día. Los transeúntes erraban, jadeantes y sudorosos. Hacía varias semanas que no veía a Strickland. Tenía muchas cosas que hacer y no disponía de tiempo para pensar en él. En cuanto a Dirk, hastiado con sus vanas lamentaciones, procuraba evitarlo. Estaba harto de tan despreciable historia.

Cierta mañana, me encontraba trabajando en mi casa. Mis pensamientos vagabundeaban. Evocaba las soleadas playas de Inglaterra y la frescura del mar. A mi lado tenía un plato con algunas tostadas y la taza, ya vacía, de mi café con leche. Cerca, mi criada aseaba el baño. Sonó la campanilla: fueron a abrir la puerta. Distinguí la voz de Stroeve que preguntaba por mí. Sin levantarme, le grité que pasara. El inesperado visitante se precipitó al interior.

—¡Se mató! — gritó con voz ronca.

—¿Qué? — pregunté yo, casi sin comprender lo que oía.

Sus labios se esforzaron por articular algo, mas no logró emitir sonido alguno. Por fin pronunció dos o tres palabras confusas y ahogadas.

—¡En nombre del cielo, tranquilícese hombre! ¡Ya tendremos tiempo de conversar! ¡Cálmese!

Incapaz de expresarse, agitaba las manos en el aire. Lo tomé de los hombros y lo sacudí fuertemente.

—Déjeme sentar — dijo con voz débil.

Llené un vaso con agua de Saint-Galmier que le hice ingerir como a un niño. Tragó un sorbo; pero un poco de líquido se derramó sobre la pechera de su camisa.

—¿Quién se mató?

¿Con qué objeto formulaba yo esta pregunta inútil? Dirk trató de reponerse.

—Ayer tarde tuvieron una escena. Strickland ha partido.

—¿Y ella murió?

—No. La llevaron al hospital.

—¿Entonces qué decía usted? — le pregunté con impaciencia —. ¿Por qué afirmaba que se había dado muerte?

—No se enoje. Si me apremia, no podré contarle nada.

—Perdóneme — le dije, haciendo un esfuerzo —. Tómese el tiempo que quiera. No hay por qué apurarse.

Tras sus lentes, el terror dilataba sus ojillos redondos, ya deformados por los cristales.

—Esta mañana, cuando la portera subió llevando una carta, nadie salió a abrir. Oyó entonces ciertos vagos gemidos. Como la puerta no estaba cerrada con llave, entró. Blanca yacía en el lecho, desfalleciente. Sobre la mesa había una botella de ácido oxálico...

Stroeve se ocultó la cara con las manos. Oscilaba como un péndulo. Un lamento continuo partía de su garganta.

—¿Conservaba el conocimiento?

—Sí. ¡Oh, si usted supiera cómo sufre! Corrieron a casa del doctor; se me llamó; avisaron a la policía. Yo había entregado veinte francos a la portera con el objeto de que me enviase a buscar a la menor alarma.

Dirk se interrumpió. Bien duro debía de ser lo que le quedaba por referir.

—Blanca se negó a hablarme, y pidió a los que la rodeaban que me sacaran de allí. Aunque yo juraba que perdonaba todo, ella no me escuchó. El doctor me aconsejó que no permaneciera más ante su vista, y ella repetía, sin cesar: "¡Sáquenlo!" Me fuí a esperar al taller. Y cuando llegó la ambulancia y colocaron a Blanca en la camilla me obligaron a ocultarme en la cocina, para que ella no me viera...

Stroeve insistió en llevarme en seguida al hospital. Mientras me vestía, me dijo que había tomado una sala individual para su mujer, a fin de evitarle, por lo menos, la promiscuidad de la sala común. Durante el camino, me explicó por qué deseaba mi presencia: si Blanca se obstinaba en no recibirlo, quizá aceptara hablar conmigo. Yo le afirmaría su amor y su perdón. Su único deseo era ayudarla, y desinteresadamente, porque cuando estuviese curada no le haría valer ningún derecho: ella conservaría toda su libertad.

Llegamos al hospital, un lúgubre edificio de varios pisos. Su solo aspecto causaba profunda impresión. Nos llevaron de oficina en oficina. Después de subir una escalera y recorrer interminables corredores encontramos, por fin, al médico interno de servicio. Nos expresó que Blanca estaba may mal para recibir ese día. Aquel gnomo barbudo de blusa blanca y modales insolentes, no veía allí sino un caso como tantos otros, y en los visitantes ansiosos, nada más que unos importunos que debía despedir cuanto antes. ¿Hay algo más vulgar que la histérica que se envenena después de una disputa con su amante? En el primer momento, tomó a Dirk por el amante, y lo trató con atrevida violencia. Cuando le hice ver que era el marido que venía dispuesto a perdonar, lo examinó con una curiosidad saturada de ironía.

—No hay peligro inmediato — dijo —. Ignoramos la dosis de veneno ingerida, pero seguramente no ha sido la suficiente como para ocasionarle la muerte. El suicidio por amor es muy corriente entre las mujeres; mas, en general, toman todas las precauciones necesarias para que falle. No es sino un gesto destinado a excitar la piedad o el temor en el objeto de sus amores.

El tono de su voz denotaba un desprecio glacial. Para él, Blanca representaba tan sólo una unidad más que agregar a la estadística municipal de las tentativas de suicidio del año. Por otra parte, el servicio lo requería. Antes de alejarse, nos agregó que si volvíamos al día siguiente, a la misma hora, y el estado de Blanca lo permitía, su marido podría verla.

CAPITULO XXXV

Apenas sé cómo llegamos al término de ese día. Stroeve no quiso quedarse solo un instante, y yo me agoté en el afán de distraerlo. Lo llevé al Louvre, y él fingió mirar los cuadros, pero me di cuenta de que sus pensamientos estaban muy lejos. Lo obligué a comer algo, y después del almuerzo lo induje a recostarse un rato, pero no pudo dormir. Agradecido, aceptó mi invitación de quedarse a vivir unos días conmigo. Le di un libro para que leyera, pero lo abandonó en seguida, y se puso a mirar con desesperación hacia el vacío. Durante las horas de la noche jugamos innumerables partidas de piquet, y, para no disgustarme, hizo lo posible por mostrarse interesado en el juego. Por último, le di un calmante para los nervios y cayó en un sueño intranquilo.

A la mañana siguiente volvimos al hospital, donde nos recibió una enfermera.

Blanca estaba un poco mejor. La religiosa entró en su cuarto para anunciarnos; pero salió casi en el acto: la enferma rechazaba toda visita. Le habíamos mandado decir que, en caso de que no deseara ver a Dirk, podría entrar yo solo. Los labios de Stroeve temblaron.

—No me atrevo a insistir — dijo la hermana —. Está demasiado débil. Tal vez en uno o dos días...

—¿Pero no hay alguien a quién vería con agrado? — preguntó Dirk en voz baja.

—Dice que todo cuanto desea es que la dejen en paz.

Las manos de Stroeve se agitaron de manera extraña, como sustraídas de súbito al imperio de la voluntad.

—Si desea ver a alguien, se lo traeré. Sólo quiero su felicidad.

Los ojos llenos de benevolencia de la religiosa se fijaron en él. Aquellos ojos habían contemplado todo el horror, todo el dolor de la humanidad. Sin embargo, saciados con la visión de un mundo sin pecado, permanecían serenos.

—Se lo diré cuando esté menos agitada.

Dirk le suplicó que realizara esta misión lo antes posible.

—Tal vez le haga bien. Le ruego quiera hablarle en seguida.

La hermana volvió a la pieza, sonriendo con simpatía. Al momento oímos el grave timbre de su voz, y luego otra voz, que no reconocimos:

—No, no, no.

La religiosa reapareció y movió la cabeza.

—¿Es su voz la que acabamos de oír? — le pregunté yo —. Me ha parecido tan extraña...

—El ácido ha quemado sus cuerdas vocales.

Dirk ahogó un grito de espanto. Le insinué entonces que bajase a esperarme en la puerta de entrada. Sin hacer una objeción, dócil como un niño, se alejó. Parecía haber perdido completamente la voluntad.

—¿Le ha confiado ella el porqué de su actitud? — pregunté a la hermana.

—No, no habla. Responde sin inmutarse, muy tranquila, y permanece horas enteras inmóvil; pero no cesa un instante de llorar. La almohada está empapada! Su estado de debilidad es muy grande para poder servirse de un pañuelo, y las lágrimas corren por sus mejillas.

Mi corazón se agitó. En aquel momento habría sido capaz de matar a Strickland como a un perro. Mi voz se ahogaba cuando me despedí de la religiosa.

Encontré a Dirk en la escalera. Parecía inconsciente. Cuando le toqué el brazo, dió un salto de sorpresa. Regresamos en silencio. ¿Qué misteriosos impulsos habían movido a aquella criatura?

Sólo Strickland debía conocerlos. Strickland y la policía, que ciertamente lo habría interrogado. ¿Dónde estaba él? Seguramente, en el cuchitril que le servía de taller. Mas, ¿cómo Blanca no lo reclamaba? Quizá ella sabía que todo sería inútil, que se negaría a venir. ¿Qué abismo de crueldad habría vislumbrado para haber querido renunciar a la vida?

CAPITULO XXXVI

La semana siguiente fué dramática. Stroeve iba al hospital, a informarse sobre el estado de la enferma, dos veces al día. Blanca persistía en su negativa de verlo. Mientras le mantuvieron la esperanza de una curación, el pobre hombre conservó su confianza; pero, súbitamente, se produjeron las complicaciones temidas. No quedaban esperanzas. A pesar de su compasión, la hermana no pudo engañarlo. La infortunada Blanca, cada vez más quieta e inmóvil, dejó luego de hablar. Su mirada parecía acechar la llegada de la muerte. Ya sólo era cuestión de algunas horas; por eso, cuando una tarde, a hora avanzada, vi entrar en mi departamento a Stroeve, deprimido y desfalleciente, comprendí que venía a anunciarme el desenlace. Estaba abrumado de fatiga. Esta vez, su locuacidad ordinaria lo había abandonado, y se arrojó, inerte, sobre mi diván. Vana habría sido toda frase de simpatía en aquellos momentos. Lo dejé descansar, tranquilizarse. Yo, entretanto, me hallaba imposibilitado para leer; habría sido demostrar falta de corazón. Sentado ante la ventana y fumando, esperé que Dirk sintiera la necesidad de desahogarse.

—Usted ha sido muy bondadoso conmigo — dijo por fin —. Todo el mundo fué muy bondadoso.

—¡No diga eso, hombre!...

—En el hospital me dijeron que esperase. Me dieron una silla, y me senté junto a la puerta. Cuando ella perdió el conocimiento, se me permitió entrar. Tenía la boca y la barba quemadas por el ácido. ¡Si usted hubiese visto aquella hermosa piel cubierta de llagas! Se extinguió suavemente. No la creí muerta, hasta que la hermana lo afirmó.

Su extremo agotamiento le impedía llorar. Como si sus miembros hubiesen perdido todo vigor, Stroeve yacía inerte. Luego, se durmió. Era su primer sueño natural desde hacía una semana. Lo abrigué con algunas ropas y apagué la luz. Al otro día, a la mañana, cuando desperté, él seguía durmiendo. No se había movido. Tenía todavía los anteojos puestos.

CAPITULO XXXVII

Este deceso requirió toda suerte de formalidades penosas. Sólo después de múltiples gestiones se consiguió el permiso para la inhumación. Fuera de nosotros, nadie acompañó el ataúd al cementerio. Por fortuna, la ceremonia no fué muy larga, gracias principalmente a la horrible prisa del cochero de la carroza fúnebre. Azotaba sin piedad a los caballos, como si tuviera apuro por deshacerse de la muerta. De cuando en cuando, yo divisaba por la ventanilla a la carroza dando tumbos y vaivenes. Nuestro cochero, por su parte, excitaba a sus bestias para no quedarse atrás. Yo también sentía infinitos deseos de concluir con aquello. Después de todo, en nada me concernía esta lamentable historia. Con el pretexto de distraer a Stroeve, me empeñé en abordar otro tema, cuando nos hallábamos de regreso, una vez terminada la ceremonia.

—Creo que usted haría muy bien en ausentarse de París durante un tiempo. Nada lo retiene aquí.

Dirk no respondió. Insistí:

—¿No ha formado usted algún proyecto para el futuro?

—No.

—Hay que volver a la vida normal. ¿Por qué no irse a Italia y reiniciar el trabajo?

Una vez más, él guardó silencio; pero nuestro cochero vino en su ayuda. Disminuyendo la marcha se dirigió hacia nosotros.

—¿A qué dirección conduzco a los señores?

—Venga usted a almorzar conmigo — propuse a Dirk —. Le diré que nos deje en la plaza Pigalle.

—Quisiera ir al taller.

Después de una corta vacilación:

—¿Quiere que lo acompañe? — le pregunté.

—No. Prefiero ir solo.

—Muy bien.

Di las indicaciones del caso al cochero, y de nuevo reinó el silencio entre nosotros. Dirk no había vuelto a su casa desde la mañana en que Blanca fué llevada al hospital. Yo me sentía feliz, en vista de que no me vería obligado a acompañarlo. Después de conducirlo hasta la puerta, me alejé, lleno de alivio. París había

adquirido para mí un atractivo nuevo. Me interesaba el ir y venir de los transeúntes; me atraía el variado espectáculo de los carruajes. Aquella mañana luminosa, me sentí saturado de un ardiente deseo de vivir. Era algo más fuerte que yo. Stroeve y sus penas llenaban un pasado que me era necesario olvidar. Por el momento, sólo me atraía París en fiesta.

CAPITULO XXXVIII

Lo dejé de ver durante cerca de una semana. Por fin, una tarde, hacia las siete, vino a buscarme para comer. Vestía de riguroso luto y llevaba una ancha cinta negra alrededor del sombrero. Sus pañuelos tenían un ancho borde negro. Dijérase que, en una sola catástrofe, había perdido a todos sus parientes, hasta esos primos distantes cuya filiación se pierde en la noche de los tiempos. Su lozanía y sus redondas y rosadas mejillas, daban a su duelo un no sé qué de chocante. Su desesperanza era, a la vez, penosa y patética.

Me anunció su decisión de partir, no para Italia, como yo le aconsejara, sino para Holanda.

—Me voy de París mañana. Tal vez no nos volvamos a ver.

Acogió mi respuesta — una frase de circunstancia adecuada — con una sonrisa forzada.

—Hace cinco años que no veo a mis padres. Ya creí haberlos olvidado; la casa familiar me parecía tan distante, que la idea del regreso me intimidaba; mas ahora pienso en él como en mi único refugio.

Sólo la ternura de una madre podría mecer y suavizar semejante depresión. Ahora, no podía soportar las bromas que toleró durante años enteros; su buen humor, sobre el que se estrellaban sin herirle, se había ido con la traición de Blanca. No reía ya con las bromas que le hacían. Se sentía un paria. ¡Cómo recordaba ahora los días de su infancia, transcurridos en aquella casita tan alegre, tan acogedora! ¡Cómo evocaba la figura venerable de su madre, tan meticulosa, tan ordenada! En su patria las cosas irían de otro modo.

—Mi padre quería hacer de mí un carpintero como él. Durante cinco generaciones de padres a hijos, todos habíamos ejercido este oficio. Tal vez la verdadera sabiduría consiste en seguir las huellas de los antepasados, sin mirar a la derecha ni a la izquierda. Cuando era chico, me quería casar con la hija de un guardabosques, nuestro vecino, una muchacha de ojos azules y cabellos rizados. Habría tenido mi casa limpia como una moneda nueva. Mis hijos me habrían sucedido...

Suspiró y calló. Sus pensamientos se detenían sobre esta visión, y la vida tranquila y sin imprevistos que había desdeñado, lo llenaba de arrepentimiento.

—El mundo es duro y cruel — prosiguió por fin —. Nadie sabe para que estamos aquí abajo, y nadie sabe a dónde iremos. Humildemente, deberíamos comprender la belleza de la quietud, esforzarnos por cruzar la vida sin ruido, a fin de que el destino no nos advierta, y buscar el afecto de los seres sencillos e ignorantes. Hay más profundidad en su ignorancia que en todo nuestro saber. Hablar poco, vivir oculto en su rincón, he aquí la verdadera sabiduría.

Así se expresaba su corazón herido. Tan apostólica renunciación me indignaba. Cambié de tema.

—¿Cómo comenzó usted a pintar?

Dirk se encogió de hombros.

—Tenía condiciones para el dibujo. En la escuela obtuve todos los premios. Mi pobre madre, orgullosísima de mis dotes, me obsequió cierta vez una caja de acuarelas. Llena de orgullo, mostraba mis garabatos al pastor, al médico y al juez. Me enviaron luego a Amsterdam a competir por un premio, que gané. ¡Pobre madre mía, qué feliz se sintió! Y, aunque profundamente entristecida por separarse de mí, sonreía y me ocultaba su pesar. Le halagaba la posibilidad de tener un hijo artista. Hubieron de imponerse grandes privaciones para hacer posible la continuación de mis estudios, y, cuando se expuso mi primer cuadro, mi padre, mi madre y mi hermano, hicieron un viaje a Amsterdam solamente para verlo. Mi madre lloraba mirándolo. — Sus ojillos brillaban al decirlo —. Y ahora, en cada cuarto de nuestro viejo caserón, hay uno de mis cuadros en un hermoso marco dorado.

Estaba radiante de orgullo. Yo, entretanto, pensaba en sus paisajes sin vida, con sus personajes convencionales, sus cipreses y sus olivos. ¡Qué efecto debían producir en aquellos marcos de mal gusto y sobre los muros de la pobre barraca!

—La buena mujer creía haberme hecho un gran servicio al hacer de mí un artista; pero quizá, después de todo, habría sido preferible que hubiese predominado el deseo de mi padre, y que no fuese hoy día otra cosa que un modesto carpintero.

—Ahora que usted sabe lo que el arte puede ofrecer, ¿cambiaría usted de carrera, sacrificaría las satisfacciones que le ha dado?

—El arte es lo más bello del mundo — respondió después de una corta pausa.

Me miró vacilante, y luego continuó:

—Fuí a ver a Strickland.

—¡Usted!

No era posible creerlo. ¿Cómo podía Stroeve soportar siquiera la vista de este hombre? El sonrió, un poco turbado, y luego dijo, para justificarse:

—Ya sabe usted bien que no tengo amor propio...

Y me contó una historia singular.

CAPITULO XXXIX

Después del entierro de la pobre Blanca, volvió a su casa con el corazón consternado. ¿Qué fuerza secreta, qué obscuro deseo de torturarse, de reavivar sus sufrimientos lo llevó al taller? Lentamente, subió hasta lo alto de la escalera. Una vez ante la puerta, permaneció inmóvil un rato largo, tal vez para acumular coraje. Estaba a punto de desmayarse. Por fin, dió vuelta a la llave y entró. Nada en el departamento daba la impresión de abandono. Habríase dicho que Blanca acababa de salir. Sus cepillos estaban cuidadosamente colocados en el peinador, al lado de la peineta; el lecho donde ella pasara la última noche estaba arreglado, y su camisón de dormir, doblado y guardado en su funda, esperaba bajo la almohada. ¿Cómo creer que ella no volvería más?

Dirk tenía sed, y fué a la cocina en busca de agua. Allí también todo se hallaba en orden. Las cacerolas que Blanca empleaba para hacer la comida hasta la tarde misma de su disputa con Strickland, colgaban junto a la pared. Brillaban de limpias. Los cuchillos y tenedores se encontraban perfectamente alineados en un cajón. En la quesera, había un trozo de queso, y en una caja de hojalata se conservaban aún varios pedazos de pan.

Por las averiguaciones realizadas por la policía, Stroeve sabía que Strickland había dejado la casa inmediatamente después de la comida. Como de costumbre, Blanca lavó la vajilla. A juzgar por estos gestos metódicos y habituales, el suicidio parecía un acto premeditado, realizado con toda sangre fría. Presa de una angustia indescriptible, casi sin fuerzas para andar, entró en el dormitorio y se arrojó sollozando sobre la cama, gritando: "¡Blanca!... ¡Blanca!"... La idea de tanto sufrimiento le aniquilaba. Tuvo la visión repentina de su mujer, de pie en el umbral del taller. La vió desabrocharse el delantal, sacárselo — el delantal se hallaba colgado detrás de la puerta —, tomar un frasco de ácido oxálico y entrar en el dormitorio.

El dolor lo rechazó del lecho. Pasó al taller, que se hallaba obscuro en ese momento. Las cortinas tendidas impedían el paso de la luz. Las corrió con un movimiento brusco. La primera visión de este cuarto, testigo de sus momentos felices, le arrancó un sollozo. Aquí tampoco había cambiado nada. Con su indiferencia ordinaria, Strickland había vivido allí sin mover nada de su lugar. Aquel interior, instalado con tanta solicitud artística, representaba a los ojos de Stroeve el tipo de taller que conviene a un pintor. Algunos trozos de viejos brocados adornaban los muros y sobre el piano se extendía una antigua carpeta de seda de colores marchitos. En los rincones, copias de la "Venus de Milo" y de la "Venus de Médicis". Aquí y allá un bajorrelieve, una columna italiana decorada con una porcelana de Delft. Se veía todavía, en un marco suntuoso, una copia de un Velázquez, realizada por Stroeve en Roma. El cuadro estaba colocado de modo que atraía todas las miradas. Por otra parte, en marcos dorados, telas originales de Stroeve, que siempre se linsonjeaba de tener un gusto esclarecido. Su opinión sobre la atmósfera romántica de un taller no había variado nunca. Aunque la apariencia del suyo fuera en esta ocasión para él una puñalada en el corazón, olvidando un instante su tristeza, modificó ligeramente la posición de una mesa Luis XV, uno de sus más preciados tesoros. De súbito, divisó, vuelto contra la pared, una tela algo más grande que las que él acostumbraba a empic... Intrigado, se acercó y la inclinó hacia sí. Era un desnudo. Al momento adivinó que se trataba de una obra de Strickland. Su corazón se agitó y, lleno de cólera, la arrojó contra el suelo. ¿Por qué el otro la había dejado allí? Pero el brusco movimiento lo precipitó a tierra. Cualquiera que fuese el cuadro, ¿podía él abandonarlo al polvo? Lo levantó cuidadosamente. Entonces la curiosidad lo venció: colocó la tela sobre un caballete y retrocedió algunos pasos para examinarla con comodidad.

Dirk sintió que se ahogaba. Tenía ante sus ojos a una mujer tendida en un diván, con un brazo tras la cabeza y el otro a lo largo del cuerpo; una rodilla levantada y la otra pierna estirada. Una "pose" clásica. Stroeve creyó perder la cabeza; era el retrato de Blanca. El dolor, los celos, la rabia se apoderaron de él; comenzó a gritar como un loco, con voz ronca e inarticulada; sus puños amenazaban a un enemigo invisible. Pronto sus clamores se convirtieron en alaridos salvajes. Esto excedía todos los límites. No pudiendo ya tolerar la vista del cuadro, se puso a buscar un instrumento cualquiera para destrozarlo. Más no encontró nada apropiado. En vano revolvió furioso todos sus útiles de pintura. Por fin, cuando ya se aprestaba para embestir a puntapiés contra la tela, cayó en sus manos un raspador. Lo tomó dando un grito de triunfo, lo blandió como una daga y se precipitó hacia el cuadro.

Al relatarme la escena, Stroeve la revivía. Tomó un cuchillo que había sobre la mesa que nos separaba, levantó el brazo como para golpear y en seguida, abriendo la mano, dejó caer el arma. Una sonrisa inquieta pasó por su mirada. Se calló.

—¿Y entonces? — le dije.

—No comprendo lo que me ocurrió. Iba a destrozar la tela cuando, repentinamente, se abrieron mis ojos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Sí; hasta ese momento sólo había visto a Blanca; ahora veía la obra maestra. ¡No era posible tocarla! Tuve miedo de hacerlo.

Stroeve volvió a callarse. Me observaba con sus ojillos inquietos y brillantes. Tenía la boca entreabierta.

—Era una obra maravillosa. Un instante más y cometo un crimen abominable. Me eché atrás para juzgar mejor, y mis pies tropezaron con el raspador. Me estremecí.

Cosa extraña: como si me hubiese transportado de súbito a un mundo donde la escala de los valores no era ya la misma, el eco de una emoción vibró en mí. Quedé perplejo, como el extranjero que, en una región desconocida, comprueba ante los incidentes más ord...

un trastorno profundo de su sensibilidad. Haciendo un esfuerzo, Stroeve trató de describirme este cuadro; como pude, seguí el hilo de sus ideas a través de sus frases confusas y atropelladas. Según él, Strickland había roto todos los lazos que hasta entonces le estorbaban. Acababa, no de descubrirse a sí mismo, según la expresión vulgar, sino de manifestar un alma nueva, un alma con facultades insospechadas. El triunfo de tan poderosa personalidad se conseguía, no sólo con la simplificación audaz del dibujo, ni con el color, a pesar de que la carne palpitaba con una sensualidad apasionada, milagrosa; ni siquiera con esa seguridad de composición que hacía sentir el peso del cuerpo, sino, sobre todo, con una espiritualidad inquietante e inédita, que paseaba a la imaginación por sendas inexploradas, a través de las tinieblas donde sólo brillan las estrellas eternas. En esta inmensidad, el alma, despojada de su envoltura carnal, se aventuraba, medrosa, en persecución de lo desconocido.

La singular emoción que provocó en Stroeve la contemplación de esta obra maestra, fué, sin duda, lo que le indujo a ir a ver a Strickland.

—¿Y qué le dijo usted? —le interrogué.

—Le propuse que me acompañara a Holanda.

La sorpresa me hizo enmudecer.

—¿Acaso no habíamos amado a Blanca los dos? En casa de mi madre habría sitio para él. La sociedad de aquella gente sencilla le haría mucho bien. Podría sacar mucho provecho de ella.

—¿Y qué respondió?

—Se limitó a reír. Me habrá encontrado idiota.

—¿Y qué piensa hacer con los muebles? —pregunté por fin.

—Un judío se quedó con ellos. Me llevo, sí, mis cuadros. A excepción de esto, no poseo otra cosa que una maleta, uno que otro traje y varios libros.

—Me alegro de que vuelva usted a su casa.

Dijo que tenía muchos otros proyectos en la cabeza.

¿No pudo Strickland, pensé yo, encontrar una excusa mejor?

—Me regaló el retrato de Blanca.

Este gesto de Strickland me sorprendió; pero me abstuve de todo comentario. Guardamos silencio durante algunos instantes.

Su salud exigía una ruptura completa con el pasado. El tiempo calmaría su pesar, y cuando el olvido bienhechor se hubiera abierto paso, podría volver a cargar con el fardo de la vida. Era joven todavía. Dentro de algunos años, evocaría su angustia actual con una melancolía no desprovista de dulzura. Tarde o temprano se casaría con alguna holandesa que lo haría feliz. La idea de todos los mamarrachos que seguiría pintando me hizo sonreír.

Al día siguiente, me despedía de él en viaje para Amsterdam.

CAPITULO XL

Durante el mes siguiente, la atención de mis propios asuntos desvió mi pensamiento de Stroeve y nada ni nadie lo trajo a mi memoria. Por lo demás, no quería otra cosa que olvidarlo. Pero un día me crucé en la calle con Strickland, y, al momento, todo revivió en mí. Una repulsión instintiva me hizo apurar el paso. Sin el temor de aparecer pueril, habría esquivado su saludo. No había transcurrido un minuto, cuando sentí que su mano se posaba sobre mi hombro.

—¿Lleva usted mucha prisa? —dijo con naturalidad.

Responder con esta simpatía a mi frialdad era algo muy propio de él. Mi acogida, por cierto, no pudo dejarle la menor duda sobre mis sentimientos.

—En efecto —le respondí secamente.

—Lo acompañaré.

—¿Con qué objeto?

—Por el placer de acompañarlo.

Recorrimos así unos trescientos metros, lo que bastó para que comenzara a sentirme mal. Por fin, pasamos frente a una papelería y tuve la idea de comprar papel. Sería una ocasión para desembarazarme de su molesta persona.

—Yo entro aquí —le dije—. Hasta la vista.

—Lo espero.

Me encogí de hombros y entré en el negocio, donde no hallé lo que deseaba.

Strickland me esperaba en la puerta. Sin pronunciar palabra, continuamos hasta una plaza donde desembocan varias calles. Me detuve al borde de la acera.

—¿Qué camino lleva usted? —le pregunté.

—El suyo.

—Voy a mi casa.

—Entraré a fumar una pipa con usted.

—Podría haber esperado mi invitación.

—La habría esperado si hubiese supuesto que ella vendría.

—¿Ve usted esa pared que tiene delante?

—Sí.

—¿Y no ve usted con la misma claridad que su compañía me molesta?

—Le confieso que lo dudo un poco.

A pesar mío, su respuesta me agradó. Una de mis debilidades es la de no saber detestar a quien me hace reír. Pero me dominé.

—¡Usted me disgusta! ¡Es el personaje más innoble que he conocido! ¿Por qué se empeña en continuar conmigo, que lo detesto?

—¿Cree usted por un momento que me preocupo de su opinión?

—No me interesa eso —le interrumpí tanto más tercamente cuanto que mi convicción comenzaba a debilitarse—. No quiero tener nada que ver con usted.

—¿Teme que lo pervierta?

Me miraba de reojo, con una sonrisa sarcástica en los labios.

—¡Usted debe andar con los bolsillos vacíos!

—¿Me cree tan ingenuo como para pensar sacarle un centavo?

—Debe haber descendido mucho usted si ya no le queda otro recurso que lisonjearse a sí mismo.

Strickland sonrió con desprecio.

—Pero usted no ha reparado en esta particularidad; que el deseo de observarme no me impide comprender el desgano de su moral.

Hube de morderme los labios. No se equivocaba. Mi odio hacia él sólo se sostenía gracias a un esfuerzo de voluntad. No me quedó otra alternativa que encogerme de hombros y encastillarme en un mutismo lleno de dignidad.

CAPITULO XLI

Llegamos a mi casa. No le propuse entrar; al contrario, sin pronunciar una palabra, comencé a subir la escalera. Strickland me siguió y cruzó la puerta del departamento pisándome los talones. No había estado nunca en mi casa; sin embargo, no tuvo una mirada para la pieza en que entramos, que estaba amueblada con primor. Sobre la mesa había una tabaquera; sacó su pipa y la cargó. En seguida, se sentó sobre la única silla que había y se echó para atrás.

—Ya que obra como si estuviera en su casa, ¿por qué no toma un sillón? —le pregunté, molesto.

—¡Cómo se preocupa por mi comodidad!

—En absoluto. Pienso en mí; me incomoda verlo tendido de ese modo en una silla tan poco resistente.

Strickland sonrió con ironía, pero no se movió. Y comenzó a fumar en silencio, perdido en sus pensamientos, sin preocuparse más de mí. ¿Para qué había venido?

Mientras la rutina no ha enervado su sensibilidad, el escritor se interesa instintivamente por las singularidades de la naturaleza humana hasta el extremo que, a veces, su sentido moral se ve anulado. Con un ligero estremecimiento, se descubre una voluptuosidad de artista al contemplar el mal. ¿Acaso no es un ultraje a la moral y a la ley el amor con que el autor lleva a escena a un malvado perfecto? Al crear a Yago, Shákespeare debió sentir un goce muy distinto que cuando dió vida a Desdémona, hija del claro de luna y de su fantasía.

Se unía a mi aversión por Strickland una fría curiosidad. Me intrigaba. ¿Cómo consideraba él la tragedia de que había hecho víctima a sus salvadores? Resolví cortar por lo sano.

—Si he de creer a Stroeve, el retrato de Blanca es su obra maestra.

Strickland quitó la pipa de su boca; sus ojos se iluminaron.

—Me entretuve mucho pintándolo.

—¿Por qué se lo obsequió?

—Estaba terminado. Ya no me interesaba.

—¿Sabe usted que Stroeve estuvo a punto de destruírlo?

—¡Cosa curiosa!

Strickland volvió a su silencio.

—¿Creerá usted —dijo luego irónicamente— que ese idiota fué a verme?

—Lo sé. ¿No le impresionó su invitación?

—No. La encontré de un sentimentalismo estúpido.

—Seguramente habría olvidado usted que había destrozado su vida.

Pensativo, acariciaba su barba.

—Es un pésimo pintor.

—Pero un hombre buenísimo.

—Y un cocinero excelente.

Su insensibilidad era monstruosa. Mi indignación no me invitaba, por cierto, a medirme en las palabras.

—¿Sería una indiscreción preguntarle si la muerte de Blanca le causó algún remordimiento?

—¿Por qué había de tenerlo?

—¿Debo recordárselo? Usted estaba moribundo y Stroeve lo llevó a su casa, donde lo cuidó como a un hijo. Sacrificó todo: su tiempo, su comodidad, su dinero. Lo salvó de la muerte.

Strickland se encogió de hombros.

—Ese imbécil goza sacrificándose por los demás. No sirve para otra cosa.

—No hablemos de agradecimiento; pero, ¿qué lo obligaba a seducirle la mujer? Hasta que usted llegó, ambos vivían felices. ¿No podía dejarlos en paz?

—¿De qué deduce usted que vivían felices?

—Eso saltaba a la vista.

—¡Qué perspicacia! ¿Cree usted que Blanca le perdonaría algún día lo que había hecho por ella?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Sabe usted en qué circunstancias tuvo lugar el matrimonio?

Moví la cabeza.

—Blanca era institutriz de un príncipe romano y el hijo de la casa la sedujo. Se la arrojó a la calle. Estaba encinta, y trató de suicidarse. Stroeve la conoció en ese momento y la recogió. En seguida se casó con ella.

—Bien propio de él. No he conocido otro corazón tan compasivo.

Muchas veces me había intrigado aquel matrimonio mal ajustado; pero nunca le habría atribuído un origen semejante. ¿Habría que ir a buscar aquí la explicación de la singular calidad del amor de Dirk? Aquello era más que una pasión. La reserva de Blanca me había parecido siempre una máscara; ahora no veía en ella otra cosa que el deseo de ocultar un secreto vergonzoso. Su tranquilidad era la calma oscura y tenebrosa que sigue al temporal. Una observación cínica de Strickland, como todos las suyas, interrumpió mis reflexiones.

—Una mujer puede perdonar a un hombre el mal que le ha hecho; pero los sacrificios que se ha impuesto por ella, jamás.

—En este caso, usted puede estar tranquilo. No caerá sobre usted el resentimiento de ninguna mujer.

Una ligera sonrisa se evaporó en sus labios.

—¿Y qué ocurrió con el niño?

—¡Oh!, nació tres o cuatro meses después del matrimonio. Murió luego.

Volví entonces sobre lo que me preocupaba.

—En fin, ¿por qué se echó encima el peso de Blanca?

Tardaba tanto en responder, que ya iba yo a repetir la pregunta, cuando él rompió el silencio.

—¡Vaya uno a saberlo! Ella me detestaba, lo que no dejaba de divertirme.

—En efecto.

Strickland tuvo un gesto de cólera.

—¡Vamos, y me interesó!

Pero en seguida recobró su tranquilidad habitual y volvió a mirarme con sus ojos vidriosos.

—En un principio, ella estaba enloquecida.

—¿Le había usted hablado?

—Habría sido inútil. Ya lo sabía. No le dije nunca una palabra. Estaba resuelta. Por último, la tomé.

¿Por qué la manera en que me relató todo aquello traicionaba con extraordinaria intensidad la violencia de su deseo? Era desconcertante y aterrador. En este hombre tan extrañamente desprendido de todas las exigencias de la materia, parecía que el cuerpo tomaba a veces su revancha sobre el espíritu. En él, el sátiro triunfaba de repente, y entonces se encontraba desarmado contra un instinto tan irresistible como las fuerzas primitivas de la naturaleza. La obsesión se hacía tan completa, que no dejaba lugar en su alma para la prudencia o la gratitud.

—Pero, ¿por qué se resolvió usted a llevarla consigo?

—Yo no resolví nada — refunfuñó —. Cuando comprendí que ella estaba dispuesta a seguirme, me sentí tan sorprendido como el mismo Stroeve. Y luego le previne que tan pronto como me cansara, tendría que levantar el campo; pero ella respondió que estaba dispuesta a correr el riesgo.

Strickland se interrumpió un instante. En seguida prosiguió:

—Tenía un cuerpo admirable y yo quería pintar un desnudo. Terminado el cuadro, perdió todo interés para mí.

—Pero ella lo quería de todo corazón.

Se puso de pie y comenzó a pasearse por la pieza.

—¿Amores? ¡No los deseo! No tengo tiempo que dedicarles. Por lo demás, no son sino una debilidad. Soy un hombre, y a veces... ¡Eso es todo! Satisfecho mi deseo, paso a otra cosa. No puedo sobreponerme al instinto, pero lo odio, pues traba el espíritu. Ambiciono un día, en que, libre de esta tiranía, pueda consagrarme sin obstáculos a mi trabajo. Como las mujeres no sirven para otra cosa que para el amor, le atribuyen una importancia ridícula. Quieren persuadirnos de que eso es todo en la vida. En realidad, su papel es inútil. El amor es una enfermedad y las mujeres son los instrumentos del placer. Me exasperan sus pretensiones a ser nuestro sostén, nuestras asociadas, nuestras camaradas.

Nunca había oído a Strickland hablar tan largamente. Vibraba de indignación. Pero ni aquí, ni en parte alguna, pretendo transcribir con exactitud sus palabras; su vocabulario era restringido y no sabía construir bien una frase; era necesario adivinar su pensamiento a través de las interjecciones, de los gestos, de los períodos incompletos, y descifrarlo en la expresión de su fisonomía.

—Usted nació para vivir en la época en que se vendía las mujeres en el mercado — le dije.

—Soy sencillamente un hombre normal.

Me fué imposible contener la risa ante esta conclusión, enunciada con la mayor seriedad. Mientras se esforzaba por explicar sus sentimientos, seguía paseándose a grandes pasos, como una fiera enjaulada.

—Cuando una mujer ama, no está satisfecha sino al adueñarse del alma de su amado. Como es débil, tiene el afán, la obsesión de dominar, y ninguna otra cosa puede conformarla. Su limitado cerebro se ofende con las abstracciones que es incapaz de comprender. Las cosas materiales la absorben, y entonces siente celos del ideal. El espíritu del hombre se lanza hacia las regiones más remotas del universo, y ella trata de aprisionarlo en el círculo estrecho de su libreta de cuentas. ¿Recuerda usted a mi mujer? Pues Blanca comenzó a ensayar poco a poco los mismos artificios. Con una paciencia inagotable, se preparaba para cazarme en la trampa, e imposibilitarme para hacer cosa alguna. Quería rebajarme a su nivel. Poco le importaba mi satisfacción; le bastaba con sujetarme. Siempre estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por mí, salvo lo único que yo necesitaba: que me dejara en paz.

Permanecimos un instante en silencio.

—¿No pensó usted en lo que sería de ella cuando la hubiese abandonado?

—Podría volver con Stroeve, que no quería otra cosa.

—Usted es inhumano. Tan inútil es hablarle de estas cosas como describir los colores del arco iris a un ciego de nacimiento.

Strickland se detuvo ante mi sillón y su mirada descendió hacia mí con una expresión de desdeñoso estupor.

—¿Tienen alguna importancia a sus ojos la vida y la muerte de Blanca?

Reflexioné un instante, porque quería responder con sinceridad.

—Su porvenir estaba lleno de promesas. Encuentro horrible que se haya destrozado de esa manera brutal..., y siento vergüenza de permanecer tan indiferente ante su tragedia.

—Usted no tiene el valor de sus convicciones. Blanca no se suicidó porque yo la abandoné, sino porque era irracional y desequilibrada. Ya hemos hablado bastante de ella; no ofrece mayor interés. Venga usted conmigo, voy a mostrarle mis cuadros.

Me trataba como a un niño a quien se quiere distraer. Yo estaba descontento; mas no tanto de él como de mí mismo. Pensaba en el confortable nido de Montmartre. Me parecía demasiado cruel que un destino despiadado hubiese tronchado tan alegre existencia, y más todavía, que después de todo, aquello fuera tan poca cosa. El mundo seguía viviendo sin detenerse a contemplar toda esta miseria. En Dirk las emociones se manifestaban con más vehemencia que profundidad, y no tardaría, por su parte, en olvidarlo todo. Entonces, la vida de Blanca, iniciada sin duda entre sueños y esperanzas, podía muy bien no haber existido. Todo esto carecía de significado y de valor.

Strickland me esperaba sombrero en mano.

—¿Me acompaña?

—¿Por qué me busca usted? — le repetí —. Ya sabe que lo detesto y lo desprecio

El no se inmutó. Un momento después dijo:

—En el fondo, usted supone que me preocupo de lo que piensa de mí, y éste es el mayor reproche que le merezco. Pero esté tranquilo: sus opiniones no tienen mayor importancia para mí.

Una súbita rabia coloreó mis mejillas. Stricland no lograba comprender lo que su egoísmo empedernido tenía de chocante. ¿Cómo romper esta coraza de indiferencia? Pero, en suma, había mucho de verdad en sus palabras. Inconscientemente, quizá, medimos nuestro mérito cuando alguien opina sobre nosotros, y entonces detestamos a todos los que escapan a nuestra influencia. Creo que no hay herida más dolorosa para el orgullo humano. Pero no quise que él fuera el último en hablar:

—¡Nadie puede permitirse despreciar a sus semejantes hasta ese extremo! Dependemos para todo de los demás. Es una locura pretender vivir solo, por sí y para sí. Llegará un día en que, viejo, enfermo y desengañado, usted conocerá la humillación de mendigar la simpatía y la piedad.

—Vamos a ver mis cuadros.

—¿Ha pensado usted alguna vez en la muerte?

—¿Con qué objeto? La muerte no significa nada.

Lo examinaba. Allí estaba, de pie, inmóvil, con un aire de desafío en los ojos que, no obstante, en el lapso de un relámpago, me dejó entrever un espíritu fogoso, atormentado, cuyas aspiraciones excedían a todo lo que se halla ligado a la carne. Tuve la visión fugitiva de una persecución de lo inaccesible. Ante este hombre, que irradiaba cierta dignidad a través de su traje raído, con su enorme nariz y sus ojos ardientes, su barba rojiza y sus cabellos enmarañados, no pude rehuir una impresión extraña: me parecía estar frente a un ser inmaterial.

—Vamos a ver los cuadros! — dije yo a mi vez.

CAPITULO XLII

¿Por qué ese deseo repentino de mostrármelos? No había que perder la ocasión. La obra de un hombre lo revela. En general, [illegible] vemos más allá de las fachadas; sin embargo, para quienes saben observar, ellas se agrietan poco a poco. Gestos inconscientes, expresiones fugitivas, traicionan los caracteres. Es frecuente el caso de personas que se identifican de [illegible] perfecta manera con su máscara, que terminan por confundirse con éstas. Pero en un libro, en un cuadro, se descubre el hombre real. Sus aspiraciones, lejos de ocultarlo, subrayan el vacío de su espíritu. El estuco quiere representar [illegible] papel de mármol; mas, sigue siendo, a pesar de todo, estuco y sólo estuco. Ninguna afectación de originalidad podría disimular una mentalidad vulgar. La obra más insignificante ilumina hasta el subsuelo el alma de su autor.

Strickland vivía ahora en lo alto de la casa donde le encontré por vez primera en París. Humilde aposento que esta vez examiné con mayor curiosidad. Era todavía más estrecho [illegible] más miserable de lo que yo recordaba. ¿Qué habrían dicho, al verlo, algunos de mis amigos que reclaman talleres amplios y se confiesan incapaces de trabajar fuera de un medio adecuado a sus gustos?

—Colóquese allí — dijo, indicando un [illegible] desde donde las telas se verían, sin duda, favorecidas.

—Supongo que no tiene deseos de que hab[illegible]

—¡A fe mía que no! ¡Cállese usted!

Puso una tela sobre el caballete y me [illegible] mirarla durante uno o dos minutos; en seg[illegible] la reemplazó por otra. Me mostró así [illegible] treintena de ellas, fruto de seis años de trabajo. No había vendido una sola. Las más pequeñas representaban naturalezas muertas; las demás, paisajes. Había también una media [illegible]cena de retratos.

—Esto es todo — dijo por fin.

Quisiera poder decir que entonces compr[illegible] al momento la rara calidad y la originali[illegible] poderosa de su talento. Ahora, que he [illegible] muchos de sus cuadros y que las reproducciones me han hecho familiares a los que aun [illegible] había pintado, me sorprende y casi me rem[illegible] de mi decepción del primer día. No experimenté el choque que se siente ante el gran [illegible] Lo que vi me desconcertó, y no pasó por [illegible] mente la idea de adquirir ninguna de las [illegible] de Strickland. Perdí una ocasión marav[illegible] En la actualidad, la mayor parte de sus [illegible] enriquecen los museos, cuando no son el [illegible]gullo de los más ricos coleccionistas. Tra[illegible] descubrir maneras de excusar mi torpeza [illegible] en verdad no tengo mal gusto, reconozco [illegible] temo a la audacia. Poco conocedor en m[illegible] de pintura, me detengo sobre las huellas [illegible] quienes han pasado mucho antes que yo [illegible] aquella época, el objeto de toda mi admira[illegible] eran los impresionistas. ¡Cuánto ambicio[illegible] poseer un Sisley, un Degas o un Manet[illegible] Adoraba a Manet. Su "Olimpia" me pa[illegible] el cuadro más grande de los tiempos m[illegible]nos, y me quedaba deslumbrado ante su [illegible]muerzo en la hierba". Estas obras eran [illegible] mí la última palabra de la pintura.

No detallaré lo que vi en el taller de S[illegible]land. Las descripciones de cuadros son si[illegible] fastidiosas y éstos los conoce cualquier [illegible]nado. Ahora que la influencia de Strickl[illegible] revolucionado el arte moderno y que [illegible]

otros han explotado la región descubierta por él, sus obras encuentran a los espíritus mejor preparados para comprenderlas. Pero, no lo olvidemos, hasta entonces no había visto yo nada comparable. Acostumbrado al estilo de los viejos maestros, y viendo en Ingres al más grande dibujante moderno, estimaba que Strickland dibujaba muy mal. Ignoraba por completo la simplificación que él buscaba. Entre sus estudios, me había llamado la atención uno de frutas que representaba varias naranjas en un plato. Me chocaban aquel plato extravagante y esas naranjas aplastadas. Más grande que en la realidad, los retratos daban una sensación de pesadez. Los rostros, pintados según su procedimiento completamente nuevo, parecían tratados como caricaturas. Los paisajes me desconcertaban más aún: dos o tres rincones del bosque de Fontainebleau y varias calles de París. Un conductor de coche de alquiler un poco achispado, pensaba, podría hacer otro tanto. La crudeza de los colores me espantaba. Tuve la vaga impresión de ser víctima de una formidable mixtificación. Hoy la perspicacia de Stroeve me admira más que nunca. Tenía la intuición del genio de Strickland y de la revolución que provocaría en el arte. En efecto, hace ya algún tiempo que el mundo entero se inclina ante este genio.

Pero no porque estuviera desconcertado me encontraba menos conmovido. ¿Cómo desconocer, a pesar de mi ignorancia sin límites, aquel extraño ser que trataba de exteriorizarse? Presentía que esos cuadros encerraban grandes secretos. Era incapaz de comprenderlos, los juzgaba detestables; sin embargo, me fascinaban. Dejaban entrever, sin descubrirlo, un misterio infinitamente inquietante. Su singular atractivo escapaba al análisis. Decían lo que las palabras no pueden expresar. Imagino que, para Strickland, el sentido espiritual que emanaba de los objetos materiales era tan sutil, que no podía interpretarlo sino por símbolos imprecisos. Diríase que había descubierto una forma nueva en el caos universal y que, lleno de angustia, se esforzaba por traducirla con el objeto de tranquilizar su espíritu torturado.

Me di vuelta hacia él.

—Al ver sus cuadros, me pregunto si no ha equivocado usted el modo de expresión.

—¿Qué diablos dice usted?

—Usted tiene algo que expresar; no sé precisamente qué. Mas, ¿es verdaderamente la pintura su mejor forma de hacerse comprender?

Al suponer que la contemplación de sus obras me ayudaría a descifrar su carácter, me había equivocado. Después de observarlas, mi perplejidad era mayor. Había un solo punto que no me merecía dudas, aun cuando no me atrevía a sostenerlo sin recelar un tanto de mi imaginación: Strickland luchaba por liberarse de una fuerza que lo obsesionaba; mas la naturaleza de esta fuerza y los medios de desprenderse de ella seguían en la oscuridad.

Yo tenía conciencia cabal de un esfuerzo prodigioso para expresar un estado de alma. Los hechos no representaban nada para él; pero, en la masa de los incidentes sin importancia, acechaba lo que podía servirle. Habríase dicho que el alma del mundo le había sido revelada junto con la misión de manifestarla. Y, con gran estupor de mi parte, comenzó a despertar en mí un sentimiento que nunca había pensado experimentar hacia Strickland: una indecible compasión.

—Ahora creo comprender lo qué lo arrojó en los brazos de Blanca —le dije.

—¿En verdad?

—Ignoro hacia qué nirvana inaccesible tiende usted. ¿Lo sabe acaso usted mismo? Tal vez busque la verdad y la libertad... Entonces, por momentos, espera que el amor le traiga la salvación. Su alma, cansada, sueña con el reposo en los brazos de una mujer... Y como no encuentra lo que desea, toma horror a esa mujer. Es despiadado con ella, porque no tiene piedad con usted mismo. Y, agitado aún por el peligro a que acaba de escapar, la hace morir de terror.

Strickland tuvo una ligera sonrisa.

—¡Pobre amigo mío! —terminó diciendo—. Usted no se corregirá nunca de su sentimentalismo.

Una semana más tarde, por casualidad supe que Strickland se había ido a Marsella.

Nunca más lo volvería a ver.

CAPITULO XLIII

Releyendo lo que he escrito hasta aquí, advierto que lo que he narrado sobre Carlos Strickland debe ser muy poco satisfactorio para el que sienta alguna curiosidad por el raro personaje. He relatado incidentes que parecen oscuros, porque no conozco las razones que los provocaron. El más extraño de ellos: la determinación de Strickland de ser pintor, parece, a todas luces, arbitrario; y aunque para ello debe haber tenido sus razones, yo las ignoro. De mis conversaciones con él, no he podido deducir casi nada. Si en vez de narrar los hechos que conozco hubiera tejido una novela, hubiese podido inventar muchas cosas para explicar el cambio que se produjo en él y que lo hizo pintor. Seguramente hubiera documentado una fuerte inclinación desde la infancia, ahogada por la voluntad paterna o por la necesidad de ganarse el sustento; lo hubiera descrito impaciente, ante las restricciones impuestas por la vida; y en la lucha entre su pasión por el arte y el deber impuesto por las circunstancias, le hubiese creado un ambiente de simpatía. Y así hubiera hecho de él una figura más importante. Tal vez hubiese hecho posible ver en él un nuevo Prometeo. Habría tenido, quizá, oportunidad para modelar una versión moderna del héroe que, para bien de la humanidad, se expone a las agonías del alma condenada. Ese siempre es un sujeto conmovedor.

Por otra parte, podría haber encontrado las razones de su dedicación al arte en la influencia de sus relaciones matrimoniales. Veo una docena de maneras distintas en que eso se podría haber hecho. Un don latente podría haberse descubierto al frecuentar la sociedad de pintores y escritores en que actuaba su mujer; o una incompatibilidad doméstica podría haberle hecho buscar la soledad y un medio de expresarse. Alguna relación amorosa podría haber convertido la incipiente brasa en una hoguera. Creo que en tal caso hubiera descrito a la señora Strickland de un modo muy distinto. Hubiese dejado de lado la realidad para convertirla en una mujer gruñona, eternamente descontenta, mezquina y sin comprensión para los vuelos del espíritu. Hubiese convertido al matrimonio Strickland en un suplicio continuo, cuya única solución fuera la fuga. Creo que hubiera hecho resaltar la paciencia del marido para con la compañera incomprensiva, así como una especie de compasión que le impidiera sacudir el yugo que lo oprimía. Y por cierto que comenzaría por eliminar a los hijos.

También hubiera podido tramar un cuento impresionante poniéndolo a él en contacto con algún viejo pintor, el cual, ya por necesidad o por afán de lucro, hubiera vendido el genio que alentara en su juventud, y que, vislumbrando en Strickland las posibilidades que él habría malgastado, lo hubiese influenciado para que, abandonando todo, siguiera la divina tiranía del arte.

Los hechos, en cambio, son mucho menos románticos. Strickland, joven recién egresado del colegio, se inició en una firma de comisionistas de Bolsa, sin el menor escrúpulo. Hasta el día en que se casó, vivió la vida de sus compañeros, jugando en la Bolsa pequeñas sumas y apostando un par de libras en las carreras de caballos dos o tres veces por año. Creo que hacía un poco de box de vez en cuando; leía comúnmente el "Punch" y el "Sporting Times". Me parece que alguna que otra vez fué a un baile.

Es de lamentar que no pueda describir el trabajoso camino que lo llevó lentamente hasta la cumbre; pues si pudiera mostrarlo luchando duramente contra el fracaso, sobreponiéndose a la desesperación que suele apoderarse del artista cuando cae en las garras de su peor enemigo: la duda de sí mismo, podría despertar alguna simpatía para una personalidad que, demasiado bien lo sé, estaba singularmente exenta de atractivos. Pero no tengo ningún índice en ese sentido. Nunca he visto trabajar a Strickland ni sé de nadie que lo haya visto. Guardó firmemente para sí el secreto de su lucha. Si lidió desesperadamente en la soledad de su estudio, jamás permitió que alma alguna presenciara su agonía.

Cuando llego al período de sus relaciones con Blanca Stroeve, me desespera lo fragmentario de los hechos a mi disposición. Para dar continuidad a mi historia debería describir el proceso de esa trágica unión, pero nada sé de los tres meses que vivieron juntos. Ignoro si se llevaron bien y de qué hablaron. Después de todo, el día tiene veinticuatro horas y las cumbres de la emoción pueden ser alcanzadas sólo en grandes intervalos. Puedo sí imaginarme cómo pasaban el resto del tiempo. Mientras había luz, y las fuerzas de Blanca resistieran para posar, él pintaría y a ella debe haberla molestado el verlo absorto en su trabajo. En esos momentos no existiría para él como amante, sino tan sólo como modelo. Luego imagino las largas horas en que vivieron uno al lado del otro en silencio. Eso debe haberla asustado. Cuando Strickland sugería que al entregársele ella debió haber sentido cierto desprecio hacia Dirk porque éste la había socorrido en su hora más amarga, abría la puerta a muchas conjeturas abstrusas. Confío en que eso no era verdad, pues hubiera sido demasiado horrible... Pero, ¿quién puede sondear las sutilezas del corazón humano? En realidad, sólo aquellos que esperan hallar sentimientos decorosos y emociones normales. Blanca debe haber comprendido que para él no era más que un instrumento de placer, y en esa angustia trató de atarlo a ella, proporcionándole toda clase de comodidades, no queriendo, o no comprendiendo simplemente, que para él la comodidad no significaba nada. Tenía miedo de dejarlo solo y lo perseguía con atenciones, forjando en torno a él una red que debía serle fatal a ella. Debía ser muy desgraciada. Pero la ceguera del amor debe haberle hecho creer que era verdad lo que ella quería que lo fuese y que su amor tan grande no podía dejar de provocar otro tan intenso como el suyo.

Pero mi estudio del carácter de Strickland padece de un defecto mayor que mi ignorancia de muchos hechos. Me he referido a sus relaciones con mujeres porque fueron notables y llamativas; sin embargo, fueron parte

A la fuerza...



—¡Qué manera rara de hacer gimnasia!

insignificante en su vida. Su verdadera vida consistía en sueños y trabajo extenuante.

En Strickland, el apetito sexual ocupaba un lugar muy reducido. Tenía pasiones violentas, pero odiaba al instinto que le robaba el dominio sobre sí mismo. Creo que odiaba hasta a la compañera ocasional de sus pasiones. Por mi parte, considero que el arte es una manifestación del instinto sexual. Es una misma emoción la que siente el corazón humano ante una mujer hermosa, la bahía de Nápoles en una noche de luna o "El entierro de Cristo", de Tiziano. Me maravillo a mí mismo al decir que Strickland era un idealista, después de haberlo descrito como un egoísta brutal y sensual.

Vivía con más pobreza que el más modesto artesano. Trabajaba con más ahinco. No apetecía ninguna de aquellas cosas que para la mayoría significaban la sal y la belleza de la vida. El dinero le era indiferente. No le importaba un ápice la fama. No se le puede admirar porque resistiera a la tentación de comerciar con su arte, ya que nunca sintió esa tentación. Vivía en París más solo que ermitaño. No pedía nada a sus semejantes, sino que lo dejaran tranquilo. Tenía un único propósito, y para alcanzarlo estaba dispuesto, no sólo a sacrificarse a sí mismo, pues eso lo hace cualquiera, sino que también a sacrificar a los demás. Era un hombre odioso, pero era, aun hoy lo creo así, un gran hombre.

CAPITULO XLIV

Creo que este es el lugar adecuado para decir lo que sé de la opinión que Strickland tenía respecto a los grandes artistas del pasado, aunque es poco lo que pueda saber. Strickland no era conversador y carecía del don de expresarse con frases que pudieran pasar a la posteridad. No tenía "humour". Su manera de decir las cosas era burda y a veces provocaba la risa, sobre todo cuando decía la verdad.

Strickland no era hombre de gran inteligencia y sus opiniones sobre pintura estaban lejos de ser extraordinarias. Jamás le oí hablar de aquellos pintores cuya obra tuviera cierta analogía con la suya; de Cézanne, por ejemplo, o de Van Gogh, y hasta dudo que hubiera visto algún cuadro de éstos. Los impresionistas no le interesaban, aparte, quizá, de su técnica. Cuando Dirk Stroeve manifestaba su admiración por Monet, él solía decir que prefería a Winterhalter; pero creo que lo decía sólo para molestar al holandés. Y por cierto que lo lograba. Lamento no poder transmitir alguna extravagancia de opinión respecto a los maestros antiguos, pues eso hubiera completado el cuadro de su personalidad. Pero debo confesar que opinaba sobre los grandes pintores lo mismo que opina la mayoría de la gente. Creo que no conocía a El Greco. Sentía gran admiración, aunque mezclada a cierta impaciencia, por Velázquez. Hallaba delicioso a Chardin y describía con palabras que no se pueden reproducir el éxtasis que le provocaba Rembrandt. El único pintor que realmente le interesaba, y en forma inusitada, era Brueghel el Viejo. Lo que dijo una vez respecto a este artista me ha quedado bien grabado en la memoria, porque entonces no le entendí:

—Esto está bien. Apostaría que pasó las de Caín para poder pintar.

Años después, en Viena, vi varios cuadros de Brueghel y me pareció entender lo que quiso decir Strickland, pues aquellas obras me dieron la impresión de que el artista había tratado de expresar con el pincel sentimientos más aptos para ser expresados mediante otro arte. Quizá tanto él como Strickland han tratado de fijar con la pintura ideas más apropiadas para el arte literario.

En esa época Carlos Strickland debía contar unos cuarenta y siete años.

CAPITULO XLV

Como he dicho, sin el azar de un viaje a Tahití, seguramente no habría escrito jamás este libro. En aquella isla feliz, Strickland terminó su vida miserable y pintó la mayor parte de los cuadros que han forjado su gloria. Creo que ningún artista puede realizar completamente su sueño, y Strickland mucho menos que cualquier otro, en lucha continua con la técnica. Mas en Tahití, el medio le era favorable. Mil motivos respondían a sus aspiraciones. De sus últimas telas se desprende su altivo ideal. Ofrecen algo nuevo y extraño a la imaginación. Diríase que este espíritu, siempre errante, había descubierto por fin en esa tierra perdida en medio del océano, la posibilidad de tomar cuerpo. Según la repetida expresión, allí Strickland se encontró a sí mismo.

Mi visita a Tahití debería haber reavivado al momento el interés que me inspiraba Strickland. No ignoraba que había muerto nueve años atrás, pero nuestra última entrevista databa de quince años. Por otra parte, una novela que yo escribía entonces me absorbía hasta el extremo de que, en un principio, ni siquiera pensé en él. Finalmente, los encantos de Tahití concluyen por borrar toda preocupación.

Recuerdo que la primera mañana de mi estada en la isla me desperté temprano. Salí a la terraza del hotel, que estaba aún desierta; caminé hasta la cocina y la hallé cerrada. Un muchacho indígena estaba dormido sobre un banco cerca de su puerta, y las probabilidades de un pronto desayuno eran remotas. Comencé a caminar hacia el agua. Los chinos ya habían abierto sus tiendas. El cielo estaba aún pálido y reinaba un silencio impresionante sobre la laguna. La isla de Morea, a una distancia de diez millas, parecía custodiar un secreto.

No daba crédito a mis ojos. No hay nada que se parezca tanto al dorado reino de la fantasía como la llegada a Tahití. Morea, la isla hermana, surge del mar como por arte de magia. La belleza de la isla se va revelando al acortarse la distancia, pero sin descubrir su secreto. Nadie se sorprendería si, al llegar muy cerca de sus costas, la isla desapareciera, quedando tan sólo la soledad azul del Pacífico

Tahití es una isla verde y escarpada, cruzada por varios valles de colorido ligeramente más oscuro, por donde corren algunos torrentes frescos y cristalinos. En el ambiente hay algo que dice al visitante que bajo aquellas umbrías regiones la vida ha estado, desde tiempos inmemoriales, regida por costumbres inmutables. Un pasado milenario produce cierta impresión de trágica melancolía, que no hace sino dar mayor valor al minuto que se escapa. Tahití es amable. Parece una mujer hermosa, pródiga en encantos y bondades. Nada hay más acogedor que el puerto de Papeete. Las goletas amarradas a su muelle se ven rozagantes y limpias; la pequeña ciudad ha dispersado sus blancas casas alrededor de la bahía; púrpuras resplandecientes suben al cielo y su color vibra como un aullido de pasión. Cierta ardiente sensualidad enlanguidece el ambiente. Una multitud reidora se apretuja cuando atraca un barco. Es una marejada de rostros morenos.

La isla, tornasolada, deslumbradora, bajo el azul candente del cielo. Todo ocurre con la mayor agitación; la descarga de los equipajes, la visita a la aduana. No se ven dos labios en que no brille una sonrisa. Con el intenso calor, la luz ciega a los que llegan.

CAPITULO XLVI

Poco después de mi llegada conocí al capitán Nichols. Cierto día, mientras almorzaba en la terraza del hotel, se acercó a mi mesa. No sé quién le había dicho que me interesaba por los cuadros de Strickland. Pues bien, quería hablarme de él. En Tahití se charla como en cualquier ciudad de Inglaterra. Comencé por preguntarle si había almorzado.

—Sí. Acostumbro almorzar temprano; pero aceptaría de buena gana un poco de whisky.

Llamé al muchacho chino.

—¿No cree usted que es un poco temprano para un whisky? —preguntó luego el capitán.

—Eso es cosa suya.

—Por principio, soy bebedor de agua —dijo apurando un gran vaso de Canadian Club.

Su sonrisa descubrió unos dientes cariados. Era extremadamente delgado, de mediana estatura; llevaba sus cabellos grises cortados al ras y lucía bigote entrecano. No se afeitaba desde dos días atrás. Llevaba un traje en bastante mal estado, y sus manos, indiscutiblemente, habrían podido estar más limpias. En su rostro cruzado de arrugas, quemado por el sol de los trópicos, brillaban sus pequeños ojos azules constantemente alerta. Espiaban hasta los menores gestos y daban al capitán la expresión de un pícaro; pero por el momen[illegible] era todo cordialidad.

—Conocí muy bien a Strickland —comen[illegible] echándose atrás en su sillón y lanzando al [illegible] dos bocanadas del cigarro que acababa [illegible] ofrecerle—. Yo, precisamente, lo traje a [illegible] islas.

—¿Dónde le conoció usted?

—En Marsella.

—¿Qué hacía usted allí?

Mi interlocutor tuvo una sonrisa equívo[illegible]

—¡Hum! No andaba abundante de oro, [illegible] cierto.

Tampoco parecía estarlo ahora. ¡Sin[illegible] compañero me deparaba la providencia! [illegible] sociedad de los aventureros compensa [illegible]pre de las pequeñas molestias que su prese[illegible] ocasiona. Tienen la acogida fácil y la co[illegible]sación afable. No se hacen rogar: un [illegible] es suficiente para abrir las puertas de su [illegible] razón. Al momento se entra de lleno [illegible] intimidad, y, para asegurarse, no sólo su [illegible]fianza, sino su eterna gratitud, basta con [illegible]tar atención a su discurso. Consideran qu[illegible] conversación es el gran placer de la vida [illegible] que naturalmente los honra, y son en ge[illegible] brillantes charladores. La fertilidad de su [illegible]ginación iguala a la extensión de su exper[illegible]cia. Son personas astutas y hábiles, es ver[illegible] pero, ¡cuán respetuosos de la ley cuando [illegible] se encuentra sostenida por la fuerza!... [illegible] bien es cierto que jugar al póker con [illegible] ofrece sus peligros, no puede negarse que [illegible] ingenio agrega un encanto singular al [illegible] más excitante del mundo.

Cuando me vine de Tahití, conocía a f[illegible] a Nichols y, de los dos, yo fuí quien [illegible] más beneficiado con la amistad. Los cigarr[illegible] y el whisky que consumió a costa mía [illegible] "bebedor de agua" que no se conforma[illegible] más con los *cocktails*, y algunos dólares [illegible] le presté y que recibió como si me h[illegible] un favor, compensaban, sin duda, las di[illegible]ciones que me había procurado. Soy su [illegible]dor. Ahora estaría lleno de remordim[illegible] si, demasiado exclusivamente apegado al [illegible] de este libro, mi conciencia de biógrafo [illegible]biese despachado al capitán cada vez que [illegible]daba otro tema, o lo que es lo mismo, [illegible] dos líneas.

¿Por qué había salido de Inglaterra? [illegible] este punto, él se mostraba reservado y [illegible]bía muy bien que con la gente de su con[illegible] nunca se pueden formular preguntas d[illegible] sin correr el riesgo de caer en una in[illegible]ción. Sus alusiones a un infortunio inme[illegible] lo presentaban como a una víctima. Mi [illegible]patía para con él acogía con indiferenc[illegible] críticas que prodigaba al formulismo a[illegible]trativo de nuestra vieja patria; pero sus [illegible] desfavorables para el suelo natal no hab[illegible] bilitado su ardiente patriotismo.

—¡Inglaterra es el primer país del [illegible] —no se cansaba de repetir.

Y sentía una marcada superioridad [illegible] norteamericanos, holandeses y canacas.

El capitán no era un hombre feliz. [illegible]

una dispepsia crónica y con frecuencia recurría a las tabletas de pepsina. A la mañana lo encontraba sin apetito; pero semejante bagatela no podía bastar para alterar su buen humor. Arrastraba por la vida una carga de miserias mucho más pesada. Ocho años atrás había cometido la imprudencia de enamorarse de una mujer. Hay seres que la misericordiosa providencia destina, evidentemente, al celibato perpetuo, y que, ya por torpeza, ya por debilidad de carácter, infringen tal decreto. ¿Hay objeto más digno de compasión que el "celibato casado"? Era el caso del capitán Nichols. Su mujer podía tener unos veintiocho años; siempre parecía haberlos tenido, y de seguro a los cuarenta no representaría más. Todo en ella se encontraba restringido en grado sumo: el rostro ingrato de labios delgados, la piel estirada sobre los huesos, la sonrisa, los cabellos. En ella, el cotí blanco hacía el mismo efecto que la lustrina negra. ¿Por qué la había hecho Nichols su mujer, y, sobre todo, por qué después de contraer matrimonio, no la había abandonado? Seguramente lo había intentado más de una vez, y sus tentativas frustradas bastaban para explicar su melancolía. Dondequiera que se refugiase, su mujer, inexorable como el destino y despiadada como la conciencia, se le reunía en seguida. Como el efecto de la causa, no podía separarse de ella. El aventurero, como el artista y quizá como el *gentleman*, no pertenece a clase alguna. Se acomoda tan bien con la falta de miramientos del palurdo como con las etiquetas de los aristócratas. Pero la mujer de Nichols pertenecía a la pequeña burguesía. Y ésta es una clase que, sobre todo en los últimos tiempos, se ha dado cuenta de su importancia. Su padre, para decirlo todo de una vez, era agente de policía, y un agente de energía, según puedo asegurar. ¿Cómo explicar el interés de aquella mujer por el capitán? No creo que sea posible por el amor. Nunca le oí pronunciar una palabra, aunque también es cierto que podía reservarse la elocuencia para cuando se encontraba a solas con su marido. En todo caso éste la tenía y de una manera horrible. A veces, mientras charlaba conmigo en la terraza del hotel, la divisaba en el camino. Ella no lo llamaba; hasta parecía ignorarlo. Se limitaba a pasearse en todos los sentidos. Al momento, cierto malestar agitaba al capitán, quien miraba el reloj y suspiraba:

—Ya es hora de retirarme.

Ni la charla ni el whisky lograban retenerlo. Sin embargo, este hombre había afrontado huracanes y tifones, y en cierta ocasión no tituteó en lanzarse contra una docena de negros, desarmados, es verdad, pero sin más ayuda que su revólver. Algunas veces, la mujer de Nichols enviaba al hotel a su hija, una chica de siete años, pálida y desagradable.

—Mamá me envía a buscarte — decía con un tono llorón.

—Voy en seguida, hijita — respondía el capitán.

Al instante se levantaba y la seguía. Era aquél un hermoso ejemplo del triunfo del espíritu sobre la materia: ¡Valga, al menos, la conclusión moral de mi digresión!

CAPITULO XLVII

El capitán Nichols conoció a Strickland a fines del invierno que siguió a nuestra última entrevista en París, aquella en que él me mostró sus cuadros. ¿Qué había sido de Strickland durante ese intervalo? Lo ignoro, pero su situación, ciertamente, no debió ser muy brillante porque fué en un asilo nocturno donde el capitán lo vió por primera vez. Las huelgas hacían estragos en Marsella, y Strickland no pudo trabajar en paz.

El asilo nocturno de esta ciudad es un gran edificio de piedra, donde los desocupados pueden alojarse durante una semana, siempre que presenten sus papeles en regla y logren convencer a los frailes, sus posaderos, de que poseen un oficio. Entre la multitud que acechaba la apertura de las puertas, las anchas espaldas y el aspecto extravagante de Strickland llamaron la atención del capitán. Todos esperaban con resignada paciencia. Algunos se paseaban, y los demás se apoyaban contra la pared o se instalaban al borde de la acera, con los pies en el agua. Cuando todos se precipitaron hacia la oficina, Nichols observó que el fraile que examinaba los papeles de Strickland le dirigía la palabra en inglés; pero no alcanzó a hablarle. Llegados a la sala común, entró otro fraile con una enorme Biblia bajo el brazo. Subió a una plataforma que se levantaba en el fondo de la pieza y comenzó a verter oraciones sobre los desgraciados parias. ¡Duro precio de la hospitalidad! Los dos ingleses quedaron instalados en dormitorios diferentes. A las cinco de la mañana, un robusto hermano lego vino a despertar a Nichols, quien, una vez que se hubo lavado, afeitado y arreglado su cama, se puso a buscar a Strickland; pero el pintor ya había partido. Después de vagar una hora por las calles, Nichols desembocó en la plaza Victor-Gélu, donde se reúnen los marinos. Strickland dormitaba allí, agazapado contra el pedestal de una estatua. Nichols se aproximó a él y le despertó.

—Vamos a almorzar, viejo — le dijo.

—¡Déjeme en paz! — refunfuñó Strickland.

Reconocí el vocabulario limitado y conciso de mi amigo. El capitán debía ser un testigo digno de fe.

—¿No tiene dinero? — le preguntó Nichols.

—¡Váyase al diablo!

—Venga conmigo; me encargo de encontrarle qué comer.

Este argumento hizo levantarse a Strickland, quien se encaminó con Nichols a la "Bouchée de pain", donde los indigentes reciben algunas migajas que deben engullir al momento y allí mismo, porque está prohibido llevárselas. Se dirigieron luego a la "Cuillère de soupe", donde, durante ocho días, a las once y a las cuatro, se puede lograr una taza de cierta sopa clara y salobre. Los dos establecimientos están separados por una larga distancia, que sólo los muy hambrientos se resignan a recorrer. Desde aquel día databa la camaradería del capitán y de Strickland.

Cuatro meses de miseria en común terminaron por unir a los dos infelices.

Cuando las puertas del asilo nocturno les fueron cerradas, acudieron a la hospitalidad de Tough Bill, propietario de una pensión para marineros. Se trataba de un mulato colosal, fuerte de puños, que proporcionaba alimento y posada a los marineros sin recursos, mientras les procuraba un embarque. Su bondad tenía el límite de un mes. Los favorecidos con ella dormían generalmente en el suelo de las dos piezas desnudas con que contaba, junto con una docena de aventureros suecos, negros, brasileños. Todos los días los conducía de madrugada a la plaza Victor-Gélu, donde se dan cita los capitanes que necesitan marineros. Su mujer era una norteamericana obesa y grasienta. ¡Sabe Dios qué aventuras la habían precipitado a este grado de abyección! Los marineros se turnaban para ayudarla en los quehaceres domésticos. Strickland, con gran envidia del capitán, se libró de su turno haciendo un retrato de Tough Bill, quien no sólo le dispensó de aquella obligación, le pagó la tela, los colores y los pinceles, sino que encima le dió, además de lo convenido, una libra de tabaco de contrabando. Seguramente este cuadro engalana aún la oficina de aquel deteriorado barracón, próximo al muelle de la Joliette. ¡Ahora debe valer alrededor de mil quinientas libras! Strickland quería partir para Australia o Nueva Zelandia, con el propósito de pasar de allí a Samoa o Tahití. ¿Por qué este deseo de ver los mares del sur? Recuerdo que su imaginación estaba obsesionada desde mucho antes por una isla verde y primitiva, rodeada por un mar más oscuro que el de nuestras latitudes. Sin duda se hizo amigo del capitán Nichols porque conocía esas regiones, y él fué, precisamente, quien lo convenció de las ventajas de Tahití.

—Como usted ve, Tahití es francés — me explicaba —. Y los franceses no son tan infernalmente minuciosos como los ingleses.

Creí adivinar su punto de vista. Strickland no tenía papeles; pero esto no bastaba para confundir a Tough Bill cuando presentía un buen negocio; a él correspondía el primer mes de sueldo cada vez que lograba enrolar a un marinero, y entregó a Strickland los papeles de un fogonero inglés que murió muy oportunamente bajo su techo. El capitán Nichols y Strickland no soñaban sino con el Oriente, mas todas las ocasiones se presentaban en barcos que partían para el oeste. Strickland, por dos veces, se negó a embarcarse hacia Nueva York, y otra hacia Newcastle, a bordo de un carbonero. Tough Bill se exasperó ante este empecinamiento que para él significaba una pérdida importante. Por fin, hastiado, arrojó a la calle sin mayores ceremonias a Strickland y al capitán. Ya los tenemos de nuevo al aire libre.

Naturalmente, las comidas de Tough Bill eran bastante frugales, y todos se levantaban de la mesa con el estómago casi tan vacío como al sentarse; empero, durante varios días, los dos amigos tuvieron buenas razones para echarlas de menos. Conocieron lo que era hambre, en el cabal sentido de la palabra. La "Cuillère de soupe" y el asilo nocturno les estaban cerrados; su único recurso eran las migajas de la "Bouchée de pain". Dormían en cualquier parte, en un vagón de ferrocarril vacío, en un baldío, bajo una carreta; pero el frío los despertaba, y, después de una o dos horas de sueño agitado, reiniciaban el interrumpido vagabundear. Lo que más falta les hacía era tabaco, sobre todo al capitán Nichols, quien no se acostumbró nunca a vivir sin él. Solía recorrer la Cannabière, recogiendo las colillas de cigarro que tiraban los paseantes nocturnos.

—Con peores he cargado mi pipa — decía filosóficamente, encogiéndose de hombros, mientras sacaba dos cigarros de la caja que yo le había tendido. Encendía uno y se guardaba el otro, con gran cuidado, en el bolsillo.

A veces, la suerte cambiaba. Cuando atracaba un paquebote, Nichols se las arreglaba para captarse las simpatías del inspector; entonces, él y Strickland eran enrolados como estibadores. Una vez a bordo de los barcos ingleses, se deslizaban al comedor de la tripulación, donde nunca faltaba quien les ofreciese un almuerzo abundante; pero se corría el riesgo de toparse con alguno de los oficiales y de verse expulsados de un puntapié.

—¿Qué importancia tiene un puntapié..., cuando se está con el estómago lleno? — decía el capitán Nichols —. No me ofendí jamás. Ante todo, un oficial debe respetar la disciplina.

Me parecía ver a Nichols rodando por el puente, impulsado por la pierna estirada de un oficial, y regocijándose luego, como verdadero inglés, con la gracia de la marina mercante.

La venta de pescados ofrecía recursos imprevistos. Cargando camiones con cajas de naranjas, nuestros personajes llegaron a ganar hasta un franco al día. Cierta vez se les presentó una ocasión. Uno de sus protectores se había encargado de pintar un barco de carga que volvía de Madagascar por el Cabo de Buena Esperanza. Los contrató a ambos. Durante varios días, balanceándose sobre un tablón, estuvieron embadurnando el casco enmohecido. Esta situación debía encantar el ánimo de Strickland. Pregunté cómo soportaba tantas privaciones.

—A veces regañaba un poco; pero cuando no habíamos comido nada en todo el día, ni ganado lo suficiente para dormir en lo de "Chink", solía estar tan alegre como un pinzón.

No me extrañaba. Conocía la superioridad de Strickland en casos que, como éste, habrían desconcertado a cualquier otro. Estos rasgos de su carácter, ¿denotaban igualdad de

humor o simplemente afición a la paradoja?

El "Chink's Head" es el nombre que los desocupados marselleses dan a una pocilga que un chino tuerto mantiene en la rue Bouterie. Es el refugio obligado de todos los miserables. Y en las noches glaciales, cuando la *mouise* (la pobreza) se hace más desoladora, abrigan sus cuerpos casi siempre esqueléticos con los diarios del día. Estos vagabundos ignoran lo que es mezquindad, y el que posee algún dinero no vacila en compartirlo. Sus nacionalidades, muchas veces antagónicas, no perturban en absoluto la cordialidad de sus relaciones. Se sienten ciudadanos de un país sin fronteras que los engloba a todos: el gran país de Jauja.

—Pero cuando se le hablaba con dureza, Carlos era implacable; no puede decirse que fuera tolerante — prosiguió el capitán Nichols —. Cierto día, en la plaza, Tough Bill le pidió los papeles que le había dado: "¡Ven a buscarlos!", le respondió Carlos. Tough Bill no soportaba atrevimientos, pero el aspecto de Strickland le hizo desconfiar un tanto de sus fuerzas: se contentó con insultarlo. Los vocablos más duros e insultantes pasaron por sus labios, y, cuando se disponía a seguir su camino, Carlos lo contempló un instante, avanzó en seguida unos pasos y le gritó: "¡Trompudo!". No era tan grave la palabra como el tono con que se lo dijo. Tough Bill se puso verde de ira y echó a andar apresuradamente.

Sin embargo, Tough Bill no era hombre que soportara los atrevimientos de un simple marinero. Su autoridad dependía de su prestigio. En varias oportunidades, los dos inseparables fueron advertidos de que había jurado matar a Strickland.

Una tarde, el capitán Nichols y Strickland bebían en un bar de la rue Bouterie, que es una callejuela limitada a ambos lados por una hilera interminable de casitas que tienen la particularidad de poseer solamente una habitación; recuerdan los carros de los gitanos y las jaulas de fieras de los circos. En cada puerta hay siempre una mujer. Con voz chillona, cantan entre dientes alguna pieza de moda o se insinúan a los transeúntes. A veces, fingen leer. ¡Qué confusión de francesas, italianas, españolas, japonesas y negras! Bajo el afeite grosero — la pintura espesa de las cejas y el rojo violento de los labios — se transparentan en todas estas criaturas delgadas como un huso, cuando no inválidas por la grasa, las huellas de la edad y los estigmas de la mala vida. Unas se exhiben envueltas en tela negra y con medias color carne; otras dejan caer sus cabelleras sucias y desgreñadas sobre un vestido de muselina rosada o blanca. A través de la puerta entreabierta se divisa un enladrillado rojo, un jarro con agua y una palangana. Afuera, circula un mundo abigarrado. Hindúes de un "P. and O." ("Pacific and Oriental" es una compañía inglesa de vapores), rubios gigantes de una goleta sueca, aventureros ingleses, españoles, alemanes; pálidos tripulantes de un navío japonés, alegres marineros de la flota francesa, negros de un transporte norteamericano. Durante el día, flota en el ambiente un rumor sórdido; pero en la noche, las luces pestañeantes de las casas dan a la calle una belleza siniestra. El sabor a vicio que envenena el aire transporta al transeúnte al mundo de la sensualidad. A pesar de su repulsión, el espectáculo obsesiona y embarga con su inquietante misterio. Aquel oscuro llamado a los instintos elementales disgusta y fascina. En esa atmósfera densa, los convencionalismos de la vida cotidiana desaparecen. Allí se vive frente a frente a la realidad bruta.

Una pianola martilleaba algunos trozos de música bailable en el bar donde se encontraban Strickland y Nichols. Alrededor del mesón se hallaban instalados varios grupos. Aquí, una media docena de marineros borrachos rasgaban el aire con sus gritos y sus risas; allí, siete u ocho soldados no menos bulliciosos. En el centro del local, apretujadas unas contra otras, varias parejas bailaban. Con sus manos groseras y callosas algunos marineros barbudos, de rostros curtidos por los aires marinos, manoseaban a sus parejas, que no llevaban encima más que un pingajo transparente. De cuando en cuando se levantaban dos marineros y comenzaban a bailar juntos. Canciones, carcajadas y alaridos se fundían en un ruido ensordecedor. Cuando un hombre daba un prolongado beso a la moza que tenía en las rodillas, los silbidos de los ingleses venían a sumarse a la batahola. El humo oscurecía el aire, donde flotaba el polvo levantado por los toscos zapatos de los bailarines. El calor se tornaba cada vez más insoportable. Allá, en un rincón, una mujer amamantaba a su hijo. El mozo, un adolescente desmedrado, pecoso y con cara de estúpido, iba y venía con una bandeja llena de vasos de cerveza.

De súbito, Tough Bill, seguido de dos colosos negros, irrumpió en el establecimiento. Venía medio borracho y buscaba una pelea. Al entrar tropezó con la mesa de tres soldados y volcó un vaso de cerveza. Se cambiaron algunas amenazas y el dueño del bar, cuya fuerza sabía hacer respetar su voluntad, invitó a Tough Bill a retirarse. Tough Bill vaciló un instante. La policía sostenía al dueño; era preferible no presentar resistencia. Lanzando un juramento, dió media vuelta, e iba ya a salir cuando divisó a Strickland. Dió entonces un paso hacia él y, sin pronunciar una palabra, reunió toda la saliva que tenía y le escupió en la cara. Strickland manoteó un vaso de sobre la mesa y se lo tiró. Los bailadores se detuvieron. Hubo un momento de completo silencio, pero cuando Tough Bill se arrojó sobre Strickland, la fiebre de la lucha se apoderó de todos los espectadores y la confusión se hizo general. Varias mesas se fueron al suelo y los vasos rodaron, haciéndose pedazos.

Las mujeres huyeron hacia la puerta o se escondieron detrás del mostrador. Entraron algunos transeúntes. Se cruzaron injurias en todas las lenguas, entre ruidos de golpes, gritos y carcajadas. Pronto se despejó el centro del local, donde sólo quedó una docena de hombres luchando furiosamente. Llegó la policía. Los más listos escaparon. Cuando el bar estuvo casi desierto, pudo verse a Tough Bill tendido en el suelo, con una gran herida en la cabeza. A su lado, con sus ropas hechas jirones, Strickland se secaba la sangre de una herida que tenía en el brazo derecho. El capitán Nichols, a quien un directo a la nariz había enceguecido, se esforzaba por hacerlo salir del local.

—Le aconsejo que se marche de Marsella antes que Tough Bill salga del hospital — dijo a Strickland cuando, de regreso a Chink's Head, comenzaba a ver claro.

—¡Qué pronto lo asustan las peleas de gallo! — respondió Strickland.

Creí ver su sonrisa sarcástica.

Nichols se inquietaba porque conocía lo rencoroso que era Tough Bill. Dos veces había llevado Strickland la ventaja; por lo mismo, con doble despecho, el marino no era un adversario despreciable. Ya acecharía la ocasión. Una noche Strickland recibiría una puñalada por la espalda, y dos o tres días después se sacaría del agua sucia del puerto el cadáver de un desconocido. Al día siguiente, por la tarde, Nichols fué a informarse sobre el estado de Tough Bill. Estaba aun en el hospital; pero ya podía recibir visitas. Tan pronto como saliera, afirmaba su mujer, daría su merecido a Strickland.

Pasó una semana.

—Insisto en lo que he dicho — manifestaba el capitán —. Cuando se hiere a un hombre, no hay que descuidarse.

El azar vino en ayuda de Strickland. Un barco que partía para Australia pidió un fogonero al "Hogar del Marino". Uno de los suyos se había lanzado al mar, en una crisis de delirio, durante la travesía de Gibraltar.

—Lárguese al puerto, viejo, y enrólese al momento — dijo Nichols a Strickland.

Strickland partió en seguida y el capitán [illegible] volvió a verlo. El barco se detuvo sólo seis [illegible] ras y, aquella misma tarde, Nichols vió desva[illegible]necerse el humo de sus chimeneas, que se per[illegible]dían hacia el Oriente entre las brumas del [illegible]

He narrado todo esto de la mejor [illegible] porque me gustan los contrastes que repre[illegible]tan estos episodios con la vida que Strickl[illegible] llevaba en Ashley Gardens, ocupado en la com[illegible]praventa de títulos y acciones, pero sé [illegible] bien que el capitán Nichols era terriblem[illegible] mentiroso y es muy posible que no hu[illegible] una palabra de verdad en todo lo que me con[illegible]tó. No me extrañaría en lo más mínimo sa[illegible] que ni había visto en su vida a Strickland [illegible] que todo lo que de él contaba lo había sac[illegible] de las páginas de una revista de Marsella.

CAPITULO XLVIII

Me proponía terminar aquí mi libro. En [illegible] principio pensé comenzar por los últimos [illegible] de Strickland en Tahiti y su horrible fin, [illegible] volver atrás, y hablar luego de sus prim[illegible] tiempos. Me habría gustado concluir prese[illegible]dolo en la ruta hacia la isla desconocida [illegible] obsesionaba su imaginación. Me represe[illegible] esta partida para un nuevo mundo, a los [illegible]renta y siete años de edad. Era mucho [illegible] ¿Acaso a esta edad no se ha deslizado ya [illegible] mayoría de los hombres a la comodidad de [illegible] rutina? En el horizonte gris del mar ag[illegible] por el mistral, miraba, firme e intrépido, [illegible] aparecer para siempre las costas de Fr[illegible] Esto me habría dado ocasión para terminar [illegible] una nota de esperanza y confirmar el car[illegible] de su naturaleza indomable. Pero no lo [illegible] conseguir. Mi historia se encadenaba m[illegible] ello me indujo a renunciar después de [illegible] dos tentativas. Resolví entonces comenzar [illegible] el principio, resignándome a relatar lo que [illegible]bía, en el mismo orden en que había lleg[illegible] mi conocimiento.

Por desgracia, en la cadena de los ac[illegible]cimientos faltan eslabones. Me encuentr[illegible] la situación del paleontólogo que, con la [illegible] de un hueso único, debe reconstruir, no [illegible]mente el aspecto de un animal desapar[illegible] sino también sus costumbres. En Tahiti, la [illegible]sencia de Strickland no causó sensación. [illegible] consideraba un bohemio, siempre sin un [illegible]tavo y siempre dispuesto a embadurnar [illegible] cuadros incomprensibles. Sólo varios años [illegible]pués de su muerte, cuando los comerciantes [illegible] París o de Berlín comenzaron a buscar por [illegible] isla sus últimas telas, sus amigos tuvieron [illegible] sensación de haber convivido con un ho[illegible] extraordinario. ¡Pensar que habrían podido [illegible]quirir a cambio de un trozo de pan esas [illegible] de gran valor! No podían consolarse. U[illegible] Cohen, viejo negociante judío, tenía una [illegible] de Strickland que llegó a sus manos por [illegible] singular casualidad. Se trataba de un fr[illegible] de ojos dulces y sonrisa amable, mitad [illegible] y mitad colono, que traficaba entre los [illegible]motous y las Marquesas. Salía cargado de [illegible]caderías y regresaba con copra, corales y [illegible]las. Alguien me había dicho que me ve[illegible] barata una enorme perla negra. Fuí a [illegible] pero sus pretensiones eran superiores a [illegible] medios. Para no perder el viaje, le habl[illegible] Strickland, a quien había conocido muy [illegible]

—Vea usted — me confió —, yo me in[illegible] por él porque era pintor, que aquí son [illegible] escasos. Pero me daba lástima su falta de [illegible]lento. Le procuré su primer empeo. Tengo [illegible] plantación en la península y buscaba ent[illegible] un blanco para que la vigilara. De los [illegible]genas no se puede obtener nada si no [illegible] bajo las órdenes de un blanco. Le dije: "[illegible] dispondrá de todo el tiempo que quiera [illegible] pintar, lo que aliviará mucho sus tareas". [illegible]taba a la vista que se moría de hambre; [illegible] no pude aprovechar de esta circunstancia [illegible] explotarlo.

—¡Qué guardián habría sido!

—Siempre he sentido simpatía por los ar[illegible] Nosotros llevamos eso en la sangre. Pero S[illegible]

land no permaneció mucho tiempo a mi servicio. Tan pronto como pudo comprar pinturas y pinceles, me abandonó. Le obsesionaba el país y no pensaba más que en la selva. Sin embargo, seguí viéndolo. De cuando en cuando reaparecía en Papeete, cambiaba dos o tres frases con nosotros y luego se marchaba otra vez. Durante una de estas cortas permanencias en el puerto vino a pedirme doscientos francos prestados. Comprendí que hacía muchos días que no probaba bocado; no tuve corazón para negarme. Naturalmente, sabía que era dinero perdido. Pues bien, un año más tarde volvió a verme trayéndome un cuadro. Por cierto que no le hablé de la deuda; él tampoco, pues se limitó a decirme: "He pintado especialmente para usted este paisaje de su plantación". Sin saber qué responderle, miré su mamarracho y se lo agradecí como debía. Cuando hubo partido, enseñé el paisaje a la vecindad.

—¿Y qué tal era?

—¡Más vale que no hablemos de eso! No tenía pies ni cabeza. ¡Nunca he visto nada semejante! "¿Y qué haremos con él?"—dije a mi mujer—. "No podemos colgarlo en el salón—me respondió—. Se burlarían de nosotros". Lo arrojé entonces en el desván, junto con los trastos viejos e inmundicias de la casa, porque mi mujer, según verá usted, no se resuelve jamás a tirar nada. Es su manía. Pero poco antes de la guerra, mi hermano me escribió desde París, diciéndome: "¿Has oído hablar de un pintor inglés que vivía en Tahití? Parece que era un genio. Sus pinturas están alcanzando precios fabulosos. Trata, pues, de conseguir algunas de sus obras y envíamelas. Hay mucho que ganar".

"¿Crees tú que estará todavía en el desván —dije a mi mujer— ese cuadro que nos obsequió Strickland?". "Allí tiene que estar —me respondió—. Bien sabes que guardo todo". Como pudimos, nos encaramamos al desván y allí, entre el maremágnum de cosas acumuladas en los treinta años que vivíamos en aquel barracón, logramos localizar la tela. La miré de nuevo y declaré: "¡Quién hubiera pensado que era un genio el que vigilaba mi plantación! ¡Un genio el deudor de mis doscientos francos! ¿Te dicen algo estos garabatos?". "No —respondió mi mujer—, ésta no puede ser nuestra plantación. ¿Ha visto alguien alguna vez cocoteros con hojas azules? Pero estos parisienses tienen el cerebro al revés, y puede ser que paguen a tu hermano los doscientos francos que te debía Strickland".

Por fin embalamos el cuadro y lo remití a mi hermano. Pasaron algunas semanas, un mes, dos; por fin, un buen día recibo una carta de mi hermano. ¿Adivina usted lo que decía? "He recibido tu cuadro y confieso que al verlo creí perder la cabeza. No habría dado jamás un centavo por un mamarracho semejante. Hube de vencer mi vergüenza para mostrárselo al señor de que te había hablado. ¿Te imaginas mi embeleso cuando él me declaró que era una obra maestra y que me ofrecía por ella treinta mil francos? Estoy seguro de que habría dado más; pero francamente, yo estaba tan sorprendido, que perdí el norte: acepté antes de reponerme de la sorpresa".

Entonces, Cohen tuvo una frase admirable.

—¡Qué lástima que Strickland haya muerto! ¿Qué habría dicho al devolverle yo los veintinueve mil francos que le correspondían?

CAPITULO XLIX

Me hospedaba en el hotel "La Flor". Su propietaria, la señora Johnson, no se conformó nunca con la ocasión estupenda que había dejado escapar. Muerto Strickland, una parte de sus trastos fué vendida al mejor postor en la plaza de Papeete. Cierta sartén norteamericana que le interesaba la trajo al remate. Pagó veintisiete francos por ella.

—Había también una docena de cuadros —agregó— que ni siquiera tenían marco. Como usted comprenderá, nadie se interesó por ellos. Algunos subieron a diez francos, pero la mayoría salieron en cinco o seis. ¡Vea usted si los hubiera comprado, hoy sería rica!

Pero Tiaré Johnson no había nacido para ser rica. El dinero se le escapaba de entre los dedos. Hija de una indígena y de un capitán inglés que vivió largos años en Tahití, era, cuando la conocí, una voluminosa y marchita matrona de cincuenta años de edad. Sin su expresión de inalterable benevolencia, habría infundido respeto. Sus brazos parecían piernas de cordero; sus senos, coles gigantes; su rostro carnoso daba una impresión de impúdica desnudez, y su papada le colgaba con majestad hasta las profundidades del pecho. Por lo general usaba una gran peineta rosada y un enorme sombrero de paja; pero cuando se descubría, lo que ocurría con frecuencia porque le gustaba exhibir su cabellera, que la llenaba de orgullo, todos admiraban su color negro azabache y su opulencia. Sus ojos conservaban aún la chispa de la juventud y de la vivacidad. ¡Y cómo reía! Nunca he oído nada más comunicativo. Un ruido sordo comenzaba a agitarse en el fondo de su garganta, aumentaba lleno de intensidad, subía de tono, y, por fin, cuando llegaba el momento de la bulliciosa carcajada, todo su vasto cuerpo se estremecía. Tres cosas la transportaban de júbilo: una picardía, un vaso de vino y un buen mozo. No conocerla era algo sin consuelo.

No tenía rival para la cocina y adoraba la buena mesa. De la mañana a la noche se la podía ver sentada en una silla baja, junto al fuego y rodeada de un cocinero chino y de dos o tres muchachas indígenas, dando órdenes, charlando con quien se acercara y probando los guisos que inventaba. Cuando quería agasajar a algún amigo, no se conformaba ya con dirigir: preparaba las viandas con sus propias manos. La hospitalidad era su manía y en la isla nadie corría el riesgo de ayunar mientras quedara algo en la despensa de la dueña de "La Flor". Nunca negaba alojamiento a los malos pagadores. Los creía siempre deseosos de reivindicarse en la primera oportunidad. Hospedaba desde meses atrás a un viajero sin recursos. Cierto día el lavandero chino rehusó seguirle lavando. Tiaré hizo lavar la ropa blanca del pobre diablo junto con la suya. "¿Cómo dejar que el desgraciado se paseara con la camisa sucia?", se justificaba más tarde. Y como era un hombre, y los hombres deben fumar, comenzó luego a darle un franco diario para su tabaco. Lo atendía con los mismos cuidados que al mejor de sus clientes. Privada del amor por su edad y su gordura, parecía haber encontrado su compensación en el interés que le provocaban las aventuras de los jóvenes. A sus ojos, el comercio amoroso era la ocupación más natural. No quería otra cosa que hacer aprovechar a los demás de su experiencia y de sus consejos.

—No había cumplido quince años aun, cuando mi padre se enteró de que tenía un amante —contaba—; un apuesto muchacho, segundo piloto del "Oiseau des Tropiques".

Suspiraba al decirlo. Se afirma que una mujer no recuerda jamás sin ternura su primer amor, pero ¿acaso lo recuerda siempre?

—Mi padre era un hombre de buen sentido.

—¿Qué hizo?

—Por poco me rompe los huesos... En seguida me casó con el capitán Johnson. No pude objetar nada. Era más viejo, es verdad, pero buen mozo también.

Tiaré —su padre le había dado el nombre de esas flores blancas y perfumadas cuyo aroma, según se dice, termina siempre por atraer a Tahití—, Tiaré, digo, recordaba muy bien a Strickland.

—Solía venir al puerto. Todos lo veíamos errando sin rumbo fijo por las calles de Papeete. Me inspiraba compasión. ¡Tan flaco y siempre sin un centavo! Cuando yo sabía que estaba en la ciudad, le mandaba a decir por un muchacho que viniera a almorzar conmigo. Una o dos veces le encontré trabajo, mas no duraba en parte alguna. Pronto renacía en él el deseo de volver a la selva y, así, una mañana cualquiera había desaparecido...

Pequeño error



—Me equivoqué, querido. Decía "una taza de pimientos dulces" y yo leí "de pimienta".

Strickland desembarcó en las playas de Tahití seis meses después de partir de Marsella. Se había enrolado en un velero que navegaba entre Auckland y San Francisco. Al bajar a tierra, una caja de colores, un caballete y una docena de telas componían todo su equipaje. Poseía algún dinero, porque en Sydney había encontrado trabajo, y arrendó un pequeño cuarto en una choza en las afueras de la ciudad. En Tahití se sintió en seguida en su ambiente. Cierta vez, contó a Tiaré:

—Me preparaba para lavar el puente, cuando oí exclamar a un compañero: "¡Esta vez, a ella!" Levanté la vista y divisé en el horizonte los perfiles de una isla. Al instante comprendí que eso era lo que había soñado toda la vida. A medida que nos acercábamos, me parecía reconocer algunos sitios ya vistos. Cuando desembarqué, todo me fué familiar. Diríase que ya había vivido en estos lugares.

—A veces ocurre así —le contestó Tiaré—. He visto a algunos muchachos descender a tierra durante las horas que sus barcos tardan en cargar carbón, y que no se han movido más de aquí; como he oído a otros que han pasado aquí un año encerrados en una oficina, decir al reembarcarse que preferirían reventar antes que volver... Pues bien: seis meses después estaban de regreso. ¡No podían vivir en otra parte!

CAPITULO L

Tengo la idea de que algunos hombres no nacen donde les corresponde. En el rincón del mundo en que el azar los ha puesto, viven con la nostalgia de un sitio desconocido. Son extranjeros en el suelo natal; los senderos cubiertos de hojas que hollaron desde su infancia, las calles populosas donde jugaron de niños, no son para ellos sino algo transitorio. Aislados durante toda la vida en el seno mismo de su familia, permanecen indiferentes a los únicos paisajes que han contemplado sus ojos. ¿Es esto lo que mueve a ciertos individuos a buscar en la distancia algo a qué ligarse? ¿Es éste un profunto atavismo que conduce al vagabundo a la tierra que abandonaron sus antepasados en los orígenes confusos de la historia? A veces, llega a un lugar y allí le atan lazos misteriosos. ¡Es el país de sus sueños! Se siente en él mejor que en su casa. Es de creer que estos horizontes le eran familiares desde su nacimiento.

Allí, por fin, encuentra la paz.

Referí a Tiaré la historia de un hombre que

conocí en el hospital Santo Tomás. Era un judío, de nombre Abraham, rubio, joven, más bien grueso, tímido y modesto, pero de notable talento. Llegó al hospital gozando de una beca y durante los cinco años del curso obtuvo todos los premios. Se recibió de médico y fué nombrado cirujano interno, y en seguida jefe de servicio, con lo que vió asegurado su futuro. Hasta donde es humano predecir, es seguro que alcanzaría las más altas cumbres en su carrera. Honores y riquezas lo esperaban. Antes de asumir su nueva posición de jefe de servicio, quiso tomar unas vacaciones, y no disponiendo de medios, se alistó, con la ayuda de uno de sus superiores, como médico, a bordo de un barco de esos que habitualmente viajan sin él.

A las pocas semanas de partir, las autoridades del hospital recibieron su renuncia al tan solicitado cargo, que él había obtenido gracias a su talento y tesonero trabajo. La decisión creó gran asombro y dió pábulo a los rumores más extravagantes. Cada vez que un hombre hace algo inesperado, sus semejantes le atribuyen los motivos más inverosímiles. Pero había un hombre listo para ocupar el puesto de Abraham, y Abraham fué pronto olvidado. Nunca más se supo de él. Había desaparecido.

Unos diez años más tarde, hallándome a bordo de un barco que estaba por atracar en Alejandría, tuve que hacer fila con los demás pasajeros para el examen médico. Este era un hombre gordo, mal vestido, y cuando se quitó el sombrero vi que era calvo. Vagamente me pareció haberlo visto antes. De repente lo recordé.

—¡Abraham! —le dije.

Me miró sorprendido y luego, reconociéndome, me tomó la mano. Después de las recíprocas protestas de asombro, enterado él de que yo iba a pasar la noche en Alejandría, me invitó a comer en el Club Inglés. En cuanto nos encontramos a la noche, le expresé mi sorpresa al verlo en un puesto tan modesto. Entonces me contó su historia.

Cuando inició aquel viaje de descanso por el Mediterráneo, tenía toda la intención de volver a Londres. Una mañana, el carguero que lo llevaba ancló en Alejandría. Desde la cubierta contempló la ciudad, blanca a la luz del sol. Vió a los indígenas con sus ropas raídas, vió negros del Sudán, vió griegos e italianos vociferando, turcos sombríos, el sol y el cielo azul, y algo sucedió dentro de él. "No podría explicarlo", decía. Fué como una revelación. Se sintió invadido por una gloriosa libertad. Se sintió como en su casa y en ese instante decidió que viviría para siempre en Alejandría. No tuvo dificultades para abandonar el barco y a las veinticuatro horas estaba en tierra con todo su equipaje.

—El capitán debe haberlo creído loco —le dije sonriendo.

—No me importó lo que pudiera pensar de mí. No era yo quien obraba en ese momento; algo más fuerte me impulsaba. Decidí alojarme en un hotelito griego, hasta orientarme un poco, y, ¿quiere creerme?, me fuí derecho a uno como si lo hubiera conocido antes.

—¿Había estado usted anteriormente en Alejandría?

—Jamás había salido de Inglaterra. Pues aquí me quedé y al poco tiempo se me ofreció el puesto que ocupo.

—¿No se lamenta de haber abandonado su carrera?

—Nunca, ni un minuto. Gano lo suficiente para vivir y eso me basta. Sólo pido poder vivir así hasta el fin de mis días. ¡Vivo una vida maravillosa!

Al día siguiente me fuí de Alejandría y no recordé más a Abraham, hasta un día en que comí con otro viejo amigo, Alec Carmichael, que se hallaba en Inglaterra gozando de unas cortas vacaciones. Lo encontré en la calle y lo felicité por los honores que había recibido en reconocimiento de los eminentes servicios prestados durante la guerra. Me llevó a su hermosísima casa en la calle Reina Ana. Después de la comida, cuando su esposa, ¡hermosa mujer!, nos hubo dejado solos, comenté sonriendo el cambio favorable que se había producido en su situación, desde nuestros tiempos de estudiantes, en que nos parecía una extravagancia comer todos los días, en un restaurante italiano de quinto orden. Ahora, Alec pertenecía a una media docena de hospitales y creo que ganaría unas diez mil libras por año.

—Me ha ido bastante bien —me dijo—; pero lo más extraño del caso es que lo debo todo a una casualidad.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Recuerdas a Abraham? Era el hombre que, al salir de la facultad, tenía el porvenir asegurado. En todo me precedía. Siempre obtenía las becas y los premios a que yo aspiraba. El debió ocupar la posición que yo detento ahora. Era un genio de la cirugía. A su lado, sólo me restaba dedicarme a la práctica de la medicina general, y tú sabes el corto recorrido que eso tiene. Pero Abraham desapareció y yo obtuve el puesto que él dejó vacante. Eso me brindó mi oportunidad.

—Quizá tengas razón.

—Todo fué cuestión de suerte. Abraham debe tener alguna tara. ¡Pobre demonio! Se habrá hundido por completo. Tiene un puesto de mala muerte en Alejandría. Me dijeron que vive con una vieja griega, con la que tiene media docena de hijos escrofulosos. La verdad es que no basta tener talento; lo que cuenta es el carácter, y Abraham no lo tenía.

¿Carácter? Me parecía que hace falta carácter para abandonar una carrera brillante después de media hora de meditación, sólo por el hecho de haber visto, en un modo de vivir distinto al que se lleva, un mayor significado. Y hacía falta más carácter todavía, para no haber lamentado nunca ese paso repentino. Pero no comuniqué a Alec mis reflexiones y él siguió diciendo:

—Sería un hipócrita si dijera estar apenado por lo que hizo Abraham. Al fin y al cabo yo salí ganando con ello, pero no puedo dejar de considerar lamentable que un hombre eche a perder su vida de ese modo.

Yo dudaba de que Abraham hubiera echado a perder su vida. Vivir como se quiere, en paz consigo mismo, ¿es echar a perder su vida? ¿Y se llama tener éxito a ser un cirujano eminente, ganar diez mil libras anuales y tener una mujer hermosa? Supongo que eso depende del valor que se quiera dar a la vida y al derecho que se le quiera conceder a la sociedad y al individuo. Pero me callé la boca. Después de todo, ¿quién soy yo para discutir con un eminente cirujano?

CAPITULO LI

Después de oír mi historia, Tiaré permaneció en silencio unos instantes. Hallábamonos desgranando guisantes y conversábamos distraídamente. De súbito, sus ojos, siempre alerta, sorprendieron una operación del cocinero chino, que la enfureció. Se dió vuelta hacia él y descargó sobre el desgraciado un torrente de injurias. El chino era cáustico y agresivo para contestar. Su respuesta desencadenó una violenta querella. Se insultaron mutuamente en su dialecto tahitiano, del que yo apenas conocía una que otra palabra. Al oírlos, habríase dicho que el mundo iba a estallar; pero la tempestad amainó luego y Tiaré terminó por ofrecer un cigarrillo a su altanero subalterno. El humo del tabaco vino a sellar la paz y todo recobró su tranquilidad habitual.

—¿Sabe usted que yo le presenté a su mujer? —dijo repentinamente Tiaré con su ancha faz iluminada por una sonrisa.

—¿Al cocinero?

—No, a Strickland.

—¡Pero si ya tenía una!

—Me lo repitió muchas veces; pero yo le observé que ella vivía en las Islas Británicas, y las Islas Británicas están en el otro extremo del mundo.

—¡Bien dicho!

—Cada dos o tres meses, cuando comenzaban a escasearle los colores, el tabaco o el dinero, Strickland reaparecía en Papeete, para deambular por sus calles como un perro perdido. Tenía yo de lavandera a una muchacha llamada Ata, que había recogido a la muerte de sus padres. Strickland solía venir al hotel con el propósito de almorzar bien alguna vez o de jugar una partida de ajedrez con sus amigos. Habiendo reparado que Ata tomaba pretexto de todo para mirarlo, le pregunté un día lo que pensaba de él. Le gustaba. Y usted sabe cómo son estas mujeres: siempre están listas para ofrecerse a un blanco.

—¿Era una indígena?

—Sí. No tenía una gota de sangre blanca. Pues bien, después de haber hablado con ella, mandé a buscar a Strickland y le dije: "Strickland, ha llegado el momento de que ponga orden en sus cosas. Un hombre de su edad no puede mantenerse en su situación respecto a las mujeres. No son ellas gran cosa; tampoco lo conducirán a nada bueno. Pero no tiene usted un centavo y es incapaz de desempeñar un puesto durante dos o tres meses. Nadie quiere saber nada con usted. Aunque dice que siempre puede llevarse a la selva a tal o cual indígena y que todas ellas no quieren otra cosa que seguirlo porque es blanco, no lleva una existencia digna de un hombre de su raza. Ahora quiero que me escuche bien".

Tiaré mezclaba el francés y el inglés, que hablaba con la misma facilidad. Su voz agu[illegible] y penetrante no carecía de encanto. Hacía pensar en el gorjeo de las aves.

"—¿Por qué no se casa con Ata? Es una buena muchacha y solamente tiene diecisie[illegible] años. No aspira al libertinaje, como las demás ni un capitán, ni un primer piloto; pero, ¿qué digo?... ¡Ni siquiera un indígena la ha toca[illegible] alguna vez! Se respeta, ¡y cómo! El comisar[illegible] del "Oahu" me decía la última vez que andu[illegible] por estas costas que no había conocido una muchacha más recatada en todas las islas. E[illegible] en edad de colocarse y, por otra parte, [illegible] capitanes y primeros pilotos son aficionados [illegible] los cambios; nunca una doncella me ha dura[illegible] mucho tiempo. Ata posee un pedazo de terre[illegible] cerca de Taravao, a poca distancia del pro[illegible]montorio. Al precio que tiene la copra [illegible] día, les bastaría para vivir con desahogo. [illegible] choza está ya construida, y dispondría u[illegible] del tiempo que quisiera para pintar. ¿Por qu[illegible] lo piensa tanto?".

Tiaré se interrumpió para respirar.

—Fué entonces cuando me habló de su mu[illegible]jer de Inglaterra... "Pero, mi pobre Stric[illegible]lan, le dije, todos tienen alguna mujer en a[illegible]guna parte. Sin embargo, hay muchos que [illegible] vienen a estas islas sino en busca de otra [illegible] de otras... Ata es una muchacha discreta; [illegible]más es protestante y usted sabe que las pro[illegible]testantes no pierden la cabeza en estas co[illegible] como las católicas".

"Entonces, él me preguntó:

"—¿Y qué diría Ata a todo esto?

"—Pues está enamorada de usted. Si está [illegible] acuerdo, ella también lo estará. ¿Quiere que [illegible] llame?"

Tiaré dió un profundo suspiro, y pros[illegible] en seguida:

—Strickland sonrió con su risa seca que [illegible]tas cosas quería decir, y yo llamé a Ata. [illegible] pícara sabía muy bien de qué se trataba; [illegible]tras conversábamos era toda oídos; pero [illegible] componer una de mis blusas que acaba[illegible] lavar. Entró. Sonreía, un poco atemoriza[illegible] Strickland la observó de pies a cabeza s[illegible] cir una palabra.

—¿Era bonita?

—No se apresure. Pero usted debe cono[illegible] por sus retratos. Strickland la pintó en [illegible] las posturas y con toda clase de ropas, a [illegible] en "pareo" y a veces... sin nada. Sí, era [illegible]tante bonita. ¡Y qué cocinera! Yo le hab[illegible]

señado. Comprendí lo que turbaba a Strickland y me apresuré a agregarle: "Tiene buen dinero ahorrado: los capitanes y pilotos de los barcos le hacen de cuando en cuando sus regalos. Dispone de varias centenas de francos".

Strickland repasó su larga barba rojiza y sonrió.

"—¡Adelante!... Ata —preguntó—, ¿querrías tenerme por marido?

"Ella no respondió nada y se limitó a hacer con su cuerpo un movimiento caprichoso.

"—Le repito, mi pobre Strickland, que la muchacha está enamorada de usted —le dijo Tiaré.

"—Te golpearé —continuó él, fijando los ojos en la moza.

"—De otro modo, ¿cómo podría saber que me quieres? —respondió ella."

Tiaré, después de hacerme este relato, permaneció un momento pensativa.

—Mi primer marido, el capitán Johnson, me maltrataba regularmente. ¡Era un hombre soberbio! Medía seis pies y tres pulgadas y cuando había bebido nadie podía retenerlo. Quedaba amoratada de pies a cabeza durante días enteros. ¡Oh, cuánto lloré cuando murió! Creí no consolarme nunca. Pero sólo después de casarme con Jorge Rainey comprendí lo que había perdido. ¿Sabe alguien lo que vale un amante antes de haber vivido con él? Jamás he sufrido mayor decepción con un hombre que cuando comencé a vivir con Jorge. Sin embargo, era un mozo interesante, casi tan grande como Johnson y bastante fuerte. Pero todo quedaba en la superficie. No bebió nunca un sorbo; no levantó nunca una mano para castigarme: habría podido ser un perfecto misionero. No zarpaba un barco del puerto antes de que yo hubiese intimado con todos los oficiales. ¡Y Jorge no se daba cuenta de nada! Naturalmente, terminé por aburrirme y nos divorciamos. ¿De qué vale tener un marido semejante? ¡Es inaudito cómo tratan algunos hombres a sus mujeres!

Presenté mis sentimientos a Tiaré y me condolí de las pobres víctimas de esos hombres de tan engañosas apariencias. En seguida le rogué que continuase la historia de Strickland.

Ella prosiguió:

—Pues bien —le dije—, nada nos apura. Reflexione. Ata tiene un hermoso cuarto en el anexo. Viva con ella durante un tiempo y verá si le gusta. Podrá comer aquí. Y al cabo de tres semanas o un mes, si decide casarse, nada le costará ir a instalarse en su tierra. Aceptó. Ata continuó desempeñando sus ocupaciones y Strickland vino diariamente a sentarse a mi mesa, como le había prometido. Enseñé a Ata a preparar uno o dos platos que le gustaban a él. Ahora, Strickland no pintaba mucho. Erraba por las colinas y se bañaba en el torrente. O bien se sentaba en la playa, frente al mar, y al ponerse el sol miraba lleno de melancolía hacia Morea. También solía ir a pescar a un banco de rocas. Nada le entretenía tanto como conversar con los indígenas en el puerto. Todas las noches, apenas concluída la comida, se retiraba al anexo con Ata. Pero seguía con el prurito de volver a la sagrada selva y cuando, al terminar el mes de prueba, le pregunté qué pensaba hacer, me respondió que, si Ata quería, estaba dispuesto a irse con ella. Les ofrecí entonces una gran comida de bodas, que preparé con mis propias manos: un puré de garbanzos, langosta a la portuguesa, *curry* y ensalada de cocos. ¿Ha probado usted mis ensaladas de cocos? ¡Ya le prepararé una antes de su partida!, y, para terminar, helados. Bebimos champaña hasta saciarnos y todavía varios otros licores, fuera de lo conveniente. Después se bailó hasta tarde en el salón. En aquellos tiempos yo estaba más delgada y bailaba con maestría. Siempre he adorado el baile. En el hotel "La Flor", el salón era una pequeña pieza con un piano vertical y varios muebles de caoba con tapices de felpa, alineados contra las paredes. Encima de algunas mesas redondas se veían varios álbumes de fotografías y, en los muros, dos retratos ampliados de Tiaré y su primer marido, el capitán Johnson. Hoy día, aunque Tiaré estaba entrada en carnes y en años, cuando se presentaba la ocasión, reuníamos a las doncellas de la casa y una o dos amigas de la patrona y bailábamos al son de un gramófono gangoso. A través del balcón penetraba el perfume sutil de los tiarés. La Cruz del Sur centelleaba en un cielo sin nubes.

Tiaré sonreía con indulgencia y suspiraba ante el recuerdo de aquellos tiempos que acudían a su memoria.

—La fiesta —continuó contando— duró hasta las tres de la mañana, y, cuando nos retiramos, nadie estaba derecho sobre sus piernas. Ofrecí mi desvencijado coche a los novios, con el encargo de conducirlos hasta donde llegara el camino. Más allá tendrían todavía un trecho bastante regular que recorrer. La posesión de Ata estaba en un rincón muy apartado, entre dos repliegues de la montaña. Partieron poco antes del amanecer y el muchacho que los condujo regresó al día siguiente por la tarde...

Así fué el casamiento de Strickland.

CAPITULO LII

Los tres años siguientes fueron, supongo, los más felices de su estropeada existencia. La choza de Ata se levantaba a unos ocho kilómetros del camino que rodea la isla. Un sendero zigzagueante, sombreado por los frondosos árboles de los trópicos, conducía hasta ella. No tenía sino dos cuartos, una pequeña galería y un cobertizo que servía de cocina. Allí no se conocían los muebles, salvo las esteras que servían de camas, y un *rocking-chair* para el balcón. Algunos bananeros adherían sus anchas hojas desmenuzadas a la vivienda. Inmediatamente detrás de ella erguíase un peral de las islas, y por todas partes mostraban sus líneas graciosas los cocoteros, que constituyen la principal riqueza del terreno. El padre de Ata había circundado la propiedad de un cercado de crotones, y su esplendente profusión parecía rodearla de llamas. Frente a la casa se levantaba un mango, y junto a ella, en el terreno recién cultivado, dos resplandecientes arbustos escarlatas desafiaban con sus colores el oro de los cocoteros.

Strickland vivía de los productos de la tierra. No necesitaba ya de Papeete y dejó de frecuentarlo. No lejos de allí corre un pequeño torrente dónde se bañaba y donde solía extraviarse algún banco de salmones. Cuando esto ocurría, los indígenas se reunían en una y otra ribera y, harpón en mano, entre grandes gritos y carcajadas, atravesaban a los peces perdidos, que buscaban llenos de prisa la salida hacia el mar. De cuando en cuando, Strickland bajaba a las rocas y regresaba a casa con una langosta o una cestada de pequeños pececillos multicolores, que Ata freía en aceite de olivas; también solía ella preparar un plato suculento con esos enormes cangrejos de tierra, que de súbito se cruzan en el camino de los exploradores. En la montaña crecen naranjas silvestres. Ata llegaba alguna que otra vez hasta ella acompañada de dos o tres mujeres y volvía cargada de frutas verdes, dulces y jugosas. Venía en seguida la cosecha de cocos. Como todas las indígenas, Ata poseía una parentela numerosa; sus primos se encaramaban en masa a los árboles para arrojar a tierra los cocos maduros. Los partían y los ponían a secar al sol. La copra era embolsada; las mujeres bajaban a la aldea, se instalaban cerca del lago para ofrecerla a los comerciantes minoristas y recibían en cambio arroz, jabón, carnes en conserva y algo de dinero. A veces, con motivo de una fiesta, mataban un cerdo. Entonces, después de los cantos y danzas, venía una comilona como para enfermar a cualquiera.

Pero la choza estaba lejos de la aldea y los tahitianos son perezosos. Si adoran vagar y charlar, detestan la marcha. Strickland y Ata permanecían aislados durante semanas enteras. El pintaba, leía y en las tardes se instalaba en la galería con su mujer a fumar o admirar el cielo. Por fin, Ata dió a luz un chico, y la comadrona que subió a asistirla no descendió más. Pronto vino a acompañarla su nieta, y en seguida una adolescente, cuyo origen nadie sabía. Los tres se instalaron en la choza con el más completo desenfado, y todos vivieron bajo el mismo techo.

CAPITULO LIII

—*Tenez, voilà le capitaine Brunot* (Aquí tenemos al capitán Brunot) —dijo Tiaré cierto día que yo trataba de conocer nuevos detalles de la vida de Strickland—. También conoció muy bien al pintor. Comieron juntos muchas veces.

Divisé una gran barba negra, estriada de gris, un rostro bronceado y unos ojos vivos. El capitán Brunot, correctísimo en su traje blanco, ya no era joven. Había reparado en él durante el almuerzo y Ah-Lin, el chino, me informó que acababa de llegar procedente de Pomotous. Tiaré nos presentó. El me tendió su tarjeta, una tarjeta enorme: "René Brunot, capitán de navío". Nos hallábamos sentados en la angosta galería que pasaba ante la cocina. Tiaré cortaba un vestido para una de sus criadas. El marino se sentó con nosotros.

—¿Si conocía a Strickland? —comenzó diciendo—. ¡Jugamos muchas partidas de ajedrez! Cuando yo venía a Papeete y él se encontraba aquí —mis asuntos me traían por estos lados tres o cuatro veces al año—, nos reuníamos en este mismo sitio a jugar. Cuando se casó —el capitán sonrió y se encogió de hombros—, bueno, digamos las cosas como son: cuando aceptó a la muchacha que Tiaré le había elegido, me invitó al anexo donde vivía. Asistí también a la comida de bodas.

Miró a Tiaré y ambos soltaron una sonora carcajada.

—Desde entonces fueron contadas las veces que se le volvió a ver en Papeete. Alrededor de un año después, volví a esta parte de la isla y, una vez liquidados mis asuntos, pregunté por Strickland. Algunos indígenas me informaron: vivía a algunos kilómetros de distancia. Resolví ir a verlo. Nunca olvidaré esa visita. Yo vivo en un *atoll*, una isla baja que contiene un lago, y su belleza se confunde con la de la tierra y el cielo, las nubes fugitivas del estanque y la gracia de los cocoteros; pero el sitio donde vivía Strickland tenía la esplendidez del Edén. ¿Cómo describirle el encanto de aquel rincón perdido bajo el cielo azul y la bóveda suntuosa de los árboles? Una verdadera fiesta de color. ¡Y aquel aire fresco y embalsamado! No hay palabras para pintar este paraíso. Allí se había confinado, sin recordar al mundo y sin ser recordado por él. ¿Qué habrían pensado los europeos al verlo? La choza, mal conservada, parecía dispuesta a derrumbarse. Al aproximarme divisé a dos o tres indígenas recostados en la galería. Usted conoce, sin duda, su gusto por la vida en común. Tendido de espaldas, un muchacho joven fumaba. Toda su vestimenta consistía en un simple *pareo*. El pareo es una ancha faja de algodón rojo o azul, surcada por algunas bandas blancas, que se coloca alrededor de la cintura y suele caer hasta las rodillas.

Una muchacha de unos quince años trenzaba hojas de pandanos para hacer un sombrero, y más allá, en cuclillas, una anciana fumaba. Entonces divisé a Ata, quien daba de mamar a un recién nacido. Otro chico, completamente desnudo, jugaba a su lado. Al verme, llamó a Strickland, quien apareció en la puerta de la choza. Como el muchacho, él tampoco llevaba más que un pareo. Con su barba rojiza, sus cabellos largos y su pecho de gorila, producía un efecto inesperado. Por los arañazos de sus pies endurecidos, se veía que vivía descalzo. Se había convertido realmente en un indígena. Parecía contento de volverme a ver y ordenó a Ata que matara un pollo para el almuerzo.

Luego me hizo pasar al interior y me mostró el cuadro en que trabajaba. En un rincón del aposento había un lecho y en medio de él un caballete con una tela. Para agradarle y hacerle un favor, yo le había comprado por una miseria dos de sus obras, y había enviado otras a algunos amigos franceses. Después de adquirirlas por piedad, me había acostumbrado a ellas. Comenzaban a gustarme. Poco a poco iba descubriéndoles una belleza singular. Todo el mundo me creía loco; pero los hechos me han dado la razón. Fuí el primer admirador de Strickland en todas las islas.

Guiñó los ojos hacia el lado de nuestra amable huésped, y una vez más hubimos de sufrir el relato del remate en que Tiaré, ¡amargo recuerdo!, había preferido una sartén norteamericana de veintisiete francos a los cuadros de Strickland.

—¿Conserva usted esos cuadros? —pregunté al capitán.

—Sí. Los reservo para el día en que mi hija esté en edad de casarse; entonces los venderé. ¡Qué espléndida dote!

En seguida continuó su relato:

—No, nunca olvidaré aquella velada que pasamos juntos. Pensaba no quedarme más de una hora; pero Strickland insistió en que pasara allí la noche. Vacilé un poco, porque, a decir verdad, las esteras que me ofrecía por lecho no me tentaban en absoluto; pero acepté, recordando que durante semanas enteras, mientras construía mi casa en los Pomotous, había dormido en peores condiciones todavía, y sin conocer más trecho que los ramajes de los arbustos silvestres; en cuanto a los insectos, mi piel ya ni los sentía.

Mientras Ata preparaba la comida, descendimos hasta el torrente para bañarnos y, después de comer, pasamos a la galería. Fumamos, charlamos. El muchacho tocó al acordeón algunos trozos de *music-hall* a la moda de doce años atrás, lo que denotaba una separación de miles de kilómetros del mundo civilizado. Pregunté a Strickland si no le molestaba esta promiscuidad. "No —me contestó—; me gusta tener los modelos a mano". Temprano, después de repetidos bostezos, los indígenas se retiraron, y nosotros quedamos solos. Es imposible dar una idea del intenso silencio de aquella noche. Ni en mi isla de los Pomotous se conoce una calma tan absoluta. Allí se oye un perpetuo zumbido en la playa, donde hierven los crustáceos y los cangrejos de tierra. De cuando en cuando, se siente saltar un pez en el lago, y a veces el agua deja escuchar sus oleajes a la distancia: es algún tiburón que pone en fuga a los peces menudos. Y por sobre todo esto, implacable como la marcha del tiempo, se escucha el constante azotar de las olas contra las rocas. Pero aquí, ni un sonido perturba la tranquilidad del ambiente, donde flota el aroma de las flores enormes de la vecindad. Aquello es tan sereno, tan hermoso, que el alma quisiera evadirse de su prisión. Se la siente lista para tomar el vuelo; tal vez por eso se piensa en la muerte como en un ser ataviado con los encantos de una amiga amada.

Tiaré suspiró.

—¡Ah, si volviera a mis quince años!

Su enternecimiento fué interrumpido al instante. Con su pata estirada, el gato trataba de alcanzar camarones de un plato que había sobre la mesa de la cocina. Los labios de Tiaré cortaron el suspiro evocador para dar paso a una andanada de injurias; simultáneamente, el libro que tenía entre las manos describió una trayectoria en el aire, y no se vió más que la cola del que huía.

Brunot prosiguió:

—Le pregunté si era feliz con Ata.

"—Tengo paz —me contestó—. Prepara la comida y se ocupa de los niños. Me obedece en todo. Es cuanto puedo pedir a una mujer.

"—¿Y no echa usted de menos a Europa? ¿No recuerda con nostalgia las luces de Londres y París, la compañía de sus amigos de otros tiempos? ¿No le hacen falta los teatros, los periódicos, el ruido ensordecedor de ruedas sobre el pavimento?

"Permaneció un largo rato en silencio, y luego:

"—Moriré en esta tierra —me dijo.

"—Pero, ¿no se siente usted nunca triste y solo?

"Se rió con desprecio.

"—¡Pobre amigo mío! ¡Cómo se ve que usted no sabe lo que es ser un artista!"

El capitán Brunot se volvió hacia mí con una sonrisa de gentileza y sus ojos obscuros tomaron una expresión extraordinaria.

—Strickland no me hacía justicia. Para mi modo de ver, yo también soy artista.

Permanecimos silenciosos durante un momento. Tiaré extrajo de su enorme bolsillo un puñado de cigarrillos. Nos tendió uno a cada uno, y los tres nos pusimos a fumar.

Por fin, ella propuso:

—Ya que este señor se interesa tanto por Strickland, ¿por qué no lo lleva usted a ver al doctor Coutrás? El le contaría su enfermedad y su muerte.

—Con mucho gusto —dijo el capitán, después de consultarme con la mirada.

Le agradecí la amabilidad y él miró su reloj.

—¡Más de las seis! Si le parece, podemos ir en seguida. Lo encontraremos en su casa.

Me levanté, sin hacerme repetir el ofrecimiento. El médico vivía en las afueras de la ciudad; pero el hotel "La Flor" estaba en un barrio apartado, y muy pronto nos hallamos en pleno campo. Algunos pimientos jalonaban con sus sombras el ancho camino, y a uno y otro lado se extendían las plantaciones de cocoteros y vainilleros. Las aves de rapiña acechaban entre las hojas de las palmeras. Cerca de un puente de piedra lanzado sobre un río poco profundo, nos detuvimos un momento para observar a unos indígenas que se bañaban. Se perseguían entre risas y gritos agudos y sus obscuros cuerpos mojados brillaban al sol.

CAPITULO LIV

Un detalle me había llamado la atención en el curso de estas conversaciones concernientes a Strickland. Reflexionaba distraídamente en él mientras marchaba. En esta isla lejana, su libertad de maneras y su grosería no chocarían a nadie. Ni un detalle recordaba la indignación que por todas partes provocaba en Europa. Aquí, Strickland excitaba más bien la compasión. Los habitantes se amoldaban a sus extravagancias. ¿Acaso no está el mundo lleno de locos que hacen locuras? Tal vez sentían ellos, obscuramente, que un hombre no es lo que quiere, sino lo que puede. En Inglaterra y Francia, Strickland era lo que el perno cuadrado en agujero redondo; pero aquí los agujeros se prestaban para toda forma de pernos. ¿O se mostraría menos egoísta y menos brutal en Tahití? No lo creo; mas su manera de vivir parecía convenir al medio. Si no hubiese vivido en otros, seguramente no habría pasado nunca por tan mal compañero. La verdad es que en la isla había encontrado lo que jamás esperó o deseó fuera de ella: la simpatía.

Expresé mi admiración al capitán Brunot, que permaneció un momento sin responder.

—En todo caso —dijo—, es natural que yo me haya interesado por él, pues, a fin de cuentas, sin que lo pensáramos, buscábamos lo mismo.

—¿Qué podían buscar dos seres tan distintos como usted y Strickland?

—La belleza.

—Es algo impreciso.

—Usted sabe que el amor encadena a los hombres con una fuerza tan invencible como la de los grilletes que sujetan los galeotes a los bancos de las galeras. Pues bien, la pasión que hechizaba a Strickland tenía esa violencia.

—¡Qué curioso! Yo también lo creí siempre un hechizado.

—Y esta pasión era la de crear belleza. Ella no lo dejaba un momento en descanso. Fué, mientras vivió, el peregrino a quien obsesiona una nostalgia divina. La verdad inflama a ciertos hombres con tan violento ardor que, para alcanzarla, no vacilan en remover hasta los cimientos de la sociedad. Strickland era uno de éstos; pero para él la belleza reemplazaba a la verdad. Por sobre todo, me inspiraba una lástima profunda.

—He aquí algo más singular aun. Cierto amigo a quien había ofendido gravemente experimentaba hacia él idéntico sentimiento.

Guardé silencio un instante.

—¿No habrá resuelto usted, por casualidad, el enigma de su carácter indescifrable?

El capitán sonrió.

—Hace algunos minutos le dije que, a mi manera, yo me consideraba un artista. He realizado el deseo que me animaba; pero, mientras que su modo de expresión era la pintura, el mío ha sido siempre la vida.

Me contó entonces una historia que repetiré aquí, porque, por contraste, completa la idea que me he formado de Strickland. En verdad, también tiene su grandeza.

El capitán Brunot, bretón de nacimiento, renunció a su cargo de oficial de la marina el mismo día que se casó, hace de esto una veintena de años. Se instaló con su mujer en una pequeña propiedad de familia, cerca de Quimper. Allí, rodeado de paz y tranquilidad, se deslizaban los días en su retiro. Mas, arruinados inesperadamente por la quiebra de un hombre de negocios, ni él ni su esposa se resolvieron a aceptar una vida de miserias en la misma tierra donde habían gustado la comodidad y el desahogo. En el curso de sus viajes, Brunot había atravesado todos los mares del sur, y decidió tentar suerte en ellos. Pasó algunos meses en Papeete para madurar su plan y adquirir experiencia, y luego, con dinero facilitado por un amigo de Francia, compró una isla en los Pomotous. En este anillo de tierra deshabitado —pues lo rodeaba un lago profundo— no crecían sino malezas y guayabos. Con la intrépida criatura que era su mujer y uno que otro indígena, construyó una casa y comenzó a cultivar el terreno, que plantó en seguida de cocoteros. Hoy día, esa isla salvaje se halla convertida en un opulento vergel.

—En un principio, me demandó un trabajo penoso y febril. No descansábamos en todo el día. Durante meses enteros estuvimos levantándonos al alba día a día, para cavar, plantar y disponer todo lo necesario para el buen orden de las labores. En la noche, cuando me tiraba en la cama, me dormía como un leño hasta la madrugada siguiente. Mi mujer no me iba en zaga. Tuvimos dos hijos: un chico primero y luego una niña. Todo lo que saben se lo hemos enseñado personalmente. Encargamos un piano a Francia y mi mujer les ha dado lecciones de música y de inglés; por mi parte, me he ocupado del latín y de las matemáticas, y leemos historia en voz alta. Han aprendido a conducir un barco y nadan tan bien como los indígenas. La ciencia del plantador no tiene secretos para ellos. Mis árboles prosperan y mi banco de rocas está cubierto de ostras. Ahora he venido a Tahití a comprar una goleta para llevarlas al extranjero. Pescaré tantas conchas como desee, y —¿por qué no?— tal vez encontraré algunas perlas. He sacado algo de la nada. También he creado belleza. ¿No he plantado con mis manos todos mis grandes árboles, hoy tan robustos?

—Permítame repetirle la pregunta que usted formuló a Strickland. ¿No ha echado nunca de menos a Francia y a su Bretaña natal?

—Más tarde, cuando mis hijos se hayan casado y el muchacho pueda reemplazarme, regresaremos a terminar nuestros días en la vieja casa donde nací.

—Y habrá llenado bien una vida.

—Claro está —prosiguió— que en nuestra isla no abunda lo imprevisto, y estamos muy lejos de todo. Vea usted: cuatro días para llegar a Tahití. Pero somos felices. Son raros los hombres que pueden elegir su tarea y más escasos

son los que la concluyen. Llevamos una vida sencilla y sin tacha. La ambición no se ha apoderado de nosotros; nuestro único orgullo es contemplar la obra de nuestras manos. La maldad no nos preocupa y no conocemos la envidia. ¡Ah!, querido señor, con mucha frecuencia se habla de la bendición del trabajo, frase que a primera vista parece vacía; yo, en cambio, penetro hasta lo más profundo de su sentido, y, lo repito, ¡soy un hombre feliz!

—Y, por cierto, merece serlo —dije, a manera de conclusión.

—Así quisiera creerlo. ¿Por qué, principalmente, me tocó en suerte una mujer que ha sido la amiga y la compañera ideal, el alma de mi hogar, la madre perfecta?

Reflexioné un instante en la existencia que el capitán acababa de evocar.

—Para lanzarse en semejante empresa y triunfar en ella se necesitaba una voluntad de hierro y una perseverancia a toda prueba.

—Tal vez; pero olvida usted lo esencial.

—¿Qué?

Permaneció un instante en silencio y en seguida, levantando un dedo hacia el cielo, dijo, no sin énfasis:

—La fe en Dios. Sin ella nuestras fuerzas no habrían bastado.

En ese momento llegábamos a la casa del doctor Coutrás.

CAPITULO LV

El doctor Coutrás era un viejo francés de elevada estatura y una gran corpulencia. Parecía un colosal huevo de pato y sus ojuelos vivos se solían detener llenos de complacencia sobre su vientre. Sus cabellos albos hacían resaltar su tez morena. Se le encontraba simpático desde el primer instante. El cuarto donde nos recibió recordaba la provincia francesa. Sólo desentonaban una o dos curiosidades polinésicas. Apretó mi mano entre sus cinco dedos enormes y me observó con una cordialidad extrema, que dejaba traslucir, no obstante, un fondo astuto y sagaz. Preguntó al capitán por su mujer y sus hijos. En fin, hubo durante unos minutos, un verdadero torneo de cortesías. Luego se discutió de copra y de vainilla. Convergimos, por último, hacia el objeto de mi visita.

Para hacer revivir el relato del doctor Coutrás, sería necesario reproducir lo pintoresco de su lenguaje. Su voz gruesa y sonora correspondía a su imponente figura. No se habría seguido con mayor interés la más patética situación de la pieza de teatro mejor representada.

Cierto día, la mujer del gobernador de Taravac cayó enferma y lo hizo llamar. ¡Cómo nos trazó el cuadro de esa gigantesca bola de grasa que gemía sobre un lecho inmenso y fumaba, a pesar de su mal, cigarrillo tras cigarrillo! La rodeaba una nube de criadas de piel cobriza. Después del examen, se hizo pasar al doctor a una pieza vecina. La clásica minuta indígena le esperaba allí: pescado crudo, plátanos fritos, pollo. Mientras comía, divisó a una muchacha que lloraba sin consuelo y a quien se impedía entrar. Cuando salió, ella seguía esperando. Apartándose un poco, le imploró con una triste mirada. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Coutrás se informó. La muchacha había bajado de la montaña con el objeto de pedir su ayuda para un blanco moribundo, y he aquí que se le prohibía importunarlo. Venía, según precisó cuando se hubo acercado, de parte de Ata, la antigua empleada del hotel "La Flor". El Rojo no estaba bien. Diciendo esto, entregó al doctor un pedazo de papel arrugado. Al abrirlo, Coutrás encontró en él un billete de cien francos.

—¿Quién es el Rojo? —preguntó.

Se refería al inglés, el pintor que vivía con Ata a algunos kilómetros del valle. Inmediatamente comprendió que se trataba de Strickland. Pero había que hacer el trayecto a pie y por eso se quería alejar a la mensajera.

—Confieso —dijo el doctor dirigiéndose a mí— que vacilé un momento. Catorce kilómetros sobre mal sendero no me tentaban en absoluto; además, había que renunciar a regresar a Papeete aquella misma tarde. Por otra parte, Strickland no me inspiraba ninguna simpatía. Lo consideraba un flemático, un inútil que prefería vivir con una indígena cualquiera antes que ganar su vida como nosotros. ¡Dios santo! ¿Podía yo imaginar entonces que llegaría un día en que el ruido de su gloria resonaría por el mundo entero? Pregunté a la muchacha si estaba en condiciones de venir a consultarme a la ciudad. ¿De qué sufría? No supo responderme. La apremié con impaciencia; pero se limitó a bajar la vista y a reiniciar el llanto. Me encogí de hombros; después de todo, mi deber era ir. Ordené a la muchacha que me indicara el camino, aunque siempre de mala gana.

Seguramente no estaba de mejor humor cuando llegó, empapado de transpiración y con la garganta seca. Ata lo esperaba con impaciencia y salió a su encuentro.

—¡Ante todo, déme algo de beber; estoy muerto de sed! —exclamó—. ¡En nombre de Dios, traedme un coco!

Ata llamó y al instante llegó un pilluelo corriendo. Se encaramó al árbol más próximo y lanzó en seguida a tierra un coco maduro. La mujer lo partió con destreza y el doctor lo apuró vorazmente. Encendió luego un cigarrillo, dió dos o tres vueltas frente a la vivienda y respiró profundamente; ahora se sentía mejor dispuesto.

—¡Veamos al Rojo!

—Está pintando en la casa. No le he advertido que usted vendría. ¡Adelante!

—Pero, ¿de qué se queja? Si está en situación de pintar habría podido muy bien bajar a Taravac y economizarme este maldito viaje. ¡Creo que mi tiempo vale tanto como el suyo!

Sin contestar una palabra, Ata se dirigió hacia la choza acompañada de su hijo. La muchacha que había guiado al doctor descansaba en la galería. Apoyada contra el muro, una anciana armaba cigarrillos. Ata señaló la puerta. Intrigado por sus gestos de misterio, el doctor entró y encontró a Strickland limpiando su paleta. Sobre el caballete había un cuadro, fresco aún. Strickland, en pareo, daba la espalda a la puerta. El ruido de los pasos atrajo su atención. Lanzó al doctor una mirada de descontento. Esta intrusión le irritaba. Pero, con sus ojos fijos en él, Coutrás permaneció inmóvil en el umbral, lleno de sorpresa y de temor. Nada lo había preparado para lo que veía... Strickland lo interpeló:

—Pues bien, ¿qué le ha traído por estos lados? Y, ante todo, ¿quién es usted?

Coutrás trató de recobrarse; pero necesitó hacer un visible esfuerzo para poder hablar. Su irritación había desaparecido para dar lugar a una compasión sin límites.

—Soy el doctor Coutrás. Me encontraba en Taravac, donde había ido a examinar a la mujer del gobernador, y Ata me hizo llamar.

—¡Qué estupidez! He tenido durante el último tiempo algunos dolores y un poco de fiebre; pero no es nada de gravedad. Ya pasará todo. Cuando alguien vaya a Papeete encargaré una dosis de quinina.

—Mírese usted —le dijo Coutrás señalando un espejo.

Strickland observó al médico con indignación, sonrió y se acercó a un mal espejo que colgaba de la pared, en un marco de madera.

—¿Y bien?

—¿No nota usted un cambio extraño? El espesamiento de sus rasgos y ese aspecto..., ¿cómo decirlo?... Los libros llaman a esto la "facies" de león. Mi pobre amigo, es necesario que yo lo cure. Usted está afectado por un mal terrible.

—¿Yo?

—Examínese bien. Tiene en sus ojos los síntomas característicos de la lepra.

—¿Está usted bromeando?

Dilema



—¿Le pegué a la perdiz, Alberto? ¡Alberto, Alberto! ¿Dónde estás?

—Por desgracia, no.

—¿Quiere decir que tengo lepra?

—Desgraciadamente, no me cabe duda alguna.

El doctor había notificado a muchos hombres la fatalidad de su muerte, pero le era imposible sobreponerse al horror que esto le causaba. Comprendía el odio feroz que debe apoderarse del enfermo cuando se compara con el doctor que posee la ventaja inestimable de la salud. Strickland lo contemplaba sin decir una palabra. Su fisonomía, ya desfigurada por el repugnante mal, no trasuntaba emoción alguna.

—¿Lo saben ellos? —preguntó por fin, señalando el grupo que se hallaba sentado a la galería, en un silencio insolente, inexplicable.

—Los indígenas no se equivocan jamás en esto —dijo el doctor—. No se atrevían a decírselo.

Strickland se dirigió a la puerta y miró al exterior. Su expresión debía ser espantosa, porque al verlo, todos irrumpieron en gritos y lamentos. Las voces se trocaron pronto en sollozos. Strickland guardaba silencio. Después de mirarlos un instante, volvió al aposento.

—¿Cuánto tiempo cree usted que puedo vivir?

—¡Quién sabe! A veces, la enfermedad se prolonga durante veinte años. Hay que dar gracias al cielo cuando su evolución es más rápida.

Strickland se acercó al caballete y examinó su cuadro con un aire pensativo.

—Usted ha hecho un largo y cansador viaje. Es justo que el portador de nuevas importantes sea recompensado. Acepte usted este cuadro. Ahora no le producirá agrado alguno; pero quizá llegue un día en que se sienta contento de poseerlo.

El doctor manifestó con protestas que no aceptaría nada. ¿No acababa de devolver a Ata su billete de cien francos? Pero Strickland le obligó a recibir el cuadro. En seguida salieron juntos. Los indígenas lloraban.

—Cálmate, hija mía. No te lamentes así —dijo Strickland a Ata—. El mal no es tan grande. Te dejaré muy pronto.

—¿Cómo? ¿No te llevan? —exclamó ella esperanzada.

En aquella época no existía aún en las islas el secuestro inflexible de los leprosos, y los que lo deseaban podían conservar su libertad.

—Me iré a la montaña —dijo Strickland.

Entonces Ata se puso de pie, cerrándole el paso.

—Que los demás se vayan, si lo quieren; pero yo, por mi parte, no te abandonaré jamás. Eres

mi marido y soy tu mujer. Si me dejas, me colgaré de un árbol. ¡Lo juro ante Dios!

Estas palabras fueron pronunciadas con gran energía. Aquella pequeña indígena, delicada y humilde, hablaba ahora como una mujer de voluntad. El cambio era extraordinario.

—¿Con qué objeto vas a quedarte conmigo? Vuelve a Papeete, donde luego encontrarás otro blanco. La vieja se ocupará de los niños y Tiaré te tomará de nuevo a su servicio.

—Eres mi marido y soy tu mujer. Iré donde tú vayas.

La energía de Strickland decayó un momento; sus ojos se velaron. Una lágrima se deslizó lentamente por su mejilla. Pero pronto recobró su ironía ordinaria.

—¡Qué porfiadas son las mujeres! —dijo al doctor—. Se las puede tratar como a perros, golpearlas hasta quebrarles los huesos, y ellas continúan queriendo.— Se encogió de hombros —. Por cierto, una de las más absurdas ilusiones del cristianismo es creer que tienen alma.

—¿Qué dices? — preguntó Ata —. ¿Verdad que no te vas?

—Si así lo quieres, me quedaré, mujercita mía.

Ata se echó de rodillas y le abrazó las piernas. Strickland miró al doctor, que sonreía débilmente.

—Por último, nos agarran, y nos encontramos desarmados en sus manos. Blancas o morenas, todas son iguales.

Coutrás sintió lo inoficioso de toda palabra de consuelo ante semejante desastre y optó por retirarse. Strickland lo hizo acompañar hasta la aldea por Tané, el muchacho.

Aquí, el narrador se interrumpió un instante. En seguida, continuó:

—No me agradaba, no me era simpático, según acabo de decirlo; pero, mientras descendía lentamente hacia Taravac, comencé a sentir, muy a mi pesar, cierta extraña admiración por el coraje estoico que le permitía soportar con esa serenidad la más horrible de las pruebas. Al despedirme de Tané, prometí enviarle algunas medicinas... ¿Las aceptaría Strickland, y, en este caso, le producirían algún alivio?... Mandé decir a Ata que volvería cada vez que me lo pidiese. Aquella tarde entré en mi confortable vivienda de Papeete, profundamente entristecido.

Pasó un largo rato sin que ninguno de los presentes pronunciara una palabra.

—Pero Ata no envió más por mí — prosiguió el doctor —, y transcurrió mucho tiempo antes de que yo regresara a esa parte de la isla. Carecía de noticias sobre Strickland. Supe, sí, que Ata había venido a Papeete una o dos veces en busca de pinturas; mas no la había visto. Al cabo de dos años, volvieron a llamarme de Taravac, siempre mi vieja amiga. Allí pude informarme sobre Strickland. Ahora nadie ignoraba su estado. Tané había sido el primero en irse de la casa; luego lo había imitado la anciana y por último su nieta. Strickland y Ata vivían solos con sus hijos pequeños. Nadie se aproximaba a la plantación, porque, como usted sabe, los indígenas tienen terror a la lepra, y, hasta hace algún tiempo, cuando descubrían a un enfermo, lo mataban; pero esta vez, al divisar desde lo alto de las colinas al blanco de la barba rojiza, que erraba a lo lejos, huían espantados.

Ata tenía que bajar a la aldea durante la noche y despertar expresamente al comerciante que la proveía de las diversas mercaderías que necesitaba, pues los indígenas le manifestaban la misma aversión que a Strickland, y debía evitar toparse con ellos en su camino. Cierto día, algunas mujeres se aventuraron más cerca que de costumbre y la divisaron lavando algunos vestidos en el arroyo. Inmediatamente la emprendieron a pedradas contra ella. Un indígena fué encargado de advertirle que, si volvía a hacerlo, le prenderían fuego a su casa.

—¡Qué salvajismo! — exclamé.

—No, mi querido señor. En todas partes los hombres son iguales. El temor los torna feroces. Después de mi visita a Taravac, quise ir a ver a Strickland, y con tal objeto pedí a un muchacho que me acompañase; mas todo fué inútil. Se negó redondamente. Tuve que ir solo.

Cuando Coutrás llegó a la plantación, sintió cierto malestar. A pesar de su larga marcha al sol, tiritaba de frío. Sentía en el aire la presencia de algo hostil, que lo hizo vacilar: habríase dicho que fuerzas misteriosas le obstruían el camino. Nadie venía ya a cosechar los cocos, que se pudrían en las ramas. Todo lo había invadido la maleza. Muy pronto, la selva recuperaría la posesión de esa franja de terreno que se le había arrancado al precio de tantos sacrificios. Penetrar hasta la choza era internarse en un sitio de desolación. En todas partes, incluso al lado de la vivienda, reinaba el mismo silencio de muerte. En un principio Coutrás creyó la casa abandonada. De súbito, divisó a Ata. Sentada sobre sus talones en el cobertizo que le servía de cocina, preparaba una sopa que se calentaba lentamente en una marmita. A su lado, un chico jugaba en la arena. Acogió al doctor con una sonrisa.

—Vengo a ver a Strickland — dijo el médico.

—Voy a avisarle.

La mujer subió las gradas que conducían a la habitación y entró. El doctor siguió detrás; pero ella le indicó con un signo que esperase afuera.

Al abrirse la puerta, percibió ese olor azucarado que hace tan repugnante la vecindad de los leprosos. Oyó la voz de Ata y luego una respuesta de Strickland, cuya voz no reconoció; ahora era ronca y velada. Coutrás se estremeció. ¡El mal había afectado ya las cuerdas vocales! Ata reapareció.

—No quiere verlo. Es preferible que se vaya.

El doctor insistió; mas ella no lo dejó pasar. Ante esta resolución se encogió de hombros, y, después de un momento de vacilación, se resolvió a partir. Ata lo acompañó. Ella también deseaba deshacerse de Coutrás cuanto antes.

—¿Cree usted que no podré hacer nada por él?

—Mándele colores. Es lo único que le interesa.

—¿Puede pintar todavía?

—Ahora está pintando en las paredes de la casa.

—¡Qué vida para usted, pobre Ata!

Ella sonrió y dejó entrever en sus ojos una expresión de indecible amor.

El doctor se sintió turbado, y, conmovido de respeto, calló.

—¿Acaso no es mi marido?

—¿Y su otro chico? La última vez que vine, usted tenía dos.

—Sí. Murió. Lo enterramos bajo ese mango.

Pero Ata quiso regresar. Seguramente temía encontrarse con algún indígena. El doctor le reiteró su resolución de acudir al primer llamado.

CAPITULO LVI

Pasaron dos años, tres quizá, porque en Tahití transcurre tan insensiblemente el tiempo que es muy difícil medirlo. Strickland se moría. Ata bajó a esperar junto al camino el paso del carricoche de la posta para suplicar al conductor que advirtiese cuanto antes al médico. Pero Coutrás había salido y no recibió el recado sino al anochecer. ¿Cómo ponerse en camino a esa hora? Partió a la madrugada del día siguiente.

Llegado a Taravac, inició a pie, una vez más, el largo recorrido que conducía a la casa de Ata. La senda, abandonada durante años enteros, había desaparecido bajo la hierba. El doctor hubo de seguir, más de una vez, el lecho de un torrente. En varias ocasiones tropezó con los guijarros y estuvo a punto de caer. Más allá tuvo que deslizarse entre arbustos espinosos. Las colmenas pendían de las ramas. Este peligro le obligó a caminar por las rocas, que salvó con grandes dificultades. En todos los alrededores reinaba un lúgubre silencio. Ni un alma...

Al divisar la pequeña construcción rústica, más arruinada aún, más deteriorada, lanzó un suspiro de alivio. Pero una vez más lo recibió el mismo silencio insoportable. Avanzó. Un chicuelo jugaba despreocupado al sol. Al divisar al doctor, huyó lleno de sobresalto. Para él, un extraño era un enemigo. Coutrás sentía que el niño lo observaba, oculto entre los árboles. Llamó, gritó; pero no obtuvo respuesta. Se acercó a la choza y golpeó a la puerta. Nadie contestó. Se resolvió entonces a dar vuelta la manija y entró. Una ráfaga de olor infecto lo hizo vacilar. Su corazón se agitó. Se llevó el pañuelo a la nariz y se arriesgó a avanzar. El contraste de la obscuridad del interior con la intensa luz de afuera lo mantuvo un instante en la imposibilidad de distinguir nada. De repente, se estremeció de terror. ¿Dónde se encontraba? ¿Había penetrado en un mundo mágico? ¿Qué significaba esta alucinación? A su alrededor erraban algunos seres desnudos, que se ocultaban pronto entre las espesuras de un bosque primitivo.

—¡Dios mío! — balbuceó —. ¿He perdido la cabeza?

Por fin comprendió que todo aquello se hallaba pintado en las paredes.

Un ligero movimiento atrajo su atención. Ata se encontraba tendida en tierra y lloraba en silencio.

—¡Ata! — llamó —. ¡Ata!

La mujer no se movió. Una nueva ráfaga de hediondez casi lo hizo desfallecer. Encendió un cigarrillo. Sus ojos se habituaban a la obscuridad y, a medida que se le iba revelando la decoración del aposento, mayor fascinación le producían las nuevas apariciones. Una composición misteriosa, llena de grandiosidad, cubría las paredes del suelo al techo. Lo embargó la emoción. Un hombre que presenciara la creación de un mundo experimentaría [illegible] vez aquella misma admiración y aquel mismo horror sagrado. El pintor había arrancado secretos temibles y sublimes de las vírgenes profundidades de la naturaleza. Sabía lo que [illegible] impío saber. Su obra, de una esplendidez primitiva, obscena, suntuosa, estaba por encima del orden humano.

—¡Dios mío! Pero..., esto... ¡es de [illegible] genio!

Estas palabras se escaparon de sus labios sin que supiese siquiera que las había pronunciado.

Entonces sus ojos fueron a detenerse sobre el camastro que se hallaba instalado en un rincón. Se acercó a él y vió la cosa horrible, mutilada, lívida, que había sido Strickland. Estaba muerto. En una exaltación de su voluntad, el doctor se inclinó hacia esa podredumbre. Pero de súbito se puso a temblar. Alguien se había movido. Era Ata. La había olvidado. De pie, a su lado, miraba con [illegible] aquella miseria humana.

—¡Qué nervioso estoy! Me ha asustado [illegible]

Se acercó entonces al cadáver, para le[illegible] tarse repentinamente y más sobresaltado [illegible]

—¡Ciego! ¡Estaba ciego!

—Sí, desde hace un año.

CAPITULO LVII

La llegada de la señora de Coutrás nos interrumpió. Acababa de hacer varias visitas, de manera que venía elegantemente vestida. Un corsé de ballenas rectas ceñía su busto generoso. Su nariz autoritaria sobresalía entre sus mejillas rojas y regordetas. Nada le hacía perder su posición de erguida rigidez. Los trópicos no habían logrado adormecerla, ya que su vivacidad habría sorprendido hasta en los climas templados. Inmediatamente después de [illegible]

darnos, comenzó a contar una serie de anécdotas, interrumpidas de vez en cuando por sonoras exclamaciones. La conversación que acabábamos de tener se alejó, de súbito, hasta una distancia casi irreal.

Por fortuna, el doctor se dirigió luego hacia mí:

—Conservo en mi escritorio la tela que Strickland me obsequió. ¿Quiere usted verla?

—¡Ya lo creo!

Me condujo primero a la galería exterior. Allí nos detuvimos un instante para admirar las magníficas flores que crecían desordenadamente en el jardín.

—Nunca he podido sacarme de la cabeza la decoración extraordinaria que revestía las paredes de aquel aposento — dijo, absorbido de nuevo por sus recuerdos —. En ella se encontraba la revelación suprema del "yo" de Strickland. Envuelto en el silencio, seguro de expresarse por última vez, puso en esa obra todo el sentido que atribuía a la vida y todo lo que en ella presentía también. Su existencia no fué más que una dolorosa escuela para esta realización. Tal vez, liberado por fin de su demonio, había conocido la paz, mientras la tranquilidad descendía a su alma huraña y torturada. Ahora podía morir: había alcanzado su objeto.

—¿Y qué representaba?

—¡Quisiera poder explicárselo! Una visión del nacimiento del mundo; el jardín del Edén con Adán y Eva, un himno a la belleza del hombre y de la mujer, un himno también a la naturaleza, sublime, indiferente, adorable y cruel. ¿Quién no habría temblado ante aquella afirmación de lo eterno y de lo infinito? Desde que pintó los cuadros que veo día a día, los cocoteros, pimientos, bananeros, perales de las islas, todos estos árboles tienen para mí un sentido diferente; me parecen animados de una vida propia. Guardan un secreto que siempre estoy a punto de descifrar y que incesantemente se me escapa. Strickland empleaba colores que me son familiares; pero sabía comunicarles un valor nuevo. ¡Y esos hombres y mujeres desnudos! Eran de este mundo, sin que, no obstante, perteneciesen a él. Había en ellos algo del barro original y al mismo tiempo algo de divino. La libre expansión de sus instintos primitivos inspiraba cierto extraño temor, porque uno se reconocía en ellos.

El doctor se encogió de hombros y sonrió.

—Usted va a reírse — continuó —. Soy materialista y pienso que el lirismo no conviene en absoluto a un infeliz, a un Falstaff de mi especie. Tal vez parezca ridículo afirmarlo; pero jamás un cuadro me ha enternecido como los suyos. Exagero: sí, conocí un sentimiento análogo en la Capilla Sixtina. Allí también, ante la grandiosidad del artista que pintó aquellos frescos, sentí el mismo respeto mezclado de cierto temor. Aquello era genial, prodigioso, sobrecogedor. Me hundía en mi pequeñez y en mi insignificancia; mas uno va dispuesto para esta impresión cuando se acerca a las obras de Miguel Angel. Nada, en cambio, me había preparado para la punzante sorpresa de descubrir una obra maestra en las paredes de una choza indígena perdida entre las montañas. Por último, Miguel Angel era sano y normal. Sus grandes obras tienen la serenidad de lo sublime. Las de Strickland eran tan inquietantes como hermosas. ¿Por qué? Lo ignoro. A mi admiración se mezclaba algo de angustia. ¿Conoce usted la inquietud que se siente ante una sala que debe estar vacía y donde, no obstante, uno no puede evitar creer que hay alguien? Se puede razonar, acusar a los nervios..., pero luego cesa la lucha ante la parálisis que comunica el terror de lo invisible. A mi pesar se mezcló una profunda indignación, lo confieso, cuando supe que esas extrañas obras maestras habían sido destruidas.

—¿Destruidas?

—¡Pero, claro! ¿Lo ignoraba usted?

—¿Cómo iba a saberlo? Además, nunca había oído hablar de ellas; suponía parte de su obra en manos de algún particular. La lista de los cuadros de Strickland no se ha establecido aún de manera definitiva.

—Cuando quedó ciego, pasaba horas enteras con su mirada sin vida, fija en sus trabajos. Tal vez los viera con más claridad que nunca. Ata me ha contado que no se quejó jamás, que no perdió ni un momento su valor. Hasta el último instante, su espíritu permaneció tranquilo y lúcido. ¿Sabe usted que cavé su tumba con mis propias manos porque no hubo un indígena que consintiera en aproximarse a la casa contaminada? Entre Ata y yo lo enterramos, bajo el mismo mango donde reposaba su hijo, después de cubrirlo con tres pareos. Antes de morir, había hecho prometer a Ata que quemaría la casa y que no se iría hasta que todo, absolutamente todo, hubiese sido devorado por las llamas.

Permanecí callado, reflexionando, y él añadió:

—Y se mantuvo así hasta su último momento. ¿Debo decirle que hice cuanto me fué posible por disuadir a Ata de realizar este postrer deseo del moribundo? Había allí una obra genial, y yo estimaba que no teníamos el derecho de privar de ella al universo; pero Ata no me escuchó. ¡Lo había prometido! Por mi parte, preferí no asistir a semejante acto de vandalismo; sólo mucho más tarde llegué a enterarme de sus detalles. Ata inundó de parafina el piso de madera seca y los jergones de hojas. En un abrir y cerrar de ojos, todo estuvo en llamas; una gran obra maestra había desaparecido.

—No le quepa duda de que Strickland sabía que se trataba de una obra maestra. Había alcanzado el fin de su vida. Creó un mundo y juzgó buena su obra. Luego, por orgullo o desprecio, la destruyó.

—Pero tengo que mostrarle mi cuadro — dijo el doctor, avanzando hacia su gabinete de consultas.

—¿Y qué ha sido de Ata y su hijo?

—Partieron para las islas Marquesas, donde ella tenía unos parientes. El muchacho trabaja en una de las goletas de Camerón. Se parece mucho a su padre.

El doctor se detuvo en la puerta que comunicaba la galería con su gabinete.

—El cuadro representa algunas frutas. Usted lo encontrará fuera de lugar en el escritorio de un médico, pero mi mujer lo encuentra peor en el salón. Dice que es inconveniente.

—¡Frutas! — exclamé, sorprendido.

Entramos, y mis ojos buscaron en seguida la tela, llenos de avidez. La contemplé largo rato.

Aquella pila de plátanos, mangos, naranjas y no sé qué más, parecía a primera vista bastante simple. En una exposición de preimpresionistas, un indiferente cualquiera la habría tomado por una excelente, sino por la más notable muestra de la escuela; pero tal vez, sin que comprendiese por qué, su recuerdo habría vuelto luego a su memoria. ¿Y podría olvidarlo algún día?

Apenas si pueden las palabras dar una pálida descripción de la inquietud que emanaba de aquellos colores extraños. Azules obscuros, opacos como un trozo de lápiz azul delicadamente deslustrado y, no obstante, de una esplendidez que hacía sensible el estremecimiento de una vida misteriosa. Púrpuras horribles como la carne cruda y putrefacta, saturadas de una pasión desenfrenada, que revelaba vagas reminiscencias del reino de Heliogábalo. Rojos vivos como las bellotas del ceibo, que, por una especie de magia, iba debilitándose hasta alcanzar la ternura desfalleciente del cuello de la paloma. Había amarillos subidos, que pasando por una escala imperceptible se convertían en un verde tan suave como la primavera, tan puro como el agua límpida de un arroyo de la montaña. ¿Qué fantasía exasperada había podido concebir aquellas frutas? Pertenecían a un jardín polinésico de las Hespérides y parecían haber sido

Ir por lana...



—En efecto, acabo de mudarme a este barrio y soy la señora del nuevo sargento de policía de su sección. ¿Alguna otra pregunta?

creadas en un período de la historia de la tierra en que aun no se habían fijado las formas definitivas. Suntuosas frutas cargadas de aromas tropicales, palpitaban con un enigmático ardor. ¿Qué misteriosos palacios de magia y qué obscuros secretos del alma conocería quien mordiese una de aquellas frutas encantadas? Todo lo que hay de sano y natural en el hombre, todo lo que concierne a la felicidad hogareña y a las alegrías sencillas, se desviaba de ellas con repulsión y, sin embargo, ejercían un atractivo mórbido; como el fruto del Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal, representaban las formidables perspectivas de lo desconocido.

—*Voyons, René, mon ami!* (Veamos, René, amigo mío) — resonó de súbito la voz cordial de la señora de Coutrás —. ¿Qué hacen ahí? Los aperitivos están servidos. Pregunta al señor si aceptaría un vasito de Dubonnet.

—*Volontiers, madame* (Con mucho gusto, señora) — le dije, acercándome a la puerta.

El encanto estaba roto.

CAPITULO LVIII

Llegó, por fin, el momento de mi partida. De acuerdo con una simpática costumbre de la isla, todos me ofrecieron un presente: cestas de hojas de cocoteros trenzadas, esteras de pandanos, abanicos. Tiaré me obsequió con tres perlitas y tres frascos de una jalea de guayabos, preparada por sus propias manos. Cuando, después de veinticuatro horas de escala, el barco que hace el servicio entre Wéllington y San Francisco lanzó una estridente pitada para llamar a los pasajeros, Tiaré me atrajo hacia su amplio pecho — creí hundirme entre dos almohadones — y apretó sus rojos labios contra los míos. Dos lágrimas brillaban en sus ojos. Salimos del puerto lentamente, siguiendo con toda prudencia el paso entre las rocas. Ya ante la plena mar, mi corazón se oprimió. Los suaves aromas de la tierra flotaban aún en la brisa. Tahití se encuentra en uno de los confines del mundo, y sabía que no volvería a verla jamás. Se cerraba un capítulo de mi vida; me sentía algo más cerca de la muerte inexorable.

Un mes más tarde me encontraba de nuevo en Londres. Numerosos asuntos urgentes requirieron mis primeros días. Pronto se me ocurrió la idea de que la señora Strickland

podría interesarse por conocer cuánto sabía sobre el triste fin de su marido, y le escribí una tarjeta. Nuestro último encuentro se remontaba a varios años antes de la guerra; tuve que buscar su dirección en la guía telefónica. Al día siguiente recibí una comunicación suya, invitándome a ir a su casa. Fuí a visitarla a un elegante departamento de Campden Hill, en que se había instalado.

Amy frisaba en los sesenta años, pero nadie le habría atribuído más de cincuenta. Las arrugas habían respetado el óvalo puro de su rostro. Podía creerse que en su juventud había sido bonita. Sus cabellos, que apenas dejaban ver una que otra cana, estaban peinados con gusto, y el corte de su vestido negro se ceñía a los últimos dictados de la moda. La mujer de Mac Andrew sobrevivió dos años al coronel, y, según se decía, había dejado algo de dinero a su hermana. A juzgar por el aspecto de la casa y de la criada, Amy debía gozar de cierto desahogo.

No la encontré sola. Cuando supe el nombre de su visitante, supuse que no sin intención se nos había dado cita a la misma hora. Amy me dió algunos detalles sobre él — un norteamericano llamado Van Busche Taylor —, excusándose con una amable sonrisa.

—Como usted sabe — le dijo —, nosotros los ingleses somos terriblemente ignorantes. Perdóneme estas explicaciones necesarias.

En seguida se dirigió a mí:

—Mr. Van Busche Taylor es el célebre crítico norteamericano. ¿No ha leído usted su libro? Hay, entonces, algo que falta a su cultura. Apresúrese a llenar ese vacío. Ahora está escribiendo algunas páginas sobre mi pobre Carlos, y ha venido a pedirme que le ayude.

La voluminosa cabeza calva, huesosa y brillante de Van Busche Taylor daba una apariencia de mayor debilidad aun a su cuerpo endeble. Bajo la bóveda de su cráneo, su rostro apergaminado y surcado de arrugas contrastaba por su pequeñez. Toda su persona afectaba tranquilidad y corrección. Hablaba con el acento de New England. ¿Cómo podía este personaje, mesurado y glacial, interesarse por un Strickland?

No es posible imaginar con cuánta dulzura pronunciaba la mujer del ilustre pintor el nombre de su marido. Cuando, después de las presentaciones, se reanudó la conversación, tuve oportunidad de examinar la pieza en que nos hallábamos reunidos. Amy marchaba con su tiempo. Desaparecidos los papeles de Morris y las cretonas clásicas, desaparecidas las estampas de Arundel que engalanaron antaño el salón de Ashley Gardens, el aposento rutilaba de colores violentos. ¿Sabía la dueña de casa que estos tonos impuestos por la moda arrancaban de los sueños de un pobre pintor que vivió perdido en una isla de los mares del Sur? Ella misma se encargó de contestarme.

—¡Qué maravillosos cojines! — manifestó, extasiado, el crítico.

—¿Le gustan? — contestó ella, halagada —. Son Bakst, como usted sabe.

De las paredes colgaban algunas reproducciones en colores, publicadas en Berlín, de las mejores obras de Strickland.

—Veo que admira mis cuadros — dijo Amy, siguiendo la mirada del crítico —. Los originales están por encima de mis medios; pero es un consuelo tener, por lo menos, las reproducciones. El editor ha tenido la gentileza de enviármelas personalmente. Sí..., es un gran consuelo para mí.

—Estos cuadros deben ser la mejor de las compañías — opinó Van Busche Taylor.

—Por cierto. ¡Son tan decorativos!

—Una de mis más profundas convicciones — agregó el norteamericano — me dice que el gran arte es siempre decorativo.

Sus ojos se detuvieron sobre una mujer desnuda que daba de mamar a un niño, mientras, arrodillada a su lado, una muchacha alargaba una flor a la criatura, indiferente a todo lo que no fuera su alimento. Una anciana marchita y descarnada se inclinaba sobre el grupo. He aquí la idea que Strickland tenía de la familia. Seguramente, aquéllos eran los habitantes de la choza de Taravac; la mujer y el bebé, a no dudarlo, debían ser Ata y su primer chico.

¿Suponía Amy la verdad?

La conversación siguió su curso. Van Busche Taylor evitaba todos los escollos con habilidad, y Amy no se mostraba menos diestra. Sin faltar abiertamente a la verdad, daba a entender que sus relaciones con Strickland habían sido siempre perfectas. Finalmente, el crítico se puso de pie. Inclinado sobre la mano de su huésped, le dirigió algunas frases emocionadas y llenas de afectación, y nos dejó.

—Espero que no lo haya fastidiado mucho — dijo Amy cuando la puerta se cerró tras él —. A veces me es odioso; pero estoy en la obligación de dar todos los detalles que me pidan sobre Carlos. La mujer de un hombre de genio no puede sustraerse a ciertos deberes.

Me miró con los mismos ojos de hace veinte años, cándida y simpática como entonces. ¿Se estaría burlando?

—¿Ha abandonado usted — dije al cabo de un momento — su negocio de copias?

—Naturalmente — respondió en un tono despectivo —. Aquello no era sino un capricho, que mis hijos me indujeron a dejar. Encontraban que me fatigaba demasiado.

Amy parecía haber olvidado que un día hubo de pensar seriamente en ganarse la vida. El prejuicio de la mujer "bien" se encuentra muy arraigado; para ella, vivir correctamente es gastar el dinero de los demás.

—Están en casa en este momento — prosiguió —. Tendrán mucho gusto en oír lo que usted sabe sobre su padre. Usted no ha olvidado a Roberto, ¿verdad? Con gran orgullo de mi parte, acaba de ser propuesto para la Cruz de Guerra.

Amy se acercó a la puerta y llamó. A los pocos segundos entró un mozo vestido c[illegible] el uniforme kaki del ejército. Sus ojos, f[illegible]cos e inquietos, eran los del pilluelo de [illegible] tiempos. Su hermana entró detrás. Podría [illegible]ner la edad de su madre cuando la vi [illegible] vez primera. Y, rasgo por rasgo, era idé[illegible] a ella.

—Tal vez usted no los reconozca — dij[illegible] madre, rebosante de orgullo y sonriente [illegible] Ella es ahora la señora de Ronaldson, y [illegible] marido es mayor de artillería.

Cuando recién la conocí, predije que se [illegible]saría con un soldado. Era fatal: reunía t[illegible] los atractivos de la mujer del oficial. Su [illegible]tesía dejaba traslucir la convicción de s[illegible] una esencia superior.

Roberto estaba radiante.

—Ha sido una suerte que me encontrase [illegible] Londres en los momentos en que usted [illegible]gaba — dijo —. No tengo más que tres [illegible] de permiso.

—¡Sólo piensa en volver! — suspiró Amy.

—Madre, no temo decir que adoro la [illegible] del frente: no hay nada comparable. T[illegible] una infinidad de buenos camaradas. La g[illegible] es algo calamitoso; sobre eso no hay discu[illegible] Pero nada logra valorizar como ella lo n[illegible] que hay en el hombre. Nada puede afi[illegible] lo contrario.

En seguida, relaté cuanto sabía sobre la [illegible] de Strickland en Tahití. Me pareció inofic[illegible] hablar de Ata y de sus hijos; pero en [illegible] lo demás fuí tan verídico como pude. Cu[illegible] hube referido su lamentable muerte, gu[illegible] silencio. Durante uno o dos minutos n[illegible] pronunció una palabra.

Luego Roberto encendió un cigarrillo.

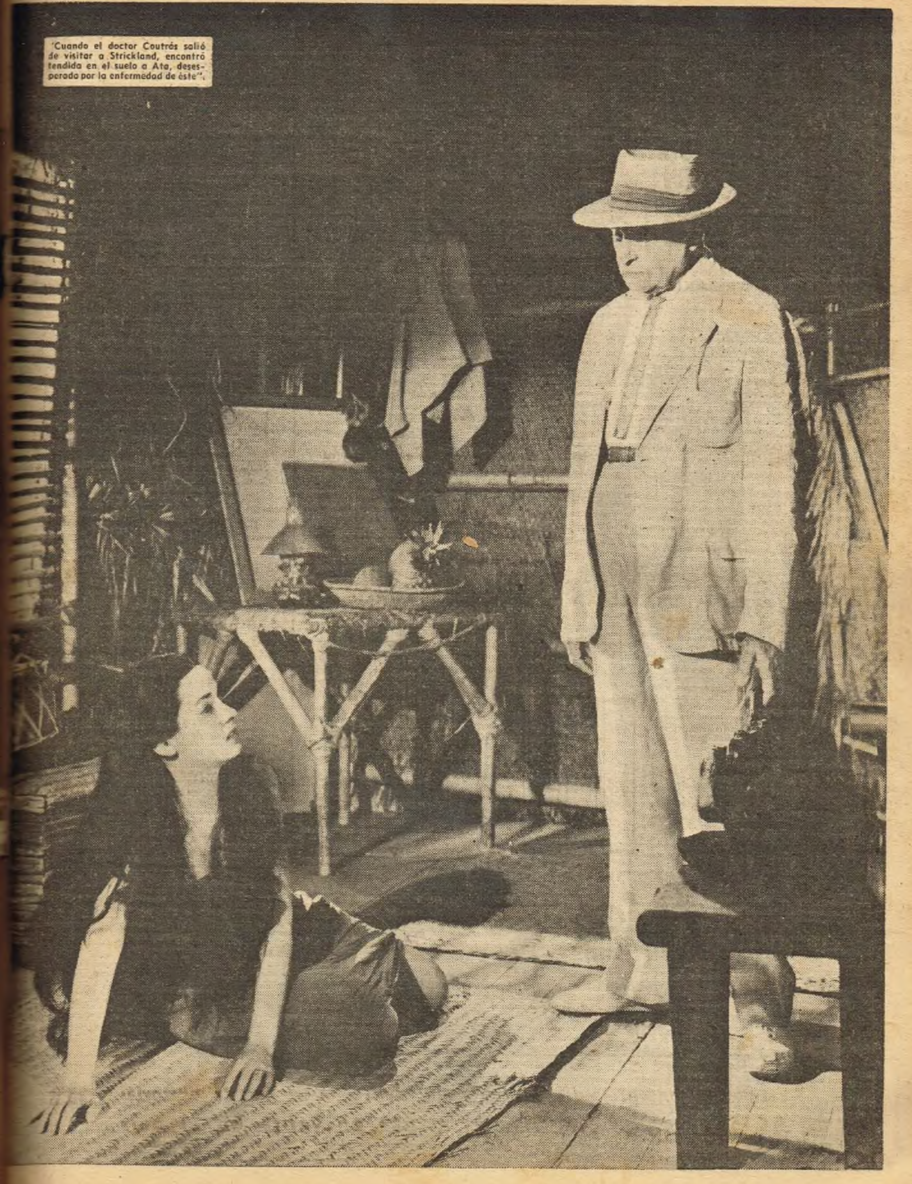
—Las muelas del Señor trituran con lent[illegible]mas son terriblemente implacables—conc[illegible] con cierta solemnidad.

Su madre y su hermana bajaron la vista [illegible] compunción: sin duda creían que la frase [illegible]tenecía a la Sagrada Escritura. Por lo d[illegible] habría sido atrevido asegurar que el m[illegible] Roberto no compartía esta ilusión. Repe[illegible]mente, acudió a mi memoria el recuerdo [illegible] hijo de Strickland y Ata. Me lo habían [illegible]crito lleno de vida y alegría. Ahora lo [illegible]ginaba, casi desnudo, a bordo de la golet[illegible] que trabajaba. Todas las tardes, cuando [illegible] brisa ligera impulsaba suavemente la e[illegible]cación, los marinos se reunían en el p[illegible] superior; el capitán y el primer piloto se [illegible]dían en largas sillas de lona y fumaban. [illegible]tretanto, él bailaba con un camarada, b[illegible] como un poseído al son de un acordeó[illegible]mático. Por encima, el cielo azul y las [illegible]llas y, alrededor, el desierto del océano [illegible]cífico...

Una frase de la Biblia acudió a mis [illegible] pero retuve la lengua porque sé que los [illegible]tores encuentran irreverentes las incur[illegible] de los laicos por su terreno. Mi tío E[illegible] que durante veintisiete años fué vicar[illegible] Whistable, acostumbraba decir en casos [illegible]jantes que el diablo puede citar siempre [illegible] Escritura en su favor.

FIN DE "LA LUNA Y SEIS PENIQUES"

Esta obra ha sido editada en forma de volumen por la Editorial ACME, que la tiene actualmente en venta en el país



'Cuando el doctor Coutrás salió de visitar a Strickland, encontró tendida en el suelo a Ata, desesperada por la enfermedad de éste".



EXPERIMENTO INTERESANTE

Aunque un poco trabajoso, este experimento es de resultados notables por el efecto que produce a los que lo presencian. Con un poco de paciencia y práctica se obtendrá el resultado deseado.

Se trata de llenar la boca de agua, y así llena, beber una copa de vino sin colorear el agua, que se echa luego tan clara como antes de haberla tomado.

Aunque parezca imposible, puede salir bien la prueba. Debe procederse así: Una vez la boca llena de agua, se deposita ésta en los espacios vacíos producidos por el hinchamiento de los carrillos, y acercándose el vaso de vino a los labios, se hace llegar hasta él la lengua, con la que se forma una especie de conducto, y se chupa sorbiendo con precaución el líquido. En esta forma, el agua no entra en contacto con el vino.

CHARADAS

Tiempo de verbo es mi *prima;*
bonita flor la *dos tres;*
todo es nombre de un sujeto
a quien vi ayer con Inés.

* * *

Sin lograrlo, con afán
ser *primera tercia cuarta*
en el estilo pretendo;
tercera y *prima* señalan
un parentesco, y mi *todo*
como pasatiempo, agrada.

(Las soluciones en el próximo número.)

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS

A erto BI

TAL
SAL

K no A

(Las soluciones en el próximo número.)

PROBLEMA: QUINIENTOS

Ocho cuatros parecen cifras muy pequeñas para obtener 500; pero si estos ocho cuatros los colocamos convenientemente para sumarlos, obtendremos la cantidad deseada. Todo depende de la forma en que se coloquen para realizar la suma.

(La solución en el próximo número.)

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

De los **"JEROGLIFICOS"**

RESENTIMIENTO

FALTA DE PESO

PANTEISMO

* * *

De las **"CHARADAS"**

N I C O L A S

E S P A R T O

* * *

Del problema:
"COMBINACION SILABICA"

MA	HO	MA
HO	ME	RO
MA	RO	MA

* * *

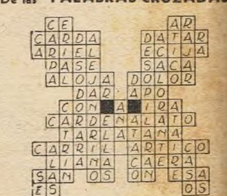
Del problema **"ARITMETICO"**

$20 + 1 = 21$
$23 - 2 = 21$
$7 \times 3 = 21$
$84 \div 4 = 21$

134

* * *

De las **"PALABRAS CRUZADAS"**



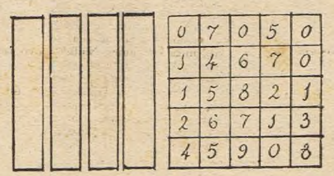
PROBLEMA: UNA FECHA Y UN CUADRO

Este cuadro está dividido en 24 casillas, como puede observarse en el grabado.

Ahora bien, si de él se tapasen algunas delas casillas con unas tiritas de papel, claro es que quedarían otras al descubierto. En esto consiste el problema; pero el acertarlo depende de que los números de las casillas no tapadas den la fecha de un gran descubrimiento geográfico, expresando en cifras el día, el mes y el año.

Para más comodidad, junto al cuadro aparecen cuatro tiras de papel. Hay que emplearlas todas, recortándolas y pegándolas como se crea conveniente, pero sin partir ni doblar ninguna de ellas.

(La solución en el próximo número.)





En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

CESAR, *Córdoba*. — He aquí una excelente fórmula para preparar tinta en pasta para mimeógrafos: laca, 60 grs.; bórax, 60 grs.; agua, 750 cc.; goma arábiga, 60 grs.; negro de humo, cantidad suficiente. Se hierve un poco de agua con la laca y el bórax hasta que se disuelven, se agrega luego la goma y se retira del fuego. Cuando la solución está fría, se completan los 750 cc. con agua y materia colorante, hasta que la tinta adquiera la consistencia conveniente. Si al usarla se corre en los bordes, debe hacerse más espesa. El punto exacto lo da la práctica.

MARIA PANIER, *Curuzú-Cuatiá*. — La Kola se usa mucho en medicina como tónico general y del sistema nervioso.

CARLOS PERALTA, "LUQUE", *Capital*. — La dirección que nos solicita es: Rioja 1952, Buenos Aires.

PEDRO BUCHIGNANI, *Canal Arana*. — Tomamos nota de su pedido, que procuraremos complacer cuando lo permita nuestro plan de publicaciones.

C. A., *Capital*. — 1º: La de[...]bujante comercial es una de [...] profesiones que ofrece ac[...]mente más amplio campo de [...]arrollo en nuestro país. 2º: Ta[...]to la enseñanza oficial, co[...] privada, están bien orienta[...] puede usted elegir la que le convenga. 3º: En esta sección no suministramos direcciones [...]merciales; pero, en cambio, en las páginas [...] la revista hallará avisos de institutos de [...]ñanza privada que cuentan el dibujo en sus [...]gramas oficiales.

Q. L., *San Luis*. — Diríjase directamente a Editorial Sopena Argentina, S. R. L., Esmeralda 116, Buenos Aires.